



Etología del lobo y del perro

Análisis e interpretación de su conducta

David Nieto Maceín

Lectulandia

A través de un apasionante recorrido por los diversos aspectos del comportamiento de los cánidos salvajes y domésticos, esta obra nos ofrece las claves para comprender e interpretar la conducta del lobo y de su descendiente directo, el perro.

El autor profundiza en los orígenes de la relación entre el hombre y los cánidos, desde su competencia con el lobo hasta la cooperación con el perro, y desgrana la conducta instintiva, el comportamiento de caza, la conducta social y jerárquica, la agresividad y la predación, así como los procesos conductuales y cognitivos, comparando en todo momento la etología del lobo en la naturaleza y la del perro en la convivencia con el ser humano. Así, logra transmitir un vasto compendio de conocimientos precisos que permiten una aproximación íntima a la conducta del lobo en su medio, y que dan la base, a su vez, para favorecer y mejorar la relación con nuestro perro.

Junto a la radiografía de la conducta del lobo, los contenidos sobre su importante papel en la naturaleza, las causas del ancestral conflicto con el hombre y sus necesidades de conservación descubren la verdadera faz del lobo, muy lejos de la falsa e irreal imagen del lobo feroz. Sin duda, tenemos en nuestras manos no de los mejores alegatos de nuestro tiempo a favor de lobo.

Lectulandia

David Nieto Maceín

Etología del lobo y del perro

Análisis e interpretación de su conducta

ePub r1.0

TaliZorah 17.06.13

Título original: *Etología del lobo y del perro: Análisis e interpretación de su conducta*

David Nieto Maceín, 2008

Ilustraciones: David Nieto Maceín

Editor digital: TaliZorah

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A la memoria de José Luís, de Yesi y de Zorba.

David Nieto Maceín

PRÓLOGO I

Me complace enormemente poder, con este prólogo, animar de nuevo a los amantes de los perros a encontrarse con un montón de muy buenos, importantes e interesantes razonamientos, plasmados por un autor que, sin torcer sus raíces naturalistas, ha madurado de forma sobresaliente y desarrolla, de forma científica y divertida a la vez, todo lo que rodea a la mente del perro.

A menudo, oímos historias que pueden sorprendernos por lo inverosímil de lo acontecido. En el mundo del perro, muchas de estas historias pueden llegar a comprenderse desde el conocimiento de estos queridos amigos. Este libro ayudará a entender esas increíbles historias que, desde épocas reflejadas en la mitología y hasta hoy en día, llegan a nuestros oídos con el interrogante de la veracidad de las mismas.

Conociendo personalmente al autor, no me sorprende lo excepcional de este libro, pudiendo ser guía para todos aquellos amantes del comportamiento y la modificación de la conducta canina. Da respuestas a muchos *¿por qué?*, a muchos *¿hasta dónde?*, e incluso a muchos *¿cómo?* de la conducta del perro y de su adiestramiento.

Como formador de adiestradores e instructores de perros de asistencia, de perros-guía y de perros de caza, voy a introducir, como base de conocimientos, la lectura y comprensión de este magnífico almacén de datos e historias, para que se complete la formación de los adiestradores con unos cimientos sobre los cuales edificar los métodos y fórmulas para modificar la conducta de nuestros mejores amigos.

Desde el punto de vista sentimental, este libro se merece este autor y este autor se merece este libro. Pienso que leer este libro puede resumirse en una agradable tarde de trabajo con el autor y sus perros, binomio inseparable, siempre positivo y del cual, si uno está atento, puede sacar muy buenas conclusiones.

Creo que, con estas páginas, David demuestra haber madurado en la parte teórica y haber creado una línea muy personal de trabajo que, sumada a una parte práctica y natural que ya poseía, denota que se ha formado definitivamente, consolidándose, como cariñosamente solemos decir los adiestradores, un gran maestro de la modificación de conducta o comportamiento.

Agradezco a David su esfuerzo en la realización de este libro, agradezco el que me haya permitido colaborar con este prólogo y agradezco el poder haberlo leído previamente a su publicación; me gusta ser el primero en todo, más en lo concerniente al adiestramiento y la formación, aunque a veces vengan jóvenes promesas, como este autor, que se coloquen por delante de ti, por méritos propios y gracias a un enorme tesón y una visión humana de los perros pero muy cercana a ellos. David ha dejado de ser promesa para ser un referente claro a la hora de hablar de nuestro mejor amigo.

Sí me gustaría finalizar este pequeño prólogo haciendo una reflexión con respecto

de la adaptabilidad de los perros. Pienso que una vez leído el libro, y atendiendo a la evolución que ha tenido el ser humano a lo largo de la historia, es simplemente impresionante, cómo los perros han sido capaces de evolucionar y adaptarse a nuestros días sin sufrir cambios mentales y de comportamiento y sin perder la filosofía social que les ha permitido convertirse en los animales mejor autoprotegidos, física y mentalmente, de nuestro planeta.

Un perro es capaz de llamar nuestra atención sin ladrar, sin siquiera moverse; un perro es capaz de reducir nuestro ritmo cardiaco; un perro es capaz de alertarnos de un ataque de epilepsia; un perro es capaz de guiarnos si no vemos; pero de lo que nunca será capaz un perro es de abandonarnos, no se lo permite su ley de vida.

Gracias David.

Amando Diego Domínguez

Instructor de perros-guía ONCE

Instructor Formador de Adiestradores Escuela Española de Caza

PRÓLOGO II

En realidad, la importancia de conocer aspectos de la conducta de los perros y los lobos la damos los humanos por nuestra intensa relación con los primeros y por la profunda admiración que nos causan los segundos. Es cierto que el lobo forma parte ancestral, como enemigo, de los intereses de los humanos ya que durante miles de años, desde los tiempos de la prehistoria hasta los momentos actuales, esta especie se convirtió en un constante competidor. Y, cómo no nos va a interesar conocer su comportamiento, si para entender al enemigo es vital saber cosas de él. Pero, en el caso concreto del lobo, esa necesidad de conocimiento se transforma, a la vez, en interés por él mismo, ya que termina fascinándonos de todas formas, por muy enemigo que sea.

Hasta tal punto el lobo ha influido en el ser humano, que hemos necesitado también de miles de años para conseguir que su pariente más cercano, el perro, se convirtiera en nuestro aliado y que pudiera defendernos del eterno enemigo. Extraña dualidad que nos ha acompañado a lo largo de la historia hasta hoy; mantener perros cercanos a nosotros, como fieles servidores y amigos, para controlar y defendernos de su pariente más próximo, el lobo, convertido en el mayor competidor y enemigo de nuestros intereses.

Qué acierto escribir un libro sobre el comportamiento de los perros y los lobos. Del perro, por tratarse de un animal que despierta sentimientos de aprecio y cariño y que, salvo dentro del ámbito ganadero, tenemos como fiel compañero de nuestra vida. Del lobo porque, excepto en los casos en los que este cánido salvaje no interfiere en las actividades del campo y el hombre tiene relación directa con él, despierta un temor en la inmensa mayoría de la sociedad con la que no se relaciona, que parece provenir de un desconocido gen ancestral, colado en nuestro cuerpo después de los miles de años de lucha y competencia por el mismo hábitat.

Es necesario desmontar, entonces, los atávicos argumentos que justifican el temor al lobo, que lo acercaron a nuestros conceptos de lo bueno y de lo malo. Y situarlo en el puesto que le corresponde, como predador en los ecosistemas naturales de unos territorios donde habitan unas nuevas generaciones de personas que configuran una sociedad que evoluciona en torno a las tecnologías, y que cada vez se aleja más de las necesidades primarias de la montaña.

Cada vez somos menos recolectores de los frutos que conseguíamos generar en la Naturaleza. Producimos a gran escala en terrenos favorables y marginamos los territorios abruptos por su dificultad, permitiendo que estos evolucionen hacia estados físicos de mayor naturalidad. Por eso, el lobo va a recuperar para sí mismo buena parte de los territorios perdidos durante miles de años de lucha y competencia con el hombre.

Una razón más que suficiente para justificar la importancia de conocer a esta especie en su verdadera dimensión biológica, valorando que su comportamiento, históricamente dañino para el hombre, no ha sido sino un comportamiento de supervivencia para poder llegar hasta nuestros días. Ahora nos toca entender las razones de su comportamiento y valorar la importancia de su presencia, protegerlo y conservarlo, permitiéndole vivir en sus territorios naturales, de igual manera que lo hacemos con nuestro perro, al que tratamos con cariño porque entendemos que es un amigo y le permitimos vivir en nuestra más íntima compañía. Dejemos pues, a los lobos, vivir también con nosotros.

Roberto Hartasánchez

PRÓLOGO III

Hace ya más de doce años que conocí a David. Vino a participar como voluntario en una de las navegaciones de educación ambiental que organizábamos a bordo del Zorba, por entonces, motovelero de Greenpeace España. De ese primer encuentro, me impactó su amor por la Naturaleza y su capacidad para leer en ella. Con el paso de los años, seguimos manteniendo una buena amistad y, mi admiración por esos dones que él posee, no ha hecho más que aumentar.

En este libro, David ha hecho un encomiable esfuerzo por acercarnos a las claves iniciales que nos permitan un mejor entendimiento de nuestros queridos amigos, los perros.

Durante toda la historia de la vida en este planeta, la evolución ha ido encontrando y seleccionando una serie de características tanto físicas, como fisiológicas y de comportamiento, que son las que realmente definen a las especies frente a nuestros ojos. Nos resulta muy fácil identificar las características físicas necesarias para designar a un animal como perro, y eso a pesar de la enorme variedad en su aspecto y tamaño. Sin embargo, nos resulta mucho más difícil reconocer, e incluso aceptar, que la evolución también dota de patrones de comportamiento. David nos proporciona un muy didáctico acercamiento a estas peculiaridades a partir del lobo, origen de las razas de perros actuales.

El cerebro de los animales, además de ser más o menos flexible para adaptarse a los cambios del entorno, está preparado para actuar de una forma determinada frente a ciertos estímulos. El nuestro también. Son pautas de acción que se han mostrado útiles para la supervivencia de la especie durante decenas de miles, cientos de miles e, incluso, millones de años si seguimos su pista filogenética.

Durante siglos, las diferentes culturas han producido toneladas de arte y filosofía sobre el enamoramiento. Hoy conocemos bastante de su bioquímica y fisiología, lo suficiente como para ver en él un fantástico proceso evolutivo que nos produce una especie de estado de enajenación mental transitoria, comparable al que producen algunas drogas, cuya finalidad consiste en empujarnos a la reproducción, haciéndonos olvidar las dificultades y privaciones que conlleva el ser padres.

También durante siglos, nuestra cultura ha producido leyendas negras alrededor del lobo. David nos muestra la realidad que se esconde tras ellas, desde una mirada etológica. Una realidad plena de significado adaptativo. El único camino para, realmente, poder leer en la Naturaleza.

Recorrer ese camino para conocer estas características (troquelado, pautas de acción innata, impulso, etc.) es, sin duda, la mejor manera para conseguir la relación que deseamos tener con nuestros amigos los perros. Una relación de entendimiento, sin fisuras, y de confianza mutua.

PREFACIO

Desde que se publicó mi anterior libro dedicado al comportamiento del perro, he recibido numerosas felicitaciones y también muchas preguntas y sugerencias de los lectores. Esto me ha llevado a pensar que benefició la relación de muchas personas con sus perros y que, por otra parte, mis lectores necesitaban ahora ampliar aquel conocimiento. La buena acogida del libro, me ha animado a publicar más sobre el tema, en esta ocasión adentrándome más profundamente en la psique del perro.

Varios años de trabajo, con bastantes, eso sí, interrupciones, necesité para dar por concluido este libro. En realidad, mi objetivo inicial fue, por un lado, que sirviese de base para los que se iniciaban en la etología de los cánidos, aquellos que pretendían ampliar sus conocimientos para ser capaces de comprender al perro y/o al lobo y de construir una buena relación con su perro. Y, por otro, que fuese de interés también para experimentados en la materia, incluyendo criadores, veterinarios, adiestradores y educadores caninos, así como naturalistas. No es un libro sobre educación canina o adiestramiento ni de psicopatología canina, sino que trata los fundamentos básicos para poder llegar a ello después.

He querido aprovechar la ocasión para presentar a mis lectores la verdadera cara del lobo. Es de obligado cumplimiento profundizar en su etología para poder comprender la de su descendiente doméstico. Y, puesto que el lobo es víctima de una injusta leyenda que durante siglos ha desdibujado su verdadero rostro, he presentado al depredador salvaje tal y como es.

Así mismo, he intentado que sea de fácil comprensión para todos, pero no he podido dejar de ser riguroso en las explicaciones, para no caer en una simplificación excesiva, por lo que, quizás, el lector deba prestar atención si quiere aprovechar al máximo toda la información.

He dividido el libro en ocho temas y tres partes. En la primera parte, presento a los cánidos y su relación con la Naturaleza y el ser humano. En la segunda, analizo su conducta innata, y, en la tercera, me centro en presentar los procesos psicológicos. Cada tema está desarrollado en varios apartados.

Espero que sea de interés para todos.

David Nieto Maceín

AGRADECIMIENTOS

Estoy muy agradecido a mi mujer, Kajsa Aurell, por animarme en cada paso del camino seguido hasta la publicación de este libro y por aguantarme, durante este trabajoso proceso, allá donde nos encontrásemos.

Como en mi anterior libro, un agradecimiento muy especial a Amando Diego, uno de los más grandes —de forma literal también— y destacados adiestradores y especialistas en psicología canina, a quien considero maestro y mentor en estos temas, de quien he aprendido y sigo aprendiendo, por el prólogo que me ha dedicado y por el interés que ha puesto siempre en mi constante formación, esta formación que afortunadamente nunca termina.

También mi sincero agradecimiento a José Paredes, que me prestó un gran apoyo desde la biopsicología y la neurociencia, dedicando generosamente su tiempo a analizar los más profundos aspectos de la conducta de los cánidos que abordo en la obra, para dialogar a fondo conmigo sobre estas cuestiones. También él ha participado con un prólogo en el libro.

Doy las gracias también a Roberto Hartasánchez, que ha tenido que estrenar sus gafas nuevas con este denso texto y ha dedicado un prólogo desde la parte que le concierne, como uno de los más sobresalientes naturalistas de campo que es. Pero además, le estoy sumamente agradecido por todo lo que ha hecho y sigue haciendo en pro de la conservación de lo más agreste de la fauna salvaje, de forma comprometida y, sobre todo, con un equilibrio perfecto al enfrentarse a complejas problemáticas relacionadas con los grandes predadores y sabiendo hacerlo desde todos los puntos de vista. Todos los proyectos que lleva a cabo demuestran ser espléndidos. Gracias por ese Fondo para la Protección de los Animales Salvajes (Fapas).

Si me retrotraigo a la infancia, he de agradecer lo que aprendí de la psicología del lobo y del perro, de forma espontánea y natural, con José Luis (Josele), que tantas cosas me enseñó de la Naturaleza en aquellos años y me animó, de forma imposible de valorar, a ser quien ahora soy. Nada me habría gustado más que él leyese este libro. Y a mis padres, que influyeron de una u otra forma en la dirección de mis aficiones y me concedieron la oportunidad de lograr mi sueño de formarme como adiestrador profesional en su día.

Estoy muy agradecido a mis propios perros, que me han acompañado toda la vida, desde que tengo uso de conciencia, enseñándome no sólo acerca de su propia conducta, sino sobre la Naturaleza y la fauna salvaje, instruyéndome para leer los rastros e interpretar las señales en el monte: Yesi, Zorba, Lassie, Tony, Tim, Truska, Taiga, Siba, Kazan y todos los demás. Además, a todos los cientos de perros que han pasado por mis manos, ya como profesional, debo un agradecimiento por sus enseñanzas.

Y, por último, he de agradecer su esfuerzo a todas las organizaciones y personas que luchan y siguen luchando por conservar la Naturaleza y la fauna salvaje, Y recordar, con una deuda de gratitud difícil de expresar, a Félix Rodríguez de la Fuente, gracias a quien el lobo ibérico sobrevivió en un país donde estaba al borde del exterminio. Fue él quien logró un primer cambio de percepción en la sociedad, fue él quien propició la primera protección legal para el lobo, consiguiendo que dejase de ser considerado como alimaña; y, lo más importante, fue él quien creó un auténtico semillero de futuros naturalistas, todos los que hoy día trabajan duro por la conservación de la Madre Naturaleza. A él debo, sin ningún género de duda, mi pasión por el lobo, aquella que me acercó al perro.

INTRODUCCIÓN

«He leído de muy cerca, en las pupilas de mis lobos, toda la fidelidad monolítica que reside en su complejo comportamiento. He descubierto que los lobos son cooperativos, comunitarios, que adoptan a los cachorros huérfanos, que comparten el alimento, que jamás abandonan a los heridos o a los débiles».

Félix Rodríguez de la Fuente

Voy a comenzar el estudio de esta fantástica familia de predadores sociales, que son los cánidos, desde un punto de vista general, para que el lector pueda llegar a una comprensión profunda del papel que la Naturaleza les ha encomendado y que, así, este conocimiento sea debidamente traducido a la hora de interpretar tanto el comportamiento del lobo como de nuestros perros.

Uno de los mensajes principales que deseo transmitir en esta primera parte del libro, es el de la gran similitud que existe, a pesar de todas sus diferencias, entre nuestros familiares perros y su primo hermano el lobo; pero, también, el de las grandes diferencias, a pesar de todas sus similitudes. A la par que hablo del perro, me veré, por tanto, en la necesidad de referirme constantemente al lobo como el único, entre ambos, que posee las estructuras conductuales perfectamente equilibradas, las cuales pueden servir de referencia para el estudio del cánido doméstico; y trataré, muy objetivamente, desde el punto de vista científico, de desenmascarar a este mítico depredador en todas sus facetas: la de la caza, la de la conducta social, la de la agresión intra e interespecífica, etc. Con lo que, a buen seguro, el lector atento que aún pudiese mantener viva en su interior cualquier insegura inquietud acerca de ese *sanguinario monstruo* de las fábulas, devorador de niños y caminantes, logrará comprender al lobo desde una perspectiva mucho más científica y carente de sensacionalismo.

PRIMERA PARTE

**LOS CÁNIDOS
Y EL HOMBRE**

TEMA 1. GENERALIDADES SOBRE LOS CÁNIDOS

1.1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES E INTRODUCCIÓN

Como quiera que cualquier investigación que pretenda abordar en profundidad los aspectos de la conducta de una especie concreta, raramente podrá estar completa o ser, a priori, determinante en sus conclusiones, por mucho esfuerzo que se le dedique, el estudio del comportamiento de los canes domésticos lleva consigo la dificultad añadida de las alteraciones de comportamiento derivadas de la selección realizada por el hombre durante no ya cientos sino miles de años.

Debido a la variedad de comportamientos del *Canis familiaris* (o *Canis lupus familiaris* como veremos), esto es, del perro, estaremos obligados a recurrir necesariamente al estudio de la conducta del cánido salvaje, el lobo, para el completo análisis de lo que podemos considerar el estadio natural inadulterado del perro. A partir de esa referencia, y sólo a partir de ella, podremos comprender muchas de las bases conductuales del comportamiento de nuestros perros.

Cada investigador aporta datos que van configurando esquemas que, una vez ordenados, descubren verdades apasionantes para todo estudioso de la conducta. No son más importantes, por tanto, las grandes conclusiones que las pequeñas aportaciones al gran esquema de la realidad de la conducta, que, a buen seguro, guarda aún infinidad de secretos sin desvelar.

Sirva este trabajo, por tanto, como pequeña aportación a ese gran esquema que ya tenemos estructurado dentro del estudio de la conducta de los cánidos. Aportación que se basa en la observación pormenorizada y el análisis meticuloso de datos concatenados, acumulados a lo largo de toda mi vida de constante dedicación al estudio apasionado y, desde hace más de una década, profesional, del comportamiento de los cánidos.

1.2. ORIGEN Y SOMEROS APUNTES SOBRE ADAPTACIONES FUNCIONALES

Los carnívoros actuales —cuyo orden, *Carnívora*, se caracteriza por la presencia de muelas carniceras en la dentición— aparecieron por primera vez hace unos 40 millones de años, y constituyen un amplio orden representado por especies con unas determinadas adaptaciones que, en principio, están dirigidas a la depredación y el consumo de carne. La mayor parte de ellos, aparecieron en un periodo que va desde los 35 a los 20 millones de años antes de nuestros días. Todos los carnívoros cuentan, tanto en la mandíbula superior como en la inferior, con seis incisivos y dos caninos (colmillos) cónicos muy fuertes, además de unos premolares, denominados muelas

carniceras, que, en algunos grupos, están especialmente desarrolladas. Éstas corresponden al cuarto premolar superior y al primer inferior. El cráneo posee una cresta sagital donde se encuentran insertados los poderosos músculos masticadores o maseteros.

Cuando hablamos de cánidos nos estamos refiriendo a una de las familias del orden de los carnívoros más conocidas y que más ha influenciado en el poder colonizador que los humanos desplegamos a lo largo de todo el planeta, aunque muchos no hayan reparado en ello.

Los antepasados de los cánidos aparecen en América del Norte a partir de la época que se conoce como Oligoceno, en el periodo Terciario, hace unos 37 millones de años, y llegarían al Viejo Mundo, Europa y Asia, hace unos tres millones de años. Parece ser que el *Eucyon*, aparecido hace unos seis millones de años, sería la especie que daría origen a los cánidos actuales. El *Eucyon* atravesaría el Estrecho de Bering y evolucionaría en Europa hacia otras especies, como el *Canis lupus*, el lobo, para volver nuevamente por el puente natural de Bering a Norteamérica y seguir evolucionando hacia otras especies y subespecies. Las formas primitivas eran plantígradas —es decir, que apoyan toda la superficie de la planta al caminar, como los osos— y evolucionaron a digitígrados —aquellas especies que se apoyan sobre sus dedos— para permitir una carrera mucho más veloz. Así, probablemente, sería un cánido plantígrado muy primitivo el que daría origen a los osos.

Los cánidos son carnívoros generalistas, esto es, muy adaptables, oportunistas, que pueden aprovechar muy diferentes recursos e, incluso, adoptar un régimen pseudo omnívoro. Se dice, así, que son predadores poco especializados, puesto que no tienen marcadas adaptaciones morfológicas que les condicionen a ocupar un nicho ecológico y modo de alimentación exclusivos. Esto es tan notable que, personalmente, preferiría concluir que están especializados en la no-especialización, por cuanto pueden acceder, de esta forma, a los recursos propios de todas las especializaciones. De hecho, el zorro, científicamente conocido como *Vulpes vulpes*, puede ser considerado como uno de los carnívoros más generalistas de todos cuantos pueblan la tierra, pudiendo vivir tanto en áreas suburbanas como en las costas, los subdesiertos, las tundras árticas, la alta montaña (incluyendo picos de más de 2000 metros de altitud), humedales, estepas, bosques caducifolios, mediterráneos o de coníferas.

Los cánidos tienen un hocico alargado, y su boca constituye un auténtico aparato prensor. A diferencia de los, estos sí, muy especializados félidos, que poseen premolares y molares con bordes cortantes, los bordes de las muelas de los cánidos no son exclusivamente cortantes sino que, dada precisamente su adaptabilidad a diferentes y oportunistas regímenes alimenticios, presentan una superficie plana para poder masticar los alimentos que no hay que desgarrar o cortar, como pudieran ser

aquellos de origen vegetal más difíciles de asimilar y que necesitan ser previamente masticados. Las muelas carniceras, no obstante, están bien desarrolladas. La musculatura, tanto de las mandíbulas como del cuello, es increíblemente poderosa, lo que les sirve para poder sujetar y sacudir grandes presas, que luchan y se debaten fuertemente. Como no necesitan el movimiento lateral de las mandíbulas de los animales herbívoros y omnívoros, ese movimiento típico de la rumia para machacar los vegetales antes de la ingestión, carecen de esa facultad y sólo pueden masticar de abajo a arriba. El *Canis lupus* es el más corpulento cánido de la Tierra, y su aparato mandibular es tan poderoso que aventaja, proporcionalmente, a cualquier depredador del Hemisferio Norte. Su fórmula dentaria es idéntica a la del perro, o, más acertadamente, a la inversa, la fórmula dentaria del perro es idéntica a la del lobo, su ancestro directo: 3/3 incisivos, 1/1 caninos, 4/4 premolares, 2/3 molares en el adulto y 3/3 I, 1/1 caninos, 2/2 premolares, 1/1 molares en la dentición de leche.

Bien adaptados a la carrera, a menudo, como en el caso de los lobos y los licaones africanos, llevan a cabo largas persecuciones con el fin de lograr el agotamiento de sus presas. Yo he seguido el rastro de una pareja de lobos en plena carrera, a galope tendido, tras una cierva, durante más de un kilómetro; no obstante, no es nada comparado con lo que dejó perplejo a David Mech, que vio a una loba perseguir a un ciervo durante más de dos horas (exactamente 130 minutos cronometrados por él), tiempo en el que recorrió 21 kilómetros sin dejar de correr. También vio, en la isla Ellesmere, a un lobo de 11 a 13 años que persiguió nada menos que a una liebre durante seis o siete minutos hasta capturarla. Como adaptaciones morfológicas funcionales hacia este fin, la caja torácica es amplia e incurvada, y los músculos del diafragma están insertados más abajo que en otros animales para permitir, en el caso del lobo, un ritmo regular durante muchas horas (acuérdense del conocido e incansable *trote lobo*). La cola es larga y poblada, cumpliendo la función de balancín estabilizador durante la carrera y en los giros y quiebros, algo que se puede observar muy claramente en los zorros; además, en las especies más sociales, como el lobo, cumple un importante papel en la comunicación. Las patas terminan en cuatro dedos, aunque en las anteriores hay un quinto dedo rudimentario que, en el licaón, el más portentoso corredor, ha desaparecido por completo o es muy reducido. Son, como dije, digitígrados, es decir, que se apoyan sólo sobre sus dedos, con cuatro uñas no retráctiles y no cortantes. Los huesos de la muñeca están fusionados, y el radio y el cubito están soldados, evitando de esta forma su rotación.

El lobo —así como muchas razas de perros— cuenta con un pelaje con doble capa para poder retener el calor corporal, con una capa más larga sobre una segunda espesa y lanosa que permite la formación de una auténtica bolsa de aire caliente, que ayuda a mantener la temperatura constante. Esto les permitió sobrevivir en las más gélidas condiciones glaciares y, posteriormente, conquistar el Hemisferio Norte,

incluyendo las regiones más frías de Alaska, Canadá, Groenlandia, Laponia o Siberia.

Disfrutan los cánidos, además, de un cerebro muy desarrollado, y hay que destacar muy especialmente los lóbulos olfativos del mismo, lo que permite un desarrollo espectacular del principal sentido de esta familia, el olfato. De todos es conocida la maravillosa capacidad de nuestros perros para la detección de todo tipo de emanaciones. Es, sin lugar a dudas, el sentido más desarrollado en los cánidos y el que más trascendencia tiene en su vida, casi desde el primer momento en que vienen al mundo. Por ello, 1/8 del cerebro y la mitad de la superficie de la nariz, están destinados a este sentido. Así, poseen una superficie diez veces superior de células olfativas que el ser humano y, mientras que un humano puede tener de cuatro a cinco millones de éstas, un perro cuenta con cientos de millones (parece ser que un teckel tiene unos 125 millones de células olfativas, pero un pointer hasta 250 millones, y no digamos los superespecializados bloodhound o sabuesos rastreadores de San Huberto, que parece que tienen unos 300 millones, 60 veces más que un humano). Además, mientras que en el ser humano sólo una pequeña parte del aire inspirado se dirige a la mucosa olfatoria, en el perro esta cantidad es mucho mayor. Esto se traduce en una sensibilidad cien millones de veces superior a la del ser humano para detectar ácidos grasos, lo que les permite identificar a sus congéneres y a los humanos tan sólo por su olor, y seguir rastros humanos identificando a los diferentes individuos, estén o no descalzos. Es más, un perro puede discriminar una molécula odorífera entre millones de ellas, siendo capaz de detectar olores que ni los instrumentos científicos más avanzados pueden todavía localizar. Y es que ningún invento moderno puede sustituir su olfato prodigioso y, por ello, el hombre se ha valido de esta capacidad para múltiples funciones, como ya veremos.

Por añadidura, los cánidos cuentan con un órgano del que carece el humano: el órgano vomeronasal o de Jacobson, que podría considerarse como otro olfato complementario para discriminación de alta sensibilidad. No quiero ni imaginar lo que puede ser capaz de detectar un lobo salvaje que, desde que nace, se vale de su olfato para la supervivencia extrema. Cuando, en los años 70 y 80 del pasado siglo, se capturaban las carnadas de pequeños lobeznos para ser llevadas a los pueblos para escarnio público del gran competidor, maltratando miserablemente a los indefensos cachorros, a menudo, los desesperados padres acudían sorprendentemente al pueblo donde éstos se encontraban; llegaban incluso a arañar las puertas de los corrales, donde los pequeños eran encerrados, durante varias noches. Esto sucedía, por ejemplo, en León y Zamora. Nadie sabe cómo eran capaces de encontrar el lugar donde los humanos se habían llevado a sus hijos para siempre. Esto sólo se explica por un olfato más que prodigioso. Al sur de Salamanca —contó el naturalista Jesús Garzón a Ramón Grande del Brío— una loba fue matada y su piel colgada en el interior de un corral. Pues bien, el lobo, nadie sabe cómo —sin duda gracias a ese

olfato insuperable— encontró el lugar donde se hallaba el macabro resto de su pareja, entró durante la noche en el corral y se llevó la piel. Estos hechos nos dejan entrever también algunos aspectos sobre sus emociones...

Los perros llegan a detectar el olor de tu huella digital marcada en un cristal un mes y medio después. Pero es más, pueden diferenciar entre dos gemelos homocigóticos perfectamente. A veces me resulta entretenido imaginar todo lo que yo podría adivinar si disfrutase del olfato de un perro. Quizás sería más una desgracia que una fortuna pues me encontraría en un mundo tan sumamente oloroso que a menudo me sentiría asqueado. Pero, con ese olfato, seríamos incapaces de engañarnos los unos a los otros. En todo momento sabríamos quién habría entrado o salido, cuándo, cómo y hasta por qué. Con quién habríamos estado y dónde. En el escenario de un asesinato podríamos prescindir de toda prueba genética; los policías sólo tendrían que olisquearlo todo y la información estaría servida sin secretos. Nada se escapa a su nariz. El perro Ildo, de la Guardia Civil, encontró 2500 kg de droga en el año 2002 en Valencia, la mayor parte escondido hábilmente en el doble fondo de un camión cargado de verduras.

Lo más sorprendente es que las más recientes investigaciones científicas han demostrado que los perros pueden detectar olfativamente diferentes tipos de cáncer. En Inglaterra, una mujer acudió en 1989 a la consulta del médico porque su perro olfateaba con insistencia un lunar minúsculo que tenía en el brazo. Así que empezó a tener curiosidad por lo que estaba pasando, y, finalmente, le fue diagnosticado un cáncer de piel en fase inicial. En 2001 sucedió algo parecido: una mujer cuyo perro insistía en su pretensión de oler e incluso mordisquear un lunar que tenía en la pierna. Acudió al médico y le fue diagnosticado un melanoma. Exactamente lo mismo le sucedió a un hombre cuyo perro se empeñaba en olisquear un eccema en su pierna y cuyo diagnóstico fue carcinoma. Con estos datos, en 2004 se demostró, por parte del Departamento de Dermatología del Hospital de Amersham, en el Reino Unido, que seis perros habían detectado cáncer de vejiga, oliendo la orina de los pacientes, con un gran porcentaje de éxito. Más tarde, una fundación californiana dedicada a la investigación científica de terapias contra el cáncer, ha demostrado que varios perros entrenados en tres semanas han identificado cáncer de mama y de pulmón con un 88-97% de certeza; es el más actual estudio en este sentido. Parece ser que de los tumores emanan concentraciones bajísimas de ciertos compuestos volátiles que pueden detectar los perros. Quizás sean una nueva fórmula para la detección precoz del cáncer.

Por todo esto, resulta muy difícil imaginar la percepción del mundo que puede tener un cánido. Los perros han de vivir gran parte de la realidad a través de cuadros de olor, y, en todo momento, pueden saber lo que ha ocurrido allí donde se encuentran: los perros que han pasado y cuándo lo hicieron, de qué sexo y edad eran,

qué han hecho allí, en qué situación hormonal se encontraban... Son perfectamente capaces de detectar nuestro estado emocional. En mi agreste infancia iba acompañado por los encinares charros de mi perra Lassie, que iba rastreando constantemente todo tipo de animalillos; ella percibía perfectamente, sólo con su olfato, todo lo que había o había habido en cada carrasco, en cada madriguera, y me lo indicaba con el vivo movimiento de su pequeño rabo. Yo aprendí a leer sus *mensajes de rabo*, y podía prever con precisión absoluta si íbamos a encontrar un erizo, una gran culebra bastarda, un lagarto ocelado, un conejo, una liebre, un ratón o un topillo. Es más, en los crudos inviernos salmantinos acostumbraba a perderme con ella por los juncales en busca de topillos, y aprendí a leer en sus movimientos si en las madrigueras de los roedores se ocultaba una sólo ejemplar o estaba acompañado por más. Esto da una indicación de hasta qué punto es capaz un cánido de interpretar los mensajes odoríferos.

Todos los que hemos convivido con perros hemos sido alguna vez asombrados espectadores de su capacidad olfativa. Cuando mi amada collie, Yesi, olfateaba de pronto el aire y se excitaba contenta, sabía yo perfectamente que mi madre o algún otro miembro de la familia acababa de pasar por ahí. Dependiendo de la persona que era olfateada, la expresión de su excitación era diferente. En muchas ocasiones nos servíamos de ella para encontrar el camino perdido en la montaña. Y si la niebla cubría todo de blanco, no me preocupaba lo más mínimo si iba acompañado de Yesi, pues me guiaba con la más absoluta seguridad. En una ocasión había perdido las llaves del coche en medio de un inmenso jaral, y resolví volver con ella, dejándome guiar; conseguir encontrar una llave en un jaral enorme es como encontrar una aguja en un pajar, pero ella me guió exactamente por el mismo camino, algo totalmente imposible para mí, en aquel espeso laberinto vegetal, hasta encontrar la llave. Con mi simpática perrita de agua Zorba realizaba a menudo exhibiciones de búsqueda e identificación de objetos que resultaban muy divertidas. Y si mis padres me tenían que dejar las llaves de nuestra casa de campo escondidas en algún lugar, les decía que no me dijese dónde, pues me divertía mucho el que ella fuese capaz de encontrarlas escondidas bajo una piedra en medio de la noche. Con Zorba llegué al nivel más alto en los ejercicios de identificación y búsqueda de objetos.

La memoria olfativa de los canes es sorprendente. Ellos pueden recordar un olor toda la vida. Cuando una determinada persona ha producido emociones intensas en un perro, ya fuesen positivas o negativas, el olor de esta persona quedará asociado a dichas emociones de por vida. El sentido del olfato canino es tan impresionante que resulta prodigioso y, a menudo, será este el que nos hará creer en un *sexto sentido*. Muchos propietarios han descubierto cómo los perros perciben perfectamente el miedo de los transeúntes desconocidos que se cruzan con ellos por la calle. Y no solamente el miedo, sino que el perro es perfectamente capaz, y está científicamente

comprobado, de percibir otras emociones de las personas, y a esto contribuye su increíble olfato.

El olfato canino, por tanto, es la máquina más sofisticada para la búsqueda de sepultados bajo escombros tras un terremoto. Donde no se tenían perros de búsqueda, se removían indiscriminadamente los escombros con máquinas pesadas o manualmente, si acaso utilizando algunos limitados equipos electrónicos. Los equipos artificiales sólo tienen un 10% de eficacia en recuperación de personas con vida, contra un 90-100% de eficacia de los perros de rescate, que señalan todas las víctimas y no dan falsos señalamientos. Estos falsos señalamientos con los equipos artificiales conllevan grave riesgo para los sepultados vivos y hace perder mucho tiempo. En el terremoto que aconteció en Armenia en 1989 fueron rescatadas más de cuarenta personas con vida que fueron encontradas por los perros. Estas personas eran «no evidentes», es decir, sepultados que de otro modo no habrían podido ser encontrados. En el caso de la búsqueda en grandes áreas, mientras que una hectárea de bosque necesita de treinta horas por persona con la búsqueda convencional, un equipo de un perro y su guía lo cubren totalmente y con seguridad en tan sólo una hora. Los perros, además, ayudan a descartar unas zonas y a priorizar otras, con el ahorro de tiempo que esto supone para las víctimas vivas. En los aludes los perros son capaces de encontrar a una persona con vida que esté sepultada bajo la nieve a siete metros de profundidad.

Pero además, los cánidos cuentan con un oído que les permite captar infrasonidos y supersonidos, superándonos ampliamente. El mismo sonido puede ser detectado por ellos a una distancia cuatro veces superior, y pueden detectar frecuencias que son inaudibles para nuestro oído, siendo capaces de localizar, con increíble precisión, cualquier sonido en la oscuridad, dirigiendo su atención hacia el punto exacto de la emisión.

En cuanto a su vista, no está tan perfeccionada, en cambio, como la del humano, para la visión estereoscópica —en tres dimensiones— a la que estamos adaptados evolutivamente como animales arborícolas; pero su visión periférica es, al menos, 60 grados más amplia, siendo diez veces más sensibles al movimiento, lo que les es dado como animales predadores; en cambio, los humanos estamos mejor capacitados para la visión de objetos estáticos. En condiciones de baja luminosidad, al tener mayor proporción de células fotosensibles en su retina, están mucho mejor adaptados que el hombre, siendo capaces de aprovechar la escasa luz de la penumbra. Además, cristalino, pupila y córnea son mucho mayores que en el humano, también con el fin de capturar la mayor cantidad de luz posible; y poseen el *tapetum lucidum*, una capa de guanina que es capaz de reflejar la luz para que, la que no haya sido absorbida a su paso por la retina, pueda ser también aprovechada. Es lo que hace que les brillen los ojos en la noche cuando son iluminados.

1.3. TAXONOMÍA Y SISTEMÁTICA

La familia de los cánidos cuenta con 15 géneros y 37 especies descritas (aunque algunas fuentes nombran menos) que comprenden desde el pequeño zorro del desierto sahariano, el otocyon, que pesa poco más de un kilogramo y mide veinte centímetros de altura en la cruz, hasta el lobo, que puede alcanzar los ochenta centímetros en la cruz y, en algunos ejemplares, más de 65 kilogramos de peso (90 kilogramos de récord en un lobo cazado en los Cárpatos). He aquí el inventario completo de las especies de cánidos descritas en la actualidad.

Género *Canis*

- Lobo *Canis lupus*
- Perro doméstico *Canis familiaris* o *Canis lupus familiaris*
- Coyote *Canis latrans*
- Chacal dorado o común *Canis aureus*
- Chacal de flancos rayados *Canis adustus*
- Chacal de dorso negro *Canis mesomelas*
- Chacal de Simien *Canis simensis*

(Hoy se sabe que el lobo rojo *Canis rufus* es descendiente directo de cruzamientos entre lobos y coyotes debido a alteraciones en el hábitat provocadas por el hombre)

Género *Lycaon*

- Licaón *Lycaon pictus*

Género *Cuon*

- Dolo, cuón o perro rojo *Cuon alpinus*

Género *Alopex*

- Zorro ártico *Alopex lagopus*

Género *Vulpes*

- Zorro rojo o común *Vulpes vulpes*
- Zorro corsac *Vulpes corsac*
- Zorro de Bengala *Vulpes bengalensis*

- Zorro tibetano *Vulpes ferrilata*
- Zorro cana *Vulpes cana*
- Zorro del desierto *Vulpes rueppellii*
- Zorro pálido *Vulpes pallida*
- Zorro de El Cabo *Vulpes chama*
- Zorro veloz *Vulpes velox*
- Fennec *Vulpes zerda*

Género *Nyctereutes*

- Tanuki o zorro de antifaz *Nyctereutes procyonoides*

Género *Otocyon*

- Otoción o zorro de orejas de murciélago *Otocyon megalotis*

Género *Urocyon*

- Zorro gris plateado *Urocyon cinereoargenteus*
- Zorro gris isleño *Urocyon littoralis*

Género *Lycalopex* (o *Pseudalopex*)

- Zorro colorado o culpeo *Lycalopex culpaeus*
- Zorro gris menor, gris patagónico o chilla *Lycalopex griseus*
- Zorro gris mayor o gris de la Pampa *Lycalopex gymnocercus*
- Zorrito costeño *Lycalopex sechurae*
- Zorro de Chiloé o de Darwin *Lycalopex fulvipes*
- Zorro raposa de campo o de Hoary *Lycalopex vetulus*

Género *Dusicyon*

- Zorro de las Malvinas *Dusicyon australis* —EXTINTO—

Género *Atelocynus*

- Zorro de orejas cortas o perro de monte *Atelocynus microtis*

Género *Chrysocyon*

- Lobo de crin o aguará guazú *Chrysocyon brachiurus*

Género *Speothos*

- Zorro o perro vinagre *Speothos venaticus*

Género *Eudiptes*

- Zorro magallánico *Eudiptes chrysolopus*

En cuanto a las diferencias taxonómicas existentes entre las especies de zorros sudamericanos, cabe señalar que, en 1976, Cutton-Brock, Colbert y Hills incluyeron en el género *Dusicyon* todas las especies que otros autores ubican en los géneros *Lycalopex*, *Pseudalopex*, *Dusicyon*, *Cerdocyon* y *Atelocynus*, además de plantear la posibilidad de que *Dusicyon australis*, el zorro de las Malvinas, fuese una especie muy cercana al perro. Según esta teoría, el zorro malvinero estaría cercano tanto a las especies del género *Canis* como a los zorros del género *Pseudalopex*. Incluso, por entonces, Langguth (1975) y, posteriormente, Van Gelder (1978), consideraron al género *Dusicyon* como un subgénero de *Canis*, que solamente incluiría al zorro de las Malvinas *Dusicyon australis*, exterminado por los británicos que invadieron las islas a finales del siglo XIX. La discusión sigue actualmente en activo, por lo que, según autores, podremos encontrar en la bibliografía, distintas opciones. Por ejemplo, al zorro colorado se le clasifica como *Dusicyon culpaeus* o como *Lycalopex culpaeus*; o al zorro gris de la Pampa como *Lycalopex gymnocercus*, *Pseudalopex gymnocercus* o como *Dusicyon gymnocercus*. Y así con las demás especies de estos géneros. Queda dicho esto con el fin de evitar confusiones a quienes comienzan a internarse en el apasionante estudio de los cánidos salvajes. También hay un par de especies que no son reconocidas por todos los autores, como el zorro de Chiloé o de Darwin *Lycalopex fulvipes*, al que habitualmente no se le nombra, pero que está perfectamente descrito, si bien es, ciertamente, el zorro más raro de Sudamérica. Tampoco se reconoce generalizadamente al zorro magallánico *Eudiptes chrysolopus*, por lo que aquí estoy considerando un catálogo amplio de especies.

Por otra parte, el coyote y el lobo pudieron tener un ancestro común norteamericano hace unos dos millones de años. El chacal de Simien debería ser llamado lobo de Simien, pues, en realidad, es un descendiente relicto del lobo, que llegaría a aquel lugar en el pasado. Perro y lobo son parientes extremadamente cercanos y difieren a lo sumo en un 0,2% de la secuencia de ADN mitocondrial. En comparación, el lobo difiere de su relativo salvaje más cercano, el coyote, en un 4% aproximadamente. La genética molecular evidencia que las teorías del chacal como ancestro del perro son equivocadas, y quedan actualmente descartadas.

1.4. RELACIONES ECOLÓGICAS: EL PAPEL DE LOS CÁNIDOS

Los cánidos ocupan la gran mayoría de los ecosistemas a nivel mundial, por lo que gran parte del planeta está habitado por estos carnívoros generalistas. En Sudamérica, predominan los zorros de diversas especies y géneros, que ocupan desde las estepas y montañas, esteros o humedales y pampas a las selvas más densas. En África encontramos al lycaon como cánido superpredador, y a otros como chacales y también zorros, que desempeñan un papel más oportunista y carroñero. En Australia no evolucionaron los cánidos y, debido a ello, dejaron un vacío que pudo ser ocupado por un animal que evolucionó en un interesantísimo proceso filo-genético convergente —lo que quiere decir que a pesar de su diferencia filogenética, desarrollaron características comunes debido a factores ambientales similares— y que, a pesar del nombre con el que es conocido, ni era cánido ni tenía que ver nada con los cánidos; se trataba de un marsupial: el tilacino o lobo marsupial *Thylacinus cynocephalus*, cuyo exterminio fue acelerado por los europeos a su llegada a la isla continente, y tristemente alcanzado en 1936, cuando el último ejemplar murió en un zoológico de Tasmania. Debido a la evolución convergente, este predador pudo aprovechar los mismos recursos que habrían aprovechado los cánidos. No obstante, a Australia llegó, hace miles de años, el dingo, un cánido que arribó en condiciones de domesticidad acompañando a los primeros seres humanos pobladores de esta región, y que, a partir del establecimiento de poblaciones asilvestradas, obligó al ecosistema a adaptarse a su presencia, hasta el punto de constituir finalmente un eslabón más de la cadena trófica, como superpredador. Los europeos lo conocieron ya como animal silvestre.

El gran cánido superpredador de los ecosistemas de todo el Hemisferio Norte es el lobo, que comparte biotopo con diferentes especies de zorros —y con coyotes en Norteamérica— que, evidentemente, son predadores de presas menores y tienen un comportamiento más oportunista.

El papel de los cánidos es importantísimo en la Naturaleza. En México se realizó un estudio sobre la alimentación del coyote, descubriendo que, ciertamente, si las poblaciones de este cánido se mantienen sanas, funcionarán como agentes reguladores de las poblaciones plaga de roedores, pues, en algunos lugares, representan hasta más del 80% de su dieta. El lobo, especialmente, tiene un papel insustituible como regulador del equilibrio natural, como bien saben todos los naturalistas de campo de las regiones que tienen la suerte de contar con la presencia del gran superpredador.

Cuenta una bonita y significativa leyenda inuit, que en el mundo sólo existían un hombre y una mujer. Fue ella quien se acercó a un agujero en el hielo e introdujo su mano para extraer el caribú, la base de la vida de las gentes del Gran Norte. Sigue diciendo la fábula, que llegó a haber tantos caribúes que los consideraban una plaga y

los denominaban «piojos». Los cazadores empezaron a matar animales, pero buscaban siempre a los más sanos y fuertes. De esta forma, sólo se reprodujeron los débiles, y los rebaños acabaron por convertirse en manadas de animales débiles y enfermizos. La gente empezó a desesperarse, pues dependían del caribú para comer y vestir. Fueron a pedir ayuda a aquella primera y sabia mujer. Ella regresó al agujero del hielo, introdujo su mano y esta vez sacó algo sorprendente para terminar de una vez por todas con la enfermedad de los caribúes: era Amaroq, el lobo. Y sucedió que los lobos cazaron a todos los animales débiles y enfermos y los rebaños se hicieron fuertes. La gente tuvo, entonces, los que necesitaba. Al respecto de esto me permito aconsejar al lector ver la maravillosa película titulada *Los lobos no lloran*, dirigida en 1983 por Carroll Ballard; o mejor, leer el libro autobiográfico original en que está basada: *Never cry wolf*, de Farley Mowat.

No obstante, no hay más clara referencia al lobo como saneador de los ecosistemas que aquello que aconteció en la isla Royal, la mayor isla del lago Superior, en Michigan; algo muy similar a la leyenda inuit: los caribúes, que llegaban a finales del otoño desde Canadá para invernar allí, desaparecieron exterminados, cómo no, por el hombre. Pero, en un momento dado, alrededor de 1900 o en ese mismo año, llegó un grupo de wapitíes, los grandes ciervos norteamericanos, atravesando un puente de hielo desde tierra firme. Los ciervos, sin la presencia del lobo en la isla, se encontraron en un paraíso y pudieron reproducirse sin control, devorando tranquilamente toda la vegetación. Hubo un momento en el cual la isla estaba habitada por cientos y cientos de ciervos y la presión sobre la vegetación hizo que el bosque se degenerara a un ritmo vertiginoso e insostenible, poniendo en grave peligro la biodiversidad del lugar. Pronto, la misma población de cérvidos se vio resentida, enfermando dramáticamente. Los conservacionistas, alertados, querían salvar la población de ciervos cuando estos se precipitaron hacia la extinción en la isla, declarada entonces Parque Nacional. En medio de aquel caos, llegó un crudo invierno de mediados de siglo y se formó de nuevo un puente de hielo y, esta vez, llegaron los lobos caminando hasta la isla. Los conservacionistas se echaron las manos a la cabeza, desesperados ante la inminente desaparición definitiva de los wapitíes. Todos vaticinaban que la llegada de los lobos representaría su sentencia final, su irremediable fin. Pronto descubrieron que estaban muy equivocados: los lobos sanearon la población de ciervos eliminando a los débiles y enfermos. Con el tiempo, se alcanzó el equilibrio entre predadores y presas, y la isla encontró la armonía vital que necesitaba. Se recuperó el ecosistema. Los lobos habían restaurado el equilibrio natural. Hoy día es un Parque Nacional donde se protege al lobo a sabiendas de su enorme importancia para el mantenimiento del frágil equilibrio.

En el Parque Nacional de Yellowstone, se reintrodujo el lobo a partir de 1995 y, desde entonces, se ha descubierto que los bosques de álamos se han recuperado. Esto

se debe a que los ciervos han de estar alerta y moverse a menudo, no pudiendo ejercer tanta presión sobre la vegetación.

Es evidente, por tanto, que el lobo cumple un papel importantísimo en la selección natural de gran número de fitófagos y, por ello, resulta ser uno de los más importantes guardianes del equilibrio de los bosques, y del resto de hábitats que ocupa, en definitiva. Está demostrado que la ausencia del lobo conlleva la paulatina, y a veces irrecuperable, degradación de la vegetación. En aquellos lugares que he tenido la oportunidad de conocer personalmente, en donde aún sobrevive el lobo en un ambiente poco degradado o virgen, he podido comprobar que las poblaciones de ungulados salvajes se encuentran en perfecta armonía con el medio. En los Cárpatos de Rumanía pude constatar, por ejemplo, que jabalíes y cérvidos conservaban poblaciones perfectamente reguladas. Conviví allí con pastores que ejercían un pastoreo de montaña totalmente tradicional y extensivo, y que, a pesar de la abundancia de osos y lobos, no acusaban tantas bajas en el ganado como sucede en España, lo cual era gracias a la vigilancia exhaustiva con perros protectores y del propio pastor, así como al estabulamiento nocturno; es decir, a un manejo del ganado que se ha perdido en muchas regiones de Europa occidental, en busca de una mayor comodidad y un régimen más intensivo, inviable, evidentemente, con la existencia del cánido salvaje.

En Picos de Europa, no obstante, he tenido la suerte de recorrer recónditos parajes en los que aún el lobo sobrevivía sin necesidad de hacer mella en el ganado doméstico; concretamente, tuve la oportunidad de analizar la alimentación de un grupo en diferentes temporadas y años, comprobando que, efectivamente, la base de su dieta se componía exclusivamente de corzo, ciervo, rebeco y jabalí, especies cuya densidad poblacional estaba estrictamente regulada por ellos, por lo que resultaban mucho menos abundantes los jabalíes en aquella zona que en las sierras más sureñas de Castilla, donde medran grandes densidades del suido salvaje, que resultan peligrosas para el equilibrio del ecosistema. Las astas de ciervo que he encontrado en primavera, tanto en aquella zona de Picos de Europa como en la Sierra de la Culebra, donde vive una de las mejores poblaciones de lobos de Europa occidental —gracias al trabajo incansable y apasionado de concienciación que realizó el Dr. Félix Rodríguez de la Fuente en las décadas de los años 60-70— resultan mucho más densas y pesadas que las que he encontrado en las susodichas sierras meridionales, en aquellas fincas gestionadas por sociedades de caza. Efectivamente, el ser humano ejerce la contraselección, es decir, actúa exactamente al contrario de la forma en que lo hace la selección natural, eliminando precisamente a los ejemplares más vigorosos, aquellos que cuentan con el mejor «trofeo», la mejor cornamenta. Bien saben los cazadores que en la Sierra de la Culebra encuentran «trofeos» excepcionales gracias al lobo. El lobo, pues, actúa sobre el débil y el enfermo, y es éste, precisamente, su

papel en la Naturaleza.

Y como quiero insistir en ello, recordaré que allí donde desapareció el lobo o vio seriamente mermadas sus poblaciones, se produjo claramente un desequilibrio que afectó a todo el ecosistema. Por ejemplo, en el sur de España, las poblaciones de jabalí crecieron desmesuradamente devorando, incluso, hasta las puestas de los flamencos. Además, el jabalí se comporta a menudo como predador, y captura también a los gazapos que esperan a la madre en las pequeñas y ocultas conejeras de cría, que son poco profundas y vulnerables ante una exagerada expansión del suido, por cuanto los jabalíes, en gran número, no dejarán rincón del monte sin olisquear. Bien sabemos lo mermadas que están bastantes poblaciones de conejo en España debido, como siempre, a la mano del hombre (enfermedades creadas o importadas, presión cinegética, destrucción del hábitat...); y bien sabemos lo importante que resulta el lagomorfo para la supervivencia del felino más amenazado del mundo: el lince ibérico, así como para las últimas águilas imperiales ibéricas — desgraciadamente, y no por casualidad, también una de las rapaces más amenazadas del mundo— así como para el águila de Bonelli y una gran variedad de pequeños y medianos predadores ibéricos.

En la Cordillera Cantábrica, allí donde el lobo ha sido duramente perseguido, el jabalí ha crecido con desmesura. Y resulta que los daños producidos por los jabalíes al sector agrícola son mucho más cuantiosos económicamente que los que provoca el lobo sobre la cabaña ganadera —como curiosidad comparativa, estando en Uruguay, me enteré de que allí los jabalíes, introducidos a finales de los años 20 por un listillo en el país, donde no existen ya grandes predadores naturales, son hoy la mayor plaga nacional, y como tal están declarados en toda la República—. Volviendo a España, además hay que destacar que la superpoblación de jabalí devora las puestas de los últimos urogallos cantábricos, que se encuentran en grave peligro de desaparición, y también ingieren casi toda la producción de frutos otoñales que necesitan los osos para poder sobrevivir al duro invierno. Por tanto, vemos cuán delicadísimo es el equilibrio natural y cuán importante es el lobo como superpredador: osos, urogallos, lince, águilas, cérvidos, cobertura vegetal, el bosque en sí mismo, dependen del lobo para sobrevivir. Recientemente, el Fondo para la Protección de los Animales Salvajes (FAPAS), ha comprobado cómo en Somiedo, Asturias, la recuperación de la población de lobos ha llevado a la población del jabalí a una densidad ecológicamente equilibrada, lo que ha repercutido muy positivamente en todo el ecosistema de montaña.

El ser humano, muy aferrado a sus convicciones aunque sean absolutamente disparatadas, persigue duramente al lobo; como consecuencia, los jabalíes destrozan las cosechas, y las sociedades de caza organizan contra ellos batidas otoñales que suponen una lacra más para los últimos osos cantábricos en la época en la que más

necesitados están de tranquilidad, y batidas a comienzos de año que provocan perturbaciones durante la etapa más sensible del proceso reproductivo de varias especies de grandes aves de presa. Si, hasta que llegó la destructiva intervención del ser humano sobre los ecosistemas primigenios, estos conservaban todo su esplendor, era debido al perfecto equilibrio entre predadores y presas.

Y aquí aprovecho para recordar algo que me parece sumamente importante. Algunos trabajos de diferentes investigadores, nos muestran al lobo como carroñero; a menudo aprovechando los recursos de los vertederos humanos. Muchos de estos estudios no han sido rigurosamente exhaustivos en lo que a la etobiología de la especie se refiere, ni de la suficiente amplitud como para generalizar estas conclusiones. Grande del Brío considera este fenómeno de excesivo carroñeo como una *inversión en el terreno de las relaciones interespecíficas*, así como un claro «ejemplo de la trastocación de los esquemas etológicos del lobo y una muestra de la gravedad del fenómeno de desequilibrio ecológico». Es claro que, si toda la conducta social del lobo se basa en la perfecta organización para la práctica de la depredación, la necrofagia, obligada o fomentada, puede trastocar, en varias generaciones, las claves de conducta de la especie hasta puntos alarmantes, pues no sólo implica un cambio en la orientación trófica, sino que, con ello, también un cambio en los esquemas conductuales. No puedo por menos de subrayar las afirmaciones de mi buen amigo Grande del Brío, que me parecen absolutamente acertadas, por cuanto traen a conclusión que «la razón de ser de una especie cualquiera estriba en el mantenimiento de su propia condición» y que, de ser el lobo un merodeador de basureros, «carecería de sentido ecológico su supervivencia». Que el lobo está conformado como depredador es algo que espero dejar claro en este libro y, por tanto, es fácil comprender que, si en determinadas zonas, el lobo se ve obligado a sobrevivir en parte a costa de basuras, estos lugares serán ejemplos claros de ecosistemas dañados, antropogenizados, y no el reflejo de una supuesta conducta casi exclusivamente necrófaga del lobo. Incluso, el hecho de que manadas enteras deban sobrevivir a costa de basuras, o se fomente esto como una pretendida y desacertada forma de intentar atajar los daños a la ganadería, puede conllevar gravísimos problemas a corto y medio plazo, derivados de la incapacidad de los juveniles para desarrollar a fondo todas las manifestaciones de comportamiento social y predatorio que les permiten adiestrarse adecuadamente en el ejercicio de la caza en la Naturaleza. Evidentemente, el lobo, como cánido, es un oportunista, que no desdeña la carroña cuando se presenta la ocasión, como he podido comprobar a menudo en las montañas asturianas con los cadáveres de rebecos muertos en la nieve por accidente o enfermedad, pero no por ello queda restringido su espectro trófico a este recurso, que resulta más bien un complemento de la dieta. Para concluir este capítulo, no encuentro, por todo lo dicho, mejores palabras, nuevamente, que las del investigador

Ramón Grande del Brío, cuando afirma que «cazar no es sólo capturar para comer», y que el lobo «no sólo es un animal que come, sino que, fundamentalmente, es un animal que caza». Esto es algo que conviene tener muy claro, insisto, para la comprensión del desarrollo de las pulsiones de caza y otras particularidades de la conducta de los cánidos con ellas relacionadas.

TEMA 2. LA SIMBIOSIS HOMBRE-PERRO

«(...) Y si se me objeta que los animales no son personas, responderé que la personalidad comienza precisamente allí donde cada uno de dos individuos representa en el mundo del otro un papel que nadie podría asumir sin más ni más. Es decir: la personalidad nace allí donde aparece por primera vez la amistad personal».

Konrad Lorenz

2.1. EL LOBO, EL ANCESTRO SALVAJE

«Todas las virtudes del perro, la fidelidad, la nobleza, la alegría, el altruismo, la inteligencia, la sensibilidad, están acrecentadas y acrisoladas en sus tatarabuelos, los lobos».

Félix Rodríguez de la Fuente

Creo haber dejado clara la importancia del lobo como referencia clave para el estudio de la conducta del perro en cuanto a que es aquel el ancestro primitivo y salvaje, y, por tanto, inadulterado, del mejor amigo del hombre. La inmensa mayoría de los perros tienen un comportamiento, de una forma u otra, adulterado con respecto de la conducta de la especie silvestre, y siempre a favor de la funcionalidad al servicio del ser humano. Sólo la especie salvaje, el lobo, posee los patrones de la conducta natural, inalterada y pura. A partir de esta referencia, intentaremos analizar cómo han podido evolucionar, degenerarse o atrofiarse, estos patrones conductuales.

Existen en el mundo treinta y dos razas de lobos reconocidas científicamente, aunque algunas todavía en discusión, además de algún morfotipo como el caso de *Canis rufus*, el lobo rojo norteamericano, que ahora se sabe que no son sino descendientes de cruzamientos entre lobos y coyotes. Nueve razas de lobos han sido totalmente exterminadas por el ser humano, la gran mayoría en Norteamérica, allí donde la llegada del hombre blanco, para su propia vergüenza, significó la más trágica aniquilación de seres vivos, incluidos sus congéneres, que jamás haya sucedido.

De entre las razas de lobos, hay ocho de lobos blancos que viven en las tundras de las regiones árticas, en Siberia, Laponia, Groenlandia, Canadá y Alaska; diez razas de lobos grises, entre los cuales hay ejemplares melánicos —completamente de color negro—, que se encuentran por debajo del paralelo 66, en la taiga norteamericana, siendo dominantes en algunas poblaciones; siete razas de lobos pardos, aún más meridionales, euroasiáticos, entre los cuales está el *Canis lupus lupus*, el lobo europeo, y el *Canis lupus signatus*, nuestro lobo ibérico, otros lobos pardos son aquellos que viven en Mongolia y desiertos y estepas de Asia Central y Arabia; y la raza que vive en los Abruzzos italianos. Finalmente, hay tres subespecies de lobos rojizos del extremo meridional de Eurasia y América del Norte, entre ellos el *Canis lupus pallipes*, el lobo de la India, el cual se cree que es el más cercano a la mayoría de las razas de perros y diferente al resto de los lobos.

2.2. ORIGEN DE UNA SIMBIOSIS

«Probablemente, el rasgo más destacado que he encontrado en el lobo reside en su capacidad para establecer lazos emocionales con otros individuos (...) esa capacidad permitió al hombre convertir al lobo en su mejor amigo —el perro actual— (...).»

Félix Rodríguez de la Fuente

El paleoantropólogo J. L. Arsuaga, apunta que la revolución cultural del hombre pudo ser facilitada por el consumo de carne, por lo que no me cabe ninguna duda de que la estrecha relación de aquellos primitivos hombres con los carnívoros predadores impulsaría al gran primate humano a constituirse, para bien o para mal, en lo que es hoy.

Durante miles de años, hombre y lobo tuvieron que competir, en las más duras condiciones, por las especies presa. En aquellas condiciones, la unión en sociedades altamente organizadas podía garantizar las posibilidades de supervivencia. De otra forma, como les ocurrió a algunos grandes predadores solitarios, quizá se hubieran extinguido. El hombre y el lobo, gracias al desarrollo de una sofisticada estructura jerárquica y compleja organización grupal, sobrevivieron en las mismas condiciones y desarrollaron unos paralelismos sorprendentes en sus conductas, que culminarían en una fantástica alianza.

Es muy probable que, durante un largo periodo de la historia, los primeros seres humanos, grandes cazadores del Pleistoceno, encontrasen ya un beneficio en la colaboración con los lobos, en aquel entonces abundantísimos, como atestiguan los restos arqueológicos. Seguramente, el hombre se aprovecharía de la capacidad cazadora del cánido, hasta entonces su gran competidor ecológico, para arrebatárle la pitanza y, a su vez, los lobos merodearían los campamentos de aquellos hombres primitivos en busca de restos.

Homínidos y lobos, superpredadores ambos, se irían conociendo mutuamente, íntimamente, conformando unos lazos que, con el tiempo, se irían estrechando más y más. En algún momento, lo que ni el registro fósil ni los paleoantropólogos cuentan es que, los lobeznos, capturados o adoptados por los grandes primates cazadores, serían posiblemente amamantados por mujeres, surgiendo de esta forma uno de los más fantásticos tributos de los que se ha beneficiado la Humanidad: el proceso de *impregnación* del lobo con el hombre, del que hablaré en este libro en su debido momento. De esta forma, la unión entre el cánido salvaje y el primate humano, la más maravillosa y espectacular simbiosis que pueda existir entre dos especies tan sumamente distantes filogenéticamente, quedaría sellada para siempre por constantes procesos de impronta. No ha de sorprender al lector el hecho de que aquellas mujeres del cuaternario amamantasen a los pequeños cánidos, pues, aún hoy día, sucede en numerosos lugares el que las mujeres con exceso de producción láctea amamanten a crías y cachorros de cualquier especie para evitar la posibilidad de una mamitis o

inflamación de las glándulas mamarias.

En mi primer libro, *El hombre y el perro*, publicado en 1999, recordé una frase de mi amigo el naturalista Ramón Grande del Brío, ya nombrado anteriormente, reconocido especialista del lobo, en que decía, al referirse al origen del perro, que «habría que hablar de domesticación del lobo en vez de domesticación del perro, pues éste es ya de por sí un animal doméstico». Me parece muy acertada tal afirmación, pues una vez sellada aquella simbiótica relación entre el cánido salvaje y el hombre primitivo, iba a comenzar, a buen seguro, un larguísimo y lento proceso de selección genética, posiblemente involuntario al principio, que llevaría al nacimiento del perro. Y este hecho evidente de que «el perro tal y como hoy lo conocemos surge de la mano del hombre y no como producto de la selección llevada a cabo por la Naturaleza», es algo que me gustaría subrayar, pues va a ser sumamente importante para la comprensión del perro en toda su dimensión.

La relación pudo tener sus comienzos hace 125.000 años. Los primeros humanos que llegaron a Australia hace, dicen los científicos, unos 40.000 a 60.000 años, lo hicieron navegando ya de alguna primitiva y misteriosa forma —probablemente en frágiles canoas— de isla en isla, desde el sudeste asiático hasta las tierras septentrionales emergidas de Australia, hoy bajo el mar; y llegaron con sus perros, los directos antecesores del dingo, interesante ejemplo de aquellos canes primigenios que acompañaban a nuestros más lejanos antepasados. El porqué los dingos se asilvestraron posteriormente, es algo fácil de comprender si nos atenemos a lo que nos dicen las teorías acerca de la *involución* cultural de los aborígenes australianos, basadas en que el nivel cultural de dichos aborígenes es muy inferior al de sus ancestros, aquellos primeros pobladores que llegaron navegando con sus perros; en ese caso, como en la gran isla continente oceánica abundaban las presas sumamente fáciles de capturar, ya que desconocían las capacidades predatorias de los recién llegados, tanto hombres como perros dejaron de necesitarse mutuamente, y estos se alejarían poco a poco de los hombres. Los hombres podían proveerse de alimento sin necesidad de agricultura o domesticación de animales, así que, posiblemente, como decía Konrad Lorenz, esto pudo facilitar la *regresión cultural* de aquellos primitivos colonizadores y su independencia del perro, pues ya no le necesitarían para cazar. Así podría haber sido como se produjo el nacimiento del dingo australiano tal y como le conocemos hoy. Hombres y dingos eran los únicos mamíferos terrestres no marsupiales del continente australiano que encontraron los europeos a su llegada hace cuatrocientos años.

Cuando aquellos primeros hombres, futuros aborígenes, llegaron a Australia, el continente europeo, sumido en la última glaciación, ponía la supervivencia muy difícil para los hombres del Paleolítico superior, que sólo pudieron superar las dificultades, como dije al comienzo, gracias a la perfecta organización de sus

comportamientos sociales. Las hordas humanas funcionaban como las manadas lobunas. Y, realmente, entre ambas especies existe una curiosísima convergencia evolutiva a nivel del comportamiento social sumamente interesante, sin duda una de las claves más importantes del profundo entendimiento entre el hombre y el perro y, sin duda alguna también, algo realmente aleccionador para el profundo entendimiento de los orígenes de nuestra propia conducta.

En aquella época glacial se produjo la sustitución definitiva de gran parte de la fauna, con grandes extinciones naturales y desplazamientos geográficos. El lobo se muestra como especie sumamente adaptable, indiferente al clima y las condiciones ecológicas imperantes y se expande, colonizando distintos biotopos por todo el Hemisferio Norte. El hombre compartía el medio con otros depredadores además del lobo: hienas, osos de las Cavernas y grandes félidos.

Diversos estudios apuntan a que, necesariamente, tuvieron que suceder diferentes procesos paralelos de domesticación de los cánidos en distintas partes del planeta, lo que no deja de ser sumamente sorprendente si uno se detiene a pensar en lo fascinante que resulta que un primate y un cánido lleguen, de alguna forma, a semejante acuerdo de colaboración; más aún, por tanto, si esto sucede de forma independiente en diferentes lugares del mundo.

El perro acompañaba al hombre primitivo también desde las primeras migraciones tras los grandes rebaños de herbívoros viajeros en las gélidas épocas glaciales. Durante las glaciaciones, el fondo del mar de Bering quedó al descubierto por el descenso del nivel del mar provocado por los hielos. Esto facilitó el paso de especies entre el Nuevo y el Viejo Mundo, con un enorme puente entre Siberia y Alaska; y así tuvo lugar un gigantesco intercambio biológico hasta la retirada de los hielos y el regreso de las aguas: cérvidos, mamuts, bisontes, bueyes almizcleros, grandes felinos, osos, lobos y el hombre pasaron libremente de uno a otro lado; así fue como el ser humano llegó a las frías tierras de los actuales territorios del Yukón. Aquellos primeros hombres, conocidos por la comunidad científica como paleoindios, que llegaron, hace al menos 30.000 años, quizás 50.000, armados de instrumentos de madera y hueso de mamut y caribú, a aquellas tierras, permanentemente heladas, siguiendo a los rebaños que constituían sus presas, iban ya, como demuestran los ricos yacimientos arqueológicos de Old Crow, en el Yukón, acompañados de sus perros, que eran sus ayudantes indispensables en la caza y, seguramente, importantes vigilantes de sus campamentos ante la eventual aparición de grandes depredadores u otras hordas humanas. Estos perros no debían de ser muy diferentes aún de los lobos.

Una vez aparecido el perro como tal, y no antes, el hombre descubre la domesticación del resto de animales, hace unos 10.000 años; esto ocurrió en Oriente Próximo, en los indómitos territorios de los actuales Israel, Siria, Irak y Turquía,

como atestiguan los yacimientos conocidos. Y este proceso de domesticación de los herbívoros, la primitiva ganadería, es algo que *hubo necesariamente de producirse, de nuevo, gracias a esa asociación con los cánidos*, que, por su impulso cazador atávico, conseguían reunir los rebaños de ungulados salvajes, facilitando su captura por parte de la horda humana. Así que, por continuidad de la caza, surge el pastoreo, que se extendería desde Oriente por todo el continente europeo. A la península Ibérica llegaría hace unos 7000 años. La domesticación de los herbívoros supondrá nada menos que la Revolución Neolítica, una vez finalizada la última glaciación, que dio paso al periodo que conocemos como Holoceno; tras cientos de miles de años cazando y recolectando en equilibrio con la naturaleza, el hombre consigue adueñarse de toda la carne, recurso con papel preponderante desde hace 40.000 años, sustituyendo los herbívoros salvajes por reses domésticas, que comienzan a seleccionar también genéticamente. El hombre empezó a tener el sentimiento de propiedad. Fíjese el lector hasta qué punto tiene importancia el perro, y más aún, el lobo, en la evolución de la Humanidad.

El lobo, que antes había pasado de competidor ecológico a colaborador admirado, pasa ahora, de nuevo, a otra dimensión en la percepción del hombre: la de parásito; y, de hecho, el más detestado, el que le arrebatara la carne. Y el hombre le condena a una implacable persecución. El perro, «hijo humano» del lobo, se convertirá en su colaborador y más fiel compañero para siempre. El perro, pues, subrayo de nuevo, acompaña al ser humano desde los más remotos tiempos de la historia de la Humanidad, desde aquella primerísima fase en la que los primitivos seres humanos se hallaban aún integrados en el seno del ecosistema primigenio. Y el lobo, ya desde entonces, acompaña al hombre en sus más primitivas, instintivas e intensas preocupaciones: aquellas que atañen a su supervivencia. Allí donde el hombre invertía su tiempo en la caza y no en el pastoreo, es decir, en el seno de las tribus norteamericanas de los bosques, las praderas y del ártico canadiense, desconocían el odio al lobo y, muy al contrario, lo divinizaron como poseedor de todas las virtudes del cazador perfecto; como símbolo de lo indomable, lo salvaje y libre. Tenía un significado relevante, mítico, en las creencias religiosas y leyendas. Era para ellos un animal totémico.

Estoy firmemente convencido de que la filogenia del hombre lleva grabada la impronta del lobo en lo más profundo, y es por ello por lo que el lobo siempre ha despertado, desde los orígenes de nuestra historia, las más vivas emociones: los más profundos odios, el amor más intenso, la más respetada veneración, la más enconada persecución... No me cabe duda de que es por ello por lo que el aullido del lobo tiene capacidad de erizarnos el cabello, hacernos sentir escalofríos, «ponernos los pelos de punta», y nos parece que, como decía Félix Rodríguez de la Fuente, «es el sonido más impresionante que ha emitido criatura viviente alguna». Parece evidente,

también, que de ahí surja directamente la relación simbiótica más maravillosa y cercana que existe en el mundo animal: la del hombre con el perro.

2.3. EL LOBO Y EL HOMBRE

«Los lobos me han proporcionado, sin duda, algunos de los momentos más felices de mi vida. Si he llegado a penetrar en el misterioso corazón de la Naturaleza ha sido a través de la profunda mirada de una loba o del tibio lengüetazo de un lobo dominante».

Félix Rodríguez de la Fuente

No sería posible comprender este capítulo sin haber leído detenidamente el dedicado al origen de esa fantástica simbiosis entre los cánidos y los primates humanos. Desde el Pleistoceno, una vez sustituida la fauna por las durísimas condiciones de las glaciaciones, hace unos 10.000 años, se alcanzó el perfecto equilibrio predador-presa. El lobo es, desde entonces, en el Hemisferio Norte, el gran superpredador, el regulador clave del equilibrio del ecosistema salvaje.

El ser humano, ayudado, como apuntaba antes, por esa relación simbiótica con los cánidos que le habría permitido conseguir el dominio de los recursos proteínicos, logra aumentar su población, y con ello también su esfuerzo de caza, con lo que comienza a producir una excesiva presión predatoria en el medio. Con la aparición del pastoreo y también la agricultura —la Revolución Neolítica— comienza a deforestar bosques. El lobo busca entonces sus rebaños, más fáciles de capturar que las cada vez más escasas presas salvajes. Y se convierte en el gran competidor del hombre. El competidor eterno. El que, paradójicamente y por derivación genética, habría de ser el origen de su más fiel colaborador, el perro.

El lobo habitaba prácticamente en todo el Hemisferio Norte representado por diferentes razas. Desde que el hombre declarase, ya en los orígenes de la historia de la Humanidad, la guerra al lobo, ha sido capaz de exterminar sin escrúpulos a varias razas. Tengamos en cuenta que ya los profetas del Antiguo Testamento —nacidos en pueblos de pastores—, lo tenían como «criatura abominable y sanguinaria». En Norteamérica, el ser humano —el hombre blanco, por supuesto— ha acabado para siempre con no pocas razas lupinas. En 1970, el lobo mexicano fue esquilado totalmente en estado salvaje en los EE. UU. En el año 1998 se liberaron en Arizona once ejemplares criados en cautividad, pero rápidamente fueron aniquilados casi todos. También en Japón se exterminó al lobo, el *Canis lupus hodophylax*. El lobo ha sido exterminado, literalmente, de enormes extensiones: en el siglo XVI fue erradicado de Inglaterra, en Escocia en el XVII y en Irlanda en el siglo XVIII, donde, incluso, crearon un perro, el gigantesco lobero irlandés o *irish wolfhound*, exclusivamente para su caza, ejercitada por los nobles y reyes como mero «deporte». A principios del siglo XX fue eliminado de gran parte de Centroeuropa. Entre 1818 y 1829 se mataron

al menos 10.789 lobos solamente en Francia; a principios del siglo xx ya sólo fueron capaces de matar 60; pocos años más tarde, no fue posible encontrar ni uno solo: se daba por extinguido. En 1947 desapareció de Suiza, donde han llegado algunos ejemplares en los últimos años, que tienen la vida «pendiente de un hilo» por el malestar de los ganaderos por su presencia. En Suecia, primer país del mundo que decidió proteger al lobo, ya había pasado de poblar las tundras y taigas de Laponia hasta las zonas boscosas del sur, a estar prácticamente exterminado. En los años 70 solamente quedaban poco más de dos docenas, cuando tan sólo 20-30 años antes aún Laponia gozaba del merodeo del lobo por sus bosques, aunque ya eran muy perseguidos por los criadores de renos, como he podido comprobar al leer un viejo libro sueco, *Varg och vargrännare*, publicado en 1950.

En España desapareció pronto el lobo de todo el levante, así como de gran parte del sur y centro peninsulares, objeto de la más enconada, cruel y miserable masacre, perseguido de las maneras más inverosímiles. La misma Administración financiaba abiertamente el exterminio del lobo, pues el ser humano de la civilización moderna juzga y cataloga a las demás especies egoístamente, en base a su propia ganancia. Los cachorros eran sistemáticamente capturados y miserablemente torturados en los pueblos hasta morir. Se sembraron los montes de venenos y cepos, se batieron los campos con perros y escopetas. En los años 70 del siglo xx, la situación era dramática: el lobo se precipitaba hacia la extinción. La intervención de Félix Rodríguez de la Fuente fue decisiva para su salvación, gracias a la titánica batalla que llevó a cabo, de la que el gran público conoce tan sólo la parte didáctica, indudablemente importantísima; pero su trabajo por la conservación de la Naturaleza fue muchísimo más amplio y profundo.

El lobo ha sido y es protagonista de las más cruentas leyendas, las más retorcidas infamias, las más oscuras fábulas y los cuentos infantiles más aterradores: el lobo devorador de niños y de inocentes, el asesino despiadado... no eran sino transmisiones culturales conservadoras en pro de esa cruenta y despiadada guerra contra el cánido que se había abierto miles de años atrás y con la que se pretendía y aún se pretende preservar a toda costa el recurso de la carne. Tengamos en cuenta que *Caperucita Roja* no es un relato de hoy: se escribió nada menos que en el siglo xvii. Al niño se le inculcaba desde la más tierna infancia el temor al lobo, porque el temor lleva al odio. El hombre elimina siempre los objetos de su temor.

En principio, quiero hacer hincapié en que, el hecho de que existan poblaciones relativamente densas en determinadas zonas no es señal concluyente de la salud biológica, ecológica, genética y demográfica de una especie. El que en ciertas áreas exista mayor número de lobos no significa, como últimamente se cree, que esté garantizada la supervivencia de la especie. Por un lado, la concentración obligada de las poblaciones conlleva anomalías de comportamiento territorial y social, y, por

tanto, predatorio, además de que, tanto este aislamiento de las poblaciones como la dispersión, facilitan la disminución de la salud genética. Por otro lado, muchos animales ven aumentadas sus poblaciones al aprovecharse de los basureros como recurso abundante, algo que ya he comentado que no resulta de ninguna manera positivo ni para la especie ni para el ecosistema, y que no es sino indicador de desequilibrio; no hay que dejarse engañar por teorías fáciles cargadas de positivismo. Algo muy significativo sobre lo delicado de intervenir en el complejo equilibrio natural es lo que descubrieron recientemente miembros del Fondo Asturiano para la Protección de la Naturaleza (FAPAS). Tenían controlado desde hacía años, mediante cámaras de infrarrojos, a un grupo de cinco lobos que vivían en el Parque Natural de Somiedo. Aquella manada cazaba exclusivamente presas silvestres y, a pesar de que por la zona había ganado doméstico, pasaron siempre desapercibidos, como muchas veces ocurre. Pero la Administración decidió llevar a cabo un proyecto de «gestión» del lobo y fueron matados dos ejemplares del grupo. Esto trastocó a la manada gravemente. Los tres individuos restantes no fueron capaces de dar caza a las presas salvajes mediante los complejos métodos de los que se valían antes. Así, se vieron impelidos a depredar sobre el ganado, mucho más fácil de capturar. La intervención humana puede destruir, por tanto, la organización de un grupo con consecuencias inesperadas; una batida en época de cría puede desarticular un grupo familiar. Pero esto no es nada positivo para los objetivos que persiguen los responsables, pues pueden quedar jóvenes «abandonados», sin los referentes sociales seguros que son los adultos, quizás incluso no han tenido ni siquiera el tiempo suficiente de asimilar las técnicas de caza para las especies salvajes, pues su fase de aprendizaje no ha sido lo suficientemente larga, y esto puede llevar, claro está, también, a los temidos ataques al ganado, que era lo que pretendían atajar de manera equivocada. Además, la dispersión forzada llevará al retardo en la madurez, con consecuencias de nuevo inesperadas. En las manadas ha de haber jóvenes vigorosos y rápidos y veteranos experimentados; de ello depende el éxito en la caza cuando se trata de presas salvajes tan difíciles como puede ser un corzo.

El confinamiento de las poblaciones es provocado, a menudo, por la construcción de infraestructuras artificiales y la consiguiente destrucción del ecosistema natural, lo que hace que los animales deban concentrarse en los pocos lugares que aún cuentan con condiciones ecológicas adecuadas. La alteración de los hábitats es una de las mayores lacras para todas las especies: tala de bosques, incendios, carreteras y autopistas, puentes, embalses, chalets, urbanizaciones, hoteles y complejos residenciales de todo tipo, etc. A menudo se habla de la hibridación de lobos y perros como algo habitual, pero esto es incierto en ambientes naturales. Es fácil comprender que el lobo salvaje es el mayor enemigo del perro doméstico que se adentra en sus dominios. Por otra parte, los perros asilvestrados protagonizan a menudo los más

graves daños a la ganadería que hayan sido provocados por depredadores, además de ser responsables de ataques a personas. Tanto los daños a la ganadería como algunos ataques a humanos realizados por perros, han sido a menudo injustamente achacados al lobo, muchas veces con oscuros intereses y, otras, por puro desconocimiento. El mayor enemigo del ganadero es el perro asilvestrado, y el mayor enemigo del perro asilvestrado es, como digo, el lobo, siempre y cuando su población se encuentre en una situación etoecológicamente estable. La hibridación sólo se produce indirectamente, a causa de la intervención humana, en aquellos lugares muy antropogenizados donde el lobo ha de convivir a la sombra del hombre, muy cerca de él, como un fantasma al que muy raras veces se ve. Entonces, su comportamiento territorial y social se encontrará gravemente afectado, y los individuos jóvenes, en estos casos, pueden caer en la tentación de hibridarse con cánidos de comportamiento antinatural y «atípicos», esto es, con perros, cuyos comportamientos rituales de cortejo están muy trastocados como para tentar a los lobos adultos.

2.4. ORIGEN DE LAS RAZAS CANINAS. LA SELECCIÓN DEL PERRO

Muchos me preguntan, sorprendidos e incrédulos, cómo es posible que los perros provengan del lobo, cuando existen razas caninas tan alejadas morfológicamente de él. Ciertamente, si nos paramos a observar un *bulldog inglés*, prognático y de cuerpo sinuoso, un *yorkshire terrier*, que apenas pesa lo que un pequeño lobezno, un *perro desnudo mexicano*, totalmente exento de pelo, o un *crestado chino*, igualmente falto de pelo excepto una singular y curiosísima cresta muy poblada en la cabeza, un *perro de San Bernardo*, de inmensa corpulencia, un *dálmata*, de piel manchada y pelo corto, un *komondor* húngaro de largo pelo acordonado, un *basset hound* de grandes orejas caídas y cuerpo desproporcionadamente largo... y otras muchas del medio millar de razas, aproximadamente, existentes en el mundo, entre las reconocidas y no reconocidas oficialmente, nos costará creer en lo que la ciencia de la genética actual se ha afirmado rotundamente. Pero incluso cuesta creer, de todas formas, que pertenezcan a la misma especie, y así es. Bien mirado, dentro de nuestra especie, cuán diferente es un nigeriano o un aborigen australiano de un nórdico europeo, y ambos de un oriental. Y si comparamos a un pigmeo, de menos de metro y medio de altura, con un nórdico, de piel blanca, pelo rubio, ojos claros y medio metro más de altura, comprobamos que también las diferencias morfológicas dentro de nuestra especie, por adaptación a distintos medios, son asombrosas.

En realidad, cuando me refiero al lobo como origen de la diversidad de razas de perros, no se debe imaginar exclusivamente al lobo en su variedad ibérica o europea, sino tener en cuenta que hay numerosas variedades o subespecies de lobos en todo el

Hemisferio Boreal, y que la influencia de los pequeños lobos asiáticos sería más importante en la gran mayoría de los perros conocidos. Si comparamos, no obstante, algunas razas caninas, como los perros nórdicos de Alaska, Siberia y Groenlandia, con las razas de lobos árticos, nos sorprenderemos al comprobar la gran similitud que existe entre algunos ejemplares, que hace, incluso, dificultosa, a veces, la diferenciación entre estos perros y algunos lobos de las citadas regiones circumpolares. La explicación reside en que estas razas recibieron aportes genéticos recientes del lobo; incluso, en Groenlandia siguen cruzándose, en algunos lugares, los lobos árticos con los perros de los inuit de las regiones más ignotas, renovando la sangre constantemente y aportando el lobo nuevamente sus genes, más dominantes, al árbol filogenético del perro. Algunas razas caninas creadas en épocas recientes, han surgido mediante cruces realizados a propósito entre perros y lobos, como pueden ser el *ceskoslovensky Vlcak* o *perro lobo checoslovaco*, el *lupo italiano* o el *saarloos wolfhound*.

Pero, no se sorprenda el lector profano de la existencia de tan numerosa variedad de razas de la especie doméstica canina, pues, dirigiendo la selección genética, y aprovechando la espontaneidad de las mutaciones naturales, el hombre ha podido literalmente crear, con mucha facilidad, esos ejemplares tan sumamente distantes del tipo primitivo. Y es que, los dos grandes transformadores del proceso filogenético, son la mutación y la selección. El gran Konrad Lorenz las comparó a un mazo y un cincel; el primero sería la selección y el segundo la mutación.

La existencia de las mutaciones fue una de las más geniales teorías de Darwin. Se trata de modificaciones espontáneas y aleatorias del acervo genético, alteraciones, *errores*, en suma, en el proceso de la transmisión de la información genética, en lo cual no voy a profundizar, pues no es el objetivo de este libro. Pero ¿por qué existen estos *errores* en la Naturaleza, de la cual se dice que es tan sabia? Precisamente por eso, pues de esta forma se asegura que, ante un eventual cambio en las condiciones ambientales, pueda haber individuos que, gracias a tal mutación, se encuentren mejor adaptados a las nuevas circunstancias, o que se produzcan adaptaciones que mejoren la pervivencia en las condiciones actuales. Se trata, por tanto, de oportunidades de adquirir nueva información del medio para la evolución de la especie. Y, como la más ínfima variación genética, puede cambiar irremediabilmente el curso de la filogénesis, a partir de que una variación genética perdure, habrá visto la luz un nuevo producto de la evolución. Valiéndome de un sencillo ejemplo, el cánido que nace con pabellones auriculares ligeramente más grandes, si sobrevive y consigue reproducirse, favorecido, tal vez, por esa adaptación, logrará transmitir este carácter genético a sus descendientes. Y así pudo evolucionar el gran pabellón auricular del fenec o zorro del desierto sahariano, pues supone una mejor adaptación a las condiciones térmicas, además de constituir un estupendo «radar» para captar el

sigiloso correteo de los jerbos sobre la arena. Y, al contrario, el pequeño pabellón del zorro ártico, por ejemplo, supone una extraordinaria adaptación a los gélidos vientos con temperaturas inferiores a los 40 grados bajo cero, allí donde un pabellón demasiado grande corre un grave riesgo de congelación.

Habitualmente, el error genético supone que el individuo portador, aquel desafortunado que lo ha heredado, sea eliminado por las implacables condiciones del medio. Es fácil comprender, por ejemplo, que un lobo que naciese, hipotéticamente, sin rabo, sería rápidamente eliminado por las durísimas condiciones de la naturaleza o, al menos, nunca podría reproducirse, y, por tanto, este carácter nunca sería heredado —si alguien se pregunta el porqué de éste «capricho» de la Naturaleza, refiriéndome al rabo, le remito a los capítulos dedicados a las adaptaciones para la carrera, a la comunicación social, a la jerarquía y a la relación de todo esto con la actividad de la caza—. Pero, si con una ligera variación, dicho individuo consigue una ventaja, la nueva información genética significaría una adaptación mejor, y los portadores de esta mutación, en adelante, tendrán mayores posibilidades de sobrevivir y de transmitir dicha variación génica. Si, en los primeros periodos glaciares, siempre hipotéticamente hablando, el lobo que tenía unos ojos ligeramente más oblicuos o unas orejas levemente más pequeñas tenía la facultad de soportar mejor los gélidos vientos en las noches interminables, ya contaba con una mayor posibilidad de sobrevivir y de transmitir, por tanto, esta característica a sus descendientes. Cuanto más variable es el medio, mayor ha de ser el índice de variabilidad de los seres que en él viven, y, por tanto, existe en ese caso un mayor índice de mutación. El índice de mutación alcanza los más altos niveles entre los animales domésticos. La explicación de esto último está en que, en cuanto disminuye la competencia con otros seres, que es precisamente lo que ocurre con la domesticación y la existencia bajo la protección humana, es de esperar que aumente el índice de mutabilidad exitosa, pues la presión selectiva permite que, dichos seres portadores de los nuevos cambios, puedan sobrevivir al medio imperante. Es decir, que, si los animales domésticos, por la variabilidad constante de su medio físico, cuentan ya con un mayor índice de mutación, y estas mutaciones son, además, permitidas por el acontecer de la vida y consiguen sobrevivir con ellas y transmitir las, ya tenemos la clave que explica el porqué es relativamente fácil el crear más y más razas de animales domésticos, en este caso, del perro. No existe en la Naturaleza ningún cánido con las orejas caídas y, aún los pequeños zorros del desierto africano, que poseen unos grandes pabellones auriculares, los tienen bien erguidos para captar las vibraciones sonoras más indetectables. Pero, bajo la protección del ser humano, una ligera caída de la oreja por debilidad del cartílago no es causa para ser eliminado por el medio, y, de esta forma, la característica de la oreja caída puede ser transmitida. Si el hombre, además, persigue la selección consciente de este carácter genético, valiéndose de la

consanguinidad para reforzar los caracteres, comprenderemos cómo hemos podido llegar, partiendo de la pequeña oreja erguida y triangular del lobo, al grandísimo pabellón auricular caído y redondeado de los sabuesos de rastro. Podría, y de hecho lo haré a menudo a lo largo de este libro, proseguir poniendo ejemplos de los caracteres genéticos, tanto morfológicos como comportamentales, que la domesticación ha permitido mantener y el hombre ha seleccionado conscientemente, y que la selección natural probablemente habría eliminado irremisiblemente ¡Posiblemente sea el perro el animal que más mutaciones haya sufrido a lo largo de su evolución!

Así que, por tanto, estoy comenzando a aclarar que todas las razas domésticas caninas han surgido a partir de diferentes mutaciones, las cuales, a menudo, han sido cuidadosamente seleccionadas por el hombre mediante una esmerada crianza. Pero que tampoco se sorprenda nadie al descubrir ahora, si así es el caso, que los perros surgen a partir de mutaciones, pues, como cualquier biólogo sabe, y como el lector habrá posiblemente supuesto, toda alteración en el genoma supone una mutación, y estas variaciones son tan frecuentes que no hay un solo individuo que no sea mutante, y, es más, de forma múltiple, incluyéndole seguramente a usted, lector, y al que estas líneas escribe. En los humanos se da una nueva mutación en la replicación del ADN por cada división celular. La gran mayoría de estas mutaciones, no obstante, no se manifiestan fenotípicamente, y, por tanto, no aparece una característica morfológica que delate su existencia. De hecho, los genetistas calculan que, de mil millones de mutaciones, solamente una representa una mejora en las perspectivas de supervivencia para el individuo portador, y, como consecuencia, para sus posibles descendientes.

Pero el papel de la selección es sumamente importante, pues, por sí sola, puede provocar grandes variaciones, sin necesidad de la aparición de mutaciones. Cualquier rasgo característico de una especie, subespecie o raza es debido al importantísimo papel de la selección, pues no sólo pervive lo que en el medio resulta útil, sino que, muy a menudo, también lo que no es tan inútil como para ser eliminado. Y esto último es lo que sucede claramente entre los animales que viven bajo la protección humana. De hecho, Konrad Lorenz se pronunció al respecto, denominando *evolución regresiva* a la producida por la domesticación, pues, al igual que los parásitos evolucionados bajo la presión de la selección natural, los animales domésticos pueden prescindir de una serie de órganos y facultades, que, como he dicho, quizás no son tan inútiles como para ser eliminados. La especie doméstica *afectada* por dicha evolución regresiva puede, no obstante, gozar de una extraordinaria salud e, incluso, de ciertas facultades muy superiores a las de la especie salvaje.

Pero, además del papel de la selección por sí misma, y vuelvo a subrayarlo, el hombre ha estado seleccionando a sus animales domésticos meticulosamente; e,

incluso, mucho antes, en la antigüedad, inconscientemente, actuando a menudo en contra de la forma en la que lo haría la selección natural. El perro, es, de esta forma, producto de la *selección artificial* llevada a cabo por el ser humano desde hace miles de años, así como de la evolución regresiva consecuente, derivada de la domesticación en sí misma, favorecidas ambas por el papel espontáneo de las mutaciones, que surgen de forma natural constantemente.

2.5. *CANIS FAMILIARIS* VERSUS *CANIS LUPUS FAMILIARIS*

La definición de una especie nos permite marcar los límites de un conjunto de individuos y sentar las bases para la distinción con respecto de los individuos de otras especies más o menos próximas. Sin embargo, tampoco dentro del grupo de La especie de esta forma descrita hay uniformidad total, pues los individuos no son completamente iguales entre sí. E, incluso, los tipos extremos dentro de la misma especie llegan a ser muy diferentes entre ellos, y los caracteres pueden variar de forma continua, afectando a la cantidad o intensidad de los mismos —véanse las diferencias cuantitativas de dimensiones, peso, color, etc., entre las diferentes razas caninas domésticas y también entre los morfotipos humanos— o discontinua, por la aparición de caracteres nuevos o la desaparición de otros, lo que conforma las diferencias cualitativas y conlleva la variabilidad de la especie.

Ninguna definición de especie, de las muchas que hay, tiene carácter absoluto, puesto que las especies presentan una gran variabilidad, lo que hace que sus límites naturales no estén definidos de ninguna forma. Intentando dar una definición global que pueda, de alguna forma, abarcar todas las definiciones, se podría decir que la especie es el conjunto de seres vivos que descienden los unos de los otros y cuentan con un genotipo muy próximo, y, por tanto, características morfológicas, fisiológicas, etológicas, así como ecológicas y de toda índole, muy parecidas, y que, en las condiciones estándares del medio natural, no se cruzan, normalmente —aunque no deja de haber excepciones—, con otros grupos debido a barreras genéticas, etológicas, espaciales o ecológicas.

Llegados a este punto, cabe preguntarse si el perro es en realidad una especie diferente al lobo, como se considera taxonómicamente, o, por el contrario, una subespecie del lobo, como podría ser considerado y, de hecho, se empieza a aceptar por parte de algunos autores.

La ciencia clasifica al lobo y al perro dentro del mismo género, *Canis*, de la familia *Canidae*. En este género se incluyen, como vimos, además del perro y el lobo, el coyote, el lobo rojo —que, como se ha indicado, ahora se sabe que son descendientes de cruces entre lobos y coyotes— y las cuatro especies de chacales. Y considera al perro *Canis familiaris* como especie diferenciada del lobo *Canis lupus*.

Pero, lo cierto es que hay todo un controvertido, aunque apasionante, debate sobre la definición de especie biológica. En su acepción clásica, la biología dice que no se puede hablar de especiación cuando, al cruzar dos ejemplares supuestamente de diferentes especies, los híbridos resultantes tienen la misma eficiencia biológica, pues esto significa que la divergencia genética ha sido poca.

Aunque, incluso, Konrad Lorenz creyó que las diferentes razas de perros descendían unas del lobo y otras de los chacales, y clasificó las razas caninas por su mayor o menor ascendencia de unos u otros, los últimos avances en el estudio del ADN mitocondrial indican claramente que el perro desciende exclusivamente del lobo. Lobo, coyote y perros se encuentran filogenéticamente muy cercanos.

El concepto biológico de especie se refiere al conjunto de poblaciones reproductivamente aisladas cuyos miembros no pueden cruzarse entre sí y obtener descendencia fértil. Dado que el cruce entre lobo y perro produce individuos absolutamente fértiles y eficientes biológicamente, no podríamos hablar de distintas especies. Según el concepto biológico de especie, el perro no sería *Canis familiaris* sino *Canis lupus familiaris*, una subespecie del lobo. Pero podríamos hablar de evolución filética provocada por el hombre. Se habrían producido tales cambios que ya no pueden considerarse la misma especie, pues realmente se ha cambiado la línea evolutiva. Van variando las características genéticas hasta la separación definitiva. Se podría resaltar, por ejemplo, que el primer periodo de estro (el primer celo) de las lobas sucede aproximadamente a los veintidós meses de edad, y en las perras entre los seis y los diez meses. Además, las lobas sólo ovulan una vez al año, y las perras dos, exceptuando una sola raza —el *basenji*—. Un signo inequívoco de mestizaje entre lobo y perro es el espolón; los lobos jamás tienen espolón o dedo vestigial. Algunos perros sí; los mastines, por ejemplo. Y muchos perros de diferentes razas nacen con espolón.

Por mi parte, e ignorando la clásica definición de especie, prefiero considerar que el perro, por su separación ecológica y morfofuncional con el lobo, e incluso etológica, ha de ser necesariamente considerado como diferente especie, independientemente de su cercanía filogenética. No obstante, la comunidad científica habría de replantearse la definición de especie también en el sentido de que, a menudo, las distinciones adquieren mayor identidad por su diferenciación etoecológica que por la genética.

2.6. EL PERRO Y EL HOMBRE. Y SOBRE GENERALIDADES PSICOFUNCIONALES EN DIFERENTES TIPOS RACIALES

Desde que comenzó esta maravillosa y única alianza entre los cánidos y los más primitivos seres humanos del Paleolítico, en la que el cánido se convirtió en

colaborador insustituible en la búsqueda y posterior persecución y captura de grandes ungulados, la Humanidad no ha podido prescindir de los servicios prestados por el perro. La Revolución Neolítica pudo tener un impulso importante, como dije anteriormente, en la estrecha colaboración entre ambos, y la domesticación de animales constituyó el inicio de esta fundamental etapa de la Historia del ser humano. La caza, en primer lugar, y posteriormente el pastoreo, serán las dos y más importantes *profesiones* de los primeros perros. El hombre utilizará hábilmente los servicios de los cánidos para manejar los rebaños y conseguirse alimento. Ambos estrecharán un lazo de colaboración que, sin duda, será para siempre. Han pasado miles de años desde que el perro comenzó a ser el más importante ayudante del hombre, y este ha estado seleccionando genéticamente al perro, de forma constante, para adaptarlo a sus necesidades.

Aunque la finalidad que me planteé con este libro no era la de tratar sobre etnografía canina, creo, cuanto menos interesante, el hablar de las diferencias conductuales en los cánidos domésticos por la selección hacia determinadas funcionalidades para comprender el porqué de sus tan dispares características y la capacidad selectiva de la crianza dirigida.

Perros de pastor

El pastoreo surgió, como ya he explicado, a partir de que el hombre fue capaz de domeñar los rebaños, hace unos 10.000 años. Pero no va a ser capaz de semejante hazaña sin la imprescindible colaboración de sus aliados caninos, que ya le acompañaban, como colaboradores en la caza, desde hacía miles de años. Lo más probarle es que el hombre descubriese la posibilidad del control de las grandes manadas de ungulados al percatarse de la habilidad de los cánidos para perseguirlos, acosarlos y reunirlos para su captura. La domesticación de los rebaños supuso un cambio en la dirección de nuestra historia. Desde entonces, y hasta nuestros días, el hombre ha necesitado del perro para dominar el ganado, que durante miles de años siguió constituyendo la base de su economía y alimentación.

Efectivamente, el perro es el instrumento indispensable e insustituible del pastor. Un pastor sin perro es literalmente incapaz de dominar los rebaños, máxime si son grandes y el terreno abrupto. Me voy a permitir contar una pequeña historia. Durante el tiempo que viví trabajando con pastores en las montañas centrales de la cordillera pirenaica, me percaté de la importancia vital que tiene un buen perro para el trabajo diario con las ovejas. Por las noches, las conversaciones durante la cena o junto al fuego se centran en el trabajo que habían realizado los perros ese día y las posibilidades que había con uno u otro para una determinada zona. Yo mismo pude comprobar cómo, sin perro, las ovejas, con suma presteza, se tornaban indomables. Era incapaz de controlarlas a la hora de entrar en las cuadras, de llevarlas a comer, de

sacarlas del redil, de moverlas en el campo, de evitar que entrasen en una determinada zona de pasto prohibido; era incapaz, asimismo, de dominar a las ovejas resabiadas que remoloneaban al aproximarse a las cuadras al caer la tarde. Llegué, incluso, a perder un rebaño en la montaña por no contar con un perro adecuado. Cuando mi querida Zorba empezó a comprender lo que pretendía de ella, comenzó a entrar en acción y las ovejas a respetarme. Pero ellas no tardaron en darse cuenta, a pesar de su habitualmente menospreciado *talento*, de la inexperiencia de mi simpática perrilla de agua, y tuve que valerme de la experta Morena, que volvió a poner orden. A partir de ahí empecé a sentirme seguro delante de los rebaños. En las montañas del Pirineo, donde el trabajo con las ovejas es hartamente diferente del que se realiza en tierras castellanas, el pastoreo alcanzaba la finura de un arte, y los expertos pastores nunca jamás descuidaban su mejor y más inestimable herramienta de trabajo. ¡Cuántas anécdotas pastoriles podría relatar!

Los perros pastores son, por lo general, muy receptivos al aprendizaje de los ejercicios de obediencia y a todo aquello relacionado con el ser humano, pues, los rasgos temperamentales que facilitan esto, son los que la selección artificial ha pretendido para que puedan ayudar fielmente en el control de los rebaños. Por ello, son las estrellas de la obediencia y los que, en las competiciones actuales de esta disciplina deportiva, ganan los primeros puestos, especialmente los *border collies*. Los perros de pastor suelen ser perros psicológicamente sensibles, con alta capacidad de aprendizaje, y una característica elemental sin la cual no tendrían la funcionalidad que de ellos se busca: una conducta *neoténica*, es decir, infantil, de por vida. Efectivamente, los perros pastores —aunque también otros muchos perros de otras razas— parecen no madurar nunca, en el sentido comportamental primitivo del lobo, que siempre va a ser nuestra referencia básica. Éste es un rasgo conductual claramente seleccionado por el pastor y muy buscado para el trabajo, pues, en la conducción de los rebaños, se necesita un perro con una obediencia ciega a la orden del dueño, que siempre esté atento, no solamente de lo que éste le pide, sino también de cada gesto, de cada expresión corporal e, incluso, de cada emoción que pueda percibir en el ser humano. Es por esta razón por la que los perros de pastor parece que siempre estén *leyéndonos el pensamiento* y mirándonos a los ojos. Este infantilismo permanente permite que el perro pastor esté más predispuesto a aprender de su dueño hasta edad avanzada. El hombre permitió que los ejemplares adultos con *caracteres infantiles* se reprodujesen, precisamente, porque estos ejemplares tenían una dependencia y capacidad de investigación o *curiosidad infantil* que le era sumamente útil para el trabajo. Seguramente, la selección natural hubiera dejado a estos ejemplares como subordinados del grupo social, sin ninguna posibilidad de perpetuar sus genes. Konrad Lorenz explicaba que la dependencia de estos perros hacia el ser humano era, al menos en parte, la proyección de los vínculos con la madre.

El perro careador o pastor, como pude aprender en el Pirineo leridano, nunca es un perro *troquelado* con las ovejas —ya llegará el momento en que explique detalladamente el interesante proceso del *troquelado* o *imprinting*— pues ha de mantener hacia ellas cierto impulso de caza, que, una vez debidamente canalizado mediante un cuidadoso trabajo por parte del pastor, es lo que va a hacer que las persiga y las dirija hacia donde este pretende. Durante horas puede uno quedar ensimismado observando el espectáculo de los reyes de los perros pastores, los *border collies* —*collies* de la frontera— escoceses, que guían a las ovejas tal como si las estuviesen hipnotizando. Pues bien, esto no es más que su impulso instintivo de caza, que ha sido refrenado justo en el paso que precede al ataque, es decir, en el acecho, y perfeccionado hacia esta función del pastoreo en grado sumo. Observar a los *border collies* trabajando ofrece un estudio detallado de los movimientos de acecho del cánido. En el Pirineo leridano trabajábamos con perros menos sofisticados, pero realmente funcionales, los *pastores catalanes* o *gossos d'atura* —perros de pastor, de *aturar* el ganado— más primitivos en sus comportamientos, y por las noches eran cerrados en evitación de que algún impulso cazador insatisfecho les guiase hasta los rediles, en un momento de hiperactividad o de «aburrimiento», de búsqueda de apetencias, y les llevase a cometer una fechoría, que para un pastor sería imperdonable y que, además, destruiría ese trabajo de control y canalización del impulso de caza construido con esmero y dedicación. Bien es cierto que hay perros extraordinarios para determinados pastores que trabajan de otra forma, y que son capaces de guiar el rebaño durante el día y de vigilarlo sosegadamente durante la noche. Una forma distinta de trabajar, desahogando todo su instinto de caza durante el trabajo diario, y además, posiblemente, un tipo de perro con unos impulsos instintivos muy diferentes, permitiría esta ambigüedad. He conocido algún que otro perro, tanto en las dehesas charras como en las montañas limítrofes de León y Asturias, que acompañaban solos al rebaño a pastar, lo vigilaban y protegían atentamente durante el día evitando pérdidas, y lo acompañaban nuevamente al atardecer de vuelta al hogar.

Por otra parte, en el plano físico, la selección llevada a cabo por el propio trabajo del pastoreo, ha hecho de los perros de pastor animales resistentes a cualquier condición climática y parcos en la alimentación. Muy rústicos, en definitiva.

Todo lo explicado acerca de los perros pastores lo hago desde un punto de vista general, si bien bastante aproximado en la mayoría de los casos. Pero, entre el *carácter tipo* del perro pastor y el de otros grupos raciales, como pueden ser los perros nórdicos, existen diferentes tipos intermedios. Es el caso, por ejemplo, de los perros pastores de renos de Laponia, como el *lappinporokoirra* de Finlandia, o el *lapphund* —pastor lapón— de la Laponia sueca, con un carácter intermedio entre el de los perros de pastor y los primitivos nórdicos, quizás más tendente hacia el *tipo*

pastor, pero también hay perros de carácter intermedio, como el *samoyedo*, con origen como perro pastor de renos en Siberia pero más tendente hacia el *tipo nórdico* primitivo o lupino.

El caso del *perro de pastor alemán* es un poco especial pues, aunque proviene de perros de pastor, en su origen no fue realmente un perro utilizado mayormente para el careo de los rebaños. Por tanto, aunque posee todas las características típicas de temperamento del tipo de perro pastor, lo clasifico funcionalmente entre los perros de guarda y defensa. De hecho, lo considero un perro más apto para la seguridad que para el pastoreo, a pesar de que es una de las razas más utilizadas en España para el manejo de ganado bovino. Podríamos situarlo en ambos grupos y de ahí proviene su altísima funcionalidad. Las cuatro variedades *de perro pastor belga*, y el *pastor holandés* son, en este sentido, comparables al *pastor alemán*. Hay otros perros que están encuadrados también entre los perros pastores y que, personalmente, creo más propios, por su funcionalidad y carácter, del grupo de los perros de protección, como por ejemplo el *pastor de Beauce*, el *pastor mallorquín —ca de bestiar—*, el *boyero de Flandes...*, pero que tienen las cualidades de dependencia y capacidad de trabajo que caracterizan a los perros de pastor.

Perros de protección

En este grupo englobo a los perros que, en general, han sido concebidos para la guarda de propiedades y la defensa de las personas. Todos ellos han de ser perros necesariamente seleccionados por su dureza de temperamento, su seguridad en sí mismos y su alto impulso territorial y de autodefensa, que serán canalizados hacia el trabajo específico de protección y defensa personal.

Entre ellos encontramos un grupo que se conoce como *molosos*, perros de carácter tranquilo que se torna explosivo a la hora de la protección de aquello que le ha sido encomendado en custodia. Entre estos, se pueden distinguir *molosos de arena*, aquellos perros que están altamente especializados para la guarda sin la presencia del dueño mediante una selección de un alto impulso territorial, fuerte agresividad, físico extremadamente corpulento y aspecto muy disuasorio, como son el *fila brasileiro*, de Brasil, *tosa inu*, de Japón, *bullmastiff* y *mastiff*, de Inglaterra, *dogo de Burdeos*, francés, *mastino napolitano*, de Italia... y los *molosos de montaña*, que nacieron en el seno de los rebaños domésticos, dentro del trabajo del perro pastor, pero no como careadores, sino como vigilantes de los bienes del hombre: me estoy refiriendo, efectivamente, a los *mastines* euroasiáticos y similares, perros utilizados desde tiempo inmemorial, desde hace miles de años, para la defensa del ganado frente al lobo. Es, en estos perros molosos de montaña, donde se puede bucear en los orígenes de la cultura del Neolítico, cuando el perro, hijo del lobo, se convierte en el fiel aliado del hombre en contra de su propio origen evolutivo. Los *mastines*

españoles, que acompañan a los rebaños trashumantes desde hace siglos, son un buen ejemplo de este grupo de perros. Los molosos ganaderos no son perros careadores, es decir, no dirigen los rebaños como hacen los perros pastores, sino que se comportan como meros y auténticos guardaespaldas, cuyo trabajo consiste, simplemente, en principio, en estar presentes por si ocurre una incidencia que afecte a la seguridad del rebaño, pero sin los cuales los rebaños no habrían podido existir, acosados por los predadores, y, sin los cuales, aún hoy no podrían pervivir en muchos lugares del mundo. A estos perros se les ha seleccionado duramente, y las características buscadas por el pastor fueron principalmente un poderío físico insuperable —entre estos perros se encuentran los más grandes y poderosos cánidos del mundo— para poder enfrentarse al lobo con éxito o, en todo caso, ser lo suficientemente disuasivos para que el depredador evite el riesgo de acercarse al rebaño; un impulso jerárquico muy fuerte y una alta combatividad, que les hace ser sumamente dominantes —característica esta que facilita su tendencia a luchar contra el lobo o cualquier perro asilvestrado que se atreva a acercarse a sus pertenencias pudiendo poner en peligro el rebaño—; unido todo esto a una extrema rudeza que les permita sobrevivir en condiciones ambientales muy duras. Aparejado a esto, los mastines y molosos de montaña en general, son, o para ser más exactos, han de ser, perros muy seguros de sí mismos, y suelen tener también un fuerte impulso territorial y de autodefensa.

El mastín dedicado a la protección del ganado convive con el rebaño, al contrario que el perro pastor, de sol a sol y también durante el dominio de la oscuridad, que es cuando, a menudo sin la ayuda del hombre, ha de librar las más difíciles batallas. Y por ello, al contrario que el perro pastor, que ha de mantener, como decía, un impulso de caza atávico refrenado y canalizado por el ser humano para poder acosar y mover el rebaño con autoridad, el mastín, necesariamente, ha de haber crecido con las ovejas. El mastín sí estará *troquelado* en el seno del rebaño. A menudo, se sentirá uno más entre las ovejas. En una ocasión contemplé una escena muy graciosa: un enorme mastín español, un gran cachorro, en realidad, por la madurez tardía típica de estos grandes perros, retozaba con una gran pandilla de blancos corderos que corrían al sol, alegres y despreocupados, por los verdes prados de una dehesa charra, mientras sus madres pacían tranquilas; resultaba muy gracioso contemplar la escena del perrazo con las orejas en posición afectuosa, cariñosa diría y hasta sumisa, jugando con los corderos realmente como si creyese ser uno más.

Los corderos, que van a crecer siempre acompañados de los grandes perros molosos, van a tener a estos como uno más en el rebaño. Xavier, el pastor con quién trabajé, allá en el Pirineo, se preguntaba una noche acerca de qué extraordinaria magia existía entre el mastín y las ovejas. Siempre recuerdo aquella otra noche en la que bajaba con un cordero nacido durante la jornada, sujeto, como es costumbre, de las patas delanteras, seguido por su nerviosa madre, que, sin la compañía del rebaño y

debido a la oscuridad, se sentía insegura y protectora del pequeño, y el momento en el que ella, que acababa de pasar junto al gran *mastín pirenaico* que protegía nuestro rebaño sin prestarle la más mínima atención, que ante aquel mastín poderosísimo se había comportado como si éste fuese un ser absolutamente invisible, embistió con furia desbocada contra los dos perros pastores que estaban tumbados un poco más adelante y que no tuvieron más remedio que poner pies en polvorosa. Es sorprendente observar cómo se muestran absolutamente confiadas y despreocupadas del inmenso mastín y tan temerosas de los perros pastores.

En la Sierra de la Culebra, uno de los lugares más poblados de lobos de Europa actualmente, he conocido un mastín tremendo, el mejor para el lobo, según los pastores de toda la comarca, por su físico y su carácter. Un perro temido y querido a la vez. He visto cómo este impresionante animal, que es terrible en la lucha, que ha combatido mortalmente con perros y lobos, y del que viven literalmente sus propietarios pues, sin él, no podrían obtener de las ovejas su modo de subsistencia, se deja lamer por las ovejas y las lame, a su vez, cariñosamente. Ellas confían en él ciegamente y él las protege con su vida.



Foto 1. Éste mastín mesetario español es el ángel de la guarda de todo un rebaño. De él depende la vida del pastor y de su familia. Ha luchado con lobos más a menudo de lo que él y su propietario querrían. Es respetado y temido a la vez en toda la comarca. Todos los pastores cruzan con él a sus mastinas para perpetuar los genes de un perro que defiende a las ovejas del lobo como ninguno que hayan conocido. Ésta tierna imagen en la que el terrible mastín lame con delicadeza a la oveja mientras otra coloca la cabeza encima de su grupa para recibir

su calor en la gélida mañana de invierno, evidencia que el perro creció troquelado en el seno del rebaño. Pasó su infancia con las ovejas, y por tanto, una parte de sí mismo se identifica con ellas. Ésta es la mejor herramienta de protección, viable y sostenible, para la conservación del pastoreo y del lobo.

Ligados a los rebaños, a la supervivencia del ser humano, y al animal más mítico, venerado y también odiado por el hombre, el lobo, los mastines fueron igualmente mitificados.

Todas las razas molosas de pastor que surgieron en Europa nacieron a partir de aquellos que llegaron desde las estepas asiáticas con los primeros rebaños, los ancestros directos del *mastín tibetano*, según cuentan los expertos. Continúan con tradición ganadera perros molosos de montaña como el *maremmano de los Abruzzos* italiano, *perros pastores de Tatra*, de los Cárpatos, el *Kuvasz* húngaro, el *perro de montaña del Pirineo* francés, el mastín del Pirineo español, el mastín español de la meseta ibérica... Otros perros, molosos de montaña en toda regla, que surgen también de los grandes guardianes de rebaños, son el *owtcharca del Cáucaso*, hoy muy utilizado como perro de guarda, el carismático *perro de San Bernardo* —el mito

del rescate en la montaña—, el *boyero de Berna* suizo, etc.

De entre los demás perros dedicados a la función de guarda y defensa, hay razas *molosoides* de protección, como el *rottweiler*, que, sin ser clasificados entre los molosos de uno u otro grupo, poseen muchas de las características morfológicas y temperamentales que caracterizan a los molosos de arena. También, perros como el *perro de presa canario* —ahora conocido también como *dogo canario*— es un molosoide, que evolucionó hacia los cruentos combates de perros y que hoy es, sobre todo, un extraordinario perro de protección.

Hay perros especialmente capacitados, especializados, aptos, es decir, típicamente pertenecientes a este grupo de perros de protección, y no molosoides, como son los *dobermann* y *schnauzer*, muy vivos y excitables, escoltas idóneos. Todas estas razas idóneas —*pastor alemán, pastor holandés, pastor belga malinois, dobermann, rottweiler, schnauzer gigante, tchiorny*, etc.— son utilizados policialmente para la contención de masas y desalojos, captura de delincuentes y atracadores huidos, control de accesos, cobertura de seguridad en actos públicos y en dispositivos especiales de seguridad.

Perros de caza

Será este, quizás, el grupo más ampliamente representado y también el más complejo —la Federación Cinológica Internacional divide a los perros de caza en varios grupos diferentes— dada la diversidad de funcionalidad que se encuentra y la diferencia de características psíquicas y morfológicas de ella derivadas. De esta forma, hay, dentro del grupo de los perros de caza, varios subgrupos claramente diferenciados: perros de rastro, perros de muestra, perros de persecución, perros de agarre, perros de cobro y perros de madriguera. Cada uno de estos depende, principalmente, en su propia identidad, de los impulsos instintivos que han sido desarrollados por la selección del ser humano, y es esto lo que me parece muy interesante.

La caza, como he apuntando con anterioridad, sería seguramente la más antigua y también la principal función del perro en compañía del ser humano, si bien, refiriéndose a las primitivas cacerías de grandes ungulados. En algún momento, sin duda, el hombre comenzaría a aprovecharse del olfato de los cánidos, de los lobos, para seguir el rastro de las presas. Y, poco a poco, iría explotando las demás facultades sensitivas e instintivas del perro hacia la actividad venatoria, seleccionándolas a su medida, a lo largo de miles de años, hasta conseguir la especialización que encontramos hoy día.

Uno de los grupos más antiguos de todos los canes domésticos conocidos, y que aún mantienen sus características primigenias, es el de los *lebreles* y *podencos*, que eran utilizados ya desde la más remota antigüedad de la Humanidad para la

persecución de gacelas en Oriente Próximo. De hecho, fueron los únicos perros apreciados por los árabes, cuya cultura desprecia al can. Razas actuales, como el *galgo de Afganistán* o el *saluki*, existían hace 6000 años, prácticamente, tal y como las conocemos hoy, lo que les sitúa, sin duda, entre las razas caninas talladas por el hombre más antiguas que existen en el mundo. Los lebreles son, entre los perros de caza, los que utilizan principalmente la vista, dando mucha menos importancia al sentido del olfato en el ejercicio venatorio y valiéndose de un impulso de persecución de la presa altísimo, lo que significa que, ante el movimiento de un animal que huye, se dispara prontamente este mecanismo persecutorio que conduce a la captura. Su cuerpo también ha sido diseñado por la selección humana para la carrera hasta un punto insospechado, pudiendo alcanzar velocidades de hasta 67 km/h en el *greyhound*. Son los especialistas de los grandes espacios abiertos. Quien ha visto por primera vez un galgo lanzado en plena carrera tras la liebre, no olvidará nunca la imagen del cánido casi literalmente volando sobre el suelo. Entre este grupo de perros, están los galgos de Europa y los lebreles asiáticos.

Los *podencos* son perros antiquísimos, tremendamente rústicos y polivalentes en la caza. Los hay de numerosos tipos y, en la península Ibérica, se desarrollaron varias razas y variedades. Típicamente mediterráneos, quizás sean los perros de caza menos especializados y más primitivos, por lo que cuentan con una alta capacidad de supervivencia. Antaño, los hombres del campo se valieron de ellos para sobrevivir en las más duras épocas de hambruna, pues estos perros son capaces de realizar un buen rastreo, acecho y persecución primitiva sin ayuda. En los podencos de las islas Baleares, es absolutamente asombroso observar cómo saltan elevándose verticalmente sobre los matorrales, ante la vista del conejo, que se refugia entre la vegetación. El podenco queda, momentáneamente, suspendido en el aire, a una altura sorprendente para, desde allí, otear a su presunta presa como si de un perro volador se tratase, catapultándose desde arriba como lo haría un felino.

El rastro es un ejercicio venatorio que viene ejerciendo el hombre con perros desde los tiempos más remotos, por lo que ha tenido tiempo de seleccionar y perfeccionar las capacidades de rastreo hasta puntos insospechados. Probablemente, el perro de rastro de sangre se seleccionó a partir de *sabuesos* que cazaban *a la trailla*, es decir, sujetos por una larga cuerda, y sólo ladraban al alcanzar a la pieza rastreada. Seguían el rastro o pista en silencio. Se usaban para saber si en el bosque había o no caza mayor. Recorrían el perímetro exterior del mismo indicando los rastros de entrada de la noche anterior. Si indicaban la presencia de caza, entonces se preparaba la batida. A partir de ahí, se empezaron a utilizar para seguir rastros de presas heridas. Si los podencos realizan un rastro primitivo, que permite a los monteros localizar a los jabalíes emboscados en los más apretados montes, los sabuesos son capaces de realizar un trabajo mucho más sofisticado. Sus grandes y

colgantes orejas les confieren un aire bonachón muy conocido, que oculta su temperamento decidido y su inquebrantable tesón en la búsqueda de las presas. Son perros altamente especializados, incapaces, en su mayoría, de dar muerte al animal que buscan, pues están expresamente diseñados para rastrear las emanaciones de las más codiciadas presas del hombre. Han sido utilizados en todo el mundo con este fin. Dicen los monteros, que esas grandes orejas les sirven de pantalla para concentrar sobre su potentísima nariz las moléculas odoríferas del rastro cuando la pegan al suelo. Y, su olfato portentoso, ha sido potenciado al máximo por la selección humana, hasta alcanzar la capacidad del *bloodhound* —literalmente: *sabueso de sangre*—. Pero, lo más interesante, dentro del marco de este libro, ha sido lo que el hombre ha conseguido en cuanto a la selección y potenciación instintiva: el desarrollo y fijación del impulso de búsqueda, de rastreo de la presa; perteneciente, como veremos, a todo el complejo mecanismo del instinto predatorio.

Buscan sin parar, con terca persistencia. Buscan por necesidad imperiosa. A menudo no tienen una necesidad instintiva de hacer presa en el objeto de su búsqueda, por lo que pueden, incluso, abandonar en el «acto final» —para lo cual, el hombre se vale de otros perros «especialistas» mejor dotados. En ocasiones, y aunque la búsqueda instintiva lleva directamente a abrir las puertas al impulso persecutorio, pueden, incluso, ser indiferentes a la huida de la presa recién levantada, pues, para el cazador humano, lo importante es la búsqueda en sí. Y no es cobardía lo que impide a estos perros el enfrentamiento con las presas, sino la falta del impulso instintivo necesario, pudiendo ser perros perfectamente valientes. El impulso de búsqueda se ha convertido en un fin en sí mismo, y no en un medio para conseguir el fin buscado.

Por ello, hay muchos métodos de caza que utilizan la combinación de perros de rastro y de persecución y/o presa. En los montes cantábricos, en cambio, se utiliza el *sabueso español* en única combinación con la escopeta en la caza de la liebre de piornal. Algunas razas, como los *teckels*, han sido seleccionadas con la idea de combinar el rastreo con el acoso a la *pieza* en el mismo perro. Y, aunque es en el ejercicio venatorio donde se gesta el perro de rastro, múltiples tareas les han sido encomendadas con éxito después. Los *bloodhound*, por ejemplo, han sido y son muy utilizados para la búsqueda de los rastros de fugitivos y de personas perdidas en grandes áreas.

Quizás, el tipo de perros más afamado de cuantos hay en el ejercicio de la caza, sea el de los perros *de muestra*. En ellos, el impulso seleccionado es el del acecho. Cuando lleguemos al capítulo que dedicaré al desarrollo de los instintos, comprenderemos mejor todo el proceso de la conducta instintiva de caza. Por ahora, cabe adelantar que, el acecho, es una parte de toda la coordinación de movimientos instintiva de la caza, dependiente, por sí mismo, de impulsos instintivos.

Los perros de muestra aparecieron, como los *de presa*, en España, al servicio de

la cetrería o caza con halcones. Los árabes fueron quienes introdujeron en España la caza con aves de presa. En la Alta Edad Media es cuando aparecen los primeros perros de muestra. De mediados del siglo xv, conservada en la catedral de Toledo, data la imagen más antigua del mundo de un perro de muestra, donde lo vemos al servicio de la cetrería. Hasta el siglo xvii, se cazaba en España con halcón o con ballesta, por lo que empezaron a descubrir cuán útiles eran los perros que mostraban, mediante el acecho, el lugar exacto donde se encontraba refugiada la presa codiciada. Al acercarse el perro, la presa entra en un estado de quietud, dando un margen de confianza a su mimetismo. El perro, mirando fijamente hacia el lugar de donde proviene la emanación, indica, muestra al cazador armado el punto exacto desde donde levantará el vuelo. En la antigüedad, el cazador iba poniendo a punto a su halcón, que buscaba las alturas antes del lance, o preparaba su ballesta para no errar el tiro.

El hombre, por tanto, ha seleccionado el impulso de acecho, potenciándolo y modelándolo en beneficio del ejercicio de la cinegética. Así, se ha llegado, desde el antiguo *pachón* español, el perro de muestra más antiguo, hasta los especializados *pointer inglés*, *setter inglés*, *braco alemán*, y otras muchas razas cuyo método de muestra, o acecho, difiere en mayor o menor medida. El hombre ha ido manipulando con la cría, el tiempo que el perro permanece acechando a la presa e, incluso, la postura, pues todos saben que, mientras el *pointer inglés* muestra de pie, el *setter* lo hace echado, en una postura más primitiva. El ser humano ha seleccionado hasta la forma de moverse hacia el viento cuando el perro *de muestra* busca las emanaciones de la presa.

Otro tipo de perros aparecidos para la caza son los perros de presa. Éstos se utilizaron, junto con los *sabuesos de rastro*, para la caza mayor. Una vez los rastreadores localizaban a la presa, los perros *de agarre o presa* la sujetaban o daban muerte. Hay dos razas caninas que, por su poderío físico, son a menudo consideradas como perros de protección, pero que pertenecen, más acertadamente, a los perros de *agarre*. Una de ellas es el más primitivo ancestro del *bóxer*, el *alano español*, que es utilizado para el agarre del ganado más difícil y la caza del jabalí. Y la otra raza, el *dogo argentino*, creada en tiempos recientes expresamente también para la caza del peligroso *suido*, que fue introducido por los europeos en Argentina y Uruguay bastante recientemente.

Los perros *de cobro* son otro tipo de canes utilizados para la caza y que han sido seleccionados con otras características para un tipo diferente de caza. Son los *retrievers* y *perros de agua* los especialistas en este tipo de trabajo, en el que se ha dado prioridad al impulso de coger la presa y transportarla en la boca. En los perros de cobro se advierte la necesidad imperiosa de tener algo en la boca constantemente. En este tipo de caza, habitualmente de aves acuáticas, se prefiere un perro tranquilo,

capaz de esperar pacientemente, incluso adormilado, hasta que la viva voz del dueño le anuncie el momento de salir corriendo a buscar la pieza, que normalmente ha caído en medio de un lago o un río.

Otros perros de caza tallados por la mano selectiva del hombre son los *perros de madriguera*, aquellos que se crearon para la caza de presas peligrosas bajo tierra. Entre estos, destacan los *teckels* o *dachshunds* y muchos de los *terriers*, un grupo de perros de origen británico y que tiene en común una valentía, vivacidad y tesón mera de todo límite, y un instinto de caza muy desarrollado. Lo que se busca en estos perros, la valentía y el coraje a toda prueba, la combatividad y el tesón, se debe a la razón de que han de batirse en lucha en las condiciones más terribles: bajo tierra, en total oscuridad, casi sin oxígeno, sin posibilidad de libres movimientos ni de huida, sin el apoyo cercano del dueño, cara a cara con animales tan terribles como el tejón, que se defienden con dureza. Otros *terriers* se utilizaron para la eliminación de ratas en las granjas; de ahí su vivacidad extrema y sus movimientos eléctricos que recuerdan a los de un mustélido.

Perros nórdicos

Entre los perros que evolucionaron junto al hombre de las zonas árticas de Siberia, Alaska y Canadá, encontramos a los canes domésticos más cercanos al tipo primitivo, al lobo, puesto que han recibido aportes genéticos silvestres en épocas muy recientes. Son, por tanto, en los que la mano del hombre no ha tenido tanta importancia en cuanto a selección genética como la Naturaleza pura y dura.

El *husky de Siberia* y el *malamute de Alaska* son razas muy relacionadas entre sí separadas, en su origen, tan sólo por el Estrecho de Bering. Algunos ejemplares son tan similares al lobo ártico que no resulta fácil su diferenciación. Los perros nórdicos de trineo se encuentran entre los perros más duros y resistentes que existen, surgidos allí donde parece inviable la supervivencia de cualquier ser en climas durísimos para trabajos realmente exigentes y en las condiciones de máxima rudeza. La selección llevada a cabo por las tribus inuit con estos perros fue tremenda y aún podemos comprobarlo en los perros *groenlandeses* del norte de Groenlandia. Así me lo explicó Ramón Larramendi, expedicionario que convivió durante años con los inuit de Thule y al que tuve la ocasión de conocer en el Centro Polar de Madrid.

Tanto Larramendi como J. Malaurie, relatan en los libros de sus exploraciones las extremas condiciones en las que viven los perros inuit de Groenlandia. Soportan temperaturas de 60 grados bajo cero en invierno, con un viento fortísimo que aumenta la sensación térmica de frío hasta un punto insospechado, mientras se alimentan a base de morsa cruda congelada y lamen el hielo cuando tienen sed, incluso sobre la marcha misma mientras tiran del trineo. Duermen a la intemperie, amaneciendo cubiertos de nieve helada. Los inuit dicen que, si duermen a cubierto, se

obtiene un «tiro blando». En verano comen solamente cada tres días, un kilo de carne helada que tragan sin masticar antes de que el resto de la jauría se zampe su tajada. A los cachorros débiles se les elimina de inmediato y seleccionan rigurosamente los cruces. A pesar de que la relación con ellos es fría y distante, y nada tiene de la sociabilidad que exigimos los adiestradores a un perro que convive con el ser humano, según dice Malaurie en su libro, *The last king of Thule*: «la pareja que forma el inuit con “sus” perros es una realidad. El tiro es una persona con la que uno se desposa y que se desposa con uno, con el líder del tiro, que es la cabeza, y con los demás perros que son, literalmente, los miembros, el cuerpo. Sin sus perros, el inuit no es él mismo. Es un viudo que ha perdido sus fuerzas, su capacidad de acción, su alegría de vivir». El orden de distribución de la comida al regreso de la caza es significativo de la importancia que se les da a los perros, siendo estos los primeros que comen, antes que las personas. Los inuit, a pesar de ser implacables con sus perros, como dice Malaurie, les trata verdaderamente como se trata a sí mismo.

El explorador francés Nicolas Vanier nos habla de cómo sus perros, todos *huskies* y *laikas de Siberia*, a 35 grados bajo cero, fuertes vientos y desniveles, avanzan a un ritmo «infernado» sin acusar cansancio ninguno, arrastrando el tiro a la carrera durante días. Cómo siguen al galope a 55 grados bajo cero llevando el trineo a pesar de las peores condiciones y por los más increíbles lugares, realizando etapas de 120 a 150 km al día atravesando el Canadá.

Los perros nórdicos de trineo conservan aún unos instintos en estado primitivo inadulterado, por lo cual, la convivencia que se les exige en el seno de las sociedades humanas modernas resulta, a menudo, un tanto complicada. Habitualmente, las personas no están concienzudamente preparadas para dominar a un perro de estas características en todos los aspectos de la convivencia. A estos perros no se les puede exigir una obediencia ciega, y, sus impulsos hacia la caza, habitualmente, causan algunos disgustos. Son muy frecuentes los casos de *huskies* que matan ovejas o gallinas en sus escapadas. Durante varios años estudié meticulosamente la conducta de caza del *husky siberiano*, realicé análisis comparativos y comprobé el gran parecido que existe entre estos perros y el lobo en cuanto al desarrollo de todas las pautas instintivas de conducta, tanto en el seno del grupo social y familiar como durante el ejercicio de la predación. En este sentido, nos encontramos con un perro mayormente inadulterado, si bien, y cada vez más, conozco casos de *huskies* atípicos, diría *más perros*, lo cual es producto, sin duda, de la larga y estrecha convivencia con el hombre moderno y su modo de vida, así como de una selección mucho menos drástica y alejada de la que se produce en las condiciones polares y bajo la dura selección que conlleva el trabajo con los hombres del ártico.

Hay nórdicos como el *samoyedo*, originario de Siberia, que tuvieron algún papel como conductores de los rebaños de renos y que convivieron con los humanos más

estrechamente que *huskies* y *malamutes*, perros estrictamente dedicados al durísimo tiro de trineos. Es muy probable que, esa circunstancia, haya facilitado un carácter más moldeable en el blanco *samoyedo*, en comparación con los demás perros de tiro, y una dependencia un poco más infantil, menos primitiva, hacia el hombre. En los lobos y los perros de carácter lupino, como los *huskies*, *malamutes*, *groenlandeses*, *saarloos* y *ceskoslovensky vlcak* los vínculos maternos se rompen a más temprana edad e, inmediatamente, el cachorro entra a formar parte del jerarquizado grupo social; por tanto, su dependencia hacia el dueño es más cercana a la dependencia del lobo respecto del líder de la manada que esa dependencia infantil de la que hablé y que es particular de los perros pastores.

Hoy día existen competiciones deportivas de trineo en Escandinavia, Alaska, Suiza, Pirineo... donde, a menudo, se participa con perros mestizados de *husky* con otras razas. He de decir que esto es así porque las condiciones implacables del medio y del trabajo han desaparecido. En estas competiciones, como es lógico, se cuida mucho la salud de los canes, su alimentación y su bienestar en todos los aspectos. Las carreras se realizan por etapas, buscando la velocidad en distancias cortas o medias, bajo supervisión veterinaria constante y patrocinio de marcas conocidas de nutrición canina, que abastecen a los competidores. En nada tienen que ver con las durísimas condiciones en las que viven o vivían los perros de tiro de las tribus inuit.

Hay otros perros nórdicos menos conocidos y que nunca se utilizaron para el tiro de trineos. Entre ellos, el más célebre es el *akita inu*, que fue utilizado para la persecución del oso de collar en las islas del Japón. Como los cazadores se sirvieron básicamente de su impulso instintivo de perseguir y acosar al plantígrado, nunca se les exigió nada en cuanto a servilismo hacia el hombre y mantienen esa *independencia* característica de los nórdicos. En la misma línea, se encuentran perros mucho más lupinos, como el perro cazador de alces sueco o *jämthund*, utilizado tradicionalmente para la caza de alces y el tiro de trineos en Suecia, o el *norsk elghund grå* o perro cazador de alces de Noruega.

Otras funciones

Y así ha sido como el hombre ha ido tallando las diferentes razas caninas, sus características morfológicas y conductuales. A partir de ahí, con el cambio en los usos y costumbres en las sociedades humanas, el hombre ha ido adaptando al perro a otras funciones. Hoy día, perros de pastor y de caza son utilizados para la búsqueda y detección de estupefacientes, y también de explosivos en apoyo a las unidades especiales de desactivación, búsqueda de sospechosos, identificación de pruebas policiales... En Leticia, capital del departamento de Amazonas, de Colombia, lugar a donde llegué por vez primera en 2004, había una perrita de raza *labrador retriever* que había descubierto ya 433 kilogramos de estupefacientes en el aeropuerto, por lo

que fue condecorada por la alcaldía. Los narcotraficantes han puesto precio a su cabeza: un par de decenas de millones de pesos. Así que la inocente perrilla lleva escolta policial las veinticuatro horas del día. En España, la Unidad Canina de la Guardia Civil detectó, sólo en el año 2002, más de 48 toneladas de droga y localizó a 54 personas desaparecidas, 23 de ellas con vida. Permitieron, además, conocer la presencia de explosivos en trece ocasiones.

El prodigioso olfato canino, es aprovechado también en otras labores mucho menos conocidas: la búsqueda de las cotizadísimas trufas bajo tierra, de gases y armas químicas, de pequeños explosivos en la entrada de los grandes estadios de fútbol, para la detección precoz del estro en ganado de mucho valor para su posterior inseminación artificial, para localizar polímeros inyectados en diamantes falsos, buscar pruebas criminales, señalar fugas de gas y un largo etcétera.

En lo que el perro se ha erigido como el más maravilloso colaborador y amigo del ser humano, es en aquellas funciones que se refieren a la ayuda social directa para las personas necesitadas. No cabe duda de que es el más bonito legado que las modernas sociedades humanas han permitido desarrollar, en el marco de esa fantástica simbiosis con los cánidos. Los perros de rescate de personas sepultadas en avalanchas de nieve —que ocurren frecuentemente en estaciones de esquí— o bajo escombros tras terremotos, atentados e inundaciones; los perros de búsqueda de personas perdidas en las montañas, los de salvamento acuático, y aquellos que prestan la más importante de las ayudas a invidentes, a sordos, a discapacitados de todo tipo y los que se dedican a terapias con personas de diversa índole, ya sea en centros penitenciarios, geriátricos o con discapacitados psíquicos.

Los invidentes que he conocido y que tienen perro guía siempre me cuentan, con emoción, que no pueden estar sin su compañero. Si, por algún problema de salud del animal, están obligados a coger el bastón, se sienten fatal, pues el perro anticipa sus movimientos y les guía con total seguridad evitándoles tener que concentrarse en los peligros, especialmente los que se denominan *obstáculos aéreos* —como puede ser un semáforo, una rama de un árbol, una señal de tráfico colocada en la acera, o un andamio de obra que esté a la altura de la cabeza del dueño— que un buen perro guía les marca. El perro les permite total autonomía y pasear como cualquier vidente. El invidente siente más afecto y cercanía con la gente; se siente más natural y seguro, sin angustia, con su perro.

Los perros se utilizan como complemento utilísimo para terapeutas, especialmente en terapias con niños maltratados. Estos pequeños encuentran en el perro el apoyo psicológico y la confianza que necesitan. El perro sí puede ser el confidente y amigo en quien confiar plenamente. Con él se puede alcanzar, sin duda y sin riesgo de decepciones, el ideal del amor eterno. Con nuestros perros, todos nosotros, podemos satisfacer nuestros sentimientos más fácilmente, lo que nos

permite un nivel afectivo mucho más espontáneo y desinhibido. Esto es por lo que se les llega a amar tanto o más que a las personas.

Para los niños autistas no hay mejor apoyo al terapeuta. En estos casos, y en cualquier caso de tratamiento de niños retraídos, los efectos beneficiosos de la relación con un perro son indudables, pues establecen fácil comunicación y desarrollan mutua confianza, abriéndose a la terapia. Y para los ancianos, el perro produce un positivo efecto contra la soledad y el aislamiento emocional, reduce el estrés y la privación sensorial. La comunicación no verbal con el animal es antidepresiva y mejora el estado anímico. Les proporciona seguridad y compañía, les mantiene ocupados, les estimula, les conecta con los demás y les anima a salir y pasear. El contacto con el perro aumenta la resistencia a las enfermedades y disminuye la presión sanguínea. Entre los ancianos con perros, hay un menor número de infartos.

Aunque no existe ningún estudio que explique cómo los perros son capaces de detectar la eminencia de un ataque epiléptico, lo cierto es que hay muchos perros que lo detectan en su dueño, y se aprovecha esta facultad para entrenarles hacia respuestas de ayuda: avisarle, traerle medicamentos, el teléfono, abrir una puerta, pedir ayuda, etc. De esta forma, los perros para epilepsia también cuentan hoy con creciente aceptación como perros de ayuda.

Antes de dar paso a otra parte del libro, no quiero olvidar a aquellos perros que cumplieron las más arriesgadas misiones al servicio de los más oscuros intereses humanos. Algunas misiones fueron necesariamente mortales sólo para satisfacer inocentemente al más egoísta e insensible ser que haya poblado el planeta. Allá en el meollo de las grandes guerras mundiales que se libraron en Europa, se utilizaron cientos de perros en los ejércitos, entre los cuales habría que destacar a los perros mensajeros que dejaron su vida portando y accionando bombas mortales sin ningún conocimiento de causa, como el más inocente de los niños pudiera haber hecho bajo petición paterna. En 1957, los rusos enviaron al espacio un satélite con una pasajera a bordo: era Laika, una pobre e inocente perrilla que vivió sola y desamparada como objeto de un experimento espacial, durante 10 días, hasta que la nave, y Laika, se desintegraron en el espacio —ahora se sabe que la pobre perrilla debió morir al poco de despegar—.

SEGUNDA PARTE

**CONDUCTA INNATA DEL
LOBO Y EL PERRO**

TEMA 3. EL INSTINTO

«Estoy convencido de que el intelecto, los intereses, las bases de nuestra vida social y las emociones del *Homo sapiens* son productos de nuestra primera forma de vida cazadora. En consecuencia, un estudio de nuestro pasado puede aclarar muchos aspectos de nuestra propia naturaleza y ayudar a comprender no sólo lo que hemos sido, sino también lo que ahora somos, y quizás a dónde vamos a llegar en el futuro; y el lobo y otros cazadores sociales nos auxilian en la tarea de entender algunos aspectos de nuestro propio pasado».

Félix Rodríguez de la Fuente

Konrad Lorenz y otros investigadores de su época, realizaron estudios con animales criados en total aislamiento de sus congéneres, observando que llevaban a cabo conductas típicas de su especie de forma espontánea sin previa experiencia. He aquí que nació el término *instinto*. Y es que, el comportamiento, no es pura y meramente reactivo; es decir, no es simplemente un aparato de respuesta a estímulos externos. Se ha demostrado, mediante registros electroencefalográficos, la existencia de procesos centrales autónomos; en determinadas zonas del cerebro en reposo se producen ondas de actividad eléctrica. La actividad nerviosa central, por tanto, puede dominar sobre los acontecimientos periféricos —sensoriales o motores— como demostraron E. von Holst y Mittelstaedt en su obra *El principio de reaferencia*, y von Holst en *Relaciones entre el sistema nervioso central y los órganos periféricos*. De ahí surge la necesidad instintiva; el impulso incontenible que ha de ser satisfecho.

Un claro ejemplo de conducta instintiva básica es la de la ocultación de comida. Podemos observar los movimientos exactos de la ocultación en un cachorro de lobo de corta edad. De forma absolutamente espontánea, sin haberlo visto ni entrenado antes, realiza a la perfección toda la coordinación hereditaria del enterramiento del botín. El animal porta el objeto codiciado y busca un lugar apartado, a ser posible a escondidas de todas las miradas. Sin soltar el objeto, cava cuidadosamente con las patas delanteras un agujero más o menos a la medida (figura 1) donde coloca el tesoro —si el agujero no resulta lo suficientemente profundo, recoge el objeto de nuevo con la boca y cava un poco más hondo— lo empuja y coloca suave y decididamente con la nariz (figura 2) y se dispone después a taparlo convenientemente con la tierra de alrededor, arrastrándola con la nariz delicadamente (figuras 3 a 5) y empujándola firmemente para aplastarla, dejando el objeto bien enterrado (figura 6).

Figura 1. El pequeño cachorro, sin haberlo visto ni practicado previamente, cava cuidadosamente un agujero a la medida del objeto que porta en la boca.



Figura 2. Introduce el tesoro en el agujero. Si el agujero no es lo suficientemente profundo, recogerá nuevamente el objeto y cavará un poquito más. Lo colocará cuidadosamente con la nariz.



Figuras 3 a 5. Tapa el objeto barriendo la tierra de los alrededores con la nariz, meticulosa, firme y decididamente, con movimientos claros y definidos muy característicos.

Figura 6. Finalmente, comprime la tierra sobre el objeto apretando con la punta del hocico, ocultando la depresión y permitiendo la fijación firme del tesoro en el escondite.



Para todo esto, lleva a cabo siempre unos movimientos muy característicos, que darían la sensación de estar calculados conscientemente. Pero, lo cierto, es que es una conducta que pertenece a una coordinación innata de movimientos, que están inscritos de alguna manera en su psique. Toda esta serie de pautas de movimiento, están organizadas por la selección y la mutación, los dos agentes evolutivos de los que ya he hablado, de manera que, en las condiciones normales del medio natural, el sistema funciona *como si* el animal supiera exactamente lo que debe hacer en interés de su supervivencia o la de su especie, o, mejor dicho, de la conservación de la corriente de la vida, pues las especies se transforman. Ese mismo comportamiento podemos observarlo en nuestros perros domésticos, a los que, incluso, veremos intentar, inútilmente, esconder el objeto —un hueso, un trozo de pan, un juguete— sobre las desnudas baldosas de un piso empujando tierra *imaginaria* con la nariz.

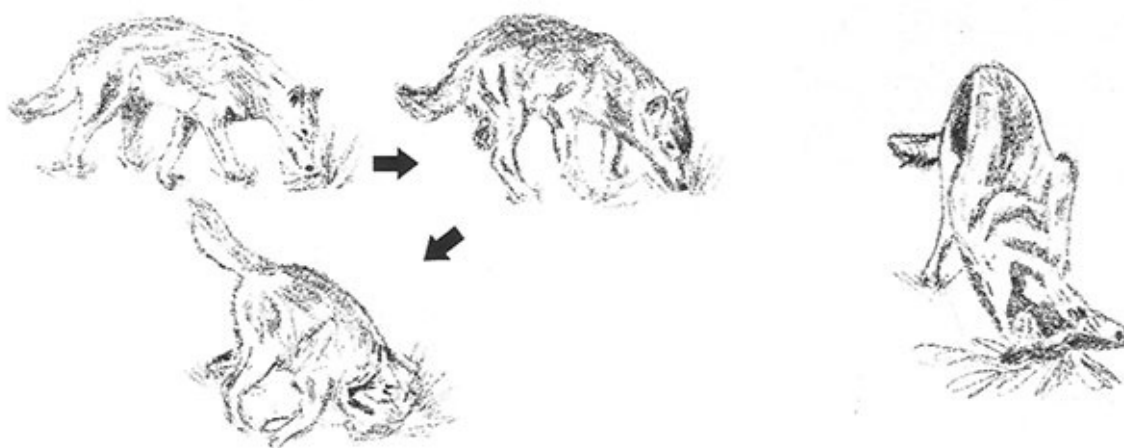


Figura 7. Un olor característico y fuerte, estimula al animal, de forma instintiva, a realizar una serie de movimientos peculiares, que van a permitirle impregnar su pelo de dicho olor. La coordinación instintiva de movimientos, es siempre la misma: el animal se deja caer hacia un lateral, apoyando primero un lado del cuello en el olor encontrado, arrastrando, posteriormente, todo el costado hasta tumbarse completamente antes de volver a levantarse para repetir la operación varias veces por ambos lados del cuerpo. Con ello, el animal queda impregnado de este olor, a menudo heces o animales muertos. Esta pauta de movimientos instintivos les puede permitir, eventualmente, ocultar su propio olor o impregnarse de un olor característico al grupo familiar.

3.1. CONDUCTA INSTINTIVA E IMPULSOS INSTINTIVOS

Aunque en mi primera publicación afirmé, hace ya una década, influenciado, sin duda, por la corriente etocientífica dominante, que el perro es un animal principalmente instintivo —aunque recalqué que no totalmente— hoy día le vuelvo a dar la importancia que, antes de aquella época, le daba a las emociones y los procesos cognitivos superiores en los animales.

No obstante, la conducta instintiva en el cánido es importantísima, como raíz por el que circula la corriente principal de su comportamiento. Ciertamente, también lo es en el ser humano, y me molesta profundamente el que, aún hoy, haya incluso catedráticos de psicología capaces de afirmar que el hombre es un ser poco instintivo. ¡Nada más lejos de la realidad! Tan esclavizado está el ser humano de sus impulsos instintivos que se dirige hacia su propia destrucción por no ser capaz de dominarlos. De hecho, Konrad Lorenz explicó, mediante los conceptos de conducta instintiva, ciertas particularidades del ser humano, especialmente reacciones automáticas y estereotipadas de las relaciones sociales que muestran que el humano no está en absoluto emancipado de sus instintos naturales y que no concuerdan, en absoluto, con el autoconcepto habitual que el hombre tiene del comportamiento humano «inteligente». Pero no voy a entrar en tan complicado tema aquí, no se preocupe el lector lo más mínimo.

Conocemos como *conducta instintiva* al conjunto de pautas de comportamiento que tienen el objetivo de servir para la supervivencia del individuo y, por ende, de la especie. Son hasta cierto punto rígidas, innatas, hereditarias y compartidas por todos los miembros de la especie —o, por lo menos, por todos los del mismo sexo— y se desarrollan sin previo aprendizaje, a menudo, ante la primera exposición al estímulo que lo desencadena, respondiendo a estímulos muy simples, pero teniendo, no obstante, un carácter espontáneo que les convierte en conductas de desencadenamiento autónomo.

Ese desencadenamiento autónomo del instinto depende de la *apetencia instintiva*, es decir, la *motivación* hacia un estímulo o un comportamiento. A una *motivación específica* la denominamos *impulso*. A menudo hablaré de *impulsos instintivos* cuando quiera referirme a los componentes de la *conducta instintiva* que promuevan la ejecución de comportamientos instintivos que se desarrollen hacia un mismo objetivo; por ejemplo, el *impulso de persecución de la presa*, *impulso de sujeción*, *impulso de rastro*, etc., dentro de la *conducta instintiva de caza*.

La conducta instintiva necesita de maduración. Cuando el perro ha podido realizar en tierra la coordinación instintiva de la ocultación del alimento de la que hablaba antes, buscará tierra para enterrar el objeto y no lo hará en suelo embaldosado. De alguna forma, el comportamiento instintivo ha evolucionado con una, me atrevo a decir, *capacidad de aprendizaje* propia. A menudo, los instintos han

de madurar en una etapa concreta y temprana del desarrollo, como si de un componente de aprendizaje primario, un *troquelado* del instinto, se tratase. En mi perra collie, Yesi, esto era muy evidente y, una vez ella hubo realizado la coordinación de movimientos instintivos de la ocultación en tierra una sola vez, nunca más lo hizo en suelo artificial. Y si quería esconder algún objeto y no encontraba tierra, buscaba desesperadamente macetas en las que poder hacerlo de forma natural. Esto era para ella tan evidente que prefería enterrarlo en macetas tan incómodas que no le permitían realizar los movimientos instintivos habituales, pues estaban elevadas, y había *inventado* su propia forma de hacerlo en la tierra de estas macetas antes que perder el tiempo realizando los movimientos en vacío sobre el suelo embaldosado. No obstante, en los perros podemos encontrar todo tipo de particularidades de comportamiento, y mi menos primitiva perra de agua española, Zorba, en cambio, si bien prefería ocultar los objetos en tierra, de forma natural, en caso de no tener esta oportunidad, lo hacía en cualquier rincón de la casa, en vacío, sobre las baldosas, y se quedaba tranquila. En la coordinación instintiva de caza, la maduración *canaliza* el instinto y permite el aprendizaje de comportamientos complementarios con la base instintiva heredada. Otro ejemplo: el perro que nunca tuvo oportunidad de cazar presas naturales, en el proceso de maduración instintiva aprenderá a canalizar su impulso instintivo hacia otra cosa. O, si tampoco tuvo esa oportunidad, mostrará movimientos de intención o incipientes, o un comportamiento instintivo inmaduro dentro de los juegos, y no sabrá cómo ponerlo en práctica, como sucede con los animales salvajes criados en cautividad que ya nunca podrán aprender a cazar, pues se les pasó la época de la maduración y canalización del instinto. Respecto de la conducta jerárquica, veremos cómo también es necesaria una adecuada maduración por experiencia.

3.2. MECANISMOS DESENCADENANTES INNATOS, ESTÍMULOS CLAVE, Y PAUTAS DE ACCIÓN FIJA

Determinados actos instintivos se producen exclusivamente en situaciones biológicas concretas, por lo que la respuesta está vinculada al estímulo que la provoca de forma innata. Digamos que, en el acervo genético, está escrito de antemano cuáles son las peculiaridades del sistema neuroendocrino que promueven las respuestas y a qué estímulos se responde. Cada impulso instintivo es puesto en marcha por estímulos muy sencillos que la etología clásica denomina *estímulos desencadenantes innatos* o *estímulos clave*. El impulso de persecución de caza, por ejemplo, se despierta especialmente ante el movimiento rápido y continuo de *huida* de un objeto —de forma natural, la presa— especialmente si es de pequeño tamaño. Este impulso de persecución, puesto en funcionamiento por el *estímulo* de la presa, fue

denominado por los etólogos clásicos como *pauta de acción fija*.

Estos estímulos clave que ponen en marcha impulsos instintivos —pautas de acción fijas— en ocasiones se corresponden con las respuestas de otros congéneres ante otros estímulos. Por ejemplo, en el caso de la huida de una paloma, la ejecución del propio impulso instintivo desencadena, o puede desencadenar, el mismo impulso de huida en sus compañeros. Es decir, la puesta en marcha de la pauta de acción fija de huida por parte de un individuo significa que el estímulo clave lo ha puesto en funcionamiento y, consecuentemente, el comportamiento de huida se convierte, por sí mismo, en estímulo clave desencadenante para la huida de los demás.



Figura 8. Un cachorro de husky persigue a una gallina. Su impulso de persecución de caza (toda la pauta de acción fija del impulso de persecución) se ha puesto en marcha inmediatamente con el estímulo desencadenante innato que representa la huida del ave. El otro cachorro ha visto a su hermano sin haber visto antes a la gallina, pero, la propia pauta de acción fija de persecución desarrollada por el hermano, ha servido de estímulo para la activación de su propio impulso de persecución de caza. Aquí intervienen componentes del aprendizaje.

Para explicar cómo el estímulo desencadenante innato y la pauta de acción fija se conexionan, Lorenz y Tinbergen hablaban del *mecanismo desencadenante innato*.



Así, como señala la etología clásica, cada pauta de acción fija o impulso instintivo y su estímulo desencadenante innato, tienen su propio mecanismo desencadenante

innato; esto es lógico de comprender: el estímulo desencadenante innato no es más que el botón de puesta en funcionamiento; la pauta de acción fija es la acción del aparato; pero ha de haber un mecanismo que, al apretar el botón, lleve a la acción del aparato; éste es el mecanismo desencadenante innato, que se corresponde con las estructuras y mecanismos fisiológicos que procesan la estimulación y coordinan la respuesta de la pauta de acción fija; circuitos neuronales específicos que accionan el impulso ante el estímulo.

Este mecanismo que desencadena el comportamiento innato, puede, en ocasiones, ser *engañado* y puesto en acción por un estímulo parecido al estímulo desencadenante innato natural o biológicamente correcto; es decir, en momentos determinados, podemos *engañar* al instinto. Por ejemplo, el movimiento de una pelota puede resultar un estímulo desencadenador perfecto para el impulso de persecución de la presa. En los perros es habitual que, quizás por algún proceso de aprendizaje primario, respondan instintivamente a este estímulo artificial con mayor intensidad, incluso, que al movimiento de una presa natural. En estos casos, los adiestradores de perros decimos que hemos *canalizado* el impulso instintivo hacia otro objetivo.

Cuando estudiaba la coordinación instintiva de la conducta de caza en los primitivos huskies siberianos, me llamaba la atención el que, en un momento determinado y temprano de su madurez, los impulsos de caza innatos ya se dirigían en exclusiva hacia presas vivas. A partir de ese momento, perdían inmediatamente el interés por otros estímulos *erróneos*. En cambio, mi perra Zorba, típico ejemplo de carácter *pastoril inmaduro*, desarrollaba todos los comportamientos de caza con los objetos a los que se había habituado en alguna etapa de su infancia, y no prestaba ningún interés hacia las presas vivas. Si, mientras corría a por una pelota, se levantaba un bando de urracas, ella no se inmutaba ante estas. Mi perra husky, Truska, no prestaba ninguna atención a una pelota, pero algún mensaje primitivo innato la llevaba en dirección hacia el ganado doméstico sin remedio, a pesar de que ella tuvo, probablemente, las mismas oportunidades de *canalizar* su impulso hacia el vuelo de una pelota que las que tuvo Zorba. Aún me inquieta el pensar en ello, pues se comprueba de esta forma que, teniendo importancia el aprendizaje temprano del estímulo adecuado para desfogar el impulso instintivo, hay algún aprendizaje de especie que, en los perros primitivos, como en los lobos, tiene mayor trascendencia que en los perros más influenciados por la domesticación. Y esto me parece muy interesante.

Figura 9. Perro policial antidrogas. El animal no está buscando realmente la droga sino el estímulo con que poder descargar su necesariamente alto impulso de presa. El rodillo o mordedor es el estímulo buscado, que ha sido asociado por aprendizaje temprano al impulso de presa y a las emanaciones odoríferas que se buscan. De esta forma, el perro se encuentra altamente motivado en la búsqueda



de los objetivos que se pretenden, pues allí se encuentra el rodillo que desahogará sus instintos naturales. Es un juego y todos los perros de búsqueda policial o de salvamento utilizan el mismo principio.



Figura 10. Por ello, siempre que realizan una intervención exitosa o al finalizar la sesión de trabajo encontrando el objeto, reciben el rodillo o mordedor. El guía está tirando del mordedor y el perro lo sujeta con firmeza. Esto es lo que permite al can desfogar la energía específica de acción para este comportamiento instintivo de presa. Está descargando su impulso.



Figura 11. Finalmente, el guía permite al perro, tras desfogar su impulso de presa tirando del mordedor, transportarlo en la boca durante un trecho. De esta forma, le damos la oportunidad al perro de completar toda la coordinación instintiva de la conducta de caza que ha desarrollado hacia el estímulo clave del mordedor.



El *engaño* del instinto puede ocurrir, quizás, porque el mecanismo desencadenador innato del impulso instintivo sea muy sencillo e incapaz de discriminar aquello que sería biológicamente correcto. Hablamos entonces de *estímulo supernormal*; el estímulo más sencillo y claro con capacidad para poner en funcionamiento la conducta. El buen adiestrador conoce perfectamente la forma de excitar el mecanismo desencadenante innato de un determinado impulso utilizando estímulos supernormales. De esta forma, se pretende *apretar la tecla* exacta que ponga en funcionamiento el mecanismo desencadenante del impulso instintivo, aunque éste sea relativamente débil, pues la dotación genética de cada animal es diferente y, si nos referimos al perro, puede contar con un exacerbado impulso

instintivo o, al contrario, tenerlo totalmente atrofiado.



Foto 2. Estímulo supernormal desencadenante del impulso de persecución: el adiestrador experimentado mueve un trapo de forma continua y rápida, siempre en *huida*, y el cachorro, con pulsiones instintivas aún solamente latentes, realiza los movimientos de persecución de caza innatos de forma espontánea e innata.



Foto 3. El buen adiestrador también ha de ser capaz de valorar la seguridad y los impulsos de autodefensa o de huida de cualquier perro; mirada fija, mano amenazante, lento movimiento de avance, correa tensa por parte del guía, son factores que, unidos, provocan exactamente el despertar del impulso de autodefensa o de huida del perro. Conformen, por tanto, todos juntos, el estímulo supernormal.

3.3. COMPORTAMIENTO APETITIVO Y ACTO CONSUMATORIO

Decía que el instinto no ha de ser necesariamente reactivo y que la actividad nerviosa central puede dominar sobre los acontecimientos sensoriales. La espontaneidad de determinados movimientos instintivos les convierte en una necesidad. Cuando este impulso instintivo no es desahogado durante un periodo indeterminado de tiempo, a menudo existe una acumulación endógena de energía suficiente —que Konrad Lorenz llamó *energía específica de acción*— como para que el animal —incluyendo al ser humano, por supuesto— se ponga manos a la obra en busca de una situación de estímulo que sirva de desencadenante para todo el mecanismo mediante un *comportamiento de apetencia*, como demostró Wallace Craig en 1918. Craig fue uno de los más influyentes maestros del gran Konrad Lorenz, al que tanto me gusta nombrar. Sin embargo, resulta que él no estaba de acuerdo con Lorenz en una cosa: este afirmaba que la ausencia prolongada de estímulos desencadenantes terminaba por hacer desaparecer la conducta, como si las actividades instintivas se basasen en una cadena de reflejos, pues en el aprendizaje por reflejos condicionados, la falta de estímulos lleva a un proceso denominado *extinción*, por el cual la conducta aprendida deja de presentarse, es decir, se extingue; si bien, no definitivamente. Pero Craig le enseñó algo muy interesante, tras lo cual, el sabio Lorenz, supongo que no sin antes realizar sus propias comprobaciones, cambió de opinión: en el caso de las conductas instintivas, la falta de estímulos que las desahoguen podía provocar que el organismo —y digo el organismo antes que el propio animal— se viese impelido a la búsqueda de estímulos desencadenantes. Craig lo descubrió y lo demostró con tórtolas. Separó al macho de la hembra pretendiendo estudiar qué era lo que provocaba la danza nupcial del macho. Y descubrió algo sorprendente: a los pocos días de su obligada soledad, el macho cortejaba a una hembra blanca, cosa que antes y en condiciones normales nunca habría hecho. Pero cuando la privación se hizo más larga, se atrevió a cortejar a una hembra disecada. Y más tarde incluso a un trozo de tela enrollada. Finalmente, llegó a bailar en vacío a un punto de fijación óptica, tal era su necesidad. Supongo que, finalmente, Craig devolvería piadosamente al pobre animal su perdida vida social. Por tanto, existía una actividad espontánea de la conducta instintiva. Efectivamente, los patrones instintivos se ponen en marcha sin estimulación externa, mediante un mecanismo endógeno. Si bien no todos, pues habría que hacer notar que hay impulsos con motivación exclusivamente exógena —sin motivación interna— como, por ejemplo, los impulsos instintivos de huida y de autodefensa, que sólo se ponen en marcha ante el estímulo clave.

Decimos que el animal, entonces, se encuentra *motivado* hacia ese determinado estímulo. Esta motivación instintiva se debe, por tanto, a la actividad espontánea del sistema nervioso central por un complejo proceso bioquímico. Puede, además, estar provocado o influido, de alguna forma, por estímulos sensoriales internos y

hormonales. La excitación se acumula y el animal necesita desfogarla adecuadamente. La predisposición a reaccionar aumenta proporcionalmente al tiempo que transcurre sin desfogar el patrón de conducta instintiva. Por tanto, la motivación a responder al estímulo correspondería, en aquel ejemplo del apartado 3.2, a la batería del aparato. Los estados motivacionales modifican la capacidad sensorial y perceptiva, disminuyendo el umbral sensorial a determinados estímulos cuando el nivel motivacional es alto, para captarlos más fácilmente.

El cánido —ya sea perro, lobo, zorro, chacal, lycaon o cualesquiera otro— se pone en marcha buscando urgentemente un estímulo cuando el instinto que dirige dicha conducta se encuentra insatisfecho. En estos casos, el umbral de los estímulos que desencadenan la conducta instintiva, se va reduciendo progresivamente. La conducta se disparará ante la más pequeña estimulación. El animal se encuentra muy motivado, con mucha energía específica de acción.

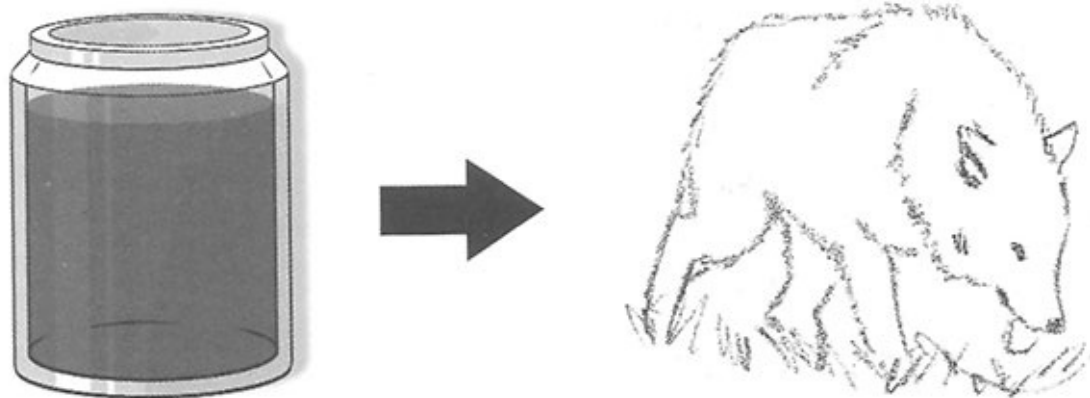


Figura 12. Imaginemos que el frasco de la izquierda contiene la energía específica de acción para un determinado impulso o pulsión instintiva. Cuando se haya acumulado una suficiente cantidad de energía, el animal se verá impelido a la búsqueda de los estímulos que le permitan liberarla con la pauta de acción adecuada. En el dibujo podemos ver que, ante la acumulación endógena de energía específica de acción de caza, el lobo se pone, espontáneamente, a buscar un desencadenante innato con el rastreo.

Cuando se trata de un animal que tiene muy desarrollado un impulso instintivo determinado —e, incluso, exacerbado de forma antinatural como en el caso de muchas razas de perros— se verá en la necesidad de desfogar tal instinto mucho más a menudo que en condiciones normales, por lo que, de no hacerlo, tenderá a comportamientos de apetencia o búsqueda de estímulos.

El objetivo de todo esto es llegar al final de la conducta instintiva con un *acto consumatorio* que relaje la psique del animal y restaure su equilibrio alostático —equilibrio funcional interno del organismo— pues todo se debe a una complejísima coordinación neurofisiológica. Una vez el cánido ha conseguido ejecutar el objetivo

instintivo, descansa instintiva y psicológicamente. Su cuerpo se relaja y encuentra, al fin, un estado de reposo.

3.4. ACTIVIDAD DE DESPLAZAMIENTO O REORIENTACIÓN

Decía antes que, la predisposición a reaccionar con una conducta instintiva determinada, es directamente proporcional al tiempo que transcurre sin haber realizado o desahogado el patrón de conducta. Es decir, a mayor tiempo, más predisposición a la reacción instintiva por acumulación endógena de excitación (necesidad instintiva).

A medida que transcurre el tiempo, es fácil comprender que también disminuya la selectividad de la reacción y del estímulo, por aquello de que el umbral de respuesta disminuye. Es decir, el animal —o el humano, claro, no nos vamos a librar de esto— se puede conformar con el más tosco sustituto al estímulo que de forma natural sirve para desahogar la conducta instintiva. No encuentro mejor frase para describir esto que aquella que dice «a falta de pan, buenas son tortas». Lo vimos con las tórtolas de Wallace Craig, pero lo podemos comprender si imaginamos, mismamente en el ser humano, el comportamiento instintivo sexual.

Puede suceder, por ejemplo, que ante la falta del estímulo clave, el animal insatisfecho desplace su comportamiento instintivo hacia otro objetivo u otra conducta. El perro cuya conducta de caza no puede ser relajada de forma natural, puede buscar, por ejemplo, una bicicleta o cualquier otra cosa para perseguirla como si de una presa se tratase. Es un ejemplo de *actividad de desplazamiento*. El perro que, después de ser amenazado a través de una verja y al verse imposibilitado para liberar la agresividad que le ha sido disparada por el individuo provocador, se desahoga mordiendo al perro que tiene al lado —que más le vale que sea inferior jerárquico suyo— ha *desplazado* el objetivo de su comportamiento hacia otro objetivo.

También es actividad de desplazamiento, por ejemplo, aquella que el perro ejecuta ante la imposibilidad de desatar su energía por un confinamiento obligado en una jaula; en estos casos, es típico que lleve a cabo movimientos estereotipados e incluso automutilaciones. Esto lo podemos observar, desgraciadamente muy a menudo, en numerosos zoológicos de todo el mundo, con muchos animales, como osos, lobos, etc. Hay perros que están faltos de ejercicio, llenos de energía, y han de desfogar el alto impulso de presa que permanece insatisfecho destrozando los muebles y sofás de sus casas. Eso es una actividad de desplazamiento con la que canalizar su energía específica de acción.

3.5. MOVIMIENTOS INSTINTIVOS DE INTENCIÓN

Aparecen cuando se produce lentamente una excitación específica que no llega a alcanzar el valor umbral necesario para desencadenar la secuencia de movimiento completa. Cuando el animal no tiene suficiente impulso instintivo, la aparición del estímulo clave quizás no sea suficiente para que se dispare todo el mecanismo de acción. Igualmente, sucede de esta forma cuando el estímulo clave no es lo suficientemente claro o potente. En estos casos, puede haber un *movimiento de intención* o movimiento incipiente de baja intensidad del impulso instintivo.

En el caso de la aparición de un rastro muy leve, por ejemplo, el impulso de rastro de la conducta instintiva de caza quizás no sea motivado de forma lo suficientemente intensa como para comenzar con una búsqueda meticulosa; el animal puede responder a este estímulo con un movimiento incipiente de búsqueda para, posteriormente, interrumpirlo. Así mismo, un perro con un bajo impulso de caza, ante la aparición de un estímulo clave específico muy fuerte —un estímulo supernormal— puede mostrar un movimiento de intención más o menos claro. Con un impulso innato de caza más bajo, quizás no exista respuesta ninguna. Muchos gestos comunicativos tienen su origen en movimientos de intención. Las miradas y los gestos de amenaza, por ejemplo, cuentan con todas las formas intermedias que uno pueda imaginar, a partir de la más mínima insinuación.

Hay ocasiones en las que los adiestradores nos servimos de un estímulo supernormal, y del movimiento de intención que provoca en un perro con bajo instinto, para poder trabajar, fomentar, canalizar y potenciar dicho instinto en trabajos sumamente complejos. Así lo he realizado, por ejemplo, en varias ocasiones con perros con bajo impulso de presa o defensa a la hora de adiestrarles en los ejercicios de protección.

3.6. ACTIVIDAD INSTINTIVA EN VACÍO

Al contrario que en el caso del movimiento de intención, puede suceder que el animal tenga una alta energía específica de acción para un determinado impulso instintivo. Un animal con un impulso insatisfecho, previa conducta de apetencia en busca del estímulo desencadenador innato, verá reducir, progresivamente, su umbral de respuesta a los estímulos que ponen en marcha el mecanismo de la conducta en cuestión. Responderá, como ya sabemos, a un estímulo más ligero cuanto más tiempo haya transcurrido, viéndose impelido, en casos extremos y por la falta del estímulo, a realizar la *acción instintiva en vacío*. Llevando a cabo el movimiento inútilmente, como aquel macho de tórtola que danzaba ante un punto de fijación óptica en una esquina de su triste jaula.

En un ejemplo fácil, un perro con un alto impulso de acecho —la *muestra* fija de los perros de caza que el hombre ha seleccionado— en caso de no encontrar el

estímulo que lo satisfaga, puede realizar acechos (muestras) en vacío, sin existir ni tan siquiera el olor débil y caduco de una presa. El perro trata, de esta forma, de preservar de daños su sistema nervioso, pues todas estas particularidades del comportamiento tienen una base neurofisiológica, como ya he apuntado.

Konrad Lorenz tenía un pajarillo que cazaba moscas imaginarias pues aunque estaba bien alimentado tenía necesidad instintiva de capturar insectos, así que llevaba a cabo la acción en vacío. Cuando me encontraba estudiando etología y adiestramiento canino en Madrid, vivía exactamente sobre un parque. Cada día, un vecino salía a pasear con su perro; el animal llegaba al parque, donde era liberado de la correa, hacía sus necesidades e, inmediatamente, se dirigía a gran velocidad a un arbolillo sin hojas para comenzar a ladrar histéricamente mirando hacia sus ramas, como si hubiese algún animal refugiado. Daba vueltas y vueltas alrededor del tronco sin parar de ladrar y podía permanecer así un tiempo considerable, hasta que el dueño decidía que ya había hecho suficiente ejercicio y lo agarraba para llevárselo a casa de nuevo. El perro, al llegar junto al tronco, tenía casi que saltar dentro de una zanja que había ido cavando con el tiempo de tantas vueltas que había dado ladrando inútilmente hacia las ramas. Esto es un ejemplo de hasta qué punto se le ofrecen al perro condiciones artificiales de vida. Seguramente, un día un gato se refugió en el inseguro arbolillo y, el perro, desfogando sus impulsos, se puso a ladrar debajo. Y qué a gusto se quedó aquel día. Al día siguiente, imagino casi con certeza, regresó al mismo arbolillo a ver si había suerte de encontrar al gato, estímulo para su tan insatisfecho instinto de caza, y, de paso, para liberar sus cúmulos de energía. Aunque el felino no se encontraba allí, el perro estaba tan desesperado que empezó a ladrar al gato imaginario, por necesidad, en un claro ejemplo de conducta instintiva en vacío, hasta que se convirtió casi en una «ceremonia maniática».

Si nos paramos a pensar un poco, encontraremos fáciles ejemplos de comportamientos apetitivos, movimientos de intención, acciones en vacío, y actividades de desplazamiento no sólo en nuestros propios perros, sino en muchas de nuestras más comunes conductas instintivas.

3.7. BREVE APUNTE DEL MECANISMO NEUROFISIOLÓGICO DE LA CONDUCTA INSTINTIVA

Decía anteriormente que el objetivo de toda la conducta instintiva es llegar al final de la misma a través de un acto consumatorio determinado que relaje la psique del animal y restaure su equilibrio alostático, es decir, el equilibrio funcional interno del organismo. Sin ánimo de aburrir al lector, pretendo, simplemente, advertirle, con un par de párrafos, sobre la importancia que tiene la llegada a buen término de todo el proceso de la conducta instintiva mediante su objetivo etobiológico, y de la conexión

que existe entre todas las funciones del organismo. Todos los órganos están interrelacionados y todo este aparato vital ha de funcionar necesariamente en unas determinadas condiciones químicas.

El estrés físico y emocional, las circunstancias de una situación eventualmente peligrosa, o simplemente el ejercicio físico intenso provocan una demanda de glucosa por parte de las células del organismo del animal. Todo el aparato neurofisiológico se pondrá a trabajar en ello; el sistema nervioso autónomo estimulará la médula suprarrenal, que segregará adrenalina y noradrenalina, que aumentarán el metabolismo de la glucosa y su concentración en sangre para una mejor actividad muscular, y que aumentarán también el ritmo cardiaco y la respiración para que los músculos estén bien surtidos de oxígeno y glucosa. La hipófisis anterior, estimulada por la influencia del hipotálamo, producirá la hormona adrenocorticotrópica, que estimulará, a su vez, a la corteza suprarrenal, que liberará hidrocortisona, que va a ayudar al metabolismo a convertir grasas y proteínas en glucosa. El páncreas también va a intervenir en todo este complicado mecanismo de control, segregando insulina o glucagón para regular la concentración de glucosa. Y, este nivel de glucosa en las células, es especialmente importante para las células nerviosas, las neuronas del encéfalo, que dependen de ella como única fuente de energía.

En el sistema sensorial, los estímulos son captados por los receptores de los órganos sensoriales, y serán procesados por el tálamo, la corteza sensorial primaria, la corteza sensorial secundaria y la corteza de asociación para producir las respuestas adecuadas. La organización del sistema sensorial es jerárquica, funcionalmente segregada y trabaja en paralelo. Cuando la concentración de glucosa baja, por ejemplo, el sistema nervioso se pone en marcha para dar como respuesta una sensación de hambre que llevará al animal a un estado de atención que le permita actuar con efectividad en su comportamiento predatorio.

TEMA 4. CONDUCTA INSTINTIVA DE CAZA EN EL LOBO Y EL PERRO

Los etólogos que somos o hemos sido adiestradores de perros, estamos muy familiarizados, habitualmente, con el trabajo de los instintos de los canes, pues, en torno a ello, se desarrolla a menudo nuestra labor profesional. Como vimos cuando hablaba de los orígenes del perro, el hombre, mediante una rigurosa y constante selección genética durante miles de años, ha ido potenciando, relajando hasta la atrofia, o canalizando los diferentes componentes de la conducta instintiva de los cánidos domésticos.

El ser humano ha sido capaz de dirigir la conducta instintiva de caza del perro hacia un comportamiento sumamente funcional para sus intereses, en un proceso filogenético interesantísimo. En el desarrollo de la conducta de caza de los cánidos, se coordinan varios impulsos instintivos totalmente diferentes; cada uno de ellos, no obstante, es capaz de poner en marcha el mecanismo del siguiente impulso de la coordinación innata de la conducta instintiva de caza. Así que, la conducta de caza, puede ser estudiada como una cadena organizada de apetencias —o impulsos instintivos— con diferentes coordinaciones hereditarias, cada una de las cuales tiene una motivación autónoma propia.

He dividido la coordinación completa de la conducta instintiva de caza en los siguientes impulsos: rastro, acecho, persecución, sujeción, e, incluso, aunque no quiero abusar del término *instinto*, porte o transporte de la presa. Por ese orden, unos y otros impulsos estarían coordinados, encadenados, de modo que el de rastro prepara al animal para el acecho o la persecución; la persecución lleva directamente a la sujeción de la presa para, posteriormente, transportarla a lugar seguro, si su tamaño es suficientemente reducido. El animal inexperto va a ser guiado de un impulso a otro automáticamente, hasta lograr el objetivo instintivo. Algo que comprobó Paul Leyhausen, del Instituto Max Planck de Fisiología del Comportamiento, de Munich, en los años 60. Como en muchos de nuestros perros, unos u otros impulsos están, en mayor o menor medida potenciados, o, por el contrario, atrofiados, describiré por el momento la coordinación natural y equilibrada de los impulsos de la conducta de caza en el lobo, a la que se puede comparar la conducta de caza de los perros nórdicos más lupinos.

Primeramente, de forma espontánea y a través de todo un complejo mecanismo neurofisiológico, se pone en marcha una excitación endógena que le lleva a la búsqueda incansable de un estímulo que desencadene toda la *coordinación innata* de la conducta instintiva de caza. Entra en funcionamiento, de esta forma, un comportamiento espontáneo de apetencia que le llevará a rastrear concienzudamente su medio. La Madre Naturaleza, sabia como es, decidió que, de esta forma, el lobo

podría alcanzar, mediante la consecución de la satisfacción de dicho instinto cazador —es decir, al llegar al acto consumatorio de la coordinación instintiva de impulsos de caza— la fuente de proteínas que necesita para su supervivencia. Fíjese el lector en el hecho de que el *acto consumatorio* de toda la coordinación de la conducta instintiva de caza *no es la alimentación* con la presa capturada, sino el mero hecho de llegar al punto final de toda la coordinación innata tras la sujeción y muerte de la presa y su transporte a lugar seguro.

Por eso, el depredador bien alimentado, aquel que no ha tenido la necesidad de desahogar su instinto de caza para conseguir su alimento —directa o indirectamente alimentado por el hombre— podrá reaccionar ante el estímulo de la presa viva con una conducta depredadora activa. Sabemos que los perros bien alimentados no están impelidos motivacionalmente hacia la persecución de presuntas presas; de estar ahítos, pueden, tras darlas muerte, abandonarlas despectivamente o, de forma más natural y primitiva, esconderlas. ¡El hambre se sacia antes que el instinto de caza! Mi amigo Germán Garrote, que realizaba un trabajo de investigación del lobo en la estepa castellana y en un ecosistema claramente adulterado, me comentaba que lobos bien alimentados a costa de un basurero desfogaban su conducta instintiva de caza con pequeñas presas silvestres que luego no consumían.

Simplemente, la Naturaleza dictó que gracias a ese fuerte impulso incontrolable, independientemente del hambre, podría el predador dar caza a las presas que le servirían de alimento a él y, eventualmente, a sus cachorros. No es, por tanto, una búsqueda *consciente* del condumio, sino una necesidad imperiosa de predación que, por ende, le llevará a la consecución del alimento.

Podríamos decir, por tanto, que el lobo, como todo depredador, no mata para conseguir comida, sino que busca conseguir comida para poder desahogar su instinto; y obsérvese de nuevo que, utilizando cabalmente los conceptos, digo *conseguir comida* y no *comer*, pues el acto de la ingesta de alimento lo incluyo fuera de la coordinación instintiva de caza. Recordemos también que el ser humano tiene un fuerte instinto predador; los cazadores humanos de nuestro moderno mundo desnaturalizado no necesitan tener hambre para ir a desfogar su instinto irreprimible yendo de caza al monte. La Naturaleza —léase «la implacable selección natural»— ha dotado al lobo de unos altos impulsos de caza, que superan a la propia sensación o necesidad vital de la verdadera actividad alimentaria, por la sencilla razón de que, la mayoría de los lances de caza que los lobos protagonizan en condiciones naturales, resultan fallidos. La necesidad endógena de cada movimiento, está dictada por la Naturaleza de forma que pueda dispararse nuevamente tras los lances fallidos que se dan necesariamente en condiciones naturales. Obsérvese estos datos que incluyo a continuación.

El legendario investigador del lobo L. David Mech, demostró que más del 60% de

los wapitíes atacados en la Isla Royal, en el Lago Superior, ponían en fuga a las manadas de lobos, a veces compuestas por una docena de individuos. Entre abandonos y fracasos, la eficacia de la predación sobre los wapitíes se reducía a menos del 8%. En los inviernos de 1997 y 1998, el mismo investigador trabajó en el Parque Nacional de Yellowstone estudiando la relación ecológica del lobo con sus presas principales (ciervos) dos y tres años después de la reintroducción del depredador en el Parque. Comprobó que, en el duro invierno del año 1997, los lobos tuvieron un porcentaje de éxitos de captura de ciervos del 26%, y que, en el invierno más suave del año siguiente, sólo alcanzaron un 15% de éxitos en sus lances de caza. Los datos de Grande del Brío, por su parte, son aplastantes en las investigaciones que ha realizado en la península Ibérica: siete de cada ocho lances de caza del lobo a su presa principal —el corzo, en las zonas poco antropogenizadas— resultaban fallidos; es decir, una probabilidad de éxito de tan sólo un 12,5%.

Así, la satisfacción del instinto requiere varios intentos, dentro de los cuales habrá de producirse el éxito y la consecución del acto final consumatorio que satisface, finalmente, el impulso y, consecuentemente, el objetivo biológico. Y ¿qué es lo que sucede —se preguntará el lector atento que haya comprendido y seguido todo lo anteriormente presentado— si el predador acierta a la primera en su lance cinegético? ¿No quedará su instinto aún insatisfecho? Pues bien; el animal conservará, efectivamente, una gran cantidad de energía específica de acción *de caza* que, en el caso de encontrarse ante presas en condiciones antinaturales de incapacidad, como un rebaño de ovejas, continuará fluyendo mediante el ejercicio de la misma, pero la coordinación instintiva de caza, *en ese lance* concreto, será satisfecha tras la realización del acto consumatorio, que, como ya sabemos, no es la ingesta de la presa sino los movimientos finales del apresamiento y sacudida a muerte de la misma y, eventualmente, su transporte.

Pero despeguemos, en principio, toda relación directa entre el hambre y el impulso instintivo. La conducta de caza, aunque instintiva, innata, necesita de un proceso de aprendizaje y maduración, para que puedan desarrollarse de forma natural los mecanismos neurales. Cuando el cánido es aún un cachorro de pocas semanas, ejercita los movimientos específicos de caza jugando con sus hermanos en multitud de diferentes persecuciones, así como con todo insecto o brizna de hierba puesta en movimiento por el viento. Más tarde, será la madre quien le obsequiará con pequeñas presas con las que *madurar* las particularidades del instinto. Y, posteriormente, las correrías en compañía del grupo familiar le aportarán, poco a poco, el conocimiento pormenorizado de las técnicas y secretos de la caza. Intentaré recorrer, impulso por impulso, la larga cadena de comportamientos de la conducta predatoria.

4.1. EL IMPULSO DE RASTRO

Hemos visto que el cánido, tras dispararse en él la conducta instintiva de caza, comienza una búsqueda de emanaciones odoríferas. Es el rastro, para el que los cánidos están especialmente dotados con un olfato prodigioso. El lobo, por tanto, rastreará; *leerá* en el viento y en los suelos las emanaciones de sus presuntas presas. Olores que, por aprendizaje, reconocerá como los estímulos clave para desahogar su impulso endógeno. El hombre ha seleccionado perros con una especial capacidad para el rastro. Son los sabuesos. En ellos ha potenciado este impulso instintivo de la coordinación de caza hasta grado sumo. Estos perros, física y comportamentalmente diseñados para rastrear, leen minuciosamente los suelos, siguiendo las más difíciles huellas odoríferas de las presas más codiciadas por el humano. Incluso, presas difíciles de seguir, como la liebre o el corzo. Su impulso de rastro es altísimo, por lo que necesitan, instintivamente, buscar emanaciones. Buscan con un fuerte instinto de rastro, pero con débiles instintos de acecho y persecución. Pueden dedicarse a seguir rastreando a la presa una vez que lleguen a ella y esta huya, e, incluso, permanecer indiferentes ante la huida de la presa encontrada.

El lobo rastrea a sus presas olfateando el suelo y venteando el aire. A partir de ahí, el hombre, mediante la cría selectiva, ha conseguido en el perro una gran variedad de actitudes y aptitudes en el trabajo y la acción de la búsqueda del rastro. Así, encontramos en el perro gran disparidad de modos en la ejecución de los movimientos de búsqueda, que serán similares, en cambio, en los perros de una misma raza o grupo racial. Hay perros más o menos minuciosos, rápidos en el movimiento, impetuosos, constantes y tenaces que otros. Hay perros que llevan la cabeza alta (como el *pointer inglés*), otros baja (como el *bloodhound*), otros a media altura (como los *pachones de Mallorca*); unos dependen más del hombre, a la hora del trabajo, que otros con mayor grado de iniciativa. El estilo de búsqueda, la amplitud en el trabajo, el uso del olfato... todo está *fabricado* por el hombre a su medida; así, encontramos perros mejor dotados para un tipo u otro de caza, dentro de las múltiples modalidades.

4.2. EL IMPULSO DE ACECHO

He tenido la enorme fortuna de observar, durante una mañana entera, al felino más amenazado del planeta, un lince ibérico salvaje, en total libertad y en plena Naturaleza, en su jornada de caza. El félido se mantuvo inmóvil, petrificado, perfectamente mimetizado con la vegetación, las luces y las sombras, durante espacio; de tiempo tan prolongados que se hacían infinitos. Pero los félidos son especialistas en este tipo de caza. Los cánidos, en cambio, están mejor adaptados para la persecución directa. En muy raras ocasiones, una vez encontrada la presa, el lobo permanecerá agazapado como un lince para saltar sobre ella. Más a menudo, se

aproximará lentamente y se abalanzará con gran rapidez. Esto último, según Grande del Brío, es más propio de la época de cría o de las zonas más íntimas del espacio vital.

Pero ya se pone de manifiesto la existencia de un *impulso de acecho*, que se pondrá en marcha con la aparición repentina de la presunta víctima y la falta de apoyo del grupo social. En la Sierra de la Culebra, en el noroeste de España, he podido constatar que los lobos cazan, a la espera y acecho, a las ovejas rezagadas de grandes rebaños que marchan bien protegidos por numerosos y gigantescos mastines que podrían poner en peligro el desenlace de la caza.

A los huskies de Siberia, con un comportamiento predatorio primitivo muy semejante al del lobo, les he visto a menudo acechar, por pura necesidad instintiva, a las vacas, grandes presas imposibles de capturar para ellos. Después, se lanzaban a unos lúdicos ataques, rechazados siempre por los bóvidos con suma facilidad. Mi husky Truska, hacía esto por pura diversión; pero añadiré más: por *diversión instintiva*, pues es, la necesidad endógena de liberar la energía específica de acción de caza, la que le lleva a este juego sin desenlace final, y es, esta necesidad y la posibilidad de ir descargando esa acumulación de energía, lo que lo convierte en *un juego tan divertido*.

En los maravillosos y jamás igualados documentales de Félix Rodríguez de la Fuente, veíamos, en imágenes filmadas en plena Naturaleza y a gran distancia, a una manada de lobos dirigiendo a una presa hacia el lugar donde se encontraba apostado el individuo dominante o líder. Independientemente de lo sorprendente de la estrategia, este lobo estaba esperando al acecho.

El perro de pastor no hace sino responder a un impulso de caza hacia el ganado, refrenado no ya por la autoridad que sobre él ejerce el hombre, sino, a veces, por una atrofia de toda la coordinación instintiva innata en la conducta de caza. Tal vez, lo más hermoso y auténtico en la simbiótica relación funcional del hombre con el perro, pueda encontrarse en el eficaz *templado* que se pone de manifiesto en el trabajo de los *border collies* (collies de la frontera) con las ovejas en las verdes colinas de Escocia. Se ha desarrollado al máximo en estos perros, lo que he dado en denominar *impulso de acecho*. Los *border collies* trabajan de forma muy diferente a otros perros de pastor; avanzan agazapados, dando la sensación de que van a abalanzarse contra las ovejas en cualquier momento, mirándolas fijamente como si las estuviesen hipnotizando. Con esta actitud, las dirigen de forma fantástica.

Figura 13. Un *border collie* realizando el trabajo de pastoreo. Realmente, en actitud de acecho.



No es más que un acecho primitivo en grado superlativo, es decir, un impulso de acecho exacerbado. Bien dirigido por la selección, este acecho a las ovejas por parte de los *collies* no desemboca en la persecución y caza. Como los sabuesos con su rastro, a estos perros les satisface instintivamente el mero hecho de acechar. Esto evidencia que funciona como un impulso separado dentro de la coordinación instintiva de impulsos de caza. Cuando no trabajan con las ovejas, buscan constantemente estímulos a los que poder acechar.

El acecho, tiene como objetivo el preparar al organismo física y emocionalmente para una acción más eficaz en el lance. El sistema nervioso se prepara para la acción y la reacción. Se capacita para la selección de estímulos, pues la percepción mejora; así, el lobo puede seleccionar a la presa más débil de un rebaño de ciervos o de bueyes almizcleros, o ignorar el paso de una liebre durante la persecución de un corzo. Selecciona la acción adecuada. Disminuye el tiempo de reacción y aumenta consecuentemente la eficacia. El hombre ha seleccionado y perfeccionado este impulso de acecho para conseguir la *muestra*, que es un acecho duradero al servicio, antiguamente, de la cetrería —la caza con aves de presa— y actualmente, de la escopeta. El perro sufre, en la muestra, un bloqueo nervioso; es, en palabras de mi buen amigo Ricardo Vicente, «una parada hipnótica».

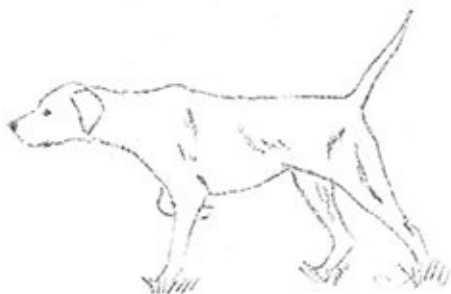


Figura 14. Esquema de la parada hipnótica de un perro de muestra, en acecho ante la emanación odorífera de una presa.

El impulso de acecho se manifiesta ya en cachorros muy pequeños y, mediante el juego, es madurado el comportamiento de acecho en sí, la muestra. Así, la experiencia modela el grado y rapidez de respuesta ante el estímulo, la tensión en la muestra, su duración, etc. La muestra va a ser, lógicamente, más firme y duradera cuando el componente genético prevalece sobre el aprendido. Y será más firme y segura cuando prevalece sobre otros impulsos. Un perro con un impulso de presa o de persecución muy alto, quizás no sea capaz de mantener su acecho. Sólo el lobo —y perros nórdicos lupinos— mantiene el equilibrio natural de sus impulsos en el grado justo para la acción en la Naturaleza, es decir, para poder cumplir su papel ecobiológico.

En otro tiempo, me preguntaba si el acecho sería realmente un impulso instintivo o la mera manifestación del bloqueo nervioso ante el estímulo de la presa. Ciertamente, es sorprendente cómo, este comportamiento, es capaz de interrumpir

algo tan primario como es el comportamiento de caza, como actividad general. El predador está rastreando nervioso, ansiando encontrarse con la presa, y esto lleva a su organismo a una exacta preparación para reaccionar rápidamente con una firme persecución. Pero, de pronto, el animal se queda petrificado ante el olor o la imagen de la presunta presa. Y es esto lo verdaderamente sorprendente. En los perros de muestra, el bloqueo nervioso es bien patente. En el lobo no existe tanta intensidad neurofisiológica y emocional en el acecho. Se podría decir, si se me permite, que es un acecho más reflexivo y más influenciado por la experiencia. Si tomamos en consideración las características de todo comportamiento instintivo —su rigidez, su innatismo y heredabilidad, su espontaneidad y su capacidad de respuesta al estímulo clave— habremos de concluir que, el acecho o muestra, es claramente un impulso instintivo de la coordinación de caza. Es habitual observar cachorros de perros de razas como *pointer*, *braco* y *setter*, mostrando espontáneamente, sin aprendizaje previo, respondiendo a una evidente necesidad endógena; lo mismo sucede en el *border collie*.

Ricardo Vicente, autoridad donde las haya con respecto a los perros de muestra, me contaba, en uno de esos maravillosos paseos que hemos dado juntos hace muchos años por el campo, con el objeto de entrenar él a sus grandes perros de competición, que estos parecen experimentar mayor placer durante la muestra o acecho que en el mismísimo acto consumatorio de la conducta de caza. Él habla de la muestra como resultado de un conflicto entre la amígdala cerebral, que responde más rápido, y el neocórtex —la parte reflexiva del cerebro— que necesita más tiempo para procesar la información. Mientras se resuelve el conflicto, se produce el bloqueo nervioso. El *secuestro* del cerebro por parte de la amígdala. Y esto también es heredable y ha sido seleccionado en los perros de muestra. Por tanto, la capacidad instintiva de acecho y su vulnerabilidad emotiva ante el estímulo, convierten la muestra en algo más firme y prolongado. Cuando el córtex interviene, de alguna forma, el perro sale de su *hipnosis temporal*.

A pesar de que no me manifiesto, precisamente, a favor del ejercicio de la actividad cinegética, me maravilla la contemplación de los grandes perros de muestra en plena acción, y he acompañado a Ricardo Vicente y Amando Diego en diferentes jornadas de entrenamiento de sus perros en el campo, disfrutando absorto con el movimiento y el desarrollo del trabajo de sus espectaculares ejemplares de alta competición. No puedo, por menos, que sentirme afortunado de poder aprender de semejantes experiencias con tan grandes maestros del adiestramiento canino. Ricardo Vicente, que escribió un auténtico tratado sobre el perro de caza —*Mecanismos biológicos y emocionales del aprendizaje canino en la caza*— habla de que la muestra pasa por tres momentos críticos: la *muestra funcional pura* o *centralización*, que es breve y con mayor carga emocional, y es en la que se produce el bloqueo

nervioso y en la que la atención se concentra claramente en el estímulo. La *muestra de transición* o *descentralización*, que es cuando el animal se restablece progresivamente del bloqueo nervioso y comienza a analizar reflexivamente —y lo digo sin comillas— la situación buscando soluciones, relajándose y descentrando la atención sobre el estímulo. Es, por tanto, cuando puede resolver o esperar la orden del dueño. Y la *muestra de control* una vez restablecido totalmente del bloqueo nervioso. Es cuando el perro mantiene la postura estática por aprendizaje; por adiestramiento. Ésta ya no sería una muestra o acecho instintivo verdadero, sino impuesto por obediencia al hombre. Si observamos a un lince en acecho mientras los conejos se mueven a poca distancia de él, podemos percatarnos de las diferentes fases de bloqueo o *pseudohipnosis* por las que pasa el comportamiento instintivo. La muestra de los perros de caza me recuerda al firme acecho de los félidos.

Otra manifestación muy interesante del acecho, es su capacidad de inducción alomimética, es decir, para su utilización como señal intraespecífica en la comunicación, en la cooperación para la caza. El acecho se convierte en un estímulo que desencadena la inmovilización de los compañeros de caza. Tiene la importancia de, además de preparar psicológica y fisiológicamente el organismo del predador para el lance, evitar con esta función comunicativa de advertencia, que, los congéneres que aún no han percibido a la presunta presa, den al traste con el lance provocando la huida de la misma. Los compañeros de caza quedan avisados y se ponen en alerta a sabiendas de la cercanía de la presa. Esto es lo que mis amigos Ricardo Vicente y Amando Diego conocen como *muestra a patrón*. Los procesos cognitivos y motores son los mismos que en la muestra pura, cuando el perro recibe las emanaciones odoríferas de la presa, pero, en este caso, los procesos sensoriales son otros; el perro muestra porque ve a otro mostrar. En este momento, el perro no percibe a la presa de ninguna forma, por lo que sabe que está ahí porque su compañero de caza, aparentemente al menos, la ha percibido. En el momento que a él también le lleguen emanaciones, entrará en marcha su muestra pura.

Es fantástico observar cómo un perro de muestra queda petrificado inmediatamente en cuanto percibe, no ya la emanación odorífera de la presa, sino la imagen del otro perro parado, mostrando.

4.3. EL IMPULSO DE PERSECUCIÓN Y LAS LOBADAS

Ante la huida de la presa, se dispara el impulso instintivo de persecución. No obstante, depende del nivel instintivo del predador, el que un posible estatismo o inmovilidad defensiva de una víctima ponga o no en marcha la captura instintiva por parte de ese predador.

En el caso del lobo, como buen oportunista que es, la víctima inmóvil no

representará, para él, dificultad alguna a la hora de resolver su captura. En los perros encontramos desde la exacerbación al adormecimiento del instinto, y no necesariamente un equilibrio entre los umbrales de los distintos impulsos dentro de una conducta instintiva. Quiero con esto decir que hay perros, como sabemos, con alto impulso de rastreo pero que no saben qué hacer al encontrarse con la presa perseguida, o más acertadamente, no tienen ningún interés por ella; y también perros que no rastrean pero reaccionan al más mínimo movimiento de la presa. Otros hay que persiguen a la presa pero no la capturan, porque carecen de suficiente impulso de sujeción. Y otros más, en cambio, que no reaccionan ante la presa inmóvil. Y así multitud de posibilidades diferentes.

La técnica de caza preferida del lobo es la persecución. En aquellos lugares aún poco antropogenizados, los cánidos salvajes ponen en marcha sus más desarrolladas cualidades. La persecución, que en ocasiones llega a durar horas enteras, evidencia que la resistencia, tesón y capacidad del lobo para dar alcance a sus presas no tiene parangón. Pero, muy pocas veces consiguen los lobos alcanzar a sus rapidísimas y avivadas presas salvajes mediante ataques directos, y deben adoptar sofisticadas estrategias de rodeo y batidas, lo que exige una ingente cantidad de esfuerzo. Para desarrollar tal esfuerzo, cuentan con una gran energía específica de acción de caza. De esta forma, para desfogarla es necesario que el lance de la caza sea lo suficientemente exigente, lo que no se corresponde con lo que sucede en los eventuales ataques a rebaños domésticos.

Es por ello por lo que, cuando el lobo pleno de *energía específica de acción de caza* y *excitación específica de caza*, encuentra un rebaño doméstico, queda inundado, emborrachado por tan enorme cantidad de estímulo, y toda la coordinación de caza (persecución-presa) es puesta en funcionamiento consecutivamente, una y otra vez, sin desahogarse plenamente hasta haber terminado con el estímulo en sí. O hasta llegar al *cansancio específico de acción* del impulso de caza o al *cansancio específico de excitación* de caza; es decir, cuando el instinto queda «hartado» o el estímulo deja ya de estimular por auténtico «empacho» —inundación en términos etológicos—. Es así como se producen las terribles *lobadas*, que tanta polémica siguen creando hoy día, y que persiguen al ganadero desde los albores de la Humanidad. Al contrario que las presas salvajes, el lobo encuentra presas idiotizadas por la domesticación al servicio del hombre. Lo mismo le ocurre a un zorro que penetre durante la noche en un gallinero, o a cualquier mustélido —garduña, turón, comadreja... Se encuentra, de pronto, con una ingente y desproporcionada cantidad de estímulo de caza a su alcance y con una energía instintiva enorme por desfogar.

En cambio, ante ganado vigilado, el predador encuentra condiciones más equilibradas y acordes con las dictadas por el medio natural. Es el caso de los rebaños que están protegidos por mastines. En los Alpes de Transilvania, donde la cabaña

ganadera de montaña es mayor que en España, y donde la población de predadores — osos y lobos— es muy superior, puede comprobar cómo el uso de los perros molosos de protección de los rebaños, unido a la estabulación nocturna, evitaban las bajas masivas por predación.

El proceso instintivo de estas matanzas antinaturales sería este: el *impulso de persecución*, antes de haber podido desahogarse plenamente en esforzada carrera y estrategia de rodeo, es interrumpido rápidamente, debido a que la presa es increíblemente fácil de capturar para él; por tanto, antes de haber podido terminar con su presa y logrado liberar toda la coordinación instintiva, antes incluso de haber podido disparar su impulso de presa o sujeción de la misma, la carrera de otra oveja, estímulo clave para su aún insatisfecho y ahora ya puesto en marcha impulso de persecución, le hace abandonar a su víctima e iniciar la persecución de otra; y así sucesivamente... Alcanzando unos niveles de excitación, de, como digo, «emborrachamiento» instintivo, muy altos hasta que consigue llegar con plenitud al acto consumatorio, satisfaciendo así el objetivo instintivo.



Figura 15. El lobo que persigue a una presa natural tiene que emplearse a fondo, desfogando así toda la energía específica de acción y excitación de caza. Su recipiente metafórico de energía endógena de acción de caza se vacía. Su psique puede relajarse.

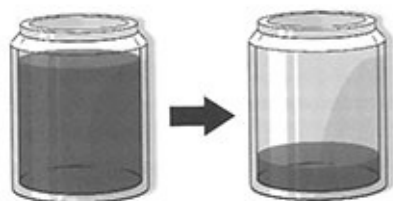


Figura 16. El lobo que da caza a una presa doméstica no ha tenido la oportunidad de desprenderse de toda la acumulación de energía específica de acción y excitación, así que aún se mantendrá muy motivado para la conducta de caza y necesitará continuar desahogando el instinto.

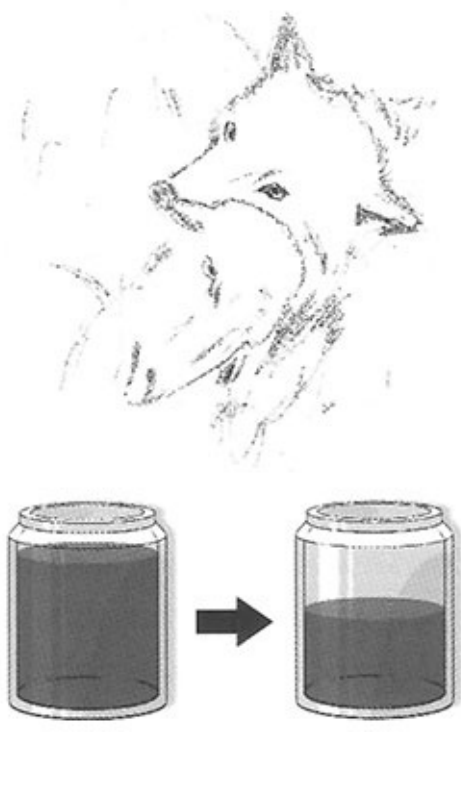


Figura 17. Un lobo en plena «lobada». El impulso de persecución, antes de haber podido liberarse plenamente, es interrumpido rápidamente, debido a que la presa es demasiado fácil de capturar; por tanto, antes de haber podido terminar con su presa y haber podido desfogar toda la coordinación instintiva, la carrera de otra oveja le hace soltar a su víctima e iniciar la persecución de otra; y así sucesivamente... Alcanzando unos niveles de excitación muy altos hasta que consigue llegar con plenitud al acto consumatorio del instinto. Es esta la razón por la que las primeras ovejas quedan heridas, las siguientes malheridas, algunas muertas y sólo alguna, en todo caso muy pocas, parcialmente devoradas.



De esta forma, se producen, en las lobadas, tantas bajas y heridas. No se trata, pues, como se ha creído durante mucho tiempo, de la herencia de un comportamiento primitivo y necesario en las épocas glaciares, evolucionado bajo la necesidad de la consecución de gran número de presas abatidas y acumulación proteínica, sino de una necesidad endógena hacia la satisfacción de una pulsión vital: el instinto de caza.

A menudo, se escuchan admirables mentecateces, como que los cánidos, «*al probar la sangre enloquecen...*», o que «*una vez que prueban la sangre ya quedan marcados para siempre*». Ni qué decir tiene, que todas estas afirmaciones se originan, sin duda, como el lector puede deducir a estas alturas del libro, en las raíces de la más profunda ignorancia. Tampoco es acertada, evidentemente, como podrá concluir también el lector, la afirmación, sorprendente por cuanto proviene del ámbito científico, de que «*la depredación excesiva denota la falta de inhibición de la*

agresividad al atacar animales sin suficientes mecanismos de defensa», pues se están confundiendo términos, ya que el mecanismo de la agresividad no entra en juego en este comportamiento predatorio y los procesos de inhibición de la misma no tienen cabida aquí, sino que son propios de la ritualizada conducta jerárquica.

En la Naturaleza no suceden estas matanzas masivas. Los lobos que cazan en las grandes extensiones del Canadá, han de elegir un ejemplar de un gran rebaño, para darle caza entre todos los componentes del grupo. Será elegido aquel ejemplar de aspecto más débil, viejo o enfermo. Y así es como cumplen su función de máximos reguladores ecológicos. Los lobos europeos no encuentran hoy día tan enormes rebaños y han de ser también muy selectivos a la hora de los lances de caza. Bien es sabido que el lobo es un ahorrador, que no malgasta su energía en persecuciones inútiles, pues en la Naturaleza no cabe tal posibilidad por pura supervivencia. En este sentido, el perro es su contrapunto, pues, tras cientos de años de sobreprotección al abrigo del hombre, y debido a la selección que éste ha hecho a favor del servilismo del can, derrochan gran cantidad de energía en cada lance de caza, de manera que, en condiciones de supervivencia extrema, les sería muy difícil sobrevivir a este malgasto. Posiblemente, la selección del carácter neoténico, infantil, del perro, lleva también a este comportamiento poco ahorrativo. Es fácil entender, a este respecto, que los lobos inmaduros sean los que prosigan inútilmente la persecución de ciervos salvajes, aunque estos se hayan alejado del área de control de la manada.

4.4. EL IMPULSO DE PRESA O DE SUJECIÓN

La persecución lleva consecuentemente al alcance y al apresamiento. La persecución abre paso a la mordida firme de sujeción. Cuando, por ejemplo, un podenco está rastreando una liebre y esta sale de un encame, es posible que la primera reacción del perro sea el intento de apresamiento, mas, de no conseguirlo, tendrá que comenzar la persecución. Es decir, el estímulo mismo de la presa despierta el impulso de presa y, su huida, el de persecución; pero el impulso de persecución estimula la necesidad endógena del apresamiento en mayor medida.

No obstante, a pesar de que el impulso de presa se pone de manifiesto ante el estímulo de la presa o tras la persecución, existe la evidencia de una necesidad endógena instintiva de presa —de agarre o sujeción—. El cánido necesita apresar instintivamente, y esto lo consigue normalmente durante la acción de caza.

La mordida será más firme cuanto más alto sea su impulso instintivo. La evidencia de que la persecución y la presa son dos impulsos diferentes, la encontramos en el estudio de la conducta de caza de los perros con bajo impulso instintivo de presa, que persiguen con ímpetu a la presunta víctima pero no tienen ninguna intención real de morderla. Llegan, incluso, a chocarse, literalmente, de

narices con ella en caso de darle alcance, sin saber cómo resolver la situación; parece que deseando que la presa siga corriendo para poder continuar la persecución sin mayor dificultad. No saben cómo poner fin a su coordinación de caza, pero es que esta coordinación instintiva de comportamientos de caza está incompleta. Tienen, por tanto, impulso de persecución, pero no impulso de presa.

Cuando el animal ha entrenado su conducta en ocasiones previas, procurará conseguir, en las subsiguientes, una mayor rapidez y eficacia de resolución, buscando las partes más vulnerables de la presa, principalmente la garganta.

Cuando la presa es grande y fuerte, una vez sujeta, el cánido responde inmediatamente, ante el intento de huida de la misma, con un movimiento de sujeción más duro, tirando hacia atrás con fuertes sacudidas que requieren gran esfuerzo muscular, asentándose firmemente en el suelo y bajando el centro de gravedad; clavando sus uñas fuertemente en el suelo y reajustando la mordida cuando es necesario, procurando sujetar con toda la boca.



Foto 4. Yesi y Truska tiran de un trapo cada una hacia un lado. Con este juego de fuerza están desfogando su impulso o pulsión de presa.

El impulso de presa en su justa medida es algo muy buscado por los adiestradores, pues utilizamos el estímulo de la presa para recompensar al perro por sus buenos comportamientos en el trabajo. El perro que trabaja en la búsqueda y rescate de personas, o en el rastreo de drogas y explosivos, obtiene como recompensa a su buen trabajo el estímulo desencadenante que desfoga su impulso instintivo de presa, que habrá de ser necesariamente alto y estar bien *canalizado* o *reorientado* hacia el objeto que vamos a utilizar como refuerzo compensatorio. El adiestrador c guía le va a entregar al perro un objeto que conocemos como *mordedor* precisamente porque cumple la función de desahogar sus ganas de morder, o, dicho mucho más

correctamente, su necesidad instintiva endógena de apresar. Este mordedor no es más que un rodillo de arpillera, normalmente, aunque bien puede ser una pelota, y el buen guía sabe mantenerlo vivo en todo momento, como si de una presa real se tratase, para estimular de forma adecuada el correcto funcionamiento del impulso instintivo y no desmotivar al animal. El perro no busca la droga o el explosivo, sino que busca el juguete, que ha sido asociado, durante el adiestramiento y mediante condicionamiento clásico, al olor de la sustancia que se pretende encontrar. En la búsqueda de personas, a veces el animal se entrega realmente a la localización de las víctimas de forma desinteresada, pero, aun en esos individuos, el trabajo suele comenzar con la entrega del mismo refuerzo al impulso de presa.

El adiestrador experimentado sabe muy bien en qué nivel se encuentra el impulso de un perro y, de esta forma, de qué manera trabajar con dicho impulso. Es extremadamente delicado el trabajo del impulso de presa y se convierte en un arte el conseguir una mordida determinada en los perros de competición.

El impulso llega a su fin con la *sacudida a muerte*, es decir, esos movimientos reflejos instintivos que realizan lateralmente con la cabeza con brusquedad y que podemos observar, a menudo, en los cachorros que juegan con un trapo. Tienen como finalidad el acabar rápidamente con las presas pequeñas y mermar las condiciones físicas de las grandes.

El ser humano ha manipulado genéticamente el impulso de presa para hacer de él algo especializado, como hemos visto en otros casos. Así, encontramos perros con un impulso de presa muy alto, como los denominados precisamente *perros de presa*. En el lobo y los perros menos adulterados por la mano del hombre, el nivel instintivo se encuentra equilibrado con las funciones del cánido en la Naturaleza. En estos casos, el animal sujeta a la presa contundentemente pero con sagacidad, sin ser víctima del desequilibrado bloqueo nervioso que caracteriza a muchos de los susodichos perros de presa, como los bóxer, los *bull & terrier* y todos los descendientes de los alanos de España. Este bloqueo nervioso por exceso de impulso de presa, les lleva a morder sin soltar —no es, como a menudo se cree, que la mandíbula tenga un mecanismo de cierre— y a la incesante sacudida a muerte, que no parece terminar nunca.

4.5. EL TRANSPORTE DE LA PRESA

¿Quién no ha visto al cachorro agarrar un trapo o un calcetín y, después de sacudirlo fuerte y rápidamente con la cabeza —acción instintiva de la sacudida a muerte— salir corriendo con él entre las fauces portando bien alta la cabeza?

Aunque no me atrevo a decidir firmemente si es o no un impulso instintivo en sí, lo cierto es que, en la coordinación instintiva de comportamientos de caza, tras la muerte de la presa se produce, en caso de que la misma tenga un tamaño que lo

permita, el transporte inmediato, en una actitud característica que denota cierta posesividad. De esta forma, lleva su botín a un lugar seguro. Los adiestradores solemos considerar este comportamiento como un impulso aislado dentro de la coordinación instintiva de caza, y seleccionable y manipulable genéticamente; de esta forma, obtenemos buenos perros que recogen, transportan y traen objetos. De hecho, cuando un perro no muestra, para nosotros, un *impulso de cobro* suficiente para la función que necesitamos del animal, podemos potenciarlo a través del trabajo sobre ese último momento de la coordinación instintiva de caza, permitiéndole que transporte el objeto de caza e intentando por todos los medios que despierte en él la necesidad instintiva de llevárselo lejos. Por ello creemos que es un impulso instintivo por sí mismo.

Hay razas de perros que conocemos como «perros de cobro», que tienen una necesidad instintiva imperiosa de portar objetos en la boca. Esto es algo muy evidente en los *perros de agua españoles* y los *retrievers*, por ejemplo. Por ello es tan fácil enseñar a estos perros los ejercicios de recogida de objetos que se necesitan no sólo durante la actividad cinegética, sino también, por ejemplo, en el trabajo como perros de asistencia para discapacitados.

4.6. ACTITUD FINAL Y ACTO CONSUMATORIO EN LA CONDUCTA DE CAZA

Hemos llegado al final de toda la coordinación instintiva de comportamientos de caza. Ahora sí, el cánido se echará con la presa inerte a sus pies y todo su ser respirará tranquilo. Es la actitud final de la coordinación instintiva, una vez el acto consumatorio ha podido, al fin, llegar a su natural término. Ahora descansa psicológica, física y fisiológicamente, restaurando así su alostasis, o equilibrio interno óptimo, en esa situación.

Tras ello, y a pesar de que, a menudo, vemos a los lobos empezar a comer de la presa abatida urgentemente, me atrevo a afirmar que se alimenta por el hecho de que tiene la carne a mano. La necesidad de comer ha creado unos mecanismos instintivos que son responsables de una serie de acciones que tienen sentido por sí mismas.

TEMA 5. CONDUCTA SOCIAL Y JERÁRQUICA DEL LOBO EN LA NATURALEZA Y DEL PERRO EN LA CONVIVENCIA

«(...) la sociedad lobuna es el más diferenciado de los estadios evolutivos para que un depredador pueda sobrevivir en los climas templados, árticos y subárticos».

Félix Rodríguez de la Fuente

De ningún modo estaría completo un estudio sobre el lobo y el perro sin adentrarse en los pilares de sus estructuras sociales, conformadas por su conducta jerárquica y que sustentan cada una de sus pautas de comportamiento predatorio, reproductivo, territorial, y, por tanto, toda su significación ecobiológica. Los cánidos y los humanos, como hemos visto, han evolucionado convergentemente en su comportamiento, puede ser que por haber tenido que hacerlo en las mismas duras condiciones glaciales del cuaternario y haber tenido que aprovechar los mismos recursos. La predación de grandes ungulados requiere, para animales como los cánidos, de la estrecha colaboración, que exige una perfecta coordinación y, para ello, una absoluta jerarquización social.

Y esta forma de organización de las sociedades de los cánidos predadores de grandes ungulados, regula no sólo el reparto del alimento sino la estrategia de caza en sí, la dinámica territorial y también reproductiva. Tanta importancia reviste la perfecta organización jerárquica que, de no existir, se produciría, probablemente, el fin de estas especies. Por ello, los lobos —y los perros, si bien con mayor o menor adulteración, dependiendo de las razas— llevan inscritas en sus genes las pautas innatas que regulan sus estructuras sociales, aunque es necesario que las maduren adecuadamente en la infancia con su desencadenamiento y puesta en práctica en compañía del grupo familiar, es decir, mediante un aprendizaje temprano. Los predadores que cazan grandes ungulados, o bien tienen un peso mayor o igual que el de la presa —como en el caso de grandes felinos como el tigre, el leopardo o el jaguar— o bien se tienen que organizar en grupos, como los leones en la caza de presas enormes, y, en el caso que nos ocupa, como los lobos y los licaones. Como Félix Rodríguez de la Fuente dijo, «*un lobo solo no es nada*», o, como al igual que dijo Yerkes de los chimpancés, un lobo no es ningún lobo, pues la vida del lobo gira en torno a su sociedad, sin la cual no pueden sobrevivir.

5.1. LOS GRUPOS FAMILIARES

El lobo —y el perro— se comporta siempre como elemento integrante de un grupo. Y la supervivencia del grupo prevalece sobre la individual. Necesitan

agruparse en un número de individuos que varía, parece ser, según múltiples factores; que, en realidad, no están tan claros debido a su gran complejidad social. Es evidente que, es necesario contar con un número mínimo de componentes en el grupo, para dar caza a determinadas presas y para valerse de determinados métodos de caza; también un número máximo hasta el que merezca la pena el esfuerzo energético de la predación, ya que, a mayor número de individuos, es necesario conseguir más cantidad de alimento y, por tanto, cazar presas más grandes o llevar a cabo un mayor número de lances. Por otra parte, la organización social de grandes grupos se hace mucho más compleja, por lo que requiere invertir más tiempo en actividades lúdicas y jerárquicas en detrimento de la actividad predatoria. Relacionando unos factores con otros, podemos caer en la cuenta de la importancia de mantener un número adecuado de individuos en los grupos o manadas.

La cantidad de individuos es equilibrada de forma natural, por lo que algunos, los que van haciéndose mayorcitos, abandonan el territorio, evitando, de esta forma, posibles problemas competitivos por el alimento, la pareja o el rango. Según L. D. Mech, que es quien mejor conoce a los lobos salvajes sin contacto con el hombre, la mayoría de los lobos se dispersan a partir de los nueve meses de edad y antes de los dos años, y, prácticamente, todos lo han hecho antes de los tres años. Y suelen reproducirse tardíamente, a veces no antes de los cuatro años; de hecho, la reproducción más temprana que se ha reportado en lobos salvajes ha sido con casi dos años de edad. Así que, en condiciones estrictamente naturales, no existen los conflictos competitivos de este tipo entre los lobos, al contrario de lo que la mayoría de la gente cree, pues los jóvenes son sólo una parte temporal de las manadas. Mech sólo ha podido documentar, en toda su vida, y anecdóticamente, un encuentro en el que pudieran verse indicios de cierta hostilidad entre los lobos de la manada. Por tanto, las interacciones sociales en los lobos salvajes son mucho más calmadas y pacíficas de lo que tantas veces se menciona, o de aquellas relaciones grupales que sirvieron a Schenkel para describir las expresiones gestuales de los lobos y que se producían en animales en cautividad, obligados a soportarse a la fuerza indefinidamente. Hay algo en lo que L. David Mech tiene también mucha razón, aunque no guste reconocerlo por las facilidades que implica el estudio del lobo en cautividad y las dificultades del estudio en condiciones naturales, y es en la comparación que hace al afirmar que querer interpretar la conducta social del lobo teniendo como referencia una manada de lobos cautiva es como pretender interpretar la conducta humana estudiando humanos en un campo de refugiados.

Los subadultos que se dispersan alejándose del grupo familiar, son los que aparecen repentinamente, como fantasmas, en los lugares más insospechados, allí donde nadie imaginaba la presencia del lobo. Pero la aparición de ejemplares en dispersión, ocasionalmente, en lugares hasta entonces sin la presencia del cánido, no

resulta ser la imagen de la verdadera salud demográfica del mismo.

Mech apunta que los lobos se agrupan en manadas con un máximo habitual de siete individuos, y que las manadas más grandes se forman preferentemente en invierno. Aunque se habla a veces de gigantescas hordas lobunas de decenas de individuos, formadas en los duros inviernos de Siberia y Alaska, lo cierto es que, efectivamente, los grupos se componen habitualmente de tres a siete individuos, a veces hasta nueve u once, siendo en primavera y verano más reducidas, con tres a cinco ejemplares. En el invierno de 2005-2006, había en dos puntos de la mitad sur de Suecia un par de manadas que se sabía contaban con nueve lobos cada una. Las demás se componían de cuatro o cinco, y sólo algunas de hasta siete ejemplares, concordando con las teorías del investigador norteamericano. La unidad social de todos estos grupos es el núcleo familiar. Lo más habitual es que estén compuestas por la pareja reproductora y algún descendiente de la última camada, funcionando como un grupo anual. Estos tres individuos ya pueden ser considerados como manada. A veces, es *adoptado* un lobo exterior a la familia. No obstante, las madres pueden adoptar cachorros huérfanos, un hecho mencionado multitud de veces y comprobado por investigadores como Rodríguez de la Fuente, Manuel Gallego o Grande del Brío. Gallego, el mayor experto en lobos que ha existido en la península Ibérica, observó a una pareja con seis cachorros y, una semana más tarde, ya contaba con nueve. Los tres adoptados eran de una pareja que se había movido por la zona unos días antes con tres cachorros y que habían sido abatidos; los cachorros habían sido buscados sin éxito por los escopeteros. Aquellos tuvieron suerte de encontrar, en sus congéneres lupinos, lo que, irónicamente, denominamos «humanidad», algo de lo que habían demostrado carecer aquellos humanos que les llevaron a esa situación desesperada.

Se ha hablado mucho sobre las causas de estas variaciones estacionales. El Dr. Félix Rodríguez de la Fuente opinaba que estas variaciones están relacionadas con la disponibilidad de presas y también, cómo no, determinadas por la presión humana, salvo en los lugares privilegiados, quizás de Siberia o el ártico canadiense. Lo que queda claro es que la estructura de la manada es algo sumamente elástico.

5.2. LA ESTRUCTURA JERÁRQUICA

Para que estos grupos funcionen debidamente, es necesaria una estricta organización social, con una buena estructura jerárquica. Y lo digo de esta forma, y no hablo directamente de una «estricta estructura jerárquica», por aquello de que, en condiciones naturales, no hay tantas tensiones como en las manadas que viven en régimen de cautividad, que son las habitualmente estudiadas. Por tanto, la jerarquía en el grupo es clara, y la organización social está bien consolidada sin una rígida jerarquía tan basada en la fuerza. Este equilibrado sistema jerárquico preserva el

orden social y canaliza energías.

La jerarquía es establecida, en principio, mediante enfrentamientos en unas demostraciones de agresividad que están atemperadas por la más perfecta y equilibrada ritualización. La pareja reproductora es la dominante y, los jóvenes que van madurando, van alejándose del grupo familiar para poder crear, eventualmente, su propia familia. Habitualmente, las únicas demostraciones de rango que evidencian la existencia de la estructura jerárquica en los grupos salvajes, son las posturas rituales de la interacción social. Los enfrentamientos demostrativos han de ser más necesarios, como digo, en las manadas grandes, y se observan mucho más a menudo en lobos cautivos, donde la tensión es permanente.

Teniendo en cuenta lo dicho antes, de todas formas, suponiendo una gran manada, machos por un lado y hembras por otro, poseen, respectivamente, su propia organización jerárquica piramidal, en la cual todos los individuos respetan la dominancia de un líder al que, en etología, conocemos como individuo *alfa*. Todos colaboran por la supervivencia del grupo y cada cual tiene el papel o papeles que corresponden a su grado jerárquico. Habitualmente, sólo los individuos alfa pueden reproducirse. Aunque se ha creído siempre que el orden de rango social de un grupo no es necesariamente constante, la verdad es que, en condiciones naturales, este no suele variar. En las manadas cautivas, aún existiendo cierta regularidad, el estatus de los individuos se modifica a menudo por diversas causas, y se producen muchos conflictos debido a la constante tensión en el seno del grupo. Esto no ocurre en la Naturaleza y así lo atestigua L. David Mech, que es quien ha tenido la enorme fortuna de estudiar al lobo en condiciones estrictamente salvajes más íntimamente que nadie en Ellesmere, en los Territorios del Noroeste, en Canadá, allí donde los lobos tienen la inestimable suerte de ni siquiera conocer al ser humano. Para él, no es más apropiado denominar alfa al líder como llamar alfa al padre de una familia humana. Afirma que las manadas se componen de los ejemplares reproductores y algún o algunos descendientes, y, como en el seno de la manada solamente se reproduce esa pareja, cuando llega el momento, los otros ejemplares se dispersan para crear, si se da el caso, su propio grupo familiar, siendo siempre los mismos ejemplares dominantes en el grupo. Así, prefiere sustituir el denominativo de *alfa* por el de *padre* o *madre*, o *pareja reproductora*, utilizando únicamente la calificación de alfa en las relativamente pocas grandes manadas compuestas por ejemplares de diferentes carnadas, que, no obstante, él cree que proceden de una misma pareja reproductora que ejerce el papel de dominante —alfa— con algún que otro lobo *adoptado* por el grupo. En estos grupos, los viejos reproductores dominan jerárquicamente sobre los jóvenes reproductores, lo que se puede observar especialmente en cuestiones relacionadas con el alimento.

Y, a partir de este momento, invito al lector a agudizar al máximo su capacidad de

comprensión, pues voy a tratar de describir cómo se organiza jerárquicamente una manada de lobos, imaginando, entonces, una manada grande compuesta por individuos de diferentes carnadas e, incluso, con algún externo adoptivo; cómo el dominante afianza su posición social y la trascendencia que esto tiene en su vida y en la vida de la horda; cómo el subordinado inhibe la agresión de los dominantes y cómo se van despertando y desarrollando los comportamientos jerárquicos dentro del grupo.

La estructura jerárquica de la manada se fundamenta en el respeto a un líder claro, aquel al que conocemos como alfa, o, si se prefiere, macho reproductor. Pero, ciertamente, ha de existir esta figura, aunque haya menor necesidad de demostraciones jerárquicas en los lobos salvajes, pues es la figura del líder la que proporcionará la seguridad necesaria de pertenencia al grupo así como el orden social que llevará al mantenimiento de la armonía en el grupo.

Por debajo, jerárquicamente, del lobo líder o dominante, se encuentran los subdominantes o *beta*. El lobo líder, en su afán de recalcar o subrayar su posición social, en el caso siempre de grandes manadas o de animales cautivos, va a demostrar regularmente su superioridad jerárquica, y, ante tales demostraciones, los subdominantes deberán responder, a su vez, con una demostración de sumisión mediante unas pautas de comportamiento que tienen el poder de inhibir la agresión del dominante. En las manadas más comunes, compuestas por la pareja reproductora y sus descendientes, denotará siempre su posición portando el rabo bien alto o, al menos, horizontalmente, al contrario que los subordinados, que lo llevarán bajo.

Entre los subdominantes, que en condiciones normales, llegado el momento, abandonarán el grupo familiar, se encuentran jóvenes que yo denomino *alfa latentes*, es decir, aquellos que han sido dotados genéticamente con un carácter apto para dominar un grupo; para liderar. Para Mech, todos los jóvenes que abandonan el grupo familiar son futuros o posibles reproductores, y no está de acuerdo en que, en ninguna manada, los lobos salvajes pretendan ascender puestos en la escala jerárquica. Eso sólo ocurriría, por tanto, en los lobos cautivos que no tienen la oportunidad de separarse para crear sus propias familias y se ven impelidos a luchar para conseguir la primacía social y reproductora. Veremos más adelante que, a veces, es la misma situación que encontramos en el perro dentro del grupo familiar humano. No se deje el lector engañar por esos documentales que muestran a los lobos siempre en tensión, siempre luchando por conseguir el puesto jerárquico del líder, siempre enseñando los dientes a sus compañeros. Todos estos lobos, sin duda ninguna, viven en régimen de cautiverio.

La hembra reproductora domina sobre las demás jerárquicamente, así como sobre los machos subdominantes. Todos los individuos acatan la superioridad del dominante, incluida la hembra reproductora. Los cachorros son los que tienen un

menor rango social, si bien, como aún no se involucran en las cuestiones jerárquicas, pueden considerarse neutrales.

Dentro de la manada existen unas normas de comportamiento, de *saber estar*, que deben cumplirse. Esto es importante, y lo subrayo para los propietarios de perros que suelen ser demasiado permisivos y que acaban acudiendo a mí para solucionar problemas que, finalmente, suponen un debilitamiento de las cuestiones referentes a la jerarquía. No crean que la anarquía y libertad total de un perro es más satisfactoria tanto para él como para la relación; un subdominante que se ha quedado a convivir con el líder del grupo no puede saltarse las normas bajo ningún concepto, ni aún siquiera acercarse al líder con el rabo en alto, que es el signo más claramente significativo de status, porque, si se diese el caso, el dominante le dejaría las cosas bien claras inmediatamente.

Estas demostraciones se dan en los lobos cautivos. Y el perro vive en una situación semejante, conviviendo estrechamente con el que ha de ser el líder, su dueño. Si el dueño, por tanto, no le marca unas pautas sociales y de convivencia claras, en las que el perro deba demostrar el acatamiento de una posición jerárquica inferior, el animal se verá sin la sensación de seguridad que todo líder proporciona a sus subordinados; esa sensación de pertenencia a un grupo bien organizado y dirigido. Y esa necesidad es instintiva y ha de ser satisfecha para el total bienestar del individuo. Quiero decir con esto que, si el dueño no cumple el papel de líder, el perro se verá insatisfecho en una de sus más importantes necesidades vitales. Por tanto, ni el perro será completamente feliz ni la relación con él será la más correcta y enriquecedora.

El dominante nunca admitirá que otro lobo o inferior jerárquico se coloque en una posición superior y, mucho menos, que el subordinado intente montársele sobre la espalda. Esto no ocurre tampoco en la Naturaleza, por la claridad previa del rango individual y los mecanismos de evitación de este tipo de conflictos. Pero, en lobos cautivos, así como en los perros en el seno de las familias humanas, puede ocurrir que uno intente claramente ascender puestos en la escala jerárquica.

En los perros observo muchos casos de ejemplares que no admiten que el dueño les coloque en la posición de *panza arriba*, les levante *en volandas* o le *monte a caballo*; todo esto denota claros síntomas de dominancia en el perro que han de ser corregidos con la mayor prontitud posible; a menudo, estos perros son esos que llamo alfa latentes. A los propietarios noveles les aconsejo que manipulen a sus perros desde la edad más temprana posible, que les cojan en brazos a menudo, que les coloquen *boca arriba*, les manipulen la boca... en definitiva, que consigan la aceptación total por parte de su perro ante cualquier manejo del dueño, líder indiscutible. Para esto, el perro ha de vivir bajo una serie de normas.

Con una gran presa capturada, como puede ser un alce adulto, los miembros de la

manada lupina, sin prioridad de rangos —Mech prefiere, en un momento dado, sustituir *rango* por *edad*, pues sería la edad, por tanto, la que determinaría la dominancia— se reúnen en el cuerpo para comer a la vez. Pero si la presa es más pequeña, como puede ser un buey almizclero, por ejemplo, los dominantes —o reproductores— pueden comer primero y *decidir* cuándo pueden comer los subordinados.

Tengan los propietarios de perros esto en cuenta también. Mientras el líder come, los subordinados esperan pacientemente. Si usted convive con un perro dominante, un alfa latente, tenga como prioridad el conseguir que su perro le respete en el momento de la pitanza. Él no debe conseguir comida mendigando en la mesa, síntoma que denota falta de autoridad del líder; y, cuando usted le sirve el plato, debe esperar a tener permiso para acercarse a comer. Ha de aprender a controlar sus impulsos como lo hace todo lobo con respecto a su líder. Cualquier debilidad temperamental del dueño será tomada por este tipo de perros como indicación de falta de autoridad jerárquica y tenida en cuenta, no ya reflexivamente, sino instintivamente. Todo propietario debe tener en cuenta una serie de normas básicas que indiquen su posición: el perro no puede subirse a los sofás ni las camas, no debe protestar exitosamente ante nada, no debe subirse encima del dueño, no debe exigir comida cuando el dueño come... Si es un perro dominante, uno de esos alfa latentes, el problema tomaría connotaciones muy duras. En caso de un perro no dominante, no encontraría la seguridad que la pertenencia a un colectivo bien organizado transmite, así que no será completamente feliz y tampoco se verá en la necesidad de obedecer o acatar órdenes de ningún tipo, por lo que tendrán un grave problema de obediencia que siempre resultará, cuanto menos, incómodo.

5.3. INFANCIA, ADOLESCENCIA Y CONDUCTA SOCIAL

Para todo cachorro es fundamental madurar las pautas innatas relacionadas con los ritos sociales que se refieren a la jerarquía. El cachorro cuenta con esas pautas en su repertorio genético instintivo, pero necesitará madurarlas adecuadamente en un momento determinado de la ontogenia, es decir, del desarrollo. Este momento comienza alrededor de los veinte días de edad, en la fase ontogénica del apego, pues entonces es cuando empiezan a mordisquearse y a interactuar, y va quedando clara la superioridad de unos sobre otros a la hora de conseguir el mejor pezón de la madre para alimentarse. A partir de entonces, y hasta los dos meses de edad, el cachorro va a interactuar con sus hermanos constantemente, mediante juegos y pequeñas riñas, que van a ser fundamentales para que aprendan a medir la presión de su mordisco, adquieran seguridad en el ámbito social, desarrollen y maduren sus rautas jerárquicas, así como todo el repertorio ritual de la inhibición de la agresión del que domina.

A menudo, he asistido a perros con problemas sociales de ámbito intraespecífico —es decir, con problemas con los demás perros— cuya raíz se encontraba en una falta de aprendizaje social temprano. Efectivamente, los perros que no tuvieron oportunidad de madurar y desarrollar su conducta instintiva a su debido tiempo, presentan problemas a la hora de relacionarse: miedo compensado con agresión, dificultad para relacionarse y comunicarse, desconocimiento de las pautas rituales de sometimiento jerárquico y de reconocimiento intraespecífico, etc.

Si bien, podemos observar, entre los hermanos de carnada, un cierto orden jerárquico desde aproximadamente el mes y medio de edad, la verdadera lucha por la consecución de un nivel jerárquico superior no se producirá hasta bien cumplidos los nueve meses de edad, cuando el cachorro experimenta su maduración psicofísica y hormonal. Coincide, en el caso de los machos, con el momento en que comienza la característica conducta de levantar la pata para orinar, pues es este un gesto relacionado con el grado de dominancia del individuo. El macho levanta la pata para dejar su *marca* bien alta. Los machos dominantes acostumbran a *marcar* a menudo, y he visto cómo un lobo líder se empinaba al máximo sobre la pata trasera de apoyo con la finalidad de elevarse lo más posible durante la micción de marcación. El rascado posterior en el suelo, con el que el cánido deja una bien marcada firma odorífera, también denota dominancia. A mayor grado de dominancia, mayor tiempo y fuerza de este comportamiento de rascado. Los perros muy dominantes, incluso, acostumbran a gruñir cuando rascan el suelo.

En el caso de las perras, la maduración psicológica comienza, puntualmente, coincidiendo con el primer estro, también alrededor de los nueve meses de edad —las más precoces lo pueden tener a los seis meses y las más tardías a los doce—. Es entonces cuando, como en el caso de los machos, comienzan a ser más serias sus disputas por el rango. En los jóvenes lobos, cuando llega este momento madurativo, se produce habitualmente la dispersión; un alejamiento paulatino del grupo familiar, como ya he comentado.

Si hablamos de las condiciones de cautividad y del caso de los canes domésticos, las hembras suelen ser más agresivas y menos protocolarias con sus congéneres en sus interacciones jerárquicas que los machos. Muchos propietarios se enfrentan por primera vez, coincidiendo con los cambios hormonales que se empiezan a producir a esta edad, a desafíos jerárquicos por parte de esos cachorros dominantes, normalmente machos. El hasta ahora dulce y tierno cachorro, le desafía por vez primera buscando las oportunidades más inverosímiles. El joven que, efectivamente, sea más dominante, aquel que nació como alfa latente, que porta unas características temperamentales que le empujan a la dominancia, si no tiene claro su rango jerárquico y acata la autoridad del dueño desde el principio, comenzará a probar la autoridad de su dueño con pequeños conatos de enfrentamiento e, incluso, con los

detalles más nimios, como podría ser el robo de un objeto, la consecución de alimento cuando el dueño come, la ocupación de un sofá, etc.

5.4. PAUTAS DE APACIGUAMIENTO O INHIBICIÓN DE LA AGRESIVIDAD

Con frecuencia, la reacción de los dueños ante una sublevación, no es la más apropiada a las circunstancias, y las cosas se complican hasta puntos insospechados. En el seno del grupo, los únicos que tienen permiso para portar el rabo en alto son los líderes. Los demás, lo llevarán bajo y, en caso de un acercamiento por parte del líder, lo curvarán hacia dentro, colocándolo entre las patas o plegado a un lado del cuerpo, y bajarán la cabeza ladeándola levemente en señal de sumisión.

Ese gesto es previo a una posición de mayor sumisión, que el animal demuestra echándose en el suelo una vez curvado el cuello y colocándose boca arriba mostrando las partes más vulnerables del cuerpo.



Figura 18. Posición de sumisión total de un *malamute* de Alaska, ante una actitud de demostración jerárquica del líder. El subordinado está tumbado boca arriba, con las orejas plegadas, sacando la lengua y metiendo el rabo entre las patas. Esta actitud garantiza totalmente su seguridad y apacigua la agresión del individuo superior.

Semejantes señales de sumisión, inhiben, de inmediato, toda posible agresión por parte del superior jerárquico. Tanto los comportamientos de sumisión como la inhibición que producen, son algo instintivo y es, por tanto, respetado de forma automática. La posición sumisa es garantía total de no-agresión y debe ser respetada. Llamo la atención de nuevo al lector, que deberá percatarse de la importancia que tiene la obligada necesidad de ceder en cualquier reprimenda infringida a un perro, desde el preciso momento en que este demuestra su sumisión. De lo contrario, como sucede, por desgracia, muy a menudo, estarán faltando a las nobles normas sociales de la perfecta y armoniosa estructura social de los cánidos, y el animal quedará totalmente inhibido, diría desestructurado mentalmente, confundido hasta tal punto que esto llevará, primeramente, a una falta de confianza en el dueño y sus reacciones, y, posteriormente, a comportamientos neuróticos, a menudo agresivos, por una lógica autodefensa. En resumidas cuentas, podemos desequilibrar psicológicamente al perro.

Los comportamientos que denotan sumisión al superior jerárquico se denominan *pautas de sumisión* o *pautas de inhibición de la agresividad*, o como prefería K. Lorenz, *gestos de apaciguamiento*, y fueron descritas por Rudolf Schenkel, del Departamento de Zoología de la Universidad de Basel, Suiza, en los años 40 del siglo pasado. Schenkel diferenció dos tipos principales de pautas de sumisión: activas o dinámicas y pasivas o estáticas. Las primeras se derivarían, como comportamiento evolucionado ritualizado, de la petición de comida por parte de los cachorros a los padres. Cuando los padres llegan a la madriguera tras la jornada de caza, los cachorros que ya se alimentan de comida sólida comienzan a pedir activamente a sus padres, con una insistencia tal que les motivan a la regurgitación del alimento. Es así como los lobos transportan, desde largas distancias, el alimento sólido para los pequeños de poca edad. Posteriormente, este comportamiento de petición de comida se va derivando, como comportamiento infantil —y, por tanto, de inferior posición jerárquica, si se me permite— hacia lo que será, posteriormente, una actitud de sumisión activa, cuyo objetivo ya no será la consecución de la regurgitación del alimento sino el aplacamiento de una posible agresión.



Figura 19. Cuando los padres llegan a la madriguera tras la jornada de caza, los cachorros que ya se alimentan de comida sólida comienzan a pedir activamente a sus padres, con una insistencia tal que les motivan a la regurgitación del alimento. Este comportamiento de petición de comida va derivando, como comportamiento infantil, hacia lo que será, posteriormente, una actitud de sumisión activa, cuyo objetivo ya no será la consecución de la regurgitación del alimento sino el aplacamiento de una posible agresión.

La sumisión pasiva, según Schenkel, se derivaría, por el mismo proceso de ritualización, de la postura que adopta un cachorro muy joven para permitir la limpieza de sus genitales por parte de su madre. Por tanto, sería la actitud infantil, en definitiva, la que impediría la agresión intraespecífica. El comportamiento infantil, como el olor infantil, inhibe toda posible agresión. Los gestos de apaciguamiento tendrían su origen en gestos infantiles, pero habrían perdido toda significación infantil, *ritualizándose*.

Figura 20. La sumisión pasiva se derivaría, por un proceso filogenético de ritualización, de la postura que adopta un cachorro muy joven para permitir la limpieza de sus genitales por parte de su madre.



En la sumisión activa, el inferior jerárquico se acerca con insistencia al superior, agachado con las extremidades semiflexionadas, con las orejas bien plegadas y el rabo entre las patas o colocado a un lado del cuerpo o muy bajo y moviéndolo a gran velocidad. Intenta lamer el hocico del superior con constantes lengüetazos. El mostrar la lengua se convierte en un signo claro de sumisión.



Figura 21. Lengüetazos de sumisión.

Schenkel dio cuenta de dos formas de sumisión activa, diferenciando la ceremonial, que se produce cuando un grupo de jóvenes se acerca al superior, normalmente el progenitor, para rendirle pleitesía con constantes lametones en el hocico y todo el repertorio descrito, y otra la que se produce de forma individual cuando un joven quiere demostrar su posición inferior hacia el líder que se acerca y aún está a distancia. De esta forma, se mueve con gestos sumisos, lamiendo el aire intermitentemente.



Figura 22. Comportamiento de sumisión activa de un joven hacia un adulto. Las orejas plegadas, lengüetazos en el hocico del adulto y el rabo bajo, moviéndose rápidamente. Los movimientos son los mismos que realiza el cachorro para la consecución de comida sólida. El comportamiento se ha ritualizado.



Figura 23. Ante los lameteos del individuo jerárquicamente inferior, el líder demuestra indiferencia o desdén, e incluso bostezo.



Figura 24. Ante un acercamiento dominante del líder, el subordinado ladea el cuello y se coloca lateralmente, con el rabo bajo, en señal clara de sumisión. Se moverá sinuosamente, tumbándose y levantándose, dando lengüetazos en el aire, siempre con el rabo entre las patas y las orejas plegadas. Obsérvese también que el líder está sacando la lengua. Esto se debe a que está realizando amenazas para conseguir la sumisión total del otro; posteriormente, cada vez que frunce sus

belfos, saca la lengua, lo que hace muy vistoso el gesto.



Figura 25. Otra actitud de sumisión activa; el subordinado demuestra su inferioridad ante el líder arrastrándose nerviosamente, con el cuerpo ladeado, preparado para echarse inmediatamente si es necesario demostrar una mayor sumisión. Obsérvese la posición plegada de las orejas. Esta actitud ha de ser necesariamente respetada en nuestros perros. A menudo, este movimiento nervioso de sumisión activa es puesto en marcha por perros que intentan demostrar su inferioridad a sus dueños, que, sin comprender esta actitud y molestos por ella, castigan al perro de forma incomprensible para el animal. Es

algo muy grave que hay que evitar a toda costa.



Figura 26. Actitud de invitación sumisa al juego. El animal tiene las orejas plegadas pero su cuerpo está erguido. Está demostrando tener buenas intenciones. El otro le observa tenso, como se aprecia en la posición erecta de los pabellones auriculares.



En la sumisión pasiva, el inferior se tumba sobre su espalda mostrando sus genitales para la inspección olfativa del superior y coloca su cuello de forma vulnerable, mostrando absoluta rendición. A veces se enrolla como un ovillo. El individuo dominante inspecciona los genitales del sometido, y, en caso de querer realmente demostrar su superioridad, se colocará sobre él.



Figura 27. Posición de completa sumisión con la que esta perra husky (Truska) está confirmando su inferioridad jerárquica hacia su líder (Yesi). El líder olfatea habitualmente los genitales del subordinado y, por ello, este siempre muestra abiertamente dichas partes en la posición de sumisión total.



Figura 28. Entre la sumisión activa y pasiva podemos observar variaciones, claro está. En este dibujo, por ejemplo, vemos al subordinado tumbado y al líder inspeccionándole olfativamente, pero el primero se mueve nerviosamente en el suelo, con movimientos típicos de las pautas de sumisión activa.

Como se puede comprobar en los dibujos, las posturas de sumisión o inhibición de la agresividad hacen que el animal parezca de menor tamaño y corpulencia física. En las manadas salvajes, todos los miembros, incluyendo la hembra reproductora, se muestran con estas posturas, tanto activas como pasivas, ante el macho reproductor.

La actitud del líder, si es necesario, le hace parecer más grande y corpulento. En caso de que algún subordinado no demuestre su posición, el dominante se acercará decididamente con el rabo alto y rígido y las orejas enhiestas y dirigidas hacia delante.

Entre los perros, podremos encontrar desde los comportamientos jerárquico; más parecidos a los del lobo —en perros nórdicos, por ejemplo— hasta lo más alejado y antinatural. Hay razas caninas, incluso, en las que, precisamente, el hombre trató de eliminar en la medida de lo posible el respeto a las pautas de inhibición de la agresividad, precisamente, para que la lucha llegase hasta las últimas y trágicas consecuencias. Cuando dos lobos machos se prestan a combatir, se lleva a cabo todo un protocolo ritual de amenaza, en el que cada movimiento se prolonga el tiempo suficiente como para que el otro animal tenga la oportunidad de elegir su rendición. En los perros, en cambio, a menudo se saltan parte o todo el protocolo, y pasan al combate directamente, lo que no deja de resultar *innoble*.

Konrad Lorenz dijo que el combate ritual es uno de los más atractivos espectáculos que se ofrecen en el estudio del comportamiento de los animales superiores. Entre los lobos podemos ver el ejemplo perfecto de la noble *imitación* del combate: el combate ritualizado por el honor. Jamás, y léase bien, jamás un lobo aprovechará su ventaja y siempre se detendrá antes de morder al que reconoce haberse rendido. Las pautas de inhibición de la agresividad, por tanto, son sagradas en el contexto del lenguaje de los lobos. Se puede hablar de desencadenamiento de los procesos de inhibición como se habla de desencadenamiento de movimientos instintivos. Téngase esto muy en cuenta, por lo tanto, cuando un perro intenta aplacar nuestra furia con estos gestos de apaciguamiento, pues en ese preciso instante la actitud violenta hacia él tiene que cesar de inmediato si no queremos llevarle a un trauma e incluso a la neurosis.

Además, el macho de lobo jamás agrede a una hembra. La hembra del grupo, por su parte, venera al macho aún cuando aquel jamás le haya mordido ni mostrado superioridad. Esa inhibición se desencadena por características químicas, es decir, olfativas. Decía Konrad Lorenz «yo no me fiaría de un perro que mordiera a las perras, y aconsejaría a su dueño la mayor vigilancia, sobre todo teniendo niños en casa. Sin duda, ese rudo animal no tiene bien las inhibiciones sociales».

5.5. EL CACHORRO ALFA LATENTE EN LA FAMILIA HUMANA

La dominancia jerárquica es una característica temperamental genética, sobre la cual gira todo comportamiento de agresión por estatus social. Un lobo o un perro puede haber nacido para liderar el grupo —ser un individuo *alfa*— o, por el contrario, ser un lobo o perro menos dominante (*beta*) o muy sumiso (*omega*). Aún a pesar de

que en los lobos en libertad no hay necesidad de recordar constantemente, en el seno del grupo, quién es quien domina, y de que habitualmente los dominantes no son sino los padres del resto —y L. D. Mech es de la opinión de que deberían ser llamados *individuos reproductores* y no necesariamente *individuos dominantes*— no puedo, de ninguna manera, negar que existen ejemplares más predispuestos, de forma innata, a la dominancia que otros. Es una evidencia a considerar el que hay perros que, para poder llevar una convivencia armoniosa con su propietario, necesitan que este demuestre su facultad de dominancia jerárquica de forma clara.

Un perro alfa es un animal de convivencia difícil para los principiantes. Una de las causas de agresiones domésticas de perros a sus propietarios es esta, si bien no es la causa que habitualmente provoca los accidentes fatales, pues en este caso el perro agrede exclusivamente para demostrar o discutir su liderato. Los perros alfa requieren de un dueño con mano muy firme, mejor aún si este también es alfa y con experiencia en el trato con perros *duros*, y, si es un perro grande, también debería añadir a sus cualidades fuerza física con la que controlarlo. Habitualmente es necesario, en caso de carecer de experiencia, la ayuda de un adiestrador profesional que le instruya para poder superar cualquier situación de dominancia que pueda presentarse.

Con los perros de dominancia fuerte, con notable agresividad cuando se trata de la consecución de su posición jerárquica, debemos ser precavidos y consecuentes, no dejando que el problema madure hasta un punto irreversible. Es muy típico en los propietarios de estos perros acudir al profesional una vez el problema tiene una muy difícil solución. Y esta solución, si puede ser muy complicada en lo referente a conseguir del perro un mínimo sometimiento a un líder, puede tornarse imposible a esas alturas en lo que atañe a la relación con su propietario, pues este estará ya totalmente incapacitado para someter con eficacia a su perro, que habrá adquirido la suficiente seguridad, sumada quizás a mayor madurez temperamental y física, como para tener bien presente que su dueño es absolutamente incapaz de dominarle. Con la edad y la prolongada ocupación de un puesto jerárquico elevado, aumenta la confianza en sí mismo, la seguridad de triunfar, y con ello se intensifica la agresividad. En muchos casos el propietario teme al perro, y no está preparado para dominar a un animal así de ninguna manera.

Todo intento de sublevación de un cachorro subdominante o todo conato de enfrentamiento con su dueño, ha de ser reprendido de inmediato con firmeza y sin brusquedad. Con decisión y sin titubeos. Eso sí, teniendo en cuenta que los cánidos utilizan la presión de sus mandíbulas para castigar a sus congéneres. ¡Cuán difícil me resulta eliminar la tendencia de *mano fácil* en algunos propietarios! Y sus perros, que cierran los ojos esperando el golpe, de no ser equilibrados y sumisos podrán reaccionar, lógicamente, en defensa propia en cualquier momento. Para cualquier reprimenda física deberemos agarrar al perro por la piel del cuello, como si de un

mordisco se tratase. ¡Nada de golpes! El castigo que aconsejaban en los libros antiguos con el periódico enrollado es una barbaridad.

Tampoco se debe abusar de la reprimenda física «bien hecha», y sólo habría de ser necesaria cuando el cachorro ha gruñido a su propietario; entonces sí que deberíamos reaccionar, como decía, con decisión y firmeza. En caso de mayor rebeldía: reacciones agresivas como respuesta, tendríamos que recurrir a *someterle* tal y como lo haría un superior jerárquico de su especie: le pondríamos *panza arriba* sujetándole la garganta con las manos y el torso con los antebrazos, ayudándonos de la pierna en caso de perros de más edad o corpulencia física, con el fin de que no se escabulla de esa posición y acate nuestra superior jerarquía. Esto se ha de realizar, insisto, con firmeza pero sin brusquedad, porque hablamos de cachorros, y nuestra reacción dependerá en todo momento de la suya y de su sensibilidad psíquica.

Cuando esto es realizado con un cachorro muy joven, resulta sencillo pues su mecanismo instintivo de inhibición de la agresividad le hace responder mecánicamente, como respuesta programada. Si ha tenido el tiempo que corresponde a; forma natural para socializarse y poder madurar estos comportamientos innatos, no encontraremos la dificultad que se da en otros casos, pues hay perros que nunca tuvieron la oportunidad de desarrollar sus pautas innatas y parecen no saber aceptar las normas rituales de su propia especie. No las reconocen debidamente. Tienen un problema de comunicación por falta de aprendizaje temprano.

El asunto se complica en el caso de perros adultos. Cuando acuden a mí propietarios con cachorros dominantes que comienzan a despertar a la madurez sexual hormonal y temperamental y sobre los que nunca demostraron tener ninguna autoridad, el problema es mucho mayor por la complejidad que plantea el poder dominar físicamente a un animal de nueve a doce meses y tamaño considerable. Por supuesto, en determinados casos, especialmente con perros dominantes ya maduros y dueños poco autoritarios, es imposible el conseguir una relación correcta de respeto mutuo. Conviene que los propietarios acostumbren a manipular a sus perros de todas las formas posibles, como comenté anteriormente, para evitar llegar a este extremo, realizando ejercicios de *dominancia secundaria* a modo de juego con los cachorros que muestran tendencias dominantes, colocándoles panza arriba en posición inferior de vez en cuando e invitándoles a lamernos las manos lo más posible.

He conocido muchos casos tremendamente representativos. En una ocasión fui llamado por un propietario de un cachorro de ocho meses de edad que mostraba signos claros de una fuerte dominancia. El cachorro, que posiblemente ya manifestó señales de ser un individuo alfa mucho antes, en la temprana infancia, fue consentido en sus conatos de enfrentamiento, y había ido alimentando su seguridad en sí mismo. Tras la consulta telefónica, no fui requerido para visitar personalmente al perro. Posteriormente, el mismo propietario me llamó de nuevo, cuando el animal ya tenía

unos catorce meses de edad. El problema, claro está, se había intensificado hasta un punto bastante peligroso. El tamaño del perro era desmesurado, por añadidura. Mientras el animal dormía plácidamente en el sofá, su dueño se veía obligado a sentarse en una alfombra en el suelo, pues el perro no le permitía ocupar su sitio. Empezaba a dominar a su dueño. Tampoco en esta ocasión fui requerido para visitar al perro; quizás entonces habría tenido solución, no exenta ya de dificultades, y quizás teniendo que comenzar con un programa progresivo de *dominancia indirecta*. Finalmente, el propietario me llamó un buen día desde una cabina telefónica, pues su perro, que ya tenía dos años de edad, no le permitía entrar en casa. Era dueño del sofá, de la cama, de la habitación, de la terraza, y de la casa entera.

Más irónico resultó el caso de dos chicas con una cachorrita de una raza miniatura. Era como una ratita pero claramente un individuo alfa latente. Desesperadas, acudieron a mí cuando no sabían qué hacer. La perrilla, que era encantadora en el paseo diario, se tornaba tremendamente *agresiva*, decían, cuando estaban en casa. Esto era comprensible, pues el paseo era algo impacientemente esperado todo el día; los roces sociales habían de producirse, necesariamente, en el hogar familiar. Allí es donde han de medirse las posiciones jerárquicas. Sorprendente era no tanto el hecho de que una perrilla de tan pequeño tamaño se mostrase tan sumamente dominante como el que lo hiciese a tan temprana edad, lo que era un síntoma evidente de su calidad de alfa. El cuadro que me encontré era el siguiente: una de las chicas estaba arrinconada en una esquina, acosada por los ladridos agudos de una perrilla del tamaño de una rata, y la otra subida en una cama, totalmente atemorizada. La perrilla estaba en una edad idónea para la corrección de tan dominante comportamiento, y se sometió a mi jerarquía durante la sesión de trabajo que realizamos en la habitación, lo que resultó extraordinariamente fácil para mí gracias a su pequeño tamaño y corta edad y a pesar de su sorprendente carácter. A tan temprana edad, sus pautas de inhibición se pusieron inmediatamente en funcionamiento de forma espontánea en el preciso instante en el que yo la puse patas arriba. La voltéé cuidadosa y firmemente, sujetándola con los dedos por el cuello, y ella reaccionó con la coordinación instintiva de apaciguamiento. Lo realicé tres veces, una por cada vez que intentó morderme cuando yo la presionaba con las manos en el dorso o intentaba levantarla. Después, solamente se dispuso a lamerme las manos y a jugar conmigo alegremente.

Un tiempo después, el problema había empeorado con ellas. No siguieron mis consejos y prefirieron seguir otro más fácil que escucharon de alguien; ante estos *arrebatos de agresividad* lo mejor, les dije, era que la ignorasen. Craso error, pues lo que consiguieron con esta actitud fue lo que era de esperar: se comportaron como sumisas que aceptaban su condición de tales ante estos tempranos conatos de dominancia. De este modo, confirmaron firmemente a la perrita que era la jefa

absoluta e indiscutida de la casa. Así que volvieron a llamarme, y al presentarme en el lugar, la pequeña me reconoció de inmediato, probablemente porque fui el único *líder* que había tenido en su vida aún a pesar de que lo demostré escasamente durante quince minutos. Me saludó efusivamente, me lamió las manos y demostró estar muy feliz de volver a reencontrarse con tan *admirable* personaje. Y es que los perros, recordémoslo, son animales jerárquicos que necesitan instintiva y emocionalmente de un líder.

Muchas veces, un perro muy dominante tiene un dueño fuerte y firme pero que, por falta de experiencia, no ha provocado ninguna situación en la que poner a prueba a su perro, y, por tanto, este permanece aún a la expectativa para, un buen día, cuando su nivel hormonal le empuje a ello, hacia los nueve o diez meses de edad, tentar a su dueño de forma inesperada. Es en este momento cuando el dueño se sorprende y cree, no sin total desacierto, no conocer a su perro. Si es un poco precavido acudirá al profesional, que le podrá ayudar con eficacia.

En otros casos, el perro no es tan dominante, pero lo suficiente como para que, a el dueño no se muestra absolutamente superior en su posición jerárquica, en alguna situación inesperada pueda surgir el enfrentamiento. A menudo hay perros que, cuando el propietario tiene que obligarle a hacer algo en contra de su voluntad por alguna razón fortuita, muestran una fuerte rebeldía agresiva repentina, sorprendiendo al propietario desagradablemente. En estos casos, el dueño no conocía suficientemente al animal y, lo que es peor, este tipo de personas suelen reaccionar con indecisión o miedo.

Por el contrario, existen perros que no muestran ninguna tendencia dominante y otros que son sumamente sumisos, por lo que en estos casos, mucho más aconsejados para propietarios inexpertos, no es necesaria, en principio, una relación jerárquica tan consistente.

La influencia hormonal sobre el comportamiento de dominancia es muy importante. En el cachorro ya vamos a ir notando su tendencia innata hacia comportamientos de alfa, beta u omega, de dominante o sumiso, pero, con la llegada de la *adolescencia*, a partir de los nueve o diez meses de edad, determinadas hormonas van a influir en su nivel de agresividad, que podría canalizar con su comportamiento dominante. Me estoy refiriendo a los andrógenos u hormonas sexuales masculinas, como la testosterona. La castración, de hecho, es una de las formas utilizadas para atajar, en algunos casos, el impulso de dominancia exacerbado e incontrolable de algunos perros. Es, por esta influencia de la hormona más típicamente masculina, por lo cual los machos tienen mucha mayor predisposición a los comportamientos dominantes con los dueños.

Mucha precaución, por tanto, en el momento de la adquisición de un perro. La dominancia es una característica temperamental genética y, por tanto, transmisible de

padres a hijos. Recordemos, no obstante, que la dominancia hacia los perros y hacia las personas parece independiente, por alguna causa aún no bien conocida, y que posiblemente, creo, estará en las interrelaciones entre los procesos de troquelado y aprendizaje social temprano y diversos factores genéticos. A mí no me deja de resultar sorprendente esta ambigüedad, pues el perro, troquelado por el hombre, tiene para con éste un comportamiento social en muchos aspectos casi idéntico al que tendría con sus conespecíficos, aunque haya algún curioso *conocimiento de especie* cuando han sido socializados con sus congéneres en el periodo crítico adecuado. Hay perros socializados debidamente, tanto con perros como con personas, que muestran una fuerte dominancia hacia otros perros y que, por contra, son absolutamente sumisos con las personas, y también sucede lo contrario, aunque mucho menos comúnmente.

5.6. EL LENGUAJE CANINO

He dicho ya muchas cosas referentes a la comunicación gestual de los cánidos dentro de su comportamiento social. Durante mucho tiempo se dijo, y aún me sorprende escuchar semejante aseveración, que el hombre es único porque no hay otro animal que se valga del lenguaje. Nada hay más cargado de arrogancia. El humano es el único animal que se vale del *lenguaje humano* para comunicarse, como los elefantes son los únicos animales que se valen del lenguaje paquidérmico con la misma finalidad. Otros mamíferos, además de, al menos, los elefantes y los cetáceos, cuentan con sistemas de comunicación —lenguajes— complejísimo. Tan complejos que, y sobre todo en el caso de los cetáceos, aún estamos descubriendo cosas sorprendentes. En el caso de los humanos, nuestro particular lenguaje se adquirió —decía, en su faceta de antropólogo, el prestigioso biólogo Jose Antonio Valverde— por un lento proceso de ajuste de los centros nerviosos a nuevas funciones por selección extrema, especialmente influenciadas por la predación. Es decir, la cerebralización y el lenguaje humanos son consecuencias derivadas, en parte, de nuestra condición de especie presa. Y esa es, en resumen, parte de la explicación científica; por lo que ya nos podemos bajar del pedestal.

Lobos y perros, como animales inteligentes y de estructuras sociales sumamente complejas que son, cuentan, evidentemente, con un rico lenguaje que, aunque no tan complejo como el de los cetáceos, elefantes y primates, combina gestos, posturas, miradas, diferentes sonidos —aullidos, ladridos, gruñidos y gemidos de toda índole— señales de contacto directo y señales odoríferas. Posturas corporales y señales visuales de todo el cuerpo —tengamos en cuenta que hasta con la piel, como el caso del pelo erizado de un perro que se acerca a otro con inseguridad— combinadas con movimientos y posiciones de cola, orejas, belfos, cejas, etc., conforman un riquísimo

código de lenguaje, seguramente con muchas lagunas a la hora de su interpretación, a pesar del tiempo que llevamos compartido con ellos. Así, los perros y lobos pueden reír —aunque no se exprese con el mismo gesto— pueden expresar miedo, sumisión, agresividad, simpatía, etc. Sólo con los gestos de la faz y el rabo. Fíjese el lector en la mirada de su perro: a través de ella nos dice muchas cosas que realmente quiere decirnos; las cejas son muy importantes como señal comunicativa. Los lobos y los perros más parecidos a ellos tienen mayor capacidad gestual. Es la *comunicación no verbal*. Excrementos, orina, secreciones glandulares... sirven también como señales olfativas de comunicación, que transmiten una riquísima información. Todas ellas se combinan en un sinfín de posibilidades; por ejemplo, un meneo de cola no ha de significar necesariamente alegría; depende de la posición de otras partes del cuerpo. Cuando los lobos se desplazan en formación de caza, el lobo prospector camina aparentemente solitario, pero va seguido prudentemente del resto del grupo, atentos todos a cualquier indicación o señal, ya sea de una presunta presa o de un peligro potencial —humano. En la distancia, el movimiento del rabo puede tener significaciones comunicativas claras. Yo he tenido la fortuna de ver, en plena Naturaleza, un grupo de lobos salvajes que iban caminando en la misma dirección pero a cierta distancia unos de otros; pues bien, se podía notar cómo los movimientos de unos tenían influencia sobre los de los demás; iban caminando separados pero unidos por señales comunicativas de una absoluta perfección.

Cuando vuelva el lector al paseo con su perro, fíjese, si no lo ha hecho ya, en la cantidad de información que nos quiere comunicar con su mirada. Si se tiene en cuenta que el perro nos ha querido decir algo, preguntémosnos por qué razón nosotros no le hemos respondido. Muchas veces nos negamos a comunicarnos con ellos y esto hace que la comunicación se vaya enfriando. Y es importante para la buena relación con nuestro perro. En mis clases, a la vez que vamos trabajando sobre todos los ejercicios de obediencia y control para la convivencia, hago mucho hincapié en que los dueños aprendan a comunicarse con sus perros. A menudo, no saben comunicarse con ellos. Y es bien sencillo; mucho más que con las personas. El lenguaje corporal es muy importante con el perro. En cuanto la comunicación con el perro se enriquezca, la relación mejora. Y el perro, aunque ya haya dejado de intentar decirnos cosas durante los paseos, como desconoce totalmente el orgullo y el rencor, reanudará el interés por comunicarse con nosotros en cuanto le demos el menor indicio de que intentamos hacerlo por nuestra parte. El perro está muy capacitado para interpretar nuestros gestos. Además, perciben nuestro estado anímico con asombrosa facilidad, lo que aún es prácticamente un enigma, excepto en las condiciones en las que sabemos que emitimos sustancias odoríferas evidentes, como cuando tenemos miedo. Con ellos no suele servirnos el disimulo. ¡Cuántas veces me he sorprendido, en mi escuela canina, al ver cómo un perro se percataba de lo que, alguien a quien no

conocía de nada, iba a hacer dirigiéndose a él!

Los perros que se entrenan para ayudar a sus dueños epilépticos, son un ejemplo muy interesante acerca de la capacidad que tienen para percibir del dueño detalles que para los humanos son imperceptibles. Estos perros no son entrenados para detectar la eminencia de un ataque, pues la ciencia médica no ha descubierto qué es aquello que el perro percibe para saber que va a existir el ataque. Una vez que el perro conoce muy bien a su dueño tras una larga convivencia, percibe de él todo estado anímico y, si suele tener ataques frecuentes —un ataque mensual al menos— el animal sabe perfectamente cuándo va a suceder, por lo que tiene un comportamiento inusual, como lamerle nerviosamente las manos. A partir de ahí, se aprovecha para entrenarle hacia comportamientos de ayuda. Lo cierto es que estos perros detectan el ataque epiléptico varias horas antes de que suceda, lo que resulta de una tremenda ayuda para estas personas.

Algunos gestos faciales del ritual jerárquico

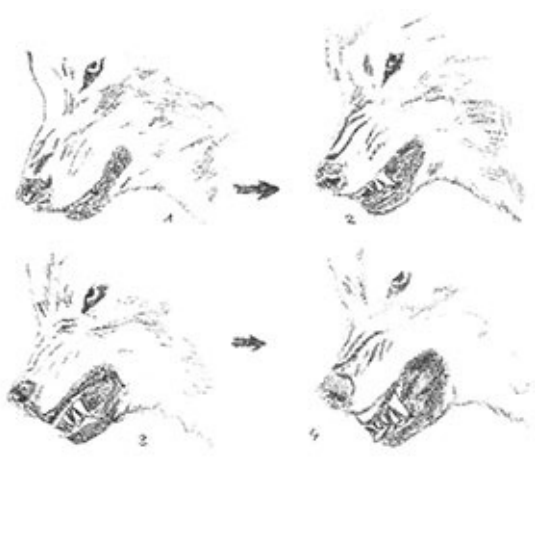


Figura 29. En esta serie de ilustraciones se observa cómo va cambiando y se va endureciendo el gesto a medida que asciende el nivel de intensidad de la amenaza. El gesto número 1 muestra una amenaza de baja intensidad. Los belfos se fruncen cada vez más en los siguientes gestos, enseñando cada vez más los caninos o colmillos, hasta comenzar a sacar la lengua.

Figura 30. Amenaza decreciente de baja intensidad. Ésta es una amenaza temporal; por eso es «decreciente». Si el individuo al que se dirige no la toma en consideración, entonces puede pasar a aumentar la intensidad de la amenaza. Obsérvese que los caninos o colmillos permanecen ocultos, los belfos se fruncen ligeramente, las orejas están semiplegadas, la mirada tensa —a veces no es directa— y existe un gruñido hondo que surge de la garganta y que puede aumentar o disminuir dependiendo de la intensidad.





Figura 31. Ésta sigue siendo una amenaza decreciente, pero de más intensidad. Si es acatada, la amenaza cederá. Orejas plegadas, belfos bien fruncidos y gruñido profundo. Mirada fija y tensa.



Figura 32. La amenaza ha subido de intensidad. Ahora se muestra la lengua claramente.



Figura 33. Amenaza de intensidad media. Las orejas permanecen plegadas pero se abren las fauces mostrando toda la armadura dental.



Figura 34. Las orejas se han erguido. Ya se trata de una amenaza tendiendo hacia la gran intensidad. El animal no va a ceder de ninguna forma y sólo espera el acatamiento sin condiciones. Las fauces están cerradas pero los colmillos se muestran completamente. La mirada es fija y directa.

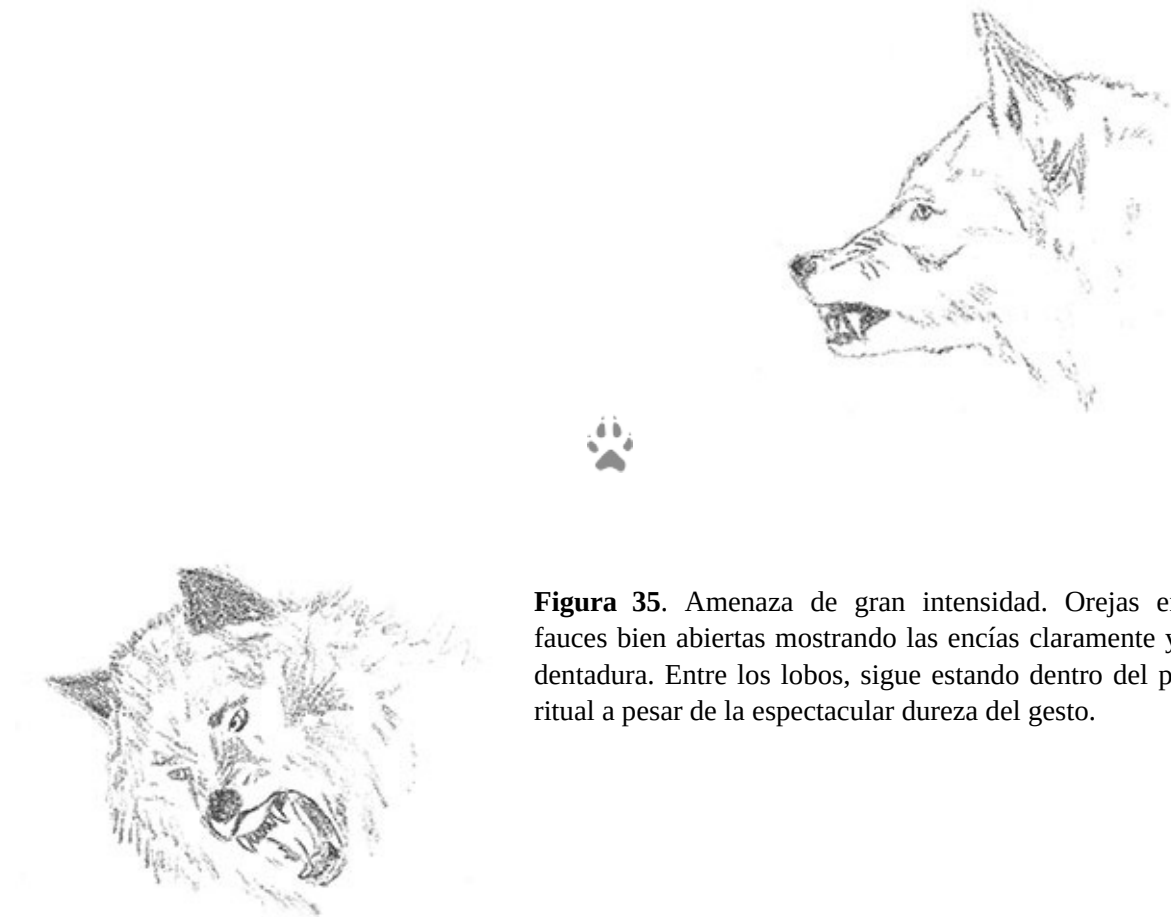


Figura 35. Amenaza de gran intensidad. Orejas enhiestas, fauces bien abiertas mostrando las encías claramente y toda la dentadura. Entre los lobos, sigue estando dentro del protocolo ritual a pesar de la espectacular dureza del gesto.

Julian Huxley fue quien describió que ciertas pautas pierden en la filogénesis su función original para convertirse en ceremonias simbólicas. A este proceso filogenético lo llamo *ritualización*. En los humanos, el proceso había sido exactamente el mismo. La comunicación inteligente y la consiguiente organización de las sociedades animales —incluyendo los humanos, claro— se basan en patrones conductuales que se han convertido en medios de comunicación o lenguaje mediante un proceso de ritualización, que se ha transmitido filogenéticamente. De hecho, los gestos básicos, tanto caninos como humanos, son innatos en su gran mayoría, y, muchos de los gestos elaborados que sirven para la comunicación entre los humanos, tienen el mismo significado para un europeo de la gran ciudad como para un indígena amazónico no contactado. Otros se han modificado culturalmente.

No obstante, es necesaria la correcta maduración de los aspectos comunicativos de la conducta en la época de la socialización y el desarrollo u ontogenia de la conducta. Tanto el perro como el lobo —o el niño, si nos ponemos en el caso— necesitan aprender a comprender las señales rituales que han heredado. Cuando el cachorro es pequeño —con dos meses de edad— responde, por ejemplo, como ya expliqué, de forma automática y correctísima a la reprimenda de su madre con una posición de acatamiento y apaciguamiento. Es una respuesta instintiva pura y perfecta; limpia. Y, por aprendizaje, se va a ir instaurando, definitivamente, esta

forma de conducta instintiva tan importante en el comportamiento social. Ya comenté que el cachorro que no tuvo oportunidad de desarrollar estas pautas, por otra parte instintivas, aquel que no pudo madurarlas, tendrá problemas a la hora de la comunicación con sus congéneres.

Según Lorenz, para que un patrón de conducta se ritualice convirtiéndose, filogenéticamente, en un mensaje o señal para comunicarse con sus congéneres, ha de ser originariamente contagioso e, incluso, debería existir un *mecanismo desencadenante innato* que induzca a los congéneres a adoptar el mismo patrón de conducta. Es decir, que el mismo patrón conductual sea un estímulo para desencadenar el mismo patrón en otros —inducción social—. Por ejemplo, todos reconocemos ese «buf» del perro que parece que quiere empezar a ladrar cuando ha sentido algo extraño. Ese «buf» tiene una gran significación comunicativa como aviso, que promueve la alerta en sus compañeros. Ese mismo sonido, que se acompaña de un gesto muy particular de tensión facial, es perfectamente observable en el lobo en las mismas circunstancias.

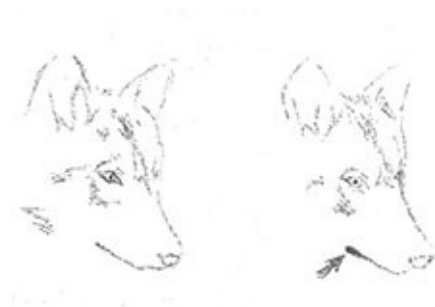


Figura 36. Lobo en la típica expresión tensa que denomino «buf». El «buf» que el perro emite —y que podemos observar en el lobo también— cuando se dispone a ladrar pero aún no ha hecho con claridad, es un comportamiento de intención que se ha convertido en un gesto social que puede o no mantener su original función. El rostro de la izquierda muestra la expresión del lobo observando algo que le ha llamado la atención; a la derecha, se muestra la sutil diferencia que se aprecia en la

comisura labial al emitir el «buf» como intención de ladrado —el lobo no llega a ladrar, pero realiza el mismo gesto que el perro. Obsérvese la expresión tensa de la faz del lobo en ese momento.

Igualmente, el perro o lobo que ha olfateado una fuerte emanación de un animal que le produzca cierta inquietud —como, por ejemplo, un jabalí en un caso típico— resopla sonoramente liberando, de un solo soplado, el aire recogido por sus fosas nasales para, después, continuar olfateando. Ese resoplido está convertido en señal comunicativa evidente, que despierta la atención de los compañeros, que iniciarán seguidamente la investigación. Curiosamente, los zorros, que cazan en solitario, carecen de muchas de las señales comunicativas derivadas de procesos de ritualización propias de los cánidos eminentemente sociales, como lobos o licaones, al igual que sus gestos y expresiones faciales son mucho menos ricas.

Otro patrón de conducta comunicativa por inducción social ritualizada, es el acecho; la muestra. De esto ya hablé con anterioridad. La actitud de muestra en los perros de caza con alto impulso instintivo para este patrón, es estímulo clave que desencadena su propio estado de acecho. De esta forma, cuando un individuo ha localizado una presa por emanación odorífera, sus compañeros se dan inmediatamente por enterados, por la señal visual que constituye su actitud,

produciéndose el acecho conjunto.

Y ¿qué hay del ladrido? Los lobos no ladran habitualmente, pero pueden emitir pequeños ladridos en algunas ocasiones, especialmente los cachorros. Los lobos de la India sí ladran de forma más habitual. Muchas razas de perros han sido seleccionadas por su ladrido particular. La característica del ladrido, influenciada también por el grado de neotenia —infantilismo; que es permanente en el perro— ha sido positivamente buscada por el hombre para su propio beneficio. Los *huskies de Siberia*, en un estado lupino próximo al original salvaje, no ladran normalmente. Los que yo criaba, prácticamente eran incapaces de ladrar de forma definida, y sólo aullaban y gritaban.

Pero la frecuencia del ladrido, las circunstancias en las que el perro es motivado a ladrar, la intensidad, modulación, timbre y todas las características del sonido del ladrido, son «manipuladas» de alguna forma mediante la selección genética. En los sabuesos de rastro, por ejemplo, se buscaba que rastreasen en silencio y que comenzasen a *latir* o marcar el rastro mediante ladridos que aumentarían o disminuirían en intensidad en relación a la frescura de las emanaciones. Se seleccionó un ladrido hondo y sonoro, para poderlo captar a largas distancias. Posteriormente, en EE. UU., fue seleccionada una línea genética de *sabuesos bloodhound* que rastreaban en absoluto silencio, incluso, habiendo encontrado las emanaciones, para poder ser adiestrados en la búsqueda de sospechosos y fugitivos. En los *fox terrier*, por ejemplo, la más ligera excitación provoca el ladrido, y es que era importante por el hecho de que, si encontraban la presa bajo tierra, el cazador humano tenía que ponerse a cavar, con la mayor prontitud posible, allí de donde provenían los ladridos, para poder ayudar a su perro evitándole mayores riesgos.

La significación del ladrido es clara: el ladrido es diferente cuando hay agresión segura, agresión cargada de inseguridad, aviso, simple excitación, saludo, ansiedad, alegría, soledad, tristeza y un largo etc. Y los perros perciben y reconocen perfectamente las diferentes modulaciones y significaciones del ladrido de sus congéneres.

¿Y el aullido? Ese sonido tan misterioso que, la mayoría de los cánidos, emiten de una u otra forma y que alcanza su grado más impresionante en el lobo ¿qué significa? Félix Rodríguez de la Fuente, que estaba profundamente enamorado del lobo, decía que el aullido del lobo es el sonido más impresionante que ha emitido criatura viviente alguna. Los lobos aúllan más frecuentemente en las áreas limítrofes de sus territorios, por lo que, eventualmente, podría servir para subrayar el dominio territorial de un grupo en la zona. El aullido se utiliza, más a menudo, como llamada y puesta en contacto con el grupo familiar. Cuando un lobo o un perro se encuentra solo, aúlla desconsolado esperando una respuesta. El aullido de uno estimula el aullido de otro, por lo que resulta muy eficaz como llamada a larga distancia. Es por

lo que, cuando un perro escucha una flauta o una sirena, a menudo aúlla, de forma casi inevitable, en respuesta a ese estímulo acústico. Aúlla también la loba triste que ha perdido a sus cachorros. En la Sierra de la Culebra, cuenta Ramón Grande que vio a una pobre loba que estuvo toda la noche aullando junto al cuerpo muerto de su lobo abatido a tiros. Cuando un lobo o un perro está triste o se siente totalmente solo, aúlla. Los lobos expresan así también su tristeza.

5.7. *LA BESTIA SENZA PACE*

Y para terminar este capítulo dedicado a la conducta social y jerárquica, y sirva de paso también para los párrafos que dedicaré más adelante a la desmitificación del lobo, y también a la agresión por el estatus social, voy a recordar unas palabras del sabio Konrad Lorenz que demuestran la verdadera *nobleza* del cánido salvaje, aquel al que Dante llamó «*la bestia senza pace*» pero que, en cambio, resulta que porta, firmemente enraizadas en su comportamiento innato, las inhibiciones más seguras contra el asesinato:

«Cuando mis nietos juegan con otros niños de la misma edad, es necesaria la vigilancia de un adulto. Pero se les puede dejar solos con la mayor tranquilidad en compañía de nuestros grandes perros, que son, sin embargo, terriblemente bravos. Y no es que yo me fíe de las inhibiciones sociales adquiridas por estos animales en el curso de su domesticación, sino de la herencia que, sin duda, tienen del lobo, la “bestia senza pace”».

TEMA 6. AGRESIVIDAD Y PREDACIÓN. FACTORES DESENCADENANTES DE LAS TENDENCIAS AGONÍSTICAS EN EL PERRO Y EL LOBO

«¿Qué ocurre con los seres humanos? Ante todo, puedo decirles que hay muchas personas que muestran reacciones extraordinariamente agresivas cuando uno afirma que el hombre es un ser agresivo».

Konrad Lorenz

«El hombre es el más agresivo de los animales».

Félix Rodríguez de la Fuente

6.1. UNA PEQUEÑA REFLEXIÓN PREVIA

De una manera u otra, y con muy diversas formas, la agresión forma parte del comportamiento en todos los animales, incluido, por supuesto, el ser humano, cuyo comportamiento agresivo es uno de los más trascendentales aspectos de su conducta y uno de los pilares sobre los que se sustenta su organización social, como he querido recalcar al elegir esas acertadas frases de presentación, del gran psicólogo y etólogo Konrad Lorenz y del Dr. Félix Rodríguez de la Fuente, para este capítulo. La nefasta dosis de agresividad humana, es herencia de un proceso de selección intraespecífica de decenas de miles de años. Apuntaba el gran Lorenz que, apenas llegó el hombre a dominar los peligros del medio con sus armas, vestiduras y organización social, dichos peligros externos dejaron de ser importantes en la selección y, a partir de ahí, fue cuando intervino, sin duda alguna, una selección intraespecífica perjudicial. El principal factor selectivo fue, a partir de entonces, la guerra entre tribus, lo que produjo una rigurosa selección de características agresivas que, aún hoy, son un ideal merecedor de esfuerzos para casi todo ser humano. La agresión intraespecífica es indispensable para los humanos, incluso, para lograr el vínculo de la amistad personal. En muchos modos de comportamiento humano, la agresividad es un factor motivante. Por tanto, no estamos en condiciones de juzgar la agresividad, como tal, de ninguna otra especie. Pecaríamos de cinismo.

«Si una vez llegara a haber una sola doctrina salvadora para toda la tierra, al momento sus partidarios se dividirían por lo menos en dos interpretaciones fuertemente antagónicas, y el odio y la guerra prosperarían como antes... porque, por desgracia, el hombre es como es».

Erich von Holst

6.2. INTENTO DE DEFINICIÓN Y CLASIFICACIÓN DE LAS CONDUCTAS AGONÍSTICAS

La agresividad, como componente de la conducta, es algo natural y

biológicamente útil. El problema deriva de las desviaciones de la línea equilibrada de la agresividad, por su reiteración o por su descontrol. Es cuando, los adiestradores y etólogos caninos, hablamos de *desequilibrio* y/o patologías de la agresión. K. Lorenz decía que «en el hombre, que ha modificado por sí mismo y con demasiada rapidez sus propias condiciones de vida, el impulso agresivo produce a menudo resultados desastrosos», y hablaba de *vicios de funcionamiento* de la agresión en el hombre.

Los cánidos, como depredadores sociales, jerárquicos y territoriales que son, han de contar, necesariamente, con unos impulsos agresivos que resultarán fundamentales para su supervivencia, pues la agresión es una de las tácticas al servicio de la competición social. Pero voy a intentar definir, primeramente, qué es *agresión*, pues es este un concepto bastante subjetivo, que cuenta con tantas interpretaciones como investigadores hay trabajando para descifrar sus causas, desarrollo y finalidad.

Algunos autores definen la agresión, simplemente, como la conducta dirigida hacia otro individuo y con capacidad de ocasionar a este algún daño físico, teniendo como causa el establecimiento de la posición jerárquica, o el acceso a algo — posesividad, territorialidad, etc.—; otros, en cambio, la definen como la amenaza o acto físico para reducir la libertad o eficiencia biológica de otro individuo. En las diferentes definiciones de la agresión, unos autores incluyen la depredación dentro del comportamiento agresivo, mientras otros la excluyen; algunos no consideran dentro de la definición de agresión lo que otros denominan *agresión interespecífica* —la dirigida a miembros de otras especies— y consideran solo como verdadera agresión la *agresión intraespecífica* —entre miembros de su propia especie— es decir, no considerando la predación como comportamiento agresivo, pero sí el canibalismo, a pesar de que éste suele ser habitualmente un mero proceso predatorio, y no teniendo en cuenta que puede haber un comportamiento agresivo de defensa dirigido a otras especies; por ejemplo, un comportamiento antipredatorio.

En definitiva, de la agresión se obtienen tantas definiciones que resulta imposible llegar a una solución concluyente. Lo que, evidentemente, es fundamental para el adiestrador, es la correcta interpretación de un comportamiento agresivo determinado para su tratamiento correctivo. Es costumbre el valorar las agresiones protagonizadas por canes basándose en un absoluto desconocimiento, lo que, muchas veces, depara posteriormente desagradables sorpresas. ¡Cuántas veces me habrán requerido para comprobar la repentina «locura» de un pobre perro que, simplemente, había sido víctima de las malas interpretaciones!

Este libro trata de etología fundamental, por lo que no voy a tratar en profundidad las conductas patológicas ni los métodos terapéuticos, pero sí los conceptos sobre los que se ha de basar toda interpretación de una patología, en este caso, una patología de la agresión, y, teniendo en cuenta los cuales, se aplicará toda terapia correctiva.

Voy a considerar agresión a la amenaza y el ataque, en la que existirá,

necesariamente, otro individuo objeto de la misma, y a la base motivacional de la agresión la denominaré *agresividad* o *impulso agresivo*, cuyos mecanismos de puesta en marcha no necesitan de otro individuo. Que un ser humano no provoque agresiones —es decir, que no muestre abiertamente agresividad hacia las demás personas— no significa que esté exento de agresividad. Quizás, en cambio, sea capaz de enervarse hasta el punto de golpear las paredes o, quizás, canalice su agresividad latente adecuadamente con el deporte. Hay individuos más agresivos que otros, pero, a menudo, la diferencia puede estar en el control que el individuo tiene de su propia agresividad, y del daño que se puede derivar del comportamiento agresivo hacia los otros. Por tanto, el comportamiento agresivo no tiene, necesariamente, que estar dirigido contra los demás, aunque la gran mayoría de las veces así sea, y aunque, evidentemente, sea un componente comportamental evolucionado para la competición con los congéneres. Que un perro no muestre agresividad aparente hacia las personas, no quiere decir que no sea agresivo en ninguna circunstancia. Puede que, efectivamente, no lo sea, pero también puede que sea agresivo en otras situaciones —con otros perros, por ejemplo— o que canalice la agresividad hacia otros objetivos por una *conducta de reorientación*. Hay perros, por ejemplo, que no responden nunca con agresión y que, por contra, desfogan una notable carga agresiva en el ejercicio de la caza; que puede tomar la forma, simplemente, de la «captura» de una pelota o un mordedor.

La agresividad es algo natural y necesario por evolución filogenética —muy especialmente, y mucho más marcadamente, en el ser humano— y es el descontrol de dicha agresividad lo realmente problemático. El control o descontrol del impulso agresivo está dentro de lo que los adiestradores entendemos por *equilibrio* o *desequilibrio psíquico*. Un perro —como una persona— incapaz de controlar el daño que puede provocar con su agresión, se considera *desequilibrado*. En psicología humana hablamos en términos de *psicopatía*. Un perro —o un ser humano— con control suficiente de sus impulsos para no dañar a otros sin necesidad, denota *equilibrio*. A un perro equilibrado le cuesta mucho morder realmente a una persona, igual que a una persona equilibrada le costará mucho darle un puñetazo realmente a otra en la nariz.

Tanto agresión como agresividad quedarán encuadradas, en los términos de este libro, dentro del *comportamiento agresivo* —*conductas agonísticas*—. Voy a considerar, además, que el comportamiento agresivo puede darse tanto hacia miembros de su propia especie, es decir, *agresión intraespecífica*, como hacia individuos de otras especies: *agresión interespecífica*.

En la agresión intraespecífica vamos a reconocer la competición —ya sea por alimento, espacio vital, sexo o estatus social— y también la defensa —territorial, grupal, competencia posesiva... Reconoceremos, dentro de la *agresión*

intraespecífica por el status social, la existencia de una *agresión ritualizada* sumamente interesante, que no está destinada a dañar a otros y sí canaliza positivamente, y sin daños innecesarios, la *agresividad latente* de los individuos.

En la agresión interespecífica incluiré también la autodefensa —antipredatoria, por ejemplo— así como la competición por alimento o espacio vital (los lobos pueden tener encuentros agonísticos con otros predadores, como el oso, por el alimento —caso común en Canadá— o intentar la eliminación de competidores, como el coyote, por el espacio vital).

Además, reconoceré que hay tipos de agresión especiales, como la *agresión maternal o parental*, que es una reacción de defensa instintiva de bajo umbral de excitabilidad —es decir, que se pone en marcha ya ante situaciones de baja estimulación— y que se puede dar intra o interespecíficamente —los padres que defienden a sus cachorros, tanto de otros congéneres como de individuos de otras especies—; la *agresión por frustración e irritativa*, que se produce debido al efecto de agentes externos diversos sobre los mecanismos internos —la derivada de estados de dolor físico, privación o imposibilidad de desahogo instintivo, fatiga, hambre, falta de sueño, etc.—; la *agresión defensiva crítica o aprensiva*, que no es sino una reacción autodefensiva derivada del miedo y ante la imposibilidad de huida, como respuesta a una posible amenaza a la integridad física y/o supervivencia, y, a menudo, como reacción inadaptativa —perros *miedosos*, que sienten peligros en situaciones cotidianas—; la *agresión aprendida o instrumental*, que es en realidad un componente aprendido de la agresividad, que surge como respuesta tras previos éxitos en otras ocasiones o como resultado de acontecimientos traumáticos anteriores —el caso, por ejemplo, de perros cuya agresión inadaptada se debió inicialmente a un trauma en algún periodo crítico y que, por condicionamiento positivo, se ha convertido en una respuesta de agresión que oculta totalmente la reacción inicial primaria derivada del miedo— e, incluso, por aprendizaje social, siempre que exista un componente innato con el que construir ese aprendizaje —por ejemplo, aquellos perros genéticamente *agresivos*, y que aprenden de sus madres a reaccionar con agresión en situaciones totalmente fuera de contexto, solamente porque los resultados de estas agresiones fueron positivos para desfogar sus necesidades endógenas—; la *agresión disciplinar* de los progenitores para encauzar los hábitos de los hijos, también de los lobos que quedan como *niñeros*, a cargo de los cachorros de la pareja reproductora, cuando esta sale de caza, o de los líderes para promover el orden en el seno del grupo en un momento determinado; la *agresión pura patológica*, derivada de un síndrome o enfermedad psíquicos, la *agresión posesiva* y la *agresión territorial*.

CUADRO RESUMEN

COMPORTAMIENTO AGRESIVO:

INTRAESPECÍFICA

- competición (alimento, espacio vital, status social, sexo)
- defensa (territorial, grupal, posesiva)

INTERESPECÍFICA

- autodefensa (antipredatoria)
- competición por alimento o espacio.

TIPOS ESPECIALES DE AGRESIÓN

- MATERNAL O PARENTAL
- IRRITATIVA O POR FRUSTRACIÓN
- APRENSIVA O DEFENSIVA CRÍTICA
- INSTRUMENTAL O APRENDIDA
- DISCIPLINAR
- PURA (PATOLÓGICA)
- POSESIVA
- TERRITORIAL

Al igual que el padre de la etología, el genial Konrad Lorenz al que no me canso de referirme en este libro, me inclino a excluir la depredación en sí misma del contexto del comportamiento agresivo, por cuanto los procesos fisiológicos y los psicofísicos derivados son diferentes en uno y otro comportamiento.

Y, por último, consideraré el comportamiento agresivo como un *componente de la conducta*, una *función motivacional*, que va a influir en el desarrollo de otros comportamientos e impulsos innatos, pero no como un *impulso instintivo* en sí, por más que dependa de mecanismos neuroendocrinos particulares y aunque, en esto, quizás discrepe con los pensamientos de Lorenz.

Intentaré explicarme con más claridad valiéndome, como siempre, de un sencillo ejemplo: un perro que se defiende con fuerte agresividad ante la carga de otro perro o de una persona, estará respondiendo, efectivamente, con un fuerte comportamiento agresivo, pero dentro de una *respuesta de autodefensa*. Es decir, no sería del todo correcto, utilizando bien los términos, definir dicho comportamiento exclusivamente como comportamiento agresivo, sin más; y mucho menos como *instinto agresivo*. Habría que definirlo como *comportamiento de autodefensa cargado de fuerte agresividad*. La agresividad es, por tanto, un componente de la conducta, que será

canalizado necesariamente a través de otros comportamientos de índole muy diversa. Por esto, a veces me atrevo a llamarlo *impulso agresivo*, aunque no lo considere un instinto por sí mismo.

6.3. DIFERENCIAS INDIVIDUALES EN EL COMPONENTE AGRESIVO

Hay, por supuesto, individuos con una tendencia o predisposición más alta al comportamiento agonístico, es decir, son más agresivos o muestran mayor tendencia a la agresividad. De nuevo es la herencia filogenética, la evolución, unida siempre a las condiciones del medio, lo que ha ido favoreciendo el desarrollo del índice de agresividad ayudando a la supervivencia de la especie. El umbral de disparo de los sistemas neurales agonísticos (agresivos) puede ser más alto o más bajo; esto hace que una pequeña señal pueda ser interpretada como amenaza crítica en los individuos con umbral inferior. Existe, además, una correlación positiva entre el nivel de determinadas hormonas y dicho índice de agresividad. La testosterona, por ejemplo, incita a los individuos a luchar entre ellos con mayor agresividad, lo que favorece el éxito en los combates y el acceso a mejores condiciones reproductivas. El perfil neurohormonal de base de cada individuo, le va a marcar como más dócil o más combativo. Por tanto, las tendencias agonísticas, o agresivas, dependen de un entramado de dispositivos neuroendocrinos muy complejo. Todo esto, a su vez, debe depender de muchos genes prescriptores que se interrelacionan, pero en este oscuro laberinto se pierde aún la ciencia, y no seré yo quien intente escarbar en busca de más explicaciones.

6.4. AGRESIÓN INTRAESPECÍFICA POR STATUS SOCIAL

En determinadas especies, a menudo, el despliegue de conductas agonísticas sirve para la consecución de oportunidades de acercamiento sexual. Y estoy hablando ahora, por ejemplo, del ser humano. En las especies en las que han evolucionado este tipo de jerarquías de dominancia, ser dominante y equilibradamente agresivo es biológicamente importante y evolutivamente positivo. Alcanzar un estatus social más alto, lo cual se logra gracias a un más alto componente de dominancia social y agresividad, significa una mejora en las posibilidades de tener al alcance todos los recursos disponibles. En los lobos, prácticamente no existen los encuentros agresivos, pues, los jóvenes, como ya expliqué, abandonan el grupo familiar cuando llega el momento de ser capaces de convertirse en reproductores de su propia familia. En los lobos cautivos, muchos de los encuentros agresivos del mismo grupo familiar, por imposibilidad de abandonarlo, se deben a una disputa por el estatus; el intento de

acceder a un rango superior o de mantener el propio. A mayor rango alcanzado, menor es la necesidad de combatir constantemente por mantenerlo, y mayores son los beneficios traducidos en recursos, como he dicho. Gracias a un tremendo despliegue de señales rituales, se mantiene el rango sin necesidad, no obstante, de más escaramuzas de las necesarias.

El componente agresivo que las especies del género *Canis* muestran durante la conducta social, está, pues, perfectamente ritualizado. Es el tipo de agresión ritualizada por estatus que reconozco dentro de la agresión intraespecífica, es decir, dirigida exclusivamente a individuos de su propia especie. Lorenz apuntó, muy acertadamente, que la ritualización de la conducta jerárquica evolucionó para evitar heridas graves o pérdidas de individuos en el seno de los grupos sociales; y esto es claramente evidente en los lobos. Las heridas graves y las muertes dentro del grupo, no sólo son excepcionales o accidentales, sino, con frecuencia, aberraciones derivadas de las condiciones antinaturales o por la selección artificial en el caso de perros. Incluso con animales extraños al grupo familiar, en los individuos perfectamente equilibrados, la agresión social queda ritualizada. L. D. Mech comprobó, en la Isla Royal, cómo una gran manada expulsaba a un grupo de tres lobos extraños, incluso hiriéndoles; pero fue sorprendente el observar que, cuando los lobos forasteros se sometían, el gesto de sumisión era respetado noblemente. Aquí remito al lector al capítulo dedicado a la conducta social, donde entré en el tema con más detalle.

Lorenz explicaba de forma maravillosa cómo, en los carnívoros sociales fuertemente armados, como el lobo, han evolucionado mecanismos de inhibición de la agresividad muy desarrollados. En el caso del ser humano, en cambio, como siempre fue un animal escasamente armado, no hubo presión selectiva para crear esas fuertes y casi sagradas inhibiciones a la hora de dañar a sus congéneres, que sí se desarrollaron en el lobo. La invención de las armas abrió al ser humano nuevas posibilidades de herir y trastornó el equilibrio natural entre unas débiles inhibiciones y la nueva capacidad para herir y matar a sus congéneres. Lorenz contaba que el hombre se halló, desde entonces, como en la situación hipotética de que, por un cruel juego de la Naturaleza, naciese una paloma con pico de cuervo... armada pero sin inhibiciones para dañar. Y menciono esto para dar cuenta, una vez más, de cuán sagradas son en los lobos las normas de respeto a la sumisión de los otros (vuélvase a leer, por favor, el pequeño apartado que titulé *la bestia senza pace*). Así que Lorenz añadió algo sumamente interesante: que debemos deplorar, los seres humanos, sobre todo, el que no hayamos evolucionado realmente como mamíferos carnívoros, al igual que los lobos, por la razón de que no tenemos los mecanismos filogenéticos que nos impidan, como a los lobos, matar a nuestros congéneres.

Existe todo un complejo sistema de pautas de comunicación que tienen la

finalidad de contrarrestar la agresividad en el seno del grupo. El individuo dominante no se verá en la necesidad de infringir daños físicos. El sistema innato de pautas de inhibición de la agresividad, puesto en marcha en los individuos subordinados, necesita de un periodo de aprendizaje temprano o madurativo, que se sitúa en la etapa crítica que los adiestradores denominamos *socialización*. Durante esta etapa, cuando el cachorro juega con sus hermanos, las actividades lúdicas de lucha entre ellos servirán para ir poniendo en funcionamiento esas conductas instintivas, que se accionarán de forma espontánea, e ir las desarrollando adecuadamente. Así madura el comportamiento social y todas las pautas rituales. Acuérdense los propietarios de cachorros de la importancia de este periodo.

En los lobos, la ritualización jerárquica es perfecta; la agresividad dentro del grupo está perfectamente canalizada y controlada. Se puede hablar, perfectamente, de inhibiciones cuasi «morales». El perro parte, en principio, de este equilibrio natural de base en su conducta jerárquica pero, debido a la selección humana, en muchos casos, se han adulterado estas conductas que la Naturaleza talló cuidadosamente.

6.5. AGRESIÓN POR AUTODEFENSA Y AGRESIÓN CRÍTICA; MIEDO COMPENSADO, GENÉTICO Y APRENDIDO

Quizás sea la agresividad que se desarrolla en el impulso instintivo de autodefensa la más notable y asimismo la más ajustada a la definición más común de *agresión*. El impulso instintivo de defensa se desencadena automáticamente ante una amenaza a la integridad física del individuo. Es un instinto, por tanto, dependiente de excitación exógena. Un tipo de agresión típicamente reactiva.

Los adiestradores, cuando queremos estudiar el nivel instintivo de defensa de un perro determinado o pretendemos realizar algún trabajo hacia la canalización, maduración o potenciación de este impulso instintivo utilizamos un *estímulo clave* amenazante que ponga en marcha automáticamente el mecanismo instintivo de defensa. Éste *estímulo clave* o *supernormal* consiste normalmente en una mirada fija a los ojos del animal acompañada de un acercamiento lento y progresivo con una mano adelantada hacia él, amenazante. Pero no solamente se desencadena el mecanismo de defensa ante una amenaza tan *ideal*, puesto que por aprendizaje puede haber otras circunstancias que estimulen la respuesta defensiva. Además, el umbral de excitabilidad de unos perros y otros puede ser muy diferente, lo que le vendrá impuesto de forma genética. Así, hay perros que no necesitan más que una leve amenaza para disparar su mecanismo de defensa cargado de fuerte agresividad, y otros que, en cambio, necesitan una amenaza mucho mayor y más clara para responder con la misma respuesta.

Aunque, generalizando, se puede hablar de razas con un umbral de excitabilidad

más bajo que otras, a menudo la seguridad o inseguridad individual son la clave; es fácil comprender que un perro seguro de sí mismo tenga un umbral de excitabilidad más alto que el inseguro, más susceptible de entrar en actitud defensiva ante un estímulo leve.

Los perros excitables necesitan un grado de control mucho mayor por parte del propietario. He conocido perros que habían podido ser perfectamente manejables por una persona firme y autoritaria pero que en manos de unos dueños demasiado permisivos resultaban ser sumamente peligrosos, capaces de reaccionar con agresión ante cualquier gesto de un extraño en el momento más inesperado, lo cual resulta inaceptable.

El mismo estímulo de amenaza es susceptible de poner en marcha otro mecanismo instintivo: el de la huida. Por ello, dependiendo de la mayor o menor influencia de un componente instintivo u otro, el animal huirá o se defenderá agresivamente ante la amenaza. Los perros inseguros, es decir, miedosos, interpretan fácilmente una simple mirada a los ojos, fija y directa, por parte de un extraño, como una presunta amenaza a su integridad física. Si el animal tiende a reaccionar de forma agresiva por tener un alto impulso de autodefensa, solamente esa mirada será suficiente para poner en marcha los mecanismos de agresión.

Los adiestradores, habitualmente, denominamos *timidez* al *miedo* en el perro. Y solemos hablar de *timidez compensada* y de *timidez inhibitoria*. La consecuencia de la *timidez compensada* es la *agresión aprensiva* o *agresión crítica*. Es decir, el animal compensa su miedo con agresión. En realidad no es sino una huida hacia delante. Si tiene posibilidad de huida, preferirá ésta al enfrentamiento; en caso contrario, se verá obligado a defenderse. Al contrario, los individuos con *timidez inhibitoria*, en caso de verse acorralados, se inhiben, tiritan e incluso pueden orinarse de miedo.

El miedo es una de las causas típicas de agresión, especialmente con la reacción de huida impedida dentro de un contexto emocional muy fuerte. El perro amenazado y sin escapatoria será víctima de un descontrol nervioso acompañado de cambios fisiológicos que le llevará eventualmente a la agresión sin previa intimidación y sin protocolos rituales de ningún tipo; una agresión totalmente descontrolada. Si pudiéramos realizar un registro de su activación nerviosa periférica en ese momento, descubriríamos alteraciones importantes en el ritmo cardiaco y tensión arterial, niveles plasmáticos de adrenalina, secreción urinaria, dilatación pupilar, etc.

En un vídeo pude ver cómo un bombero que intentaba rescatar a un perro desde una embarcación tras haber caído el animal a las gélidas aguas de una fuerte corriente, era mordido en el rostro por una *reacción crítica* del pobre can. Cuando el hombre se hubo acercado lo suficiente, el aterrorizado perro utilizó las pocas fuerzas que le quedaban para impulsarse hacia el rescatador y asestarle un tarascazo en la cara, dejándole malherido. La historia terminó bien para ambos, pero la causa del

accidente es lo que en definitiva nos interesa conocer aquí: el perro, aterido por el temor en una situación descontrolada, se encontró con un extraño. Como ya de por sí era un perro *tímido compensado* o, si se prefiere, *miedoso agresivo*, percibió el acercamiento de su salvador como una amenaza más a su supervivencia inmediata; no pudiendo huir de ninguna manera y encontrándose en una situación desesperada, fue presa de esa desagradable reacción compensatoria, inesperada para el bombero, y que en ningún momento debe ser interpretada antropofizadamente como una *falta de agradecimiento*.

Como decía, hay canes que no reaccionan con agresión ante situaciones de pánico. El *miedo compensado* con agresión es debido a factores genéticos, y esto es otra cosa más a tener en cuenta cuando elegimos nuestro futuro perro de compañía. Desde una temprana infancia podremos, tras testar al cachorro, desenmascarar algunas características de su temperamento, y una de las más importantes es su seguridad en sí mismo, pues un cachorro tímido o miedoso desde la más tierna infancia puede que presente problemas agravados con el tiempo. Si el cachorro de temprana edad muestra ya un indicio leve de agresión por miedo, la convivencia con él será absolutamente desaconsejable.

Diferente a esa agresión de componentes genéticos y a menudo reforzados por aprendizaje es la respuesta agresiva por *miedo aprendido* o *agresión instrumental*, que se da en el perro que reacciona con agresividad debido a experiencias traumáticas. Un perro maltratado puede protagonizar agresiones como respuesta al miedo traumático. El éxito de sus agresiones autodefensivas le llevará a instaurar una conducta agresiva por condicionamiento. En algunos casos, se habrán convertido en neuróticos e imprevisibles, desequilibrados psicológicamente por sus maltratadores. Es lo que a veces conocemos como *hiperagresividad secundaria*. El caso más curioso y reciente que se me ha presentado en consulta ha sido el de un perro que tenía una reacción agresiva fuerte hacia la televisión. Simplemente, el animal tuvo una primera reacción agresivo-defensiva leve hacia el aparato en algún momento indeterminado debido posiblemente a un susto y posteriormente, al sentirse aliviado con su reacción, volvió a repetirse la situación; de esta forma se fue construyendo un condicionamiento negativo a la situación y su inseguridad fue aumentando hacia la televisión. Sus dueños cometieron el grave error de intentar reprender al perro agrediéndole con un periódico, por lo que aumentaron su estado de excitación por un lado y le condicionaron más negativamente a la situación por otro; como el castigo que ellos pretendían infligir era totalmente absurdo, llegó el momento en el que el perro, al ver la televisión encendida, agredía a la misma con riesgo de morder a la familia incluso. Para mayor refuerzo de su actitud, ellos optaron por apagar el aparato en cuanto se presentaba la crisis agresiva. Esto es un caso típico, a la par que absurdo, de *hiperagresividad secundaria* y *agresión aprendida*.

La falta de confianza del perro hacia su amigo humano por la inestabilidad del comportamiento de éste último es habitual entre los problemas de convivencia que he de resolver o tratar muy a menudo. Gran cantidad de propietarios siguen sirviéndose de la agresión física (de la *torta* tradicional) para corregir las conductas de sus canes. Además de que el golpeo es algo del todo incomprensible para la psique del animal, como el lector ya sabe, a menudo es dada fuera de todo contexto. Muchas veces esto consigue ir empeorando la relación entre el perro y el dueño y a menudo el pobre animal se ve en la necesidad de defenderse de los maltratos como buenamente puede. Así suceden muchas agresiones que se dan en los hogares.

6.6. AGRESIVIDAD EN LA CAZA. ATAQUES POR PREDACIÓN

Decía, al comienzo de este largo apartado que estoy dedicando al comportamiento agresivo, que hay autores que no consideran la depredación encuadrada dentro de él. Personalmente, estoy entre quienes excluyen la depredación en sí misma del contexto del comportamiento agresivo, y ahora profundizaré en ello. Por otra parte, resulta que, la mayor parte de los ataques fatales a humanos protagonizados por perros, han sido debidos al comportamiento predatorio. ¿Qué relación tiene entonces la predación con la agresión?

El Dr. Félix Rodríguez de la Fuente, que con tanta pasión observó y divulgó el comportamiento animal y, muy especialmente, todo lo referente a la depredación, nos hablaba *del juego de la caza*, comparando, muy acertadamente, el comportamiento cazador o predatorio con un juego. El cachorro, de hecho, aprende a cazar durante las actividades lúdicas con sus hermanos y con las primeras presas que aportan sus progenitores. De esta forma, madura su conducta instintiva de caza. Así que la caza no es, en principio, más que el desarrollo de un juego de persecución que va encadenando el desenlace de un impulso instintivo con el mecanismo que dispara el resorte de otro impulso instintivo relacionado. Con la huida de la presa se dispara el impulso de persecución cazadora, y, el mismo comporta miento de persecución, va a poner en funcionamiento un complejo mecanismo psicofisiológico que llevará, automáticamente, a la puesta en marcha del impulso de sujeción de la presunta víctima y demás acciones finales de la predación, de las cuales ya hablé.

El cachorro aprende a cazar, como digo, jugando. Persiguiendo insectos, hojas en movimiento, a sus hermanos, a su madre... Y, una vez el instinto ha madurado un poco más, a las pequeñas presas aportadas por sus progenitores expresamente para este fin. Y, dado este origen lúdico de la predación, en el animal que caza no veremos nunca un gesto facial que denote agresividad, como la frunción de belfos y expresión amenazadora. No podemos decir, por tanto, que su ataque a una presa denote un comportamiento agresivo. No existe amenaza a la víctima, ni se producen los

cambios fisiológicos que suceden durante un comportamiento cargado de agresividad, si bien es verdad que, en caso de que la presunta presa se resista o sea ciertamente peligrosa, puede entrar en juego cierto componente agresivo que ayuda a que el predador reaccione con mayor eficacia. Es eso que los adiestradores reconocemos como *combatividad* en los perros de protección. Pero, aún así, el comportamiento predatorio *por sí mismo* no debe ser considerado como comportamiento agresivo.

Cuando un lobo joven encuentra una presa bien armada y poderosa, comienza, literalmente, a *jugar* con ella, no permitiéndole la huida, hasta la llegada del resto del grupo. Una vez están todos juntos, no existirán ni gruñidos ni ningún tipo de gasto de energía innecesario. Los gruñidos de un lobo o un perro que sujeta a una presa — como el perro que gruñe mientras tira del extremo de un trapo que nosotros sujetamos — son, ciertamente, una forma de desahogar un componente agresivo a través del impulso de presa como válvula de escape; es esa combatividad que les permite un mayor éxito en la lucha por la vida.

A menudo suelo comparar este juego de la caza, y el posible componente agresivo que a veces entra en funcionamiento, con la actividad deportiva de competición en los seres humanos. No puedo por menos de imaginar, cuando veo humanos jugando al fútbol, que no están sino desahogando un impulso latente de persecución de objetos en movimiento que los humanos tenemos como depredadores con una alta convergencia etológico-evolutiva con el lobo. Y en esta persecución del estímulo clave, en este caso la pelota, en los humanos entra en funcionamiento también cierto nivel de agresividad, que todos reconocemos y que no está relacionada siquiera con el impulso instintivo, pero que permite un mayor rendimiento, haciendo de motor y motivación, especialmente en la competición con los demás, que es, en realidad, donde se encuentra la raíz evolutiva del componente agresivo. Eso es, precisamente, lo que sucede con los cánidos que persiguen a una presunta presa. Corren sin miedo, sin signo de agresión ninguno, relajados en su expresión facial, con la sola tensión que el mecanismo fisiológico de la caza les produce.

No obstante, este peligroso juego de la caza es protagonista de la mayoría de los ataques más graves protagonizados por perros y dirigidos contra personas, especialmente a niños, a causa de un impulso de caza exacerbado o indebidamente canalizado. Estos son los factores que se combinan desembocando habitualmente en un ataque fatal por caza:

1. Un perro con un impulso de caza genéticamente exacerbado.
2. El dueño carece de control sobre su perro (tanto control jerárquico como vigilancia del animal).
3. El perro no ha sido debidamente socializado con niños (o personas en general), por lo que no ha desarrollado sustratos para establecer vínculos de acercamiento

afectivo y no son capaces, por tanto, de refrenar sus impulsos.

4. El perro no ha sido habituado a ciertas situaciones (bicicletas, motos, pelotas, etc).
5. En la situación crítica, el perro se ve apoyado por otro perro en las mismas condiciones de peligrosidad.

Estos factores pueden actuar juntos o separados, si bien, para que el ataque fatal suceda, necesariamente, existirán los dos primeros puntos: ese impulso exacerbado de caza y presa y, por supuesto, el dueño no tendrá ningún control sobre el animal. Estos son los dos factores más importantes de riesgo que, unidos a cualquiera otro, producen el accidente.

Los jóvenes perros que persiguen hipnotizados el correteo de un perro pequeño, aquellos que persiguen motos, coches o bicicletas, o los que son capaces de agarrar por el pantalón a un niño que corre o patina y presentan dificultad para soltar su presa... deberían acudir urgentemente a un buen adiestrador para canalizar y refrenar sus impulsos, y sus dueños a aprender a controlarles perfectamente. Si, además, estos perros no han crecido con niños y no tienen una relación cercana con ellos, y si, por añadidura, son dos perros muy unidos por un estrecho vínculo social, el accidente puede suceder en cualquier momento.

Los numerosos ataques que se han dado, la mayoría protagonizados por perros de determinadas razas de presa, no han sido debidos a una agresividad desmedida. Habitualmente, estos perros pueden ser *amables* con las personas. Pero ha sido el impulso instintivo de caza desadaptado, el causante de la tragedia. La exacerbación del impulso de caza depende de una situación antinatural, provocada por el hombre por selección genética, y es síntoma de *desequilibrio instintivo*. Es necesario, por tanto, canalizar los impulsos instintivos de estos individuos adecuadamente hacia determinados *estímulos de caza*, desahogarlos al punto de sus necesidades endógenas, socializarlos debidamente para que los humanos no se conviertan nunca en estímulo clave para la predación, y tenerlos siempre controlados con vigilancia y educación.

Los grupos de perros asilvestrados, que viven siempre cerca del hombre y a expensas de este, protagonizan igualmente muchos de los ataques fatales a personas. El factor grupal es muy importante en estos casos, pues hace que se sientan más seguros a la hora de lanzarse a la persecución de un niño que corre o un ciclista, por ejemplo —a menudo alguien en movimiento en *huida* aparente— y, entre unos y otros, se apoyan mutuamente. La huida de la presa, como sabemos, es lo que despierta el impulso inmediato de persecución, que lleva directamente al apresamiento, por lo que convendría, también, que aquellos que circulan en bici o corriendo y son de pronto perseguidos por un perro descontrolado, lo tuvieran en cuenta y no arriesguen innecesariamente su integridad e interrumpen, de inmediato, su aparente *huida*, cuidándose de no dar la espalda al animal. Ya tendrán tiempo

después, una vez salvada la situación, de exponer sus lógicas quejas hacia la irresponsabilidad manifiesta del propietario del can.

6.7. AGRESIÓN POR EL ESPACIO VITAL. LA AGRESIVIDAD EN EL COMPORTAMIENTO TERRITORIAL

Toda la vida del clan familiar del lobo gira en torno a un espacio vital delimitado. Los exhaustivos estudios realizados por Ramón Grande del Brío durante décadas, nos muestran, de manera sorprendente, la extrema complejidad de las unidades territoriales del lobo en estado salvaje. En la complejísima sociedad lupina, el componente territorial es muy importante, lejos del mero hecho de la ocupación espacial. Grande del Brío habla de la existencia de diferentes unidades territoriales dentro del espacio vital del lobo, y de que la ocupación de las mismas se realiza de acuerdo a la posición jerárquica de los diferentes individuos del clan. Los adultos dominantes ocupan unidades espaciales más reducidas pero dominan en el conjunto de las unidades territoriales, mientras que los más jóvenes ocupan áreas más extensas sin establecer, no obstante, marcas territoriales. Afirma, por lo tanto, que la categoría jerárquica de un lobo está inversamente relacionada a la extensión de su área de ocupación.

Todas las unidades territoriales son defendidas contra los intrusos, pero no con la misma intensidad. Según el mismo investigador, la defensa más enconada tendría lugar en el área íntimamente ocupada por los individuos dominantes, mientras que se relaja en las zonas periféricas, defendidas por los individuos subadultos. Las zonas que circundan la madriguera, se defienden con más energía, aunque esto depende de la edad, sexo, la época y del número de lobos. Los machos defienden el territorio con más ahínco, y las hembras defienden más agresivamente las zonas íntimas que circundan el hogar. Claro que hay movimientos constantes, los límites territoriales no son exactos y se modifican.

El territorio es delimitado con mareajes olfativos —excrementos y orina— sobre puntos visibles, acompañados de arañazos en el suelo. En la cola y las almohadillas plantares, poseen unas glándulas secretoras para este menester, que cumplen su función, principalmente, en la época reproductora. Los arañazos en el suelo tras el mareaje, se deben a esta función territorial. Los ejemplares dominantes —todos lo hemos visto en los perros— tienden a arañar mucho más que los demás tras el mareaje, así como a marcar con mucha frecuencia por todas partes. A veces, el mareaje excesivo de algunos perros en las casas se debe, en primera instancia, a que están asumiendo el papel de dominante en la familia. Cuando vemos un perro que, tras marcar en algún lugar, araña el suelo con ímpetu —a veces, incluso gruñendo— hemos de sospechar que es un individuo dominante.

La importancia de la territorialidad, se debe a que es en las áreas vitales donde los lobos van a desarrollar su vida íntima. Estas áreas van a constituirse como los lugares de referencia, de seguridad, donde el grupo podrá organizarse y reorganizarse socialmente, y donde podrá proyectarse biológicamente en todos los sentidos. Así que, estas áreas, son defendidas de conespecíficos y otros competidores con variable intensidad.

En los perros vemos muy de cerca el impulso instintivo hacia la protección del territorio. Los adiestradores reconocemos una conducta instintiva de defensa territorial, aquella de la que el hombre se ha valido desde tiempos inmemoriales para la guardia y custodia de sus propiedades. El impulso territorial es, claro está, más evidente en unas razas que en otras, así como en determinados individuos. Suele aparecer tarde en la ontogenia del animal, a menudo, no antes de haber completado prácticamente su desarrollo físico y temperamental, hacia los dos años de edad. En otros individuos se evidencia mucho antes. El perro defiende el territorio ante el ser humano como si de un conespecífico se tratase, por el troquelado y esa evolución milenaria de la que hemos hablado. No así, por supuesto, el lobo, que huye del hombre y no defiende ante él, en estado salvaje, ni siquiera el propio cubil.

Los lobos intentan mantener el control de otros depredadores en sus territorios, por lo cual, las poblaciones de zorros, por ejemplo, no crecen desmesuradamente. Los pequeños predadores han de estar bien alerta al paso del lobo. Con predadores peligrosos, como el lince o el oso, la coexistencia parece ser pacífica, aunque en la Europa del Este, así como en Finlandia, se hablaba de que, con el descenso de la población de lobos, aumentaba la de osos, pues los primeros daban caza eventualmente a los oseznos. Pero, en Norteamérica conviven juntos y no se ha demostrado ningún antagonismo interespecífico. No obstante, cuando un oso se enfrenta a un grupo de lobos, siempre sale indemne, como es de esperar. Es muy interesante observar la interacción de osos y lobos cuando se trata de compartir presas capturadas, normalmente, por los cánidos; entonces, hay conatos de enfrentamientos en los que los lobos despliegan una fuerte agresividad controlada. Cuando se trata de una osa con oseznos, los cánidos prefieren huir, incluso, ante los pequeños, habida cuenta de la peligrosidad de la madre cuando se trata de defenderles ante posibles peligros.

6.8. AGRESIÓN PATOLÓGICA

Los diferentes tipos de agresión patológica son aquellos que acontecen debido a trastornos de la agresividad o a traumas de la infancia, principalmente. Evidencian un comportamiento desequilibrado, y pueden ser muy difíciles o imposibles de corregir. En estado natural, en el lobo, no existe el desequilibrio ni la patología psíquica en

ningún caso. El perro, como compañero del hombre desde su origen, es víctima de muchos de los mismos problemas que afectan a este, derivados también de su sistema antinatural de existencia. Son como esos «vicios en el funcionamiento de la agresividad humana» de los que nos hablaba Lorenz. Además, la consanguinidad que el hombre ha utilizado, refuerza los genes, entre ellos, evidentemente, aquellos que al componente agresivo pudiesen referirse.

Sociopatías, como las que sufren los animales no habituados a la convivencia con el hombre cuando son expuestos a situaciones de estrés por inadaptación, unidas a la hiperactividad y otras características del temperamento, como la hipersensibilidad o la dominancia jerárquica, por ejemplo, pueden desembocar en hiperagresividad si no son prontamente controlados. La hiperagresividad se presenta como una secuencia desorganizada de comportamiento en la que no existe apaciguamiento ni reconocimiento de normas rituales instintivas.

Las situaciones de conflicto psíquico o emocional incesantes que provocan una continua sobreexcitación nerviosa, pueden llevar al animal a la neurosis, a comportamientos estereotipados —cualquiera que visite un zoo, por ejemplo, va a encontrar algún animal inadaptado a la privación de libertad, que lo manifiesta con movimientos repetitivos sin ningún objetivo y sin cesar, sumidos en el más absoluto trastorno psíquico— a la hipertimidez y también a la agresividad desequilibrada.

Una situación de conflicto psíquico es, por ejemplo, la agresión traumática, es decir, el golpear al perro. En un perro sensible, la ansiedad que provoca esta agresión traumática ininteligible, puede alcanzar diversos grados hasta el pánico. Cuando la situación se repite de forma prolongada, puede desembocar en la neurosis del animal, traducida en comportamientos imprevisibles, mordiendo cargados de excitación nerviosa o inhibiéndose por miedo e, incluso, mostrando síntomas psicósomáticos, como caída de pelo. Se da el caso, incluso, de crisis de hiperexcitabilidad y crisis depresivas por la modificación de la actividad eléctrica del cerebro.

Hay disfunciones físicas —nerviosas, hormonales, tumores cerebrales, etc.— que pueden llevar también a incrementar las conductas agresivas. Aunque, el objetivo de este libro, está muy lejos de tratar *la psiquiatría canina*, por otro lado, mucho menos compleja que la del hombre, por su mayor sencillez neural, no está de más recordar de nuevo que, en el perro, y nunca en el lobo, existen psicopatías relacionadas con los miles de años de selección y convivencia con el ser humano, que intenta dirigir su propia evolución por derroteros insospechados y oscuros en una absurda huida de las líneas marcadas por la Naturaleza.

No obstante, no existe en el perro, como digo, la complejidad cerebral con la que cuenta el hombre, y, a menudo, no se puede hablar de perros *locos* sino de perros *enloquecidos*. Aprovecho para desmentir rotundamente la leyenda negra que durante tanto tiempo apuntaba al *dobermann* como ejemplo del desequilibrio psíquico; nada

más lejos de la realidad, todas las diferentes historias que sobre este asunto se han relatado tienen su raíz en la más profunda y sorprendente ignorancia.

Personalmente, acostumbro a tratar siempre de forma natural y mediante la educación del perro y de su propietario todos los problemas de agresiones patológicas, dejando para los veterinarios el tratamiento a base de medicamentos cuando se hace necesario, si bien, exceptuando algún caso de hidrocefalia e, incluso, de dominancia que haya tenido que ser atajada primeramente con intervención veterinaria, he podido solventar la mayoría de los problemas con más o menos éxito y mayores o menores limitaciones, por lo que parece que son poco habituales los casos de patologías cerebrales —como pudieran ser tumores o lesiones neurales en los sistemas cerebrales que modulan la agresividad, trastornos epilépticos focales con origen en algunas regiones profundas del lóbulo temporal como las amígdalas, que regulan el miedo y la irritación agresiva, etc—. En humanos se sabe que una mutación del gen que determina, por ejemplo, el metabolismo de la serotonina, puede llevar a la conducta agresiva. Todo esto, no obstante, se sale del objeto de este trabajo.

Por mi parte, considero agresiones patológicas aquellas que se derivan también de complicaciones en la relación con el dueño por una mezcla explosiva entre comportamientos problemáticos. Los comportamientos problemáticos que más habitualmente se mezclan en estas situaciones son la dominancia jerárquica, la inseguridad compensada, la excitabilidad, la agresividad aprendida —potenciación por éxitos en aprendizaje por ensayo/error— y la falta de un desarrollo adecuado de las conductas rituales naturales. Por ejemplo, los perros que unen a un alto impulso de dominancia una fuerte inseguridad, ya sea genética, ya sea por falta de socialización temprana —aquellos perros que vivieron sus periodos críticos en pseudoaislamiento, sin salir de casa o sin personas y/o perros a su alrededor— o ya sea por traumas vividos en los periodos críticos. No voy a entrar en detalles, pues se saldría del marco del presente libro, pero el lector atento debería tomar nota de lo dicho.

6.9. PREVENIR LOS CONFLICTOS

Puesto que prevenir y corregir las consecuencias de la agresividad desmedida es responsabilidad prioritaria, voy a recordar algunos puntos importantes a modo de medidas preventivas a tener en cuenta:

- Selección genética de ejemplares equilibrados.
- Ontogénesis adecuada (impronta y socialización).
- Adaptabilidad a diversos entornos.

- Autocontrol de impulsos (con educación temprana).
- Minimización de experiencias traumáticas o negativas.
- Ejercicio físico y desfogue instintivo adecuado.
- Absoluto manejo físico y control del animal desde la infancia.
- Posición jerárquica clara.
- Evitación del castigo físico desmedido.
- Evitación del confinamiento o privación prolongada de la libertad.

6.10. EL LOBO FERROZ

«El lobo es, desde luego, muy distinto a como se le pinta».

Félix Rodríguez de la Fuente

No voy a dejar este apartado dedicado a la agresividad y la agresión sin incluir unos comentarios sobre la tan pretendida agresividad o peligrosidad del lobo para con el hombre. En realidad, tenía tantas ganas de llegar a este punto, que creo que, de alguna forma, este era mi más ansiado objetivo con este libro. Y, por supuesto, dado que Félix Rodríguez de la Fuente fue el máximo embajador de los lobos, voy a empezar relatando brevemente aquello que a él le marcó y que le llevaría a la lucha sin cuartel a favor del gran cánido. Él era un niño de campo, nacido en un pueblo pastoril; el lobo vivía en aquellos montes y todos eran aleccionados, como siempre había sido hasta entonces, con los cuentos y fábulas que muestran al lobo como el animal feroz, terrible, sanguinario, malvado y asesino de corderos inocentes y de niños, como aquel de Caperucita roja que Perrault escribió hace 400 años. Los niños eran educados, durante sus *periodos críticos*, en el odio al lobo. Félix era un niño educado férreamente en este ambiente cultural y, un buen día, metido de lleno en una batida al lobo, acompañando ya desde la infancia a los tiradores como es costumbre, lo vio aparecer, recortado en el páramo. Y cuenta: «lo que vi jamás se borrará de mi memoria: la faz del lobo era de una belleza indescriptible, la amplia bóveda de su cráneo, coronada por dos pequeñas y triangulares orejas, reflejaba una gran inteligencia; sus claros, serenos y profundos ojos, con iris del color del ámbar, miraban hacia mí con aire interrogante; sus firmes y vigorosos aplomos, su pelaje entre pardo y plateado y toda la armonía de sus formas superaban cuanto yo había visto en el mundo animal (...). Tan sigilosamente como había aparecido, la silueta del lobo se esfumó en el aguanieve del atardecer (...). Aquella tarde fría del mes de diciembre decidí que todo cuanto me habían contado del lobo era falso». Efectivamente, a partir de ahí, su percepción del lobo cambió. No se dejó influenciar por los demás; una persona inteligente y de fuerte personalidad siempre quiere tener sus propias percepciones; y así fue como él descubrió poco a poco al lobo, y vio que era, como él decía —como él decía, su *hermano*.

El perro, que lleva conviviendo con el ser humano, su creador —no olvidemos este detalle— desde hace miles y miles de años, tiene para con él, por *imprinting* o *troquelado* —proceso que, además, se ha venido repitiendo generación tras generación desde el comienzo de su relación— un comportamiento de conespecífico; es decir, como miembro de la misma especie. El perro, por tanto, es capaz de mostrar hacia el hombre la mayoría de las facetas de su comportamiento social, de la misma manera con que lo hace con otros perros. El perro asilvestrado, incluso, procura vivir a expensas del hombre y en su cercanía. El hombre, además, ha seleccionado al perro eliminando, en la medida de lo posible, la *timidez* genética natural —esa tendencia a la actitud temerosa, típica de los animales silvestres— que el lobo ha desarrollado evolutivamente en un proceso de adaptación al medio que ha compartido con el ser humano desde hace milenios. El hombre, por tanto, consiguió desprender, en principio, del perro, ese miedo atávico a todo lo desconocido, tan típico en la mayoría de las especies salvajes, mediante una rigurosa selección genética; de hecho, es esta la mayor lucha que los criadores mantienen en la selección del perro aún hoy día, pues el factor *miedo a lo desconocido* parece dominar, genéticamente, sobre la seguridad en sí mismo que requiere un perro para convivir sin problemas en la sociedad humana, y para ser medianamente útil al hombre. Domina genéticamente, pues, la *timidez*, porque es lo que la Naturaleza ha decidido imponer en la evolución, como medida de precaución necesaria seleccionada positivamente. Por tanto, es innegable que el lobo es un animal tímido, miedoso para con el hombre. Tanto, que jamás en la Naturaleza se da el caso de ataques de un lobo al ser humano —y ahora me extenderé un poco más sobre ello. Lo que los adiestradores reconocemos como *dureza* psicofísica, es patrimonio exclusivo del perro, tallado por el hombre.

El lobo porta esa timidez genética dominante que convierte a todo descendiente suyo, aun mestizado con perro, en un animal temeroso, precavidamente huidizo. Teniendo esto en cuenta, y conociendo también a estas alturas del libro, el funcionamiento del comportamiento de predación del lobo, se puede comprender fácilmente que los casos de ataques que antaño se contaban eran, pues, rotundamente falsos. Y quien quiera afirmar lo contrario, aunque se valga de la posición más influyente posible —como puede ser la de un ecólogo o biólogo, y lo digo porque he leído afirmaciones sorprendentes de afamados investigadores— es que no conoce en profundidad ni los fundamentos de la predación en los cánidos ni las otras particularidades etológicas de las que he hablado en el presente trabajo; y no se puede hablar de temas tan delicados sin un conocimiento profundo, ni generalizando teorías sobre ecología y predación en otras especies.

Muchos ataques a personas protagonizados por perros fueron injustamente achacados a los lobos. Y muchos otros, incluso ocultaban oscuros crímenes humanos, y esto era más habitual de lo que se cree; y es fácil de comprender, cuando la

prospección visual era casi la única forma de decidir la causa de la muerte de una víctima. Incluso habría, con toda seguridad, muchos infanticidios encubiertos. Otros casos se inventaron, simplemente, en pro de la cultura antilupina. Y el lobo, desde las condiciones misteriosas, por lo huidizas, de sus apariciones en busca del ganado, siempre se rodeó de un halo fantasmagórico que, culturalmente, se ocuparon de demonizar. Todo esto le llevó a la leyenda negra.

Cuántas veces nos habrán contado que los lobos rondaban a las gentes de los pueblos. Y aquellos que lo cuentan, recuerdan vagamente que, en su infancia, los lobos arañaban la puerta de la casa y los niños se acurrucaban bajo las sábanas. Tantas y tantas historias que no son sino fruto de la mezcla entre el mito y la realidad; es interesante pararse a pensar en ello, pues llega un punto en el que el origen del mito desaparece y es la misma realidad la que se mitifica, de tal forma, que la mente lo confunde todo. Yo también cuando era niño me he escondido bajo las sábanas — precisamente, por ejemplo, cuando mi perra *Siba* arañaba una puerta de madera para poder estar conmigo— y mi mente, apoyada por la imaginación de quien tenía al lado, se ha imaginado las cosas más insospechadas, que entonces me creía *a pies juntillas*; cosas que después me dio vergüenza haberlas contado y ahora me provocan risa. Pero muchos me cuentan las historias que vivieron de niños, transformadas, indudablemente, por las mentes infantiles, y vividas en la fantasía como auténticamente reales. ¡Y se las creen! Pero me indigna cuando estas cosas las relata alguien a quien su posición le facilita el ser creído por todos. Los casos que se contaban, provenientes de aquella época cultural pastoril de arraigada lucha contra el lobo, de lobos que arañaban la puerta en busca de la ancianita o de los niños, me provocarían la más sonora de las carcajadas si no fuese porque son la raíz del odio absurdo e ignorante al lobo.

Y entonces ¿qué hay de aquellos casos acontecidos en España en los años 70 del siglo pasado? ¿Todos aquellos ataques que sucedieron en Galicia? Es cierto que hubo algunos casos que despertaron el odio ancestral al lobo en tierras gallegas. Si algún lugar tenía riesgo era Galicia, pues se vivía ya en un ambiente sumamente humanizado, con la gente viviendo dispersa por el campo, con ganado desperdigado y con los bebés a menudo durmiendo en cestos en los lugares más inverosímiles. Los lobos no tenían lugar para desenvolverse con naturalidad durante el ejercicio de la caza ni, realmente, en ningún aspecto de su vida. Sus referencias espacio-territoriales estaban totalmente adulteradas. Además, supuestamente, deberían estar más habituados a la presencia humana y al olor humano que tanto miedo despierta en los lobos de ambientes más salvajes, e, incluso, vivían como perros asilvestrados, pues se veían obligados a alimentarse a costa de basuras o carroña de animales domésticos. A pesar de lo especial de estas situaciones, en los casos que hubo de ataques nunca jamás se pudo demostrar fehacientemente que el autor de los mismos fuese un lobo.

De hecho, Galicia era una región llena de perros asilvestrados, y una región donde, dadas las circunstancias antinaturales del medio, los lobos se mestizaban bastante a menudo con perros. Y muchos supuestos lobos abatidos en las cacerías eran mestizos. He podido comprobarlo a simple vista en algunas fotos de entonces.

¿Y si tienen hambre? Es la eterna pregunta de aquel que desconoce totalmente los mecanismos de la predación; por eso, espero que al que haya llegado hasta aquí en este libro no se le ocurra preguntarme semejante cuestión, o sentiré haber sido poco didáctico o muy aburrido en mis explicaciones. Si hemos leído con atención, y no solamente por encima, todo lo que he dedicado al instinto y, especialmente, a la conducta de caza, habremos comprendido que el lobo no es solamente un animal que come, sino que es un animal que caza. Y quiero con esto decir, nuevamente, que el acto de cazar no se da sino en presencia del estímulo adecuado. De otro modo es imposible la puesta en funcionamiento de la pauta de acción fija. ¡No funciona el mecanismo desencadenante innato! Ya dije que el instinto de caza es independiente del hambre. Y, más aún, con la evolución que el lobo ha vivido junto al hombre. Éste ya es un enemigo sin previo troquelado. La conducta es función del genotipo y reflejo de la evolución filogenética. Los estímulos capaces de desencadenar una respuesta, en este caso de caza, son limitados por factores tanto filogenéticos como ontogénicos. El espectro estimular al que el animal puede responder, está recogido en el acervo genético. Son las que, en la etología clásica, se denominaban *causas lejanas del comportamiento* y están ahí. El impulso de caza responde a un determinado espectro de estímulos de caza y nada más.

El lobo salvaje, en condiciones naturales, no se acercará al hombre jamás, como bien sabemos los naturalistas de campo y las gentes que con ellos han convivido y conviven. ¡Ni aun en el caso, fíjense bien, de que le sean capturados los cachorros! Y podrá uno dormir al raso noche tras noche, caminar sobre sus huellas en la nieve, dormir, si cabe —como ha hecho quien esto les cuenta— junto a una oveja desvalida en medio del más solitario lugar de montaña poblado por la mayor densidad de lobos, que, si al prodigioso olfato del lobo llega una sola molécula de olor humano, no osará acercarse lo más mínimo. Lo afirmo con la seguridad que me da toda una vida dedicada a ello. Y quizás, como yo, tenga el lector la oportunidad de observar cómo las huellas del lobo, marcadas en la nieve, giran y vuelven atrás en el momento que se encuentran con su rastro ya viejo, para desaparecer lo más lejos posible. O quizás, como yo, tenga también la oportunidad de observar al lobo salvaje, que, a gran distancia de uno, se queda parado de pronto para olfatear el aire, pues le ha llegado a su pituitaria el temido olor a ser humano que siempre presagia la fatalidad, para darse la vuelta prudentemente y volver por el mismo lugar por el que había venido, evitando cualquier posibilidad de encuentro con el hombre.

Los lobos que viven en las más remotas regiones del Canadá, por ejemplo,

aquellos que han tenido la enorme fortuna de no conocer jamás al ser humano, cuando han llegado investigadores como David Mech, simplemente, han mostrado curiosidad guardando la distancia prudentemente. Como los más mansos, equilibrados y nobles de los perros de familia.

Es interesante observar el comportamiento de los lobos *troquelados* —o domesticados, si se prefiere, aunque no es exactamente lo mismo, ahora que todavía no hemos llegado al capítulo del *troquelado* o *imprinting*— pues evidencia una sumisión al hombre muy particular. Félix Rodríguez de la Fuente ya destacaba la absoluta sumisión de los lobos, no sólo hacia él sino hacia toda la familia. Los lobos le respetaban totalmente, sin ninguna necesidad de demostraciones de dominancia. Su agresividad por dominancia está perfectamente equilibrada y canalizada. Werner Freund, que convive estrechamente con sus lobos cautivos, viviendo de la más primitiva y sorprendente forma, es respetado por ellos totalmente, a pesar de que él mismo se introduce, literalmente arrastrándose por el suelo, en medio del grupo cuando estos comen y se disputan la comida. Britta Rothausen y Freddy W. Christiansen descubrieron que su lobo troquelado era más sumiso con ellos que sus perros, y también con todos los niños. Los lobos de Carlos Sanz —colaborador de Rodríguez de la Fuente— muestran su sumisión total incluso con sus pequeños niños. Todos, absolutamente todos los lobos, sin excepción, que yo he conocido, y no han sido pocos, en régimen de domesticidad, han sido como el más sumiso, noble y equilibrado de los perros. Y lo puedo afirmar rotundamente, como adiestrador y especialista en comportamiento canino.

He analizado también algunos vídeos y documentales de lobos troquelados para comprobar el mismo hecho. Incluso, me sorprendió una triste escena que fue grabada por una cadena de televisión, TeleMadrid, con cámaras ocultas para un fenomenal reportaje denuncia en el programa TodoMadrid: un furtivo de España había capturado una loba y también a uno de sus lobeznos. El lobezno, ya pasado el proceso de *imprinting*, evidenciaba un estado de pánico absoluto hacia sus captores, por lo que huía de ellos con total desesperación, encerrado en una cochera sin escapatoria. A pesar de su estado de estrés, en ningún momento se defendió, ni siquiera cuando fue capturado y sujetado con firmeza por aquellos hombres abominables. Y qué decir de la pobre loba; se había abandonado, sin un gesto, enroscada sobre el frío suelo, resignada totalmente. Ni un signo de agresividad mínimo siquiera, pese a haber sido capturada siendo adulta y con uno de sus cachorros. Ésa era la triste escena del animal al que se tacha de sanguinario, cruel, feroz, agresivo y terrible, torturado por aquel intachable y generoso ser humano. Una escena patética.

TERCERA PARTE

**PROCESOS PSICOLÓGICOS
EN LOS CÁNIDOS**

TEMA 7. PROCESOS CONDUCTUALES

«Sé exactamente lo que me digo y no me siento culpable, al hablar así, de un antropomorfismo sentimentaloides. Ni siquiera el más noble afecto humano procede de la razón y de una moral específicamente humana, sino de estratos mucho más profundos, ancestrales, puramente emotivos y, por lo mismo, instintivos».

Konrad Lorenz

Los procesos de aprendizaje, se puede decir, a grandes rasgos, que se contraponen a la conducta instintiva ya estudiada en este libro. El instinto y el reflejo son dos componentes innatos de la conducta, y, como tales, se ponen en funcionamiento sin necesidad de una experiencia previa. El reflejo es la respuesta innata más básica como respuesta simple del sistema nervioso. Este reflejo, innato, se conoce como *reflejo incondicionado*, por no necesitar estar condicionado o asociado a algo por experiencia; y, a partir de él, los individuos aprenden patrones de conducta nuevos, asociándolo a situaciones determinadas; condicionándose, por tanto, a dichas situaciones. Son los *procesos de condicionamiento*. Con esto, quiero subrayar que los componentes innatos de la conducta determinan, de alguna manera, la conducta aprendida, aunque habitualmente se afirme, en el ámbito de la psicología científica, que conducta innata y conducta aprendida se contraponen.

Pero entre la conducta innata —reflejos e instinto— y la conducta aprendida, existen algunas formas de conducta que podríamos denominar *ontogénicas* por cuanto suceden en los períodos tempranos del desarrollo, y en periodos breves y más o menos determinados de tiempo, y van a influir en el desarrollo psicológico del individuo. Estas formas de conducta o procesos psicológicos, interesantísimos, tienen un claro componente innato, pues surgen como tendencia espontánea, pero se desencadenan ante determinados estímulos, por lo que tienen, además, un componente relacionado con el aprendizaje. Son, por tanto, procesos que están a caballo entre lo innato y lo aprendido. Y me estoy refiriendo ahora a un proceso que he mencionado en algún capítulo previo y que es de importancia fundamental: el *troquelado*.

7.1. EL TROQUELADO O IMPRONTA. LOS PERIODOS CRÍTICOS

Uno de los más fascinantes temas de estudio en la etología es, para mí, el *troquelado*, *imprinting*, *impregnación*, *fijación*, *impronta* o *improntado*, como se le quiera llamar. Ya a finales del siglo XIX, William James describió inicial y someramente este proceso, al que llamó «inhibición por hábito». Decía que, cuando un sujeto determinado producía en un animal un tipo de reacción determinada, el animal se «aficionaba» al espécimen relacionado con ello y no reaccionaría a ningún otro de otra especie después. Por eso, hablaba de inhibición de impulsos debida al

hábito a los impulsos formados. A comienzos del siglo xx, Heinroth anuncia un descubrimiento extraordinario: los pollos de ánsar siguen al primer objeto móvil relativamente grande que ven al salir del cascarón. Y, posteriormente, lo siguen con preferencia sobre cualquier otra cosa. En la Naturaleza, este objeto es la madre. Y a esta temprana fijación de preferencias sociales la denomina *prägung* (impronta, cuño).

Konrad Lorenz, el gran etólogo, el gran discípulo de Heinroth, nos habló de este proceso en profundidad y lo llamó *imprinting* (impresión); él fue quien llevó a cabo los estudios decisivos y descubrió las particulares características del proceso. El Dr. Félix Rodríguez de la Fuente se apasionó con los estudios de Lorenz, y esto le llevó a investigar, insistentemente y con interés especial, el troquelado de cachorros de lobo. Desde mi infancia, influenciado por las no pocas experiencias en este sentido, que desarrollaba Rodríguez de la Fuente, me encontré sumergido, con una curiosidad sin límites, en el intento de comprender cada uno de los misterios de este proceso, que aún no creo que hayamos resuelto del todo. En aquel entonces, ayudaba a mi padre en la crianza de todo tipo de animales, y esto requería un sinfín de trucos de tradición campera. Así que recuerdo cómo observaba con estupefacción, por ejemplo, a la gallina enana criando pollos de perdiz como si fueran suyos, y a estos siguiendo a la gallina como si de su madre biológica se tratase, sin apenas sospechar que el destino que para ellos había sido marcado por la Naturaleza era otro. Más adelante, fui descubriendo por mí mismo algo sorprendente. Mi primo y yo habíamos formado un verdadero criadero de topillos de campo, que capturábamos con nuestra perra Lassie, compañera inseparable; y aquellos topillos que nacían en nuestro criadero y que habían tenido contacto directo con nosotros desde edad muy temprana, se convertían en animales absolutamente mansos, domésticos. Cuando no era así, se comportaban para siempre como individuos salvajes. Así fui aprendiendo mucho acerca de la importancia de los períodos críticos en el desarrollo social de los animales. Dedicué mis observaciones a este fenómeno y, más tarde, cuando hice de la etología y el adiestramiento canino mi profesión, profundicé en el estudio del *imprinting*.

La información genética recogida a lo largo de la filogenia, en cuanto a la conducta del animal, puede ser modificada o modulada por diversos factores — factores que denominamos epigenéticos— que pueden tener influencia sobre el sistema nervioso. El sistema nervioso vive unos *periodos críticos*, de extrema importancia, en los que dichos factores epigenéticos pueden influir de forma irreversible en diferentes aspectos de la conducta.

Los periodos críticos están más o menos delimitados en el tiempo, generalmente en una etapa temprana de la ontogenia. Estos periodos críticos pueden alterar el futuro comportamiento de un infante, de darse unos factores ambientales negativos o por no darse los factores necesarios, siendo estas alteraciones perdurables a lo largo

de toda la vida del animal.

Hay que relacionar los efectos del delicado periodo crítico de la impronta con su base neurobiológica. El troquelado o impronta coincide exactamente con el momento en el que se establecen las conexiones neuronales del sistema nervioso en desarrollo —sinaptogénesis—. Esto sucede, principalmente, en el periodo postnatal. La actividad externa determina entonces los cambios en el sistema nervioso, que se hace especialmente vulnerable. La estructura neural en la que se asientan ciertas conductas se caracteriza, por tanto, por un desarrollo guiado por periodos sensibles.

Konrad Lorenz señaló que este proceso de identificación se graba en momentos diferentes y tras la exposición a determinados estímulos, dependiendo del comportamiento improntado —comportamiento sexual, de seguimiento, etc.— y no se puede hablar de la impronta de un individuo en términos generales, sino de la impronta de cada comportamiento dentro de la conducta social, ya que cada faceta de la misma requiere un periodo y características particulares. Cuando, en etología canina, o cuando los adiestradores nos referimos, sin más, al imprinting o impronta, nos estamos refiriendo, habitualmente, a la *impronta filial*, que se podría definir como un fenómeno de identificación como especie que se da en animales que no se identifican con sus congéneres de forma innata, incluido el ser humano. Decía antes, que es un proceso puente entre conductas instintivas y aprendidas, pues es, realmente, una forma de aprendizaje a nivel primario o sensitivo que se produce sin recompensa y con la sola exposición del animal a la situación que va a estimular el proceso; se limita a una fase muy concreta de la ontogenia —en las aves en que existe este proceso, sólo suele durar unas horas— y, como decía, es, básicamente, irreversible. Los estímulos que desencadenan la impronta hacia un objeto determinado, dependen de la especie y del comportamiento improntado.

En los humanos, por ejemplo, no puede existir un desarrollo lingüístico normal si no se desarrolla con normalidad el *periodo sensible* de la actividad motora o perceptiva; por tanto, el lenguaje humano tiene su propio periodo crítico. En este se aprende a hablar, se aprenden los dialectos, se lateralizan los centros cerebrales para la producción de sonidos... Tras ese delicado periodo, el patrón de lenguaje *crystaliza*; todo el mundo sabe que hay una determinada edad en los niños, una edad crítica, importantísima, para la adquisición de los patrones del lenguaje. Pero esto no es exclusivo del ser humano, como casi todos creen. Exactamente lo mismo sucede, por ejemplo, con determinadas especies de aves —no con todas, pues algunas tienen un patrón de canto innato—. Éstas tienen también dialectos que deben aprender en el correspondiente periodo crítico, y su sistema neural se adaptará a ello. Exactamente igual que el lenguaje humano. ¡Cuántas lecciones de humildad necesita el primate humano! Pero esa es otra historia...

En los cánidos, el periodo de la impronta filial, etapa, por tanto, en la que se

asentarán las características fundamentales de la conducta social y en la que el cachorro crea un vínculo con su madre, que se traduce en una conducta de seguimiento, transcurre de forma natural en compañía de sus congéneres, por lo que el cachorro se identificará como miembro de la especie a la que pertenece. Una vez transcurrido este periodo, el resultado se habrá fijado de forma perenne e irreversible. Este periodo crítico, en el que el cachorro de cánido se *impregna* de la imagen de su especie —y en el que el cachorro de perro se ha de impregnar o troquelar con el ser humano— transcurre, más o menos —ya que no es posible delimitarlo con exactitud matemática— desde la tercera a la séptima semana de vida. A partir de las doce semanas, lo podemos dar por definitivamente concluido.

Si queremos que el cachorro desarrolle un comportamiento normal para el resto de su vida, en cuanto a la conducta social con respecto del hombre, deberá impregnarse de la imagen humana. Una propiedad curiosa del proceso, es que se refiere a la especie y no al individuo del que parte el estímulo improntador. Es decir, si transcurre el periodo de *imprinting* exclusivamente con un perro determinado, el cachorro se habrá identificado con su especie igualmente. Es de notar que, si esta etapa transcurre exclusivamente junto a seres humanos, sin contacto con sus congéneres, el cachorro desarrollará, sin duda, comportamientos antinaturales con los suyos y sólo interaccionará socialmente con humanos.

Algunos comportamientos sociales, como puede ser todo lo referente a la conducta sexual, tienen un periodo de maduración posterior al de la impronta filial o de identificación como especie, tal y como yo la denominé. Esta *impronta sexual* se daría, además, mucho antes de la madurez sexual propiamente dicha, cuando determinadas hormonas alteran las neuronas de algunas zonas del sistema nervioso dedicadas a estas conductas. La impronta puede tener lugar, en las diferentes especies, minutos, meses o años antes de la aparición del comportamiento. Si un cachorro —al igual que cualquier otra especie— pasa dicho periodo sin contacto con sus congéneres, la acción de sus comportamientos sexuales será dirigida posteriormente hacia individuos de la especie —o el tipo de objeto, en su caso— con la que se improntó tal conducta, y no hacia su propia especie. Lorenz contaba el caso de una grajilla que dirigía su conducta sexual hacia humanos a pesar de que se identificaba, en cuanto al resto de las conductas, con su propia especie; había pasado su etapa de impronta sexual exclusivamente con humanos. A muchos perros que, en su infancia, han vivido exclusivamente con personas, les ha sucedido lo mismo. El individuo que actúa como estímulo para la impronta no es el objetivo de la respuesta sexual, sino su especie. Es un interesante mecanismo natural de aislamiento reproductivo, para que los individuos busquen el congénere apropiado. Incluso, puede determinar el que el individuo busque a la especie con la que está improntado y, además, con un fenotipo determinado (apareamiento selectivo); Lorenz nos hablaba

de ánades silvestres que habían sido improntados con patos negros y que al ser liberados entre cientos de anátidas de diferentes especies, elegían siempre patos negros aunque jamás al individuo exacto del que partía el estímulo improntador.

En los perros que, durante el periodo de impronta filial, de la tercera a la séptima semana de vida, permanecieron sin contacto alguno con el ser humano, podemos observar comportamientos muy tímidos hacia él, como también ocurre en el lobo salvaje y cualquier otro animal silvestre. Conocí una perra *husky* que había nacido en un chalet mientras los propietarios de la madre estaban de vacaciones justo en el periodo de impronta. Todos los cachorros se tornaron «salvajes» para el resto de su vida, sin poder tener ninguna relación social con el hombre, llenos de temor hacia él. Exactamente lo mismo le sucedió a un *eurasier*. Seguro que el lector ha conocido multitud de gatos temerosos, tal que animales salvajes, por haber pasado la impronta filial ocultos en algún lugar por su madre, sin contacto con el hombre. Esto lo podemos identificar como un proceso natural de conservación. En muchos cachorros bien improntados, vamos a observar la primera aparición de miedos a situaciones desconocidas a partir de la edad en la que se da por concluida la impronta. La maduración del sistema neuroendocrino, que regula las secreciones de las glándulas adrenales, puede estar asociada con el fin de la impronta y este tipo de reacciones. Como vemos, es sumamente importante que los cachorros tengan contacto con las personas en esa etapa.

Ahora es el momento de comprender lo que explicaba cuando hablaba de los perros ganaderos: el mastín, que protege a la oveja, pasa su impronta filial con ellas. De cachorro muestra una conducta natural de seguimiento, identificado con ellas socialmente. Es por ello por lo que nunca jamás las atacará. Posteriormente, su impulso instintivo de protección grupal le llevará a defenderlas con su vida. Ése es el secreto de la misteriosa relación de amistad entre las ovejas y los mastines. Los perros careadores, los que dirigen el rebaño, no pasan la impronta viviendo con las ovejas habitualmente, sino que se pretende que mantengan hacia ellas cierto impulso de caza, que luego será refrenado debidamente, como ya expliqué.

Bateson mencionaba tres mecanismos diferentes en los periodos sensibles, y lo explicaba muy didácticamente con vagones de tren: los vagones representan la ontogenia del animal, es decir, al animal en desarrollo. Cada ventana representa, a su vez, un sistema conductual diferente; puede ser, por ejemplo, la conducta de seguimiento o la conducta sexual... Las ventanas cerradas indican que la formación de esa conducta gestante no está expuesta a influencias externas. Las ventanas abiertas indican que el sistema conductual permanece abierto a recibir información estimular externa y que, por tanto, está impregnándose.

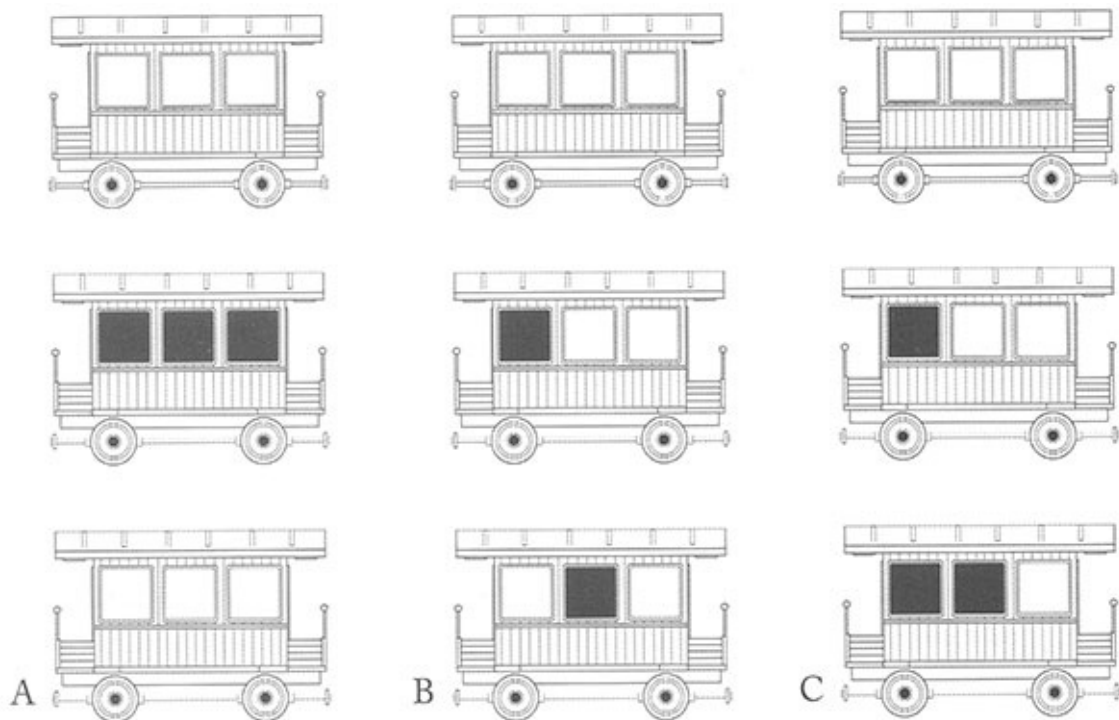


Figura 37. a/ b/ c

Por tanto, y siguiendo con la explicación los dibujos, habría un determinado momento en el que:

- a. Todas las ventanas se abren para cerrarse tras un intervalo determinado de tiempo.
- b. Las ventanas se abren en momentos diferentes.
- c. Cada ventana se abre en diferentes momentos, y ya pueden quedar abiertas hasta el final del periodo de desarrollo.

Durante toda la ontogenia o desarrollo del animal, van sucediéndose en el tiempo diferentes periodos, en los que unas u otras conductas son sensibles a los estímulos externos.

Como curiosidad interesante para comprender la irreversibilidad de la impronta, quiero aclarar que, en los humanos, sucede exactamente igual. Han sido encontrados decenas de niños adoptados por los lobos (tal como el cuento de Kipling, «*El libro de la selva*», en realidad basado en historias reales). El caso de Kamala y Amala de Midnapore, India, es muy representativo. Las dos niñas, de unos tres y seis años de edad, fueron localizadas en 1920 en una madriguera de lobos excavada en un termitero abandonado. Tras salir los adultos, las niñas aparecieron en el fondo junto a dos lobeznos, y estaban sanas. Las niñas no parecían ser hermanas, así que la loba las había adoptado en diferentes momentos. Se comportaban con tremendo temor al ser humano, tal y como los cachorros salvajes. Fueron, desgraciadamente, trasladadas e

ingresadas en un orfanato con el antropocéntrico interés de «civilizarlas»; previamente, mataron a la loba, su madre adoptiva. Caminaban a cuatro patas, lo olfateaban todo, eran nocturnas, gemían, gruñían y sólo empezaron a comer cuando les pusieron al lado de los perros; comían carne, rechazando las verduras. Parecían insensibles al frío, dormían una encima de la otra y se quitaban a mordiscos las ropas que se les ponía. Aullaban desconsoladamente toda la noche, intentando llamar a los suyos, como cualquier lobo o perro que se siente abandonado. Muchas veces ha sucedido esto; pero sólo tienen posibilidad de adaptarse a la vida humana si han vivido el periodo de *imprinting* con humanos. No era el caso de Kamala y Amala, para quienes la vida civilizada resultó fatal. Habrían vivido psicológicamente felices con los lobos, pero se empeñaron en «civilizarlas» y las apartaron de la que para ellas era su verdadera familia (otros niños, adoptados por chimpancés, han sido raptados a la fuerza de sus familias adoptivas, que han sido, además, brutalmente asesinadas para poder lograrlo; y éste es un caso especialmente tremendo por cuanto a que la gran similitud comportamental y genética de los humanos con los chimpancés convierte la relación entre ellos como algo especialmente natural y equilibrado). La pequeña de dos años, Amala, murió en unos meses. Kamala nunca se comportó como una persona y cuando veía a los perros del orfanato corría a ellos, se sometía al reconocimiento olfativo y compartía comida en el suelo, dejando desconcertado a su tutor, que no comprendía cómo los canes la reconocían de inmediato como uno de los suyos. Cuando murió Amala, Kamala pasó semanas aullando en una esquina y murió 9 años después de ser capturada. Tal como le sucedería a cualquier animal salvaje, nunca se adaptaron. El sacerdote que las encontró e intentó su adaptación se preguntó si realmente no habría sido mejor dejarlas con los lobos. Evidentemente, habría sido mucho mejor. Tal es la importancia de la impronta, que estructura el sistema neural profundamente.

7.2. PERIODOS DE MÁXIMA SUSCEPTIBILIDAD

Fuera del periodo crítico de la impronta, existe otro durante el cual los cachorros —como los niños— van a ser muy sensibles a determinados estímulos que se van a relacionar con las respuestas innatas del individuo a lo largo de toda su vida. Es el periodo que los adiestradores conocemos, comúnmente, como *socialización*. El cachorro es sensible a los estímulos y fácilmente condicionable, por lo que hay que tener sumo cuidado. En esta etapa, que se sucede desde el final de la impronta, durante los meses de la infancia, aproximadamente hasta los cinco o seis meses de edad, es muy importante que el cachorro viva múltiples experiencias sensoriales con variados estímulos. Los cachorros han de realizar salidas frecuentes y tener contacto con su familia humana. Un cachorro que, aun habiendo sido improntado con el

hombre, no ha sido convenientemente *socializado* en esta etapa, se tornará también desconfiado y tímido. Durante esos meses infantiles, los cachorros juegan con sus hermanos y después con sus dueños y, eventualmente, con otros perros. Un cachorro que nunca tuvo la oportunidad de jugar con otros perros en esa etapa, puede estar inhabilitado socialmente con sus congéneres.

Con mis perros soy muy cuidadoso en las primeras etapas. Considero muy importante que el perro mantenga dependencia e interés hacia mí, y que sea totalmente indiferente a los demás perros y moderadamente sociable con el resto de las personas. Desapruebo totalmente el perro agresivo con los demás perros, pero tampoco me gusta el excesivamente sociable. Si tenemos un perro cuyo principal centro de interés somos nosotros, tendremos la obediencia garantizada y la relación con él será muy gratificante y sencilla. No se trata de egocentrismo ni vanidad; vamos a convivir con el animal durante muchos años; y conviene recordar que los cánidos son animales de manada, jerárquicos. Dar total rienda suelta al perro se traduce, a corto plazo, en grandes dificultades en la convivencia. Un perro que puede acompañarte a todas partes y comportarse civilizadamente será un perro feliz; de lo contrario, puede convertirse en un cúmulo de problemas, lo que lleva a muchos dueños a decidir deshacerse de su compañero. Valoro el que mis perros sean indiferentes a sus congéneres, pues de esta forma evito los problemas típicos que tienen la mayoría de los propietarios: perros que agreden a otros perros o que corren hacia los demás haciendo caso omiso a la llamada de sus dueños. Esto es muy corriente, pues es habitual que los propietarios noveles permitan a sus perros jugar sin control con los demás; para los perros es muy fácil crear vínculos con sus congéneres por una lógica regla de afinidad social general; mucho más sencillo, si lo permitimos, que crear vínculos con las personas. Así que, muy pronto tendremos un perro más vinculado socialmente a sus congéneres que a nosotros. Ya tenemos el caldo de cultivo para la desobediencia y, en muchas ocasiones, otros problemas más graves que se van añadiendo a esta. Ni qué decir tiene que un perro que realiza exhibiciones de adiestramiento o que compite en adiestramiento, no puede permitirse el perder la atención en el guía y el trabajo, para dirigirla a otros perros que puedan aparecer en escena.

Por otra parte, es importante que no estén anulados socialmente con los suyos, por lo que, para mantener un equilibrio, siempre propongo que el cachorro pase una primera infancia con sus hermanos así como con personas; que sean debidamente troquelados. Y, a partir de, como muy tarde, los dos meses de edad, que pase a manos de su futuro dueño para conocer muy diferentes estímulos y no crecer en aislamiento parcial. Es conveniente que no pierda el contacto definitivamente con sus congéneres; que siga socializándose con ellos. En la primera infancia, hasta el mes y medio o dos meses, despertó con sus hermanos los impulsos jerárquicos innatos y aprendió lo

referente a los protocolos de la comunicación social, las pautas de sumisión, etc. A partir de entonces, se encontrará separado de sus hermanos y madre, así que debemos intentar que mantenga contacto con otros, cuidando de que perros más grandes o de mayor edad no provoquen pequeños incidentes que puedan traumatizar al cachorro, que podría tornarse temeroso o agresivo más adelante; tengamos en cuenta que, en condiciones estrictamente naturales, estaría protegido por su madre y el grupo familiar, que nunca permitirían que individuos externos le causasen ningún daño. Pero tampoco debemos caer en el error, como hacen muchos propietarios, de quedarse conversando tranquilamente con otros mientras sus cachorros pierden absolutamente la atención hacia sus dueños y juegan intensa y despreocupadamente con otros canes; especialmente en perros de razas no pastoras, que no tienen una tan acusada dependencia infantil hacia el dueño. En resumidas cuentas, lo ideal es que existan encuentros rutinarios, cortos y controlados, agradables, sin tensiones, con perros de confianza y equilibrados, pero procurando que el cachorro mantenga el interés por el dueño en todo momento, pues es él quien va a invitar al juego y quien se va a mostrar como referencia segura.

Un cachorro que pasa su infancia, hasta los cuatro o seis meses, confinado en una perrera o jaula, será víctima del *síndrome de restricción sensorial*, que en el argot del adiestramiento conocemos con el significativo nombre de «síndrome de perrera», que se hace especialmente irreversible si el confinamiento ha sido hasta los seis meses de edad. Un perro víctima de este síndrome es temeroso, tiene miedo incluso a salir de su confinamiento, como le sucede a muchos pobres animales enjaulados desde la infancia en parques zoológicos. Sus impulsos instintivos están reprimidos, socialmente están incapacitados y no pueden encontrarse ya con el mundo exterior. En casos extremos, encontramos rasgos autistas.

El cachorro que ha sido puesto en contacto con muchos estímulos y situaciones, se desarrollará como individuo más seguro, más sociable, más adaptable e inteligente. Es muy importante que en esta etapa infantil madure las coordinaciones instintivas hereditarias; aprender a responder correctamente, equilibradamente, a los estímulos clave para el funcionamiento correcto de sus impulsos innatos endógenos. Además, existe algo muy interesante que se denomina simplemente *aprendizaje latente*. Si el cachorro ha sido puesto en contacto con una situación dada, habrá tenido oportunidad de aprender algo general sobre dicha situación, que le facilitará mucho su posterior aprendizaje acerca de ella. Por esto, el cachorro que ha conocido diversas situaciones, tendrá una mucha mayor capacidad de aprendizaje en edades posteriores. Todos sabemos que con los niños sucede lo mismo: el niño que tuvo la oportunidad de aprender algo general de una situación concreta, cuando es adulto aprende acerca de ello, aunque aparentemente no recuerde lo aprendido en la infancia, con muchísima mayor facilidad. Esto es el aprendizaje latente. Es un proceso de «aprender a

aprender», es decir, de estimular las capacidades de aprendizaje; por tanto, esto influye en el desarrollo de la «inteligencia». El juego de aprendizaje que los cachorros desarrollan, permite acumular experiencias que van a estimular la capacidad de aprender en situaciones nuevas.

7.3. ALGO SOBRE EL APRENDIZAJE

La propiedad más importante del sistema nervioso es la capacidad de almacenar información. Para cualquier animal, el tener la capacidad de predecir los hechos es algo de utilidad vital: conocer qué animales son peligrosos, qué caminos son más seguros, qué estímulos preceden a la aparición de una presa o de un predador... Parte de este conocimiento es introducido por los genes en el desarrollo del sistema nervioso y otra parte proviene del medio a partir de la experiencia. El aprendizaje supone la adquisición de nuevas conductas o conocimiento mediante experiencia.

Darwin y Wallace nos hablaron de la selección natural. Su teoría era clara: como cada individuo de una especie es genéticamente diferente y los recursos que el medio proporciona son limitados, se establecerá una competencia en la que solo algunos se verán favorecidos genéticamente sobre los otros y podrán reproducirse. Por tanto, según esto, serán los genes, más que los individuos en sí mismos, los que contribuirán a la evolución de la especie. Sin embargo, además del proceso de adaptación filogenética que suponen la selección y las mutaciones espontáneas, los individuos poseen la facultad de adaptación individual, sobre todo en lo que se refiere a la conducta: el animal adapta su comportamiento, «aprende», por medio de la «experiencia», si bien su capacidad para este aprendizaje está condicionada por predisposiciones innatas.

Por tanto, de alguna manera, lo innato y lo aprendido están interrelacionados, puesto que para todo lo que se aprende hay una capacidad de aprendizaje innata, es decir, adquirida filogenéticamente. Las adaptaciones filogenéticas ponen en la capacidad de aprendizaje unas predisposiciones y unas limitaciones. Thorpe nos decía que existe algo así como un conocimiento previo de lo que hay que aprender. El aprendizaje tiene, podríamos decir, una preferencia innata. Y algo muy importante: las primeras experiencias —como la impronta— van a ser decisivas en el desarrollo de la capacidad de aprendizaje. La motivación juega un papel muy importante también durante el aprendizaje: a los adiestradores nos resulta mucho más sencillo, por poner un ejemplo fácil, promover el aprendizaje de ejercicios de búsqueda y recogida de objetos en un perro con altas motivaciones naturales hacia ello, como puede ser un perro de agua español, que en otro con menor motivación, como un *rottweiler*. Igualmente, si queremos que un perro aprenda a pastorear ganado, buscaremos un perro pastor y no un *schnauzer*. Si quiero participar en competiciones

de obediencia a alto nivel, preferiré un *border collie* a un bóxer.

Existen diferentes tipos de aprendizaje con diferentes teorías y leyes; Tolman nos hablaba del *aprendizaje espacial* (los mapas cognitivos); Bandura del *aprendizaje observacional*, con el que se adquieren representaciones cognitivas y que mencionaré en el apartado 8.2, coincidiendo con la narración de una pequeña e interesante anécdota... En este libro me voy a limitar, exclusivamente, a describir de forma general los mecanismos básicos de adquisición de conducta.

Aprendizajes preasociativos

Se trata de las situaciones más simples de adquisición de conducta. Este tipo de aprendizaje se produce por la exposición a un estímulo único, sin experiencia previa con dos estímulos relacionados. Son, principalmente, la *habituación* y la *sensibilización*.

En la habituación, el individuo aprende a no responder al estímulo. Esta respuesta se refiere a las que son innatas. Cuando los propietarios pronuncian el nombre de su perro incesantemente para llamarle, sin otro estímulo asociado a dicha llamada, el perro se habitúa al estímulo único de la llamada, y no habrá respuesta por su parte. Yo suelo decirles a los propietarios que han aburrido al perro; que le han «borrado» el nombre. Simplemente, se ha producido un proceso de habituación. Una propiedad de la habituación es la *recuperación espontánea*. A medida que pasa el tiempo sin escuchar la llamada a la que el perro se había habituado, la respuesta vuelve a aparecer nuevamente.

Un estímulo que provoca una conducta innata de respuesta puede ser capaz de cambiar el estado del organismo, de forma que la respuesta quede condicionada directamente a ese estímulo único sin necesidad de estar asociado a otro. Al contrario que en la habituación, que hace desaparecer la respuesta, como en el perro que se aburría de escuchar su nombre, en este caso, el estímulo aumenta la intensidad de la respuesta innata. Hablamos entonces de *sensibilización*. El perro sensible que recibe un susto por un petardo, ante el siguiente petardo tendrá una respuesta mucho mayor. Se ha *sensibilizado* al sonido del petardo. Sin haberse asociado a un estímulo negativo, le provocó una respuesta innata negativa. Cada vez que el estímulo vuelva a aparecer, la respuesta negativa será más intensa. Esto es la base de los «miedos crecientes» a, por ejemplo, los petardos o los truenos. Si al perro no le enseñamos a controlarse o no realizamos una *desensibilización sistemática*, no sólo mantendrá su respuesta de miedo sino que irá en aumento en cada ocasión por este principio. Es lo que habitualmente llamo «retroalimentación del miedo».

Aprendizajes asociativos

Si bien cada especie cuenta con formas de aprendizaje propias, y cada individuo

tiene una peculiar capacidad de aprender, existe un mecanismo básico de aprendizaje común a muchas especies basado en la asociación entre estímulos. Los procesos básicos en los que se divide el aprendizaje son el *condicionamiento clásico* y el *condicionamiento operante*. Éstos dos son comunes para todas las especies superiores, independientemente de los procesos de aprendizaje complejos específicos de cada especie. Se trata de las formas más simples que utilizan los organismos para adaptarse al medio. Por tanto, en los cánidos, como animales psíquicamente superiores que son, es evidente que no son los únicos procesos de aprendizaje con los que se relacionan con el medio, y existe cognición que interactúa en los procesos. Los cambios conductuales derivados de la asociación de estímulos, son la manifestación de procesos mentales; el animal aprende a predecir que un determinado estímulo precede a otro.

Aunque no me voy a extender en la densa explicación de los paradigmas de los condicionamientos, ni en sus complejidades y diferentes tipos, ni en cómo trabajar con ellos en el adiestramiento canino, pues no es el objetivo de este libro, voy a intentar describir muy someramente estos procesos, pues sí es importante conocer cómo surgen muchos de los condicionamientos habituales a diferentes situaciones y estímulos en nuestros perros para poder actuar en consecuencia.

El condicionamiento clásico fue descrito por Pavlov (1849-1936) con el fin de poder explicar los procesos de aprendizaje sin recurrir a constructos mentales y haciéndolo exclusivamente en términos fisiológicos. A pesar de que me declaro enemigo acérrimo de las ideas de este fisiólogo ruso, el proceso del condicionamiento clásico en sí mismo, es de conocimiento fundamental. En el aprendizaje mediante condicionamiento clásico, se produce un emparejamiento o asociación entre dos estímulos: un estímulo que en principio era neutro —en el ejemplo más clásico, el sonido de una campana— y un estímulo incondicionado —por ejemplo, la comida. La comida va a producir una respuesta incondicionada innata (salivación). Pues bien: después de producirse la asociación de los dos estímulos tras su exposición conjunta, el estímulo que antes era neutro y que no producía respuesta alguna en el animal, la campana, ahora va a producir la salivación y, por tanto, es ya un estímulo condicionado. La campana se ha asociado a la comida y produce la esperanza de recibirla. Esta respuesta se llama respuesta condicionada, porque ya se ha producido el condicionamiento o asociación de estímulos. Ya se produjo el proceso de aprendizaje. Se dice que aprendió a esperar la comida tras el sonido de la campana. Los conductistas dirán que el animal ha aprendido una respuesta al estímulo. Los cognitivistas, y yo me incluyo en esta posición, defienden que el animal ha aprendido que el estímulo condicionado (campana) predice al estímulo incondicionado (la comida); se ha formado una nueva estructura mental y se manifestará en la conducta sólo cuando sea necesario.

Si prestamos atención, encontraremos ejemplos de condicionamientos de este tipo en casi todas las situaciones que nos rodean, no sólo en nuestros perros, sino en nuestro propio comportamiento. Aunque no sea el objeto de este libro, es importantísimo para un adiestrador profundizar en este tipo de aprendizajes básicos; muchas de las conductas neuróticas que encontramos en nuestros perros domésticos, al igual que ocurre con los seres humanos, se deben a miedos aprendidos por condicionamiento clásico. Todas las fobias, por ejemplo, se deben a este tipo de aprendizaje. La forma de descondicionar dos estímulos es haciendo aparecer el estímulo condicionado (la campana, en nuestro ejemplo) sin la presentación del estímulo incondicionado (la comida). Así se solucionan muchos de los problemas que se dan en nuestros perros.

El *condicionamiento instrumental* u *operante*, tiene la particularidad de que la respuesta aparece con la finalidad de que se presente el estímulo; es un paso superior en el aprendizaje. En el condicionamiento clásico la iniciativa parte del estímulo. Aquí, en cambio, se produce una conducta voluntaria; el individuo es activo. Y la conducta condicionada no tiene ninguna relación, en principio, con el refuerzo u objetivo posterior.

El perro ladra a media noche y el dueño se levanta a atenderle. A partir de entonces, esa conducta se convierte en instrumento para conseguir un objetivo. El perro aprende también de esta forma a abrir la puerta o a levantar la tapa del comedero. Araña una puerta porque ha sido encerrado en una habitación; casualmente golpea la manilla y la puerta se abre; se produce así un condicionamiento operante o instrumental. El experimento del cual partió la explicación de este proceso básico, fue realizado por Thorndike con una caja-problema en la que un gato era encerrado y conseguía comida apretando una palanca. La primera vez que el gato apretaba la palanca lo hacía casualmente. Posteriormente, era cuestión de ensayo y error.

Ahora bien, existen limitaciones, como es lógico, de índole filogenético, para el aprendizaje instrumental. La disposición específica del animal para determinados comportamientos, guía, de alguna manera, las posibilidades. Los límites los marca el repertorio instintivo. Y, por supuesto, el índice de motivación es sumamente importante. Un animal motivado tiene más capacidad para la respuesta y, consecuentemente, el aprendizaje.

El *precondicionamiento sensorial* deja en evidencia la creencia de los conductistas de que los animales aprenden simplemente a responder a un estímulo sin necesidad de haberse formado ninguna estructura mental. En el precondicionamiento se emparejan dos estímulos neutros; en el ejemplo más sencillo, una luz y un sonido. Como son neutros, el animal no va a demostrar ningún cambio en su conducta, por lo que, en opinión de los conductistas, no se ha producido aprendizaje. Si después

emparejamos la luz con un refuerzo —una comida sabrosa— podríamos pensar que ante el sonido no habría ninguna reacción, pues este no predice la presentación de la comida. Pero no es así: al presentar el sonido, el animal predice que tras él vendrá la luz y la comida. En realidad, este es el proceso a través del cual hoy día se trabaja a los perros con el *método clicker*, asociando el sonido del *clicker* a un comando y a un estímulo positivo tras la respuesta adecuada. Pero no voy a extenderme en esto aquí. El precondicionamiento, es sólo un ejemplo más de aprendizaje que no se manifiesta con ningún cambio de conducta. Aprendió que la luz y el sonido estaban relacionados y este hecho no se manifestó en principio; pero hubo algún cambio en alguna estructura cognitiva interna. Lo que nadie sabe es dónde se asientan las bases neurofisiológicas de estas estructuras cognitivas.

TEMA 8. PROCESOS COGNITIVOS

«Por razones de principio y de la teoría del conocimiento, tenemos por científicamente ilegítimas todas las afirmaciones sobre vivencias subjetivas de los animales, excepto una: que tienen algún tipo de vivencia subjetiva».

Konrad Lorenz

Los procesos cognitivos son aquellos por los cuales se procesa la información exterior: la percepción, la memoria, el pensamiento... La psicología tradicional, cargada de antropocentrismo, los divide en inferiores y superiores, creyendo, sin duda equivocadamente, que los últimos son exclusivos del ser humano y que los demás animales carecen de pensamiento. Esto supone un gravísimo error.

8.1. LAS CAPACIDADES INTELECTUALES EN EL PERRO

«El hombre no es el único animal que piensa; es el único que piensa que no es un animal».

Pascal Picq

En mis comienzos en el terreno profesional de la psicología animal, fui de alguna forma influenciado por esa corriente conductista que pretendía reducir la conducta animal a la mera asociación entre sensaciones elementales y respuestas. No me dejaban decir «el perro sabe que...» pues era científicamente incorrecto; debía decir, por ejemplo: «el perro está condicionado a...». Para los conductistas, los perros no eran sino máquinas pasivas de respuesta puramente fisiológica. No querían saber nada de la cognición animal. Pavlov, quien describió el proceso del condicionamiento clásico del que hablé anteriormente, fue acérrimo defensor de estas teorías, que pretendían, una vez más, elevar en un alto pedestal al ser humano sobre todos los demás animales existentes, incluyendo a sus más cercanos parientes primates. Si, hasta entonces, yo había sido defensor de las capacidades intelectuales de los animales, en aquel momento, cuando me encontraba estudiando y recibiendo información de «primera mano», me vi influenciado por el escepticismo científico ante dichas capacidades cognitivas, si bien, nunca rechacé, por supuesto, la evidencia de conducta inteligente. Decía entonces que los animales, evidentemente, piensan, pero que no son capaces de abstraer; de reflexionar más allá. Hoy, cuando he alcanzado ya un muchísimo más alto nivel de conocimientos y he tenido tiempo de estudiar detenidamente muchos aspectos de la etología animal, muy especialmente en los cánidos, regreso a mis viejas creencias, defendiendo de nuevo las capacidades intelectuales de los animales, y siendo muy crítico con algunas de las ideas de aquellos por quienes me dejé influenciar. Hoy soy muy cauteloso con la «ley o canon de Morgan», que en aquella época llegué incluso a publicar, y que afirma que, de ningún modo se debe suponer que una conducta se deba a la acción de la conciencia,

cuando pueda existir una explicación que evite tal suposición. Los procesos de pensamiento explican conductas que no se pueden explicar sólo por las leyes de condicionamiento.

No obstante, rechazo las teorías intelectuales «baratas»; esas historias increíbles de animales relatadas con dudosas interpretaciones. Para el bienestar de nuestros canes también es importante esta apreciación, pues ni es positivo para ellos el que creamos que son meras máquinas de respuesta y de adaptación sencilla por ensayo y error, ni es positivo tampoco para ellos el que les adjudiquemos capacidades intelectuales de las que carecen; todo tiene su límite. Baste recordar el problema que surge en cada casa con la educación del cachorro: es muy habitual, como todos sabemos, el reprender a los perros, y más grave aún, a los cachorros en pleno desarrollo psíquico, con castigos absurdos, inútiles y obsoletos, creyendo que el animal comprende perfectamente lo que está pasando. Es el caso típico del propietario que, al llegar a su casa, se encuentra destrozos, orines, etc.. Su reacción errónea todos la conocemos: monta en cólera reprendiendo al animal, que no puede asociar de ninguna manera los hechos consumados con el castigo repentino y, por tanto, no puede comprender la situación. Peor aún es cuando, además de esta inútil reprimenda, el dueño, presa de sus impulsos agresivos, pierde el control y la riña se convierte en un castigo físico, a veces incluso acompañado con la más absurda, sorprendente y antihigiénica de las medidas «correctivas»: le introduce literalmente el hocico en sus heces —me pregunto el motivo de tan extendida y manida, a la par que inútil, y, por supuesto sucia, costumbre y tampoco puedo entender que una actitud del propietario en pro de la higiene siga un camino tan en contra de la misma—. Acostumbro a decir a los propietarios que, de aplicar una corrección, ha de ser en el preciso instante en el que el animal comete el error que pretendemos corregir. De lo contrario, no podrá asociar el hecho con la reprimenda. Y todavía habrá quien diga que su perro, en el preciso instante de entrar él en casa, ya «sabe que ha hecho algo mal», pues se esconde o se muestra desconfiado. No sorprende ese comportamiento en el perro confundido y sin ninguna confianza en el dueño que, a pesar de que cree que el perro «comprende», encuentra su casa víctima de las travesuras caninas; no sorprende en absoluto pues el pobre animal habrá asociado la llegada del propietario, o, simplemente, el hecho de la existencia —¡que no el acto!— de cosas fuera de lugar o del mismo olor de sus heces u orines, según el caso, con la reprimenda que sustituye al que debería ser el obligado saludo ritual, lo que, dependiendo de la sensibilidad individual, se traducirá en un comportamiento más o menos traumático. A menudo, la explicación es más sencilla aún: la propia expresión del dueño —a veces su estado anímico sólo perceptible por el animal— al encontrarse de pronto con el destrozo, está asociada a la reprimenda. En uno u otro caso, cuando el perro, en vez de saludar alegremente, se somete o se esconde sin más, es una indicación de que

existe un grave error de comunicación y de comprensión por parte del propietario. Esto va debilitando la relación por falta de confianza. El perro no puede confiar en las reacciones de un dueño, aparentemente desequilibrado. Cuando se trata de un cachorro alfa, las cosas se complican seriamente más adelante, a la hora de ir descubriendo la posibilidad de ascensión jerárquica. No hay nada mejor, para un cachorro de fuerte temperamento con disposición instintiva suficiente para ello, que el poder imponerse a un líder tirano e incomprensible. En ese momento, cuando la relación está por los suelos y el dueño ve peligrar su propia integridad, es cuando suelen acudir al adiestrador, en vez de haber puesto solución antes. En definitiva, esto es un ejemplo de las consecuencias de que los propietarios adjudiquen al perro un conocimiento del que carecen.

El perro no aprende nada con estos castigos a destiempo y absurdos. El perro es inteligente, en el perro existe, por supuesto, el pensamiento —aunque los conductistas lo quisieran negar— pero no podemos pretender que el perro averigüe nuestras pretensiones cuando no pueda relacionar exactamente el castigo con lo que hizo. Con todo esto, he querido señalar que tenemos que tener muy presente sus limitaciones psíquicas, al igual que tenemos que tener muy presente, como digo, que son seres inteligentes y pensantes.

El perro es capaz de responder a las emociones de su dueño y a sus expresiones, adecuando su respuesta; se da cuenta perfectamente cuando estamos en un estado de ánimo o en otro; los perros son capaces de captar los más ínfimos detalles de nuestro comportamiento. Todo esto denota conocimiento de la comunicación social, conciencia, en definitiva. Recordemos a los perros que avisan a sus dueños epilépticos. La ciencia desconoce cual es la fantástica capacidad perceptiva que les permite adivinar que su dueño va a tener una crisis, pero solo lo perciben en sus dueños y no en otras personas, y cuando tienen con ellos una estrecha convivencia, por lo que está mucho más allá de cualquier síntoma físico.

Cuando Thorndike realizó su experimento —recordemos: el condicionamiento instrumental— con la caja-problema en que el gato debía pisar la palanca para poder recibir su comida, era evidente que el animal no tenía ninguna posibilidad de resolver la situación de forma inteligente, pues el camino hacia el objetivo estaba oculto; no tenía oportunidad de obtener una visión global de la situación a resolver. Sólo la casualidad hacía que aprendiese la función de la palanca. Este experimento, por tanto, está totalmente alejado de cualquier explicación de la conducta inteligente; sus pruebas eran inconclusas. A pesar de ello, Thorndike concluyó diciendo que los perros y gatos, con los que realizó el experimento, no «piensan» e, incluso, ni siquiera pueden asociar ideas y percepciones, limitándose exclusivamente a asociaciones simples basadas en la experiencia entre percepciones e impulsos. Pero si se realiza un experimento en el que exista un único camino indirecto, de mayor o

menor complejidad, hacia el objetivo, la forma en que los animales resuelven no tiene nada que ver con lo que describe Thorndike, como demostró Köhler a los conductistas. Ante las respuestas «inteligentes», Thorndike se limitó a decir que no podía dar una explicación.

Cuando hablo de que un perro equilibrado es incapaz de morder a una persona sin motivo ni provocación, y mucho menos a su dueño, quiero decir que tienen la capacidad de *anticipar* las consecuencias de su agresión *conscientemente*; esto es algo evidente. Durante mucho tiempo, los psicólogos han intentado explicar cómo piensan los humanos y los demás animales, pero no todos han percibido el término *pensamiento* referido a la misma realidad psíquica. Esto ha llevado a una confusión entre los límites del pensamiento, del lenguaje humano, y de distintas formas de la actividad inteligente, como el razonamiento. ¡Algunos incluso creen que el lenguaje determina el pensamiento! Semejante aseveración, carente de la más mínima lógica, no merece ninguna explicación en estas páginas. El pensamiento, es el proceso cognitivo por el que se construye nueva información a partir de la que se dispone y permite utilizar la información disponible para la resolución de problemas, así como resolver los problemas reestructurando la información; a esto se le denomina *insight*. Por tanto, el pensamiento no es, ni muchísimo menos, un proceso cognitivo específicamente humano, como muchos creen, incluyendo psicólogos y catedráticos de psicología, con total desconocimiento de la psique animal. Descartes puso una barrera que aún perdura, porque para él los animales eran distintos. Creía que, como no hablan, no tienen estados mentales. Pero los animales «saben»; piensan; representan la realidad y las acciones que emprenden. Cada especie vive en un modelo de mundo diferente. Diferentes percepciones y funciones cognoscitivas. El pensamiento es inobservable. Hay que intentar colocarse desde el punto de vista perceptivo del animal. No estamos en condiciones de calcular ningún hipotético «nivel de inteligencia» en un delfín, que resulta que tiene un cerebro, en muchos aspectos, más complejo que el nuestro, cuando vive en un mundo que desconocemos totalmente, y cuyas necesidades perceptivas no tienen nada que ver con las que nosotros necesitamos para vivir en este mundo. Experimentos científicos bien contrastados, demuestran que una «simple» paloma empareja imágenes de paisajes a partir de si existen árboles o no; puede diferenciar perfectamente una hoja de roble de otro tipo de hojas. Genera, por lo tanto, conceptos; puede clasificar la realidad al detalle. Para ello no necesita «lenguaje». Y no hay categorización sin abstracción. Abstrae y categoriza; por eso puede identificar objetos. La anatomía y fisiología de los órganos sensoriales y encéfalo de, al menos, todos los mamíferos, tiene un nivel de complejidad como para consentir el mismo tipo de esquemas y representaciones básicas, y, como dijo Walker, «incluidas algunas de las que los humanos nos sentimos tan orgullosos».

Ya he comentado, cuando hablaba sobre el aprendizaje, que los conductistas pretendían hacernos creer que los animales son meros organismos pasivos que dan respuesta ante estímulos, que el aprendizaje sólo se infiere a través de su comportamiento, y que no se formaban estructuras mentales. Pero, lo cierto, es que una rata que aprende a resolver un laberinto corriendo, también lo resuelve nadando, por lo que lo que aprende en realidad es un *mapa cognitivo* y no una simple cadena de movimientos. También las aves aprenden o se forman mapas cognitivos que les permiten regresar a casa, como demostró Lorenz. Mi perra *collie* Yesi, había ido varias veces a un farallón rocoso acompañándonos a mi madre y a mí hasta la cima. Habitualmente, subía allí por donde lo hacíamos nosotros, trepando fácilmente por las rocas. Cuando ya estaba entrada en edad, una mañana neblinosa, decidió, en vez de seguirme por tan dificultoso y resbaladizo camino, rodear totalmente el farallón para, introduciéndose por una mancha de matorral espeso, salir a un lugar por el cual era muchísimo más sencillo llegar a la misma cima, sin tener que trepar por la roca, sólo subiendo por una pradera de hierba y piedras. Yo la seguí, pues, en multitud de ocasiones, me había demostrado ser mucho más hábil en sus juicios cuando se trataba de elegir los mejores pasos en el monte. Y así fue como Yesi me mostró el camino más fácil para subir a aquel maravilloso lugar. ¡Ella tenía un perfecto y clarísimo mapa cognitivo del farallón! Por supuesto, ella eligió el camino y se detuvo previamente a pensar —y lo digo sin ningún reparo— si era o no conveniente seguirme en aquel momento. Y, el contar con tal memoria espacial, requiere integrar datos con la información de tu propia posición, lo que requiere, a su vez, de un aparato cognitivo bastante complejo. Desde luego, hubo cálculo de la situación; hubo, por tanto, abstracción.

En la psicología actual, es sorprendente que aún se tienda a considerar al ser humano como un ser superior y a marcar diferencias entre especies más o menos «avanzadas». Lorenz nos explicó de forma extraordinaria el grave error que esto significa, y por qué no hay unas especies «avanzadas» y otras «inferiores». A quien quiera profundizar en ello, le recomiendo los libros de Lorenz. En las Facultades de psicología se pueden escuchar aún auténticas barbaridades referentes a la pretendida superioridad evolutiva del ser humano, como que el hombre es un ser en el que los instintos están muy reducidos —cuando la actividad instintiva nos dirige desde que nos levantamos hasta que nos acostamos, como a cualquier otro animal o más si cabe — incluso, que el humano no hubiera sido posible con la mera evolución biológica, como el resto de los animales —¡sorprendente afirmación!— o el que haya rasgos de vida social específicamente humanos que marquen una distancia insuperable entre nosotros y los demás animales —¡el incorregible orgullo humano!—. Se intenta marcar las diferencias entre el hombre y los demás animales y, cuando no se puede con todos, se diferencia entre el hombre y los primates superiores; el caso es

distinguir al hombre como el centro del Universo. Así va el mundo... pero eso es otra historia.

Cuando yo era niño, nos hablaban de que el hombre era el único animal que utilizaba herramientas; yo era muy crítico con esto y, desde la más temprana infancia, identificado totalmente con los animales —troquelado por ellos prácticamente— tuve siempre al ser humano como un primate más y defendía mis posturas con suma terquedad, por lo que fui a menudo muy criticado, especialmente por los religiosos, discutiendo a menudo por esto con mis queridos abuelos. Y en el colegio expuse, en un trabajo, que los chimpancés utilizaban herramientas, los delfines también, que los pinzones de las Galápagos utilizaban palitos para sacar insectos de los troncos y que el alimoche —como había descubierto en África, Hugo van Lawick, y acababa de replicar en España, Rodríguez de la Fuente— usaba piedras para romper huevos, aunque fuese por un comportamiento congénito, que es lo que quiso comprobar Félix a petición de su amigo Hugo van Lawick. Volví a ser criticado por casi todos. Cuando estuvo plenamente demostrado que el ser humano no era el único animal que utilizaba herramientas, se dijo que era el único que las fabricaba pero luego mi querida amiga Jane Goodall descubrió, en Tanzania, que estaban muy equivocados: los chimpancés tallan piedras y herramientas, e incluso lanzas. El descubrimiento de Jane llevó al paleoantropólogo Leakey a decir aquella famosa frase de: «ahora habrá que redefinir hombre, redefinir herramienta, o aceptar que los chimpancés son humanos». Se dijo que el hombre era la única especie en la que existía la cultura; pero estaban equivocados; los cetáceos tienen cultura y tradiciones culturales que se transmiten de generación en generación, igual que los chimpancés y otras especies. El uso de las herramientas por los delfines y los chimpancés, por poner el ejemplo más conocido, se transmite de padres a hijos. ¡Aún hoy, en las Facultades de psicología y sociología se quiere hacer creer a los futuros licenciados, y lo digo por experiencia personal, que el hombre es la única especie con cultura propia! ¡Afirman que esto les separa definitivamente del resto de los animales! ¡Que la exclusiva cultura humana es de creación propia y no de la Naturaleza! Y yo me pregunto, qué somos nosotros sino Naturaleza... Esas barbaridades las dicen, actualmente, catedráticos, lo que me provoca risa e indignación a la vez. Afirman también ¡que sólo el ser humano tiene conocimiento y conciencia! ¡Y que sólo la conducta humana se gesta en un contexto social! Dicen que «la familia, las normas referentes al incesto, la manera de realizar la caza y la distribución de la comida son típicamente humanas». Todo esto lo dicen víctimas de un desconocimiento absoluto de la conducta de ninguna otra especie, porque, incluso en los cánidos, tanto la estructura familiar como las normas referentes al incesto, la caza y la distribución del alimento no sólo son equiparables, sino que funcionan exactamente de la misma forma. No saben ya cómo remarcar la diferencia. Han dicho que los animales no tienen conciencia de su propia existencia. Falso.

Gallup dijo que un organismo es consciente de sí mismo cuando puede ponerse como objeto de la propia atención. En definitiva, que reconoce su cuerpo ante el espejo. Dijo que sólo los humanos y grandes simios podían reconocerse ante el espejo. Pero estaba bien equivocado. Se reconoció que los elefantes y los cetáceos también tenían estas facultades —y se ha comprobado con otros animales— y que tienen conciencia, incluso, de la vida y la muerte —al contrario que un perro. Pero, mismamente los loros, y, por supuesto, los perros, tienen plena conciencia del yo y del otro. En mi perra Yesi era muy evidente su total reconocimiento de sí misma en el espejo siendo adulta. Y es más; cuando yo aparecía por detrás de ella y ella estaba mirando un espejo, al verme reflejado en él, de inmediato se giraba, pues tenía claro que yo llegaba por detrás. Tenía plena conciencia de su propia imagen y de la mía reflejadas en el espejo.

Y para terminar, y esto está escrito en libros universitarios de hoy día, los catedráticos actuales son capaces de afirmar que, en nuestra especie, se ha detenido la evolución biológica... Parece que no aprenderemos nada de nosotros mismos hasta que no nos bajemos de ese pedestal imaginario al que nos hemos encaramado.

8.2. *INSIGHT*, DISCERNIMIENTO Y RESOLUCIÓN DE PROBLEMAS. INTELIGENCIA EN LOS CÁNIDOS

«El ser humano gusta de considerarse centro del universo, un ente distinto, superior, que, en vez de formar parte de la Naturaleza, es su contrapunto. Esta postura nace de esa arrogancia que, según el proverbio, precede a la caída, pues impide al hombre adquirir ese conocimiento de sí mismo que tanta falta le hace hoy día. Los grandes descubrimientos logrados por el estudio de la Naturaleza exhortan al hombre a la humildad, y por eso se resiste a admitirlos».

Konrad Lorenz

En mi libro *«El hombre y el perro»*, que fue publicado ya hace casi una década, traté de ser cauto a la hora de adjudicar a los perros capacidades intelectuales, y lo hice por la razón antes consignada de que tampoco es positivo para ellos el creer que son capaces de comprender y razonar lo que se plantea en cualquier situación. Pero, ciertamente, ocurren hechos asombrosos ante los cuales es necesario replantearse muchos aspectos acerca de las capacidades intelectuales de los perros. En aquel entonces, cuando un perro resolvía un problema complejo de forma sorprendente, decíamos que se debía, simplemente, a un proceso de *insight*, aún sin tener muy claro en qué consistía este proceso; con esto pretendíamos dar explicación ante aquello que parecía provenir de procesos intelectuales que no podíamos explicar con los procesos de condicionamiento básicos. *Insight* es una reorganización activa de los datos sensoriales, una reconstrucción de las situaciones problemáticas que lleva a la resolución de un problema. Köhler lo describió cuando veía que los chimpancés no resolvían por ensayo y error sino de repente, mediante una reorganización de los

datos sensoriales, que proporcionaba la comprensión inmediata de la situación problema —pero no el proceso por el que se encuentra la solución.

En realidad, en aquella época estábamos equivocados con el término. Cuando estudiaba psicología animal me fue transmitido de esa forma y tardé años en darme cuenta del error. Köhler fue quien primero utilizó este concepto llamándolo *einsicht* —en alemán— refiriéndose con él a la «*inteligencia*». Al traducirse al inglés, se tradujo como *insight*, que puede significar *comprensión* pero no *inteligencia*, como en alemán. Y esto dio lugar a un malentendido —según J. C. Gómez, de la Universidad Autónoma de Madrid— debido al cual se ha estado utilizando el término como una capacidad psicológica en sí misma que llevaría a la resolución de problemas, un proceso meramente perceptivo y no intelectual, que sería consecuencia de una disposición innata. Incluso Harlow (1949) lo describió como un mecanismo innato que, al entrar en contacto con condiciones perceptivas determinadas, se disparaba produciendo la solución al problema. Pero el proceso de *insight*, o como queramos llamarlo, evidencia el pensamiento para resolver la situación; el proceso cognitivo de reestructuración de la información: el *discernimiento*. Aquella *inteligencia*, en realidad, a la que se quería referir Köhler.

Este discernimiento, es claro que no se trata de un condicionamiento operante simple en el que las soluciones a un problema se encuentran por medio de ensayo y error, pues no se prueban abiertamente las posibles soluciones. Es como si fuesen tanteadas mentalmente las diferentes soluciones hasta dar con la adecuada.

En una ocasión fui espectador de un sorprendente y clarísimo caso de discernimiento, de rápida y evidente solución mental a un problema por parte, una vez más, de mi perra *collie* Yesi. Ella iba siguiendo a mi madre por una estrecha senda que transcurría por un bosque junto a un río; yo iba detrás. En un punto determinado, nos encontramos con un arroyo tributario del río que nos cortaba el paso. Mi madre, muy ágil, saltó por unas piedras resbaladizas y, Yesi, que no gustaba de los chapuzones gratuitos, decidió que debía buscar un paso mejor que aquel. Nerviosa por no perder de vista a su dueña, recogió una de sus patas delanteras a la vez que observó a su alrededor con evidente intención de buscar otro paso. De inmediato, se fijó en un punto estrecho del arroyo que estaba a una buena distancia, y, lo que es aún más interesante, en dirección contraria; así que, de inmediato, salió velozmente volviendo atrás y en línea recta hasta este punto del arroyo, saltó con facilidad, y, corriendo rauda por la orilla, llegó hasta mi madre. Yesi había buscado un paso más estrecho con la mirada; había calculado perfectamente y mentalmente las posibilidades del paso, situado a gran distancia; y había regresado hacia atrás, alejándose físicamente del objetivo perseguido para encontrar una solución más conveniente. El momento en el que se produjo la discontinuidad mental en el comportamiento resolutivo, era impecablemente claro. El rodeo fue rápido, uniforme

y directo, sin titubeos. Era un clarísimo e indiscutible ejemplo de discernimiento.

La inteligencia es el rasgo psíquico más emblemático de la psicología. En realidad, no se puede conocer objetivamente lo que es, y solamente se puede medir en percentiles, es decir, señalando el porcentaje de individuos que están por debajo; se puede saber qué puesto tiene un individuo, en la resolución de una tarea determinada, con respecto al resto de la población. Por tanto, es un término muy subjetivo y, además, con muy diversas connotaciones. A menudo, la relacionamos con la capacidad de aprender; un individuo que aprende más rápido nos parece más inteligente; pero también el individuo que es capaz de resolver una determinada situación con mayor eficiencia. Mi perra Lassie, aprendió rápidamente a abrir una ventana cuya manilla presentaba gran dificultad, puesto que se abría hacia arriba, era de hierro, estaba muy dura y, además, ella tenía que subirse a la repisa de un salto y hacer equilibrio para conseguirlo. Seguramente, aprendió casualmente, por los procesos de condicionamiento antes descritos, cuando la primera vez que la encerramos para que cuidase a sus cachorros mordió la ventana y la manilla. Pero, es innegable que el resolver de nuevo y tan sumamente rápido una situación tan compleja, también es sinónimo de inteligencia.

Ahora bien, si a un perro de agua le planteamos una situación de búsqueda de su dueño, o de traída de un objeto, por ejemplo, o a un *leonberger* le ponemos en la tesitura de salvar a su dueño, caído de una barca en medio de una correntada, resolverán la situación posiblemente con sorprendente facilidad; en cambio, no lo hará un *husky* siberiano. Pero si a este *husky* le dejamos abandonado en el monte y tiene que buscarse la vida para sobrevivir por sus propios medios, o le dejamos cerrado en una finca y quiere encontrar la forma de escapar de allí lo más rápido posible, seguramente lo conseguirá con mucha más facilidad que el perro de agua o el *leonberger*. Es un ejemplo general e hipotético, pero significativo. Mi pregunta es: ¿qué perro demostró ser más *inteligente*? Cuando yo era niño, mi perrita de agua española Luna, con cuatro meses de edad me traía y entregaba perfectamente los objetos cuando yo se lo pedía. Mi perra podenca portuguesa Lassie, no lo había hecho jamás ni había mostrado nunca el más mínimo interés por los objetos lanzados, y su primitivo impulso de caza estaba dirigido a todo tipo de presas vivas, que buscaba con sorprendente habilidad. Curiosamente, el día que la pequeña Luna se mostró como centro de atención por sus habilidades, Lassie, celosa, fue bruscamente hacia ella, le arrebató el *apport* con un gruñido y me lo trajo por primera vez en su vida. No lo repitió nunca más, porque, en realidad, no tenía ninguna motivación para hacerlo, y yo tan sólo tenía once años y no supe aprovechar aquel evento. ¿Quién era la más inteligente de las dos? Luna lo hacía todo, lo aprendía todo con suma facilidad, pero Lassie resolvió una situación de forma sorprendente. Ambas eran inteligentes y su *inteligencia* era distinta, aplicada a diferentes situaciones. Y entonces, en realidad

¿qué es la inteligencia? Y diré algo más, ahora que he llegado a esta anécdota: los conductistas interpretaban la imitación como algo instintivo; cuando Thorndike desarrolló su teoría del condicionamiento operante, dijo que los animales no aprendían por imitación; los conductistas quedaron satisfechos con tal afirmación. Bandera y Walters, en 1963, presentaron un modelo de aprendizaje que enfatizaba los aspectos cognitivos: el aprendizaje observacional —también lo llamaban imitación—. Consiste en la adquisición de representaciones cognitivas de la conducta del modelo a imitar, es decir, del otro individuo al que imitan. Esto es lo que sucedió con Lassie cuando imitó a Luna. La conducta a imitar provoca su aprendizaje en un plano cognitivo. Recibe el refuerzo —premio— en virtud del que recibe el modelo —en este caso, Luna. En este tipo de aprendizaje, son importantes los procesos de atención, discriminación, retención, y elaboración cognitiva.

El término inteligencia, por tanto, abarca demasiados aspectos conductuales relacionados, a menudo, con la capacidad de aprender, con el cúmulo de experiencias, con la motivación incluso, etc. No es más inteligente un matemático que un obrero de la construcción. Posiblemente, el matemático no sea capaz de construir una pared porque carece de ciertas capacidades. El albañil quizás es hábil —y no solamente con sus manos, sino a la hora de calcular, medir y resolver mentalmente— en otras situaciones a las que está más acostumbrado. Lo más probable, es que un arquitecto —por poner un ejemplo— perdido en la montaña, fallezca a los pocos días, mientras que un pastor sin estudios, en las mismas condiciones, sobreviva indefinidamente, siendo hábil en la resolución de todos los problemas. ¿Quién resultó más inteligente en dicha situación? La capacidad de adaptación al medio sería otro aspecto, entonces, de la inteligencia. Cuando hablamos de inteligencia tendríamos que hacer hincapié en el aspecto al que pretendemos referirnos. Es absurdo ordenar las especies según su grado de aproximación a la inteligencia humana, tomada como referencia mayor. Todas las especies tienen la inteligencia necesaria para haber sobrevivido.

En la Naturaleza, el lobo es infinitamente más inteligente que un perro. Es el medio en el que ha crecido, pero además ha sobrevivido y ha evolucionado, habiendo tenido que sobrevivir en él todos sus predecesores genéticos. La capacidad de aprendizaje en este medio se ha multiplicado, y a esto se debe su superioridad adaptativa y psíquica. El ser precavido en todos los aspectos de su vida les aporta muchas ventajas, que se pueden también relacionar con esa inteligencia superior. A menudo, los grandes machos de jabalí son capaces de defenderse positivamente de hordas de perros bien nutridas, matando e hiriendo a muchos de ellos; mientras que un pequeño grupo de cuatro lobos pueden dar muerte, eventualmente, al mismo jabalí, sin sufrir ni un solo rasguño ninguno de los cánidos. Mi amigo Ramón Grande del Brío cuenta cómo, en una batida celebrada en Zamora, un lobo que había sido «ojeado» por los batidores y que se dirigía a la línea de escopetas, se quedó quieto

varios minutos esperando a que dos zorros que corrían delante entrasen en la línea mortal de los tiradores. En cuanto escuchó los disparos dirigidos a los zorros, giró y eludió el cerco. Cuando se pone el cadáver de una res en el monte, los lobos esperan varios días si hace falta, aun pasando cerca, y esperan pacientemente a que los zorros y después los lobos jóvenes y más inexpertos se aproximen. Mi amigo Germán Garrote, me contaba cómo tenía que preparar concienzudamente aquello que tuviese que poner para reclamo de los lobos para sus estudios. Yo mismo he comprobado cómo esperaban durante días y noches sin acercarse a una oveja desvalida en el monte, sólo porque yo me encontraba cerca y con riesgo de tenerles a la vista. Incluso a veces, se sirven de lobos jóvenes como *escuderos*, para que vayan delante y acaparen los mayores riesgos. El ser precavido, equilibrado, el control de los impulsos, la madurez... a veces es también sinónimo de inteligencia.

Por todo lo dicho, el animal que es expuesto a múltiples posibilidades y estímulos en su ontogenia, desarrollará capacidades y conocimiento que le harán más «inteligente».

8.3. LAS EMOCIONES EN LOS CÁNIDOS

«No sabemos ni podemos saber lo que siente un ganso que presente todos los síntomas objetivos de la aflicción humana, pero no podemos impedirnos el “sentir” que su dolor se parece al nuestro como un hermano a otro hermano».

«A nivel sentimental los perros saben de nosotros lo mismo que nosotros de ellos. Mi perro sabe sobre mí tanto como yo sobre él».

Konrad Lorenz

La emoción es un proceso activador de la conducta como lo es la motivación. Las emociones forman patrones de activación fisiológica, cognitiva y conductual. Cuando un perro —o un humano, que no somos distintos en este sentido— siente miedo, se produce una descarga de adrenalina, el animal valora la situación y se produce la respuesta. Se trata de una activación general del organismo y, al contrario que los procesos de motivación, la emoción no dirige el comportamiento hacia una meta sino hacia el individuo en sí. La va a experimentar con lo que reconocemos como un *sentimiento*.

Lo que sucede en el exterior activa el hipotálamo, centro principal de control del sistema nervioso autónomo, y este desencadena una excitación fisiológica de los órganos que corresponde a la experiencia emocional. La activación fisiológica se conoce en psicología como *arousal* y existe un nivel óptimo por encima del cual la respuesta es *desequilibrada*. Es decir, poniendo un sencillo ejemplo, el animal con un miedo excesivo tendrá una respuesta inadaptada a la situación, por ejemplo, un bloqueo que le deje paralizado. Las emociones que un perro vive son comparables,

perfectamente, con las de un ser humano: negativas, que relacionamos con el miedo, la tristeza o la ansiedad; o positivas, como el cariño o la felicidad. E, incluso, el *enamoramiento*. En los cánidos y el hombre hay pautas de comportamiento muy complejas, desde el amor y la amistad, a la aflicción, la jerarquía, etc. Y, hasta en detalles nimios, son iguales. De nuevo remito a los estudios del gran Lorenz, que habla de las bases fisiológicas de las emociones y demuestra que dichas emociones pueden ser, en esencia, idénticas entre los humanos y el resto de los animales, sin pecar de antropomorfismo. Por eso habla de que un ganso se enamora, «*así, sin comillas*», de la hembra. Sirva todo lo dicho para bajarnos de ese orgulloso pedestal al que nos hemos subido creyéndonos seres superiores; y para terminar, un último párrafo del gran Konrad Lorenz, atendiendo al estudio de las emociones:«(...) advertencia contra el tonto orgullo mental de muchos de nosotros. Porque es en un animal (los gansos) que ni siquiera pertenece a la privilegiada clase de mamíferos donde la investigación científica descubre un mecanismo comportamental que une para toda la vida a determinados individuos (...) vínculo análogo en todo a aquellas funciones que entre nosotros los humanos van unidas a los sentimientos de amor y amistad en su forma más noble y pura».

EPÍLOGO

LA CONSERVACIÓN DEL LOBO

Uno de mis más ansiados objetivos con esta obra ha sido presentar la verdadera cara del lobo. Actualmente, me preocupa la problemática que existe alrededor de la figura del cánido en toda Europa, pues lejos de cicatrizar, se reabre una y otra vez la eterna pugna entre el lobo y el hombre, de cuyos orígenes ya he hablado. En cuanto el lobo aparece en algún lugar, se desata todo un enfrentamiento. Sin ninguna duda, al menos en España y en Suecia, el problema del lobo es uno de los mayores retos de la conservación actual.

En la Península Ibérica sobrevive, afortunadamente, la población de lobos más importante de Europa Occidental. Un privilegio del que podemos enorgullecernos, puesto que hemos de ser todos muy conscientes de la trascendencia que tiene la supervivencia de un superpredador como el lobo; algo que creo haber dejado claro en este libro, soslayando todo ciego apasionamiento. Pero no debemos creer que hay tantos lobos como nos dicen a menudo. Ya he dicho que el que aparezcan lobos en algunos lugares donde hacía mucho tiempo que no se veían no es síntoma, necesariamente, de la salud del ecosistema ni de la mejora de la situación de la especie desde un punto de vista global.

No obstante, cuando se trata de un animal que resulta conflictivo para unos u otros y, sobre todo, sumamente polémico, hay que ser muy cuidadoso a la hora de plantear cualquier trabajo de conservación. No podemos observar la problemática del lobo desde un punto de vista reduccionista. Cuando se estudia al lobo y su problemática, se encuentra uno, inevitablemente, con una cultura humana ancestral, que es la del pastor. El pastor, que, generación tras generación, ha sido partícipe, muchas veces, de la evolución del ecosistema, modelando los paisajes donde actualmente sobrevive el lobo. Hoy, la ganadería extensiva de montaña se encuentra en peligro en España. Un tipo de ganadería que ha convivido con el lobo, con sus más y sus menos, durante siglos y milenios, y que ha mantenido los ecosistemas de montaña tal y como hoy los conocemos. Por tanto, si queremos orientar la gestión del lobo, habrá que hacerlo desde el estudio de la ecología humana, no olvidando el ecosistema en el que convive el lobo con el hombre, y no olvidando la cultura pastoril ancestral. Por ello, es tan importante mantener el lobo como la cultura del pastoreo extensivo. De no existir este tipo de aprovechamiento, proliferaría más la ganadería intensiva y los montes se convertirían, como de hecho sucede a menudo, en pasto del turismo descontrolado —con todo lo que ello conlleva en cuanto a fuegos, basuras, especulación urbanística, etc.—, de la construcción absurda de infraestructuras destructivas como pueden ser carreteras, pistas inútiles, estaciones de esquí o muchas

otras, y esto sí que es dañino para el lobo.

Los pastores que desarrollan su trabajo en zonas de lobo —que son aquellos que mejor conocen al predador— unas veces lo odian, otras lo aceptan con resignación, pero algunos, ciertamente los menos, incluso lo aprecian; sin ir más lejos, quien esto escribe fue pastor y siempre amó al lobo. De una u otra forma, habremos de escucharles, pues son ellos quienes han de convivir estrechamente con el cánido salvaje.

Pero, por mi parte, considero que el mayor daño para el lobo es la ignorancia. Las gentes del campo que no tienen relación directa con el lobo, lo odian pero no lo conocen en absoluto. La gente de la ciudad no conoce normalmente al lobo pero puede temerlo —lo que sucede la mayoría de las veces— o amarlo intransigentemente; o pueden permanecer totalmente impasibles ante cualquier cosa, lo cual es todavía más común. Todas estas posturas provenientes de la ignorancia o del extremismo hacia uno u otro lado de la problemática, no favorecen al lobo en absoluto.

Las culturas cazadoras de inuits y de indios norteamericanos, siempre reverenciaron al lobo, pues este les prodigaba presas más sanas; pero nosotros estamos inmersos en sociedades culturales que han crecido, no lo olvidemos, con la ganadería como cimiento. Y aunque la gente de la ciudad ha roto, en su mayor parte, el vínculo con el campo y con el ganado, la herencia cultural del odio al lobo, transmitida durante cientos de años para preservar los recursos cárnicos, ha permanecido de una u otra forma, y la mayoría de la gente de la ciudad cree que el lobo es un animal peligroso para el ganado pero también para las personas.

Hace unos meses quedé una noche cuidando de mi sobrino de tres años. Como no ve me a menudo, no ha tenido la oportunidad de acercarse al mundo del lobo ni del perro; tanto es así, que dudo que haya visto nunca un lobo ni en imágenes por la televisión sino tan sólo en las fotos de lobos que yo he puesto y que adornan la pared sobre la cama en la que dormía y que ya le pasaban desapercibidas. De una u otra forma, sus padres no han influido para que él desarrolle una percepción negativa del lobo. Pero, a media noche, despertó sumido en una corta pesadilla, algo que puede ser normal en un niño pequeño; pero lo que me sorprendió fue que me dijo que estaba asustado porque un lobo venía a comerle. ¿Quién le había metido este miedo absurdo a algo que no ha visto jamás? Seguramente, y estoy convencido de ello, en la misma escuela les habrán contado el cuento de Caperucita, o el de Los Tres Cerditos, o el de Los Siete Cabritillos o cualquier otro de los cientos que hay para elegir, y la mente tremendamente frágil y susceptible del niño queda marcada.

El miedo en el niño se transforma a menudo en el odio del adulto; el miedo y el odio se escupen a menudo por los cañones de las escopetas. Por tanto, creo de importancia vital para el lobo el basar los proyectos de conservación en bien dirigidos

programas de sensibilización y lucha contra el desconocimiento. No hace mucho tiempo acudí a un lugar donde se exhiben lobos cautivos. Los lobos se encontraban bien, pues habían nacido allí y no eran diferentes, en este sentido, a un grupo de perros cualquiera. Los responsables podrían haber aprovechado para dirigir un proyecto educativo interesante pero preferían mantener viva la chispa del desconocimiento y seguir viviendo de los beneficios que el dramático sensacionalismo de la imagen del lobo les reporta. A la pregunta de los visitantes sobre qué pasaría si la persona que guiaba se introdujese dentro del recinto, ella respondió, sin escrúpulo ninguno: «*me matarían; me destrozarían*». Pero aquellos lobos troquelados mostraban en sus ojos la noble y transparente mirada del más equilibrado y manso de los perros. Cuando un niño se acercó demasiado a la malla metálica, el responsable del lugar gritó a la madre: «*¡Señora! ¡Estos no son caniches!*». No, son canes mucho más sumisos —me habría gustado responder si no fuese tan comedido—; aquellos lobos no se atrevían ni a acercarse a la malla. No merece ningún comentario más por mi parte aquella actitud. Baste con todo lo que he explicado sobre el comportamiento del lobo en cada uno de los más relevantes aspectos de su vida. Así se sigue alimentando, desgraciadamente, el miedo y la ignorancia hacia el lobo.

En este momento estoy en Suecia y observo cómo la población aquí no ha aprendido nada acerca del lobo. El lobo es un problema para los pastores de renos desde que dejaron de seguir las migraciones naturales de estos animales y se apropiaron de ellos. A partir de entonces, el recurso que compartían le ha sido expropiado al lobo, que se convertía en un enemigo. Y un enemigo a exterminar. Todo lobo que penetra en Suecia por tierras laponas desde Finlandia y Rusia, es muerto a tiros aquí. Los lobos que quedan son descendientes, prácticamente todos, de tres ejemplares que tuvieron la fortuna de ser capaces de pasar el filtro escopetero en algún momento, por lo que el problema de endogamia de los lobos del país escandinavo es muy grave. Aún así, los pastores de renos siguen disparando impunemente a los lobos. Suecia apenas tolera la existencia en su territorio de un límite máximo de lobos, que no permite de ninguna forma la viabilidad de su supervivencia. Y esto sucede en un país que presume de «avanzado» y que tiene un territorio despoblado y salvaje tan extenso, casi, como la Península Ibérica y, por supuesto, sin la cabaña ganadera de España y Portugal. Aún así, la gente del norte, que ha modernizado totalmente sus sistemas de manejo de los renos y están completamente equipados con la última tecnología, exige que se les permita dar muerte a cuantos lobos vean. Incluso, han realizado actualmente una película, indignantemente exitosa, en la que el lobo se convierte en un problema para un hombre que, por matarlo, pasa un calvario con la justicia; toda una caricatura de la realidad; una sátira contra la conservación del lobo. En este escenario, aparecen, en

un momento dado, muy cerca de mi casa en Suecia, dos lobos, que se encuentran con el perro de una amiga mía que pasea por el bosque. Uno de ellos, aún un cachorro grande, invita a jugar al perro, que acude a la llamada de su dueña. Los lobos, al ver a la chica, se internan en el bosque y desaparecen. La reacción del Ayuntamiento del lugar, al enterarse de que había dos lobos rondando por los alrededores, fue prohibir la entrada en la zona a los paseantes, no sé con qué disparatado e irracional sentido de protección. Este tipo de actitudes, demuestra una lamentable y funesta ignorancia. El lobo sigue causando rechazo social, y esto es lo peor.

Una vez que todos sepamos quién es el lobo en realidad, con todas sus ventajas y sus inconvenientes, podremos realmente creer en el éxito de los proyectos de conservación de la especie. Y podremos sentarnos a hablar pausadamente con los afectados por la problemática. La aceptación social de la importancia del lobo en los ecosistemas, y el conocimiento de la verdadera faz del lobo, es el paso previo para que desaparezca el enfrentamiento entre el hombre y el cánido salvaje.

Hay que tener en cuenta que, si no se gestiona la problemática de alguna forma consensuada, se convierte en algo muy peligroso. Un plan de gestión serio es muy importante, pues a menudo, como está sucediendo, el único plan de gestión es el del gatillo y, lo que es peor, el del veneno. Menos del 20% de los lobos muertos en España son cazados legalmente. El resto son víctimas del furtivismo y el veneno, sin contar con la lacra que suponen los atropellos en las cada vez más numerosas carreteras.

Yo pienso, porque además lo he vivido y lo veo en muchos lugares que conozco, que el lobo y el pastor pueden convivir en los mismos lugares, siempre y cuando esos lugares conserven una densidad de fauna de herbívoros salvajes viable para la supervivencia autosuficiente del lobo, y siempre y cuando el pastor, sin tener necesariamente que prescindir de la modernización de sus sistemas de trabajo si son sostenibles, recuerde las viejas tradiciones con las que sus antepasados hicieron posible esta convivencia, como el uso de mastines y apriscos. Aquellos pastores que no han conocido la relación con el lobo, cuando este regresa de nuevo a los antiguos dominios, como viene sucediendo en algunos lugares, quedan abrumados y sin saber cómo responder. Necesitan todo el apoyo posible con programas de prevención para su ganado, especialmente con la adquisición de mastines. Pero también es importante que no se abandone, no sólo desde las administraciones competentes sino desde el punto de vista individual de cada uno de nosotros en la parte que nos corresponda, ni al lobo ni a las culturas pastoriles que, desde tiempos inmemoriales, han convivido con la Naturaleza.

El lobo es fundamental para controlar las poblaciones de herbívoros, pero especialmente del jabalí, como hemos visto, que de otra forma crece con desmesura y produce daños gravísimos en el ecosistema, y también en la agricultura, pues los

daños del jabalí son mucho más cuantiosos económicamente que los de su predador natural. El lobo sana las poblaciones de ungulados, algo que está demostrado y de lo que he hablado ya, eliminando a los ejemplares enfermos y consiguiendo que los supervivientes sean animales mucho más vigorosos físicamente y que mantengan un comportamiento de animales salvajes. El lobo, además, elimina los perros asilvestrados, que son quienes causan mayores daños a la ganadería por su acercamiento al hombre y que, además, son los que pueden ser peligrosos para las personas en algunos casos, al contrario que los lobos. De hecho, en Suecia, otra de las causas —incoherente en todos los sentidos— por las que el lobo tiene mala prensa es porque elimina rápidamente los perros de caza que corren libremente por los bosques. Y es que no podemos convertirnos en tiranos conquistadores de todo lo que nos rodea. Cuando nosotros nos disponemos a movernos en un medio determinado, hemos de aceptar que en dicho medio existen otras especies y, o lo aceptamos, o mejor que nos volvamos por donde vinimos.

Por otra parte, el lobo puede proporcionar muchas ventajas en zonas deprimidas, pues estos lugares son visitados por numerosos naturalistas y entusiastas, tanto de España como del extranjero, sólo y exclusivamente por la presencia del cánido salvaje, su medio natural y el patrimonio cultural que a él está asociado. Y esto puede suponer un recurso muy importante para muchas economías locales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARSUAGA, J. L. y MARTÍNEZ, I. 1998. *La especie elegida*. Temas de Hoy, Madrid.
- BENTON, M. 1997. *Vertebrate Paleontology*. Chapman & Hall, Londres.
- BLANCO, J. C. (ed.). 1998. *Mamíferos de España*. 2 vol. Geoplaneta, Madrid.
- CORTÉS E. G. 2002. ¿Por qué usar perros de búsqueda y rescate? [documento en línea]. Disponible desde Internet en: <<http://www.voraus.com>> [con acceso el 2-10-2008]
- CORREDERA, R. V. 2001. *Mecanismos biológicos y emocionales del aprendizaje canino en la caza*. Grupo v Editorial, Alcobendas.
- DARWIN, C. R. 1859. *El origen de las especies*. (Edición española de 1983. Ediciones del Serbal, Madrid).
- DICKINSON, A. 1984. *Teorías actuales del aprendizaje animal*. Ed. Debate, Barcelona.
- FAPAS. 2006. *La importancia del lobo en la naturaleza*. Fapas, Llanes.
- FELDHAMER, G. A. 1999. *Mammology: Adaptation, Diversity and Ecology*. McGraw-Hill. Nueva York.
- FREUND, W. 1990. *Vargmänniskan*. Bonnier Fakta Bokförlag. Stockholm.
- FULLOLA, J. M. y PETIT, A. *La puerta del pasado*. Ed. Martínez Roca, Madrid.
- GRANDE DEL BRÍO, R. 1981. *El lobo ibérico. Biología y mitología*. Hermann Blume, Barcelona.
- GRANDE DEL BRÍO, R. 1991. *Territorio y sociedad del lobo ibérico*. Amarú Ediciones, Salamanca.
- GUERRERO, S., BADI, M. H., ZAPALA, S. S. y FLORES, A. E. 2002. Dieta y nicho de alimentación del coyote, zorra gris, mapache y jaguarundi en un bosque tropical caducifolio de la costa sur de Jalisco, México. *Acta Zoológica Mexicana* 86: 119-137.
- KLOPFER, P. H. 1974. *An introduction to animal behavior*. Prentice-Hall, Inc.,

Englewood Cliffs, New Jersey.

KÖHLER, W. 1921. *Intelligenzprüfungen an Menschenaffen*. Springer-Verlag.

LAMBERT, D. 1987. *Guía de Cambridge del Hombre Prehistórico*. Ed. Edaf, Madrid.

LORENZ, K. 1963. *Sobre la agresión; el pretendido mal*. Siglo XXI Editores, Madrid.

LORENZ, K. 1978. *La acción de la naturaleza y el destino del hombre*. Alianza Editorial, Madrid.

LORENZ, K. y LEYHAUSEN, P. 1978. *Biología del comportamiento: raíces instintivas de la agresión, el miedo y la libertad*. Siglo XXI Editores, Madrid.

MALAUURIE, J. 1985. *The last kings of Thule*. Chicago University Press, Chicago.

MECH, L. D., SMITH, D. W., MURPHY, K. M. y McNULTY, D. R. 2001. Winter severity and wolf predation on a formerly wolf-free Elk Herd. *Journal of Wildlife Management* 65: 998-1003.

MECH, L. D. 1999. Alpha status, dominance, and division of labor in wolf Packs. *Canadian Journal of Zoology* 77: 1196-1203.

MECH, L. D. 1997. *An example of endurance in an old wolf*. *Canadian Field Naturalist* 111:654-655.

MELÉNDEZ, B. 1990. *Paleontología III. Vol. I: Mamíferos (1.ª parte)*. Paraninfo, Madrid.

MONROY, O., ORTEGA, A. M. y Velázquez, A. 2003. Dieta y abundancia relativa del coyote: un dispersor potencial de semillas. En: VV. AA. *Las enseñanzas de San Juan. Investigación participativa para el manejo integral de recursos naturales*. Instituto Nacional de Ecología, México.

PELÁEZ, F. y VEA, J. (eds.) 1997. *Etología. Bases biológicas de la conducta animal y humana*. Ed. Pirámide, Madrid.

PLANAS, J. 1985. *Elementos de Biología*. Ed. Omega, Barcelona.

PORTELA, I. 2004. *Integración y control. Sistema neuroendocrino: endocrino y nervioso. Biología*. Ed. Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid.

- REIG, O. A. 1981. Teoría del origen y desarrollo de la fauna de mamíferos de América del Sur. *Monographiae Naturae*, Publicaciones del Museo Municipal de Ciencias Naturales «L. Scaglia» de Mar de Plata, 1: 1-162.
- RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, F. 1979. *El lobo*. Jaimes Libros, Madrid.
- RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, F. 1980. El lobo. *En: La Aventura de la Vida*. Ediciones Urbión, Madrid.
- RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, F. 1980. A través de Norteamérica. *En: La Aventura de la Vida*. Ediciones Urbión, Madrid.
- RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, F. 1970. El lobo. *En: Enciclopedia Salvat de la Fauna*. Salvat, Barcelona.
- ROTHAUSEN, B. 1980. *Vargen Simson, bland hundar och människor*. LTs förlag, Stockholm.
- SCHLEIDT, W. M. y SHALTER, M. D. 2003. Co-evolution of Humans and Canids. *Evolution and Cognition* 9: 57-72.
- SCHENKEL, R. 1947. Expression studies of wolves. *Behaviour* 1: 81-129.
- SCHENKEL, R. 1967. Submission: its features and function in the wolf and dog. *Am. Zoologist* 7: 319-329.
- TOBEÑA, A. 2002. *Anatomía de la agresividad humana*. Debolsillo, Barcelona.
- TONNI, E. P. y PASQUALI R. C. 1997. *Fauna sudamericana. Una historia de 65 millones de años*. Buenos Aires.
- TONNI, E. P. y PASQUALI R. C. 1998. *Mamíferos fósiles. Cuando en la pampa vivían los gigantes*. Buenos Aires.
- TONNI, E. P. y PASQUALI R. C. 2002. *Los que sobrevivieron a los dinosaurios. La historia de los mamíferos en América del Sur*. Naturaleza Austral, Buenos Aires.
- VANIER, N. 1996. *Ledarhunden Otchum*. Köneman.
- VANIER, N. 2002. *La odisea blanca*. Altair Viajes, Madrid.
- VALVERDE, J. A. *Hominización*. Ed. Quercus V & V, Madrid.

VV. AA. 2003. *Fundamentos biológicos de la Conducta*. Sanz y Torres, Madrid.

WAYNE, R. K. 1993. Molecular evolution of the dog family. *Trends Genet* 9:218-224.



DAVID NIETO MACEÍN. Es especialista en conducta de los cánidos, terapeuta y adiestrador canino profesional reconocido por el Consejo General de Colegios Veterinarios de España; así como naturalista, monitor de educación ambiental y escritor.

Con toda una vida de experiencia, desde hace más de quince años se dedica profesionalmente al adiestramiento y educación canina. Ha trabajado con cientos de perros y se ha formado en diversas ramas (Competición deportiva: RCI, SchH, IPO, Mondioring, Ring, Agility, Obediencia Internacional; adiestramiento civil y policial, rastro, obediencia, protección, salvamento, pastoreo, perros de asistencia social, terapias y modificación de conducta...), ha dirigido dos escuelas caninas y es consejero en materia de conducta y adiestramiento para la Asociación Española del Perro de Agua Español, para la cual imparte cursos de adiestramiento y psicología canina y diseñó el Test de Aptitudes Naturales oficial para la raza. Ponente en multitud de cursos, conferencias y seminarios sobre Naturaleza y Etología, ha colaborado también en prensa, radio y televisión, Como investigador se interesa especialmente por el troquelado y las primeras experiencias, pero sus estudios abarcan multitud de aspectos de la etología de los cánidos y otras especies.

Naturalista de campo con dilatada experiencia y un interés especial por la fauna salvaje, ha recorrido las regiones más recónditas dentro y fuera de nuestras fronteras, hasta adquirir un conocimiento muy cercano y espontáneo de la fauna silvestre y, muy especialmente, del lobo, al cual ha dedicado incontables horas de observación

tanto en la Naturaleza como en semilibertad. Ha trabajado también como pastor en las montañas, por lo que conoce ambos lados de la problemática que rodea al lobo. Muy volcado, desde siempre, en la conservación de la Naturaleza, ha sido un colaborador destacado en muchos proyectos de conservación e investigación por toda Europa y Sudamérica. Ha participado igualmente en proyectos de educación ambiental durante años en distintas organizaciones y es monitor de educación ambiental, guía de interpretación de la Naturaleza y coordinador de un proyecto de educación ambiental de la Asociación de Naturalistas por las Generaciones Futuras (Anagef), actualmente dentro del programa *Roots & Shoots* de la etóloga y primatóloga Jane Goodall, de quien recibió su reconocimiento personal.